
Angela
MARSONS
¿CUÁN LEJOS ESTÁS DISPUESTO A IR PARA
PROTEGER TUS SECRETOS MÁS SINIESTROS?
UNA VERDAD
MORTAL
UN THRILLER DE
KIM STONE

¿Cuán lejos estás dispuesto a ir para proteger tus secretos más siniestros?

«Suicidio», dicen todos cuando encuentran a la adolescente Sadie Winters muerta en un lado del edificio. Este parece haber sido el devastador acto final de una niña cargada de problemas. Pero, cuando en la misma escuela aparece el cuerpo maltrecho de otro chico, se hace evidente, para la detective Kim Stone, que estas muertes no han sido accidentes trágicos.

Mientras Kim y su equipo comienzan a desentrañar la siniestra red de secretos, una de las profesoras parece tener la clave de la verdad; pero, cuando está a punto de romper el silencio, muere en circunstancias sospechosas. Con más vidas de niños en peligro, la detective tiene que arrostrar lo impensable: la posibilidad de que un alumno pudiera ser el culpable de los asesinatos. Sus intentos por profundizar en la psicología de los niños asesinos la ponen en contacto con su antigua adversaria, la doctora Alex Thorne, una peligrosa sociópata que tiene por vocación destruir a Kim.

Desesperada por atrapar al asesino, la detective descubre un vínculo entre los homicidios recientes y las novatadas de hace algunos decenios. Pero la salvación de esas vidas inocentes tiene un costo… Y, en el equipo de Kim, alguien tendrá que pagar el precio más alto.



Angela Marsons

Una verdad mortal

Kim Stone - 8

ePub r1.0
Titivillus 05-09-2023

Título original: *Dying Truth*
Angela Marsons, 2018
Traducción: Jorge de Buen Unna

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Este libro está dedicado a todas las víctimas de la tragedia de la torre Grenfell.
Que nunca más se permita que algo así vuelva a ocurrir.

Prólogo

Sábado, 7.52 p. m.

Kim sabía que tenía rota la pierna izquierda.

Avanzó por el sendero apoyándose en las manos. La piedra se le encajaba en las palmas, los guijarros se le enterraban bajo las uñas.

Un grito escapó de sus labios cuando se le dobló el tobillo y el dolor le recorrió el cuerpo entero.

Conforme aumentaba su aflicción, la frente se le iba perlando de sudor.

Finalmente, vio la luz del edificio, al mismo tiempo en que tres formas conocidas salían disparadas por la puerta.

Los tres corrieron hacia el campanario.

—Noooo… —gritó tan fuerte como pudo.

Ninguno se volvió.

«No vayáis ahí», dijo en silencio mientras trataba de arrastrarse hacia ellos.

—Alto —gritó cuando los vio traspasar la puerta de metal, en la base de la torre.

Mientras desaparecían de su vista, Kim trataba de contener el pánico.

—Maldita sea —gritó frustrada, incapaz de alcanzarlos a tiempo.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y se impulsó hacia arriba hasta ponerse de pie. Trataba de arrastrar la pierna rota, como si no existiera.

Dos pasos más adelante, la derribó el dolor, que irradiaba por todo su cuerpo como un maremoto. Las náuseas subieron desde el estómago y le provocaron una arcada. Su cabeza empezó a flotar.

Gritó otra vez, pero las personas ya habían desaparecido y ahora estaban en las entrañas de la torre, tras los duros ladrillos, subiendo por los escalones para llegar a lo más alto.

—Por favor, ayúdenme —gritó, pero no había nadie que la

oyera. Estaba a unos buenos ochenta metros del colegio. Nunca se había sentido tan desamparada.

Echó un vistazo a su muñeca y vio que eran las ocho menos tres.

La campana sonaría a la hora en punto.

El miedo brotó de la boca de su estómago y creció como una nube, hasta invadirle todo el cuerpo.

Hizo un esfuerzo por avanzar otro paso agonizante, arrastrando la pierna inútil.

Una linterna iluminó lo alto de la torre.

«Maldita sea, ya están ahí».

—Deteneos —volvió a gritar, rezando para que alguno alcanzara a oírla, aunque sabía que su voz no llegaría tan lejos.

Los haces de luz se movían furtivamente por el balcón de la torre, a treinta metros del suelo.

Vio una cuarta figura entre las tres que le resultaban conocidas.

Su reloj de pulsera vibró al dar la hora. La campana no sonó.

«Dios, por favor, déjalos bajar».

Su oración quedó interrumpida cuando oyó un fuerte grito.

Dos personas colgaban de la cuerda de la campana, balanceándose de lado a lado. Entraban y salían del haz de luz que la linterna emitía en ese pequeño espacio.

Kim entrecerró los ojos en un intento de identificar las dos siluetas, pero estaban demasiado lejos.

Trataba de controlar su respiración para poder gritar otra vez, aunque sabía que, ahora, ya ninguna advertencia podría ayudarlos.

Sus peores miedos se habían hecho realidad.

—Por favor, por favor… —susurró Kim, que veía cómo la cuerda de la campana seguía balanceándose—. No —gritó mientras hacía lo posible por arrastrarse hacia ellos.

El miedo ya era algo gélido que la tenía paralizada.

El tiempo se detuvo por unos segundos. Kim se había quedado sin saliva, no podía gritar más.

Sintió el dolor arrancarle el corazón cuando una de las personas y la cuerda de la campana desaparecieron de su vista.

De repente, sus oídos se llenaron con un grito de terror que le heló la sangre.

Pero no había nadie más alrededor.

Había sido su propio grito.

Capítulo 1

Seis días antes.

Sadie Winters se agachó junto a la entrada de la cocina, dejó caer la mochila y cogió el único cigarrillo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Hacía dos meses había descubierto este lugar, que alguna vez fuera la entrada de los sirvientes. Ninguno de los salones del colegio daba al lado oeste del ala de restauración.

Un minuto, nada más, pensó mientras trataba de enderezar la ligera curva del cigarrillo. Lo único que buscaba eran unos momentos de paz antes de llegar precipitadamente, disculpándose, a la siguiente lección. Era tan solo un descanso del caos en su cabeza.

Entre las manos, protegió el mechero del viento de finales de marzo y juró que este sería el último cigarrillo de su vida. Una vez, en la fila de la cena, una de las chicas mayores había dicho que no había sido capaz de enfrentarse a la clase de matemáticas hasta haber fumado un cigarrillo. También alcanzó a escuchar que la había relajado. Así que, hacía unos cuantos días, solo por probar, Sadie había cogido un pitillo de la mochila de una de las niñas del colegio. Sabía que, en realidad, no se había sentido relajada, sino que había estado inhalando monóxido de carbono, y este compuesto reducía la cantidad de sangre que llegaba a sus músculos. Pero, por un breve rato, tenía visos de ser una relajación.

Dio una fuerte calada y el humo llenó sus pulmones de niña de trece años. Recordó su primer intento y el ataque de tos. Se imaginó el humo arremolinándose alrededor, como niebla en un frasco transparente. No quería fumar. No quería depender de los cigarrillos ni de nada, pero las pastillas ya no le estaban haciendo efecto. Al principio, la habían insensibilizado, habían amortiguado y aquietado sus pensamientos destructivos. Los fragmentos de su ira se habían suavizado, como envueltos en plástico de burbujas. No es

que se hubieran ido; era solo que ya no resultaban tan dañinos. Pero ya no más. Los bordes afilados cortaban la niebla y la negrura había vuelto peor que nunca.

Y ahora estaba obligada a sentarse en una habitación y a hablar de sus problemas con un maldito psicólogo, dado que sus padres pensaban que era una buena idea. Abrigaban esperanzas de que ella se desahogaría repentinamente con alguien externo a la familia. Sadie había escuchado esa suave y comprensiva voz que le ofrecía garantías de discreción; las instrucciones, una y otra vez repetidas, de que podía contarle cualquier cosa. Como si fuera posible. Especialmente después de que el psicólogo le mostrara cierto papel: la prueba de que ella no podía fiarse de nadie.

Maldita sea, pensó, y arrojó el cigarrillo al suelo. No permitirá que le hicieran esto. Hacía mucho tiempo que lo llevaba almacenado dentro de sí misma.

Supuestamente, no debía saber lo que había ocurrido; supuestamente, no debía saber nada de nada. Ellos creían que lo habían ocultado, pero no era cierto. Había que sumar otro kilómetro a la distancia que la separaba de su familia. Una cosa más que todos sabían y ella no. Un testimonio más en el catálogo de las pruebas de que ella no encajaba con el resto.

Siempre lo había sentido, siempre lo había sabido. No se parecía en nada a su hermana, la bonita, brillante y adorable Saffie, cuya luz refulgía en las habitaciones con un resplandor angelical. No tenía su gracia natural ni su sonrisa arrolladora. Y, por supuesto, Saffie siempre sería perfecta, la favorita, sin importar lo que hiciera mal.

Sadie se limpió las lágrimas de rabia que se habían formado en sus ojos. No se pondría a llorar. No les daría ese gusto. Haría lo que siempre hacía: encerrar la cabeza en su caparazón endurecido y hacer como si nada.

No habían acudido en su ayuda. Había suplicado, rogado, que la sacaran de Heathcrest, que le permitieran asistir a un colegio que estuviera más cerca de la casa. Detestaba el afectado elitismo y la tradición que ponían mala cara ante la individualidad, que ahogaban la creatividad y las expresiones personales y promovían el conformismo. Este lugar era una cárcel. Pero no, ellos habían despreciado sus súplicas. Ninguna de las hijas asistiría a un colegio

local. Heathcrest edificaría su carácter, promovería los vínculos que le servirían el resto de su vida, aliadas en quienes ella podría confiar. Pero ella no quería conexiones ni aliadas. Quería amigas. Amigas normales.

Que sus padres acudieran a ayudar a Saffie era una injusticia, y había calado hondo en su alma. Ellos siempre encontraban nuevos modos de hacerla sentir inferior y, a menudo, ni siquiera se enteraban.

Bueno, ya no más, pensó con determinación. Esa noche los llamaría por teléfono y se aseguraría de que la escucharan. Y tenía el arma precisa para usar a su favor. El conocimiento es poder.

Cuando rodeó el muro de ladrillos, una figura familiar apareció ante ella.

Frunció el ceño.

—¿Qué haces…?

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando el primer puñetazo se estrelló en su sien izquierda.

Se le nubló la vista. Cayó al suelo.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué había hecho?

No había ningún motivo.

El segundo impacto le dio en la nuca; esta vez, con el pie. Le siguieron llegando más golpes por todo el costado izquierdo. Ella procuraba enconcharse para protegerse y su cerebro estupefacto trataba de conectar los datos. Un porrazo en el riñón irradió explosiones de dolor por todo su cuerpo. Quería defenderse mientras su mente se aferraba a una pregunta. Tiene que ser un error, gritaba su cerebro mientras los golpes seguían llegando.

Quiso girar en el suelo, pero otra patada en el costado izquierdo le trajo a la boca un sabor metálico. Escupió el líquido que amenazaba con descender por su garganta. Un pequeño charco rojo aterrizó a un par de centímetros de su boca.

Del lado izquierdo, su visión empezaba a desvanecerse.

Ya asediada por el miedo, los puñetazos y las patadas seguían retumbando en sus carnes. La agonía se extendía hasta incendiarle cada parte del cuerpo. Toda la confusión había desaparecido. Ahora solo quedaban el terror y el dolor.

Gritó cuando la agonía en el estómago se convirtió en cuchillos que cortaban y loncheaban sus órganos. Los encendidos relámpagos

de dolor le arrebataban el aliento. Había perdido por completo la visión del ojo izquierdo y la oscuridad ya la asediaba por el derecho.

—Por… favor… —suplicó, en un intento de aferrarse a la luz.

Un último golpe en la cabeza hizo que el mundo se perdiera de vista.

Capítulo 2

—¿Bryant, estás a punto de doblarte de risa? —preguntó Kim, incrédula, cuando se volvió hacia él desde el asiento del conductor. Acababan de interrogar a una mujer que había cambiado de opinión acerca de testificar en el tribunal en contra de su marido maltratador. Para gran consternación de Kim, ni con toda la zalamería pudieron convencerla de que cambiara de opinión una vez más.

Llevaban semanas asegurándole que estaba haciendo lo correcto, que las pruebas eran suficientes para encerrar a ese hijo de puta, pero una visita de la suegra había demolido todo el duro trabajo.

El esposo estaría de vuelta con ella en cuestión de horas, y Kim apostaba a que la señora Worley estaría haciendo el recuento de sus nuevos cardenales antes de que llegara la noche. Por fortuna, no había niños; de otra suerte, Kim no habría tenido ningún reparo en ponerse en contacto con los Servicios Sociales. Como estaban las cosas, lo único que le quedaba por hacer era registrar como urgentes todas las llamadas que se relacionaran con altercados en esa dirección.

Había hecho todo lo posible, y lo sabía; aun así, quería regresar al fondo del conjunto de casas y hacer un nuevo intento. Maldita sea, la que se les había ido.

—¿Doblarme de risa? No, no voy a reírme.

—Quizás nadie está más cerca que nosotros, pero no estoy segura de…

—Escucha, jefa, en el tejado de un colegio hay una niña de trece años que amenaza con saltar. Estoy segurísimo de que querrán que alguien llegue a ese sitio lo antes posible.

—Sí, pero ¿me reconocerán? —preguntó ella, y aceleró en dirección a Hagley.

La academia Heathcrest, un colegio privado mixto, era la

encargada de formar los corazones y las mentes de los niños ricos y privilegiados de Black Country y las áreas circundantes, desde los cinco años hasta la universidad.

Enclavado entre el pueblo dormitorio de West Hagley y las colinas Clent, el colegio se situaba en el pintoresco límite del extrarradio de Stourbridge.

Kim nunca había conocido a nadie que hubiera estudiado en su internado. Los graduados de Heathcrest no parecían ser la gente indicada para filtrarse en los cuerpos de la policía.

Si tomaban la autovía por Manor Way y doblaban en Hagley Wood Lane, calculó Kim, estarían ahí en pocos minutos. ¿Qué diría, exactamente, al llegar? Esa ya era otra cuestión. Se daba cuenta de que, dado que ella no era célebre por su tacto, diplomacia ni sensibilidad, en la central tendrían que estar desesperados.

En la escala de idoneidad para esta tarea, los negociadores ocupaban los primeros puestos. Enseguida estaban los negociadores en formación. Después, los chicos que aspiraban a ese trabajo. Seguían los psicólogos, la gente común y corriente y, en algún lugar, muy por debajo, estaba ella.

—Sujetaré tu bolso mientras vas a hablar con ella —dijo Kim. Acababan de dejar atrás la señal de límite de velocidad.

Zarandeó la palanca de cambios hasta avasallarla, y, en tres segundos, ya iban a más de noventa.

—Para cuando lleguemos, probablemente ya esté en el suelo —observó Bryant—. Estoy seguro de que en ese lugar tendrán gente cualificada.

Sí, seguramente, pensó Kim mientras reducía la velocidad en una curva a la que seguía una pequeña isleta. Pocos meses antes, había leído un artículo acerca de los multimillonarios planes de ampliación del ala médica. Parecía que el colegio disponía de mejores instalaciones que la mayoría de los centros urbanos de la zona.

—En la siguiente, a la izquierda —dijo Bryant justo cuando ella estaba activando la luz intermitente.

El camino se convertía en una pista de asfalto de una sola vía y serpenteaba entre arcos de sauces, cuyas ramas desnudas cruzaban de un lado al otro hasta entretejerse.

Al final, la calle se estrechaba y se convertía en una entrada para

coches recta. Mientras aceleraban hacia la casa de estilo tudor-jacobeo, Kim se desentendió del sonido de los adoquines que parecían golpear los costados del coche de Bryant.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella.

—Cuatro minutos —dijo él, que había cronometrado el tiempo desde la llamada hasta la llegada.

Un imponente campanario se erguía en el lado derecho del edificio.

—Bryant… —dijo ella, ya cerca de la construcción.

—Yo tampoco veo a nadie ahí arriba —dijo él.

Kim detuvo el coche bruscamente a pocos metros de una multitud que miraba el suelo.

—Ya veo que tenías razón, Bryant —dijo Kim, cada vez más cerca del mar de caras horrorizadas.

Después de todo, la niña había conseguido descender.

Capítulo 3

—Policía. Apártense —ordenó Kim mientras se abría paso entre el círculo de adultos y estudiantes.

Los gritos ahogados se habían silenciado, pero las bocas abiertas le decían a Kim que no había pasado mucho tiempo. Maldita sea, si hubiera quebrantado el límite de velocidad, quizás habrían llegado a tiempo.

—Ya viene una ambulancia —dijo una trémula voz femenina en algún lugar, detrás de ella.

Kim la desdeñó. La ambulancia ya no les serviría de nada.

—Aleje a todo el mundo de aquí —gruñó a un hombre elegantemente vestido que estaba inclinado sobre el cuerpo.

Él vaciló por un instante antes de saltar y entrar en acción.

La detective oyó que Bryant apartaba a los estudiantes con voz atronadora.

Demasiado tarde, puesto que ya no era posible que dejaran de ver lo que habían visto. Esto se reproduciría en sus mentes una y otra vez, estaría presente en sus sueños. Kim nunca dejaría de sorprenderse con este deseo ansioso de la gente por poner en su memoria algo traumático, algo que retendrían para siempre.

—Maldita sea —se dijo a sí misma en cuanto estuvo cerca del cuerpo diminuto.

La niña vestía el uniforme del colegio. La camisa amarilla estaba arrugada y se había salido de una falda marrón que, enrollada, dejaba las caderas descubiertas. Aunque las piernas estaban ocultas bajo unas medias oscuras, Kim se agachó y, con toda gentileza, reacomodó la falda.

El cuerpo estaba boca abajo, con la mejilla izquierda apoyada en la grava. De la herida de la cabeza, donde había hecho contacto con el suelo, la sangre había brotado hasta dejar un charco que manchaba los guijarros blancos. El ojo derecho miraba el camino.

La niña tenía el brazo izquierdo extendido, como si quisiera coger algo. El derecho estaba pegado a su costado. Las piernas juntas y extendidas apuntaban a una rejilla de metal que, cerca del edificio, bordeaba una hilera de narcisos. La niña calzaba unos zapatos negros planos. En la suela derecha del zapato se veía una mancha gris.

Kim calculó que tendría poco más de diez años.

—¿Cómo se llama? —preguntó al hombre elegantemente vestido, que acababa de reaparecer a su lado.

—Sadie Winters —contestó este en voz baja—. Tiene trece años —añadió.

«Madre de Dios», pensó Kim.

Él le tendió la mano sobre el cadáver.

—Brendan Thorpe, director de Heathcrest.

Kim desdeñó la mano y simplemente asintió.

—¿Usted la vio en el tejado? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Oí a alguien gritar por el pasillo que una estudiante estaba en el tejado a punto de saltar. Llamé a la policía de inmediato, pero, cuando llegué…

—¿Ya había saltado? —preguntó Kim.

—Es solo una niña —susurró Brendan Thorpe.

Los problemas de los niños no eran menos importantes ni menos intensos que las preocupaciones de un adulto, razonó ella. Todo era relativo. El rompimiento con un novio podía significar el fin del mundo. Los sentimientos de desesperanza no eran propiedad exclusiva de los adultos.

Se volvió hacia el camino cuando escuchó un ruido de neumáticos sobre la grava. Dos coches patrulla, seguidos de una ambulancia, se detenían a un lado del Astra de Bryant.

Reconoció al inspector Plant, un policía agradable, eternamente bronceado, de pelo y barba blancos que contrastaban con el color de su piel.

Él se dirigió a ella al mismo tiempo en que Bryant reaparecía.

—Suicidio aparente —lo informó Kim, como principio del relevo. A pesar de que habían sido los primeros en la escena del crimen, no se quedarían con el caso. La División de Investigaciones Criminales no tenía competencias en los suicidios, salvo para

acordar con el forense que esa había sido la causa de la muerte, cosa que harían una vez realizada la autopsia.

Mientras tanto, habría padres a los que informar, testigos a los que interrogar, declaraciones que tomar… Pero eso no lo harían ni ella ni su equipo.

—Se llama Sadie Winters y tiene trece años —dijo a Plant.

Con un leve movimiento de cabeza, él demostró su pesar.

—Este hombre, Brendan Thorpe, es el director. Él fue quien hizo la llamada, pero la niña ya había saltado cuando él llegó.

El inspector Plant asintió.

—Gracias, chicos, nos haremos cargo de…

Interrumpió sus palabras una voz femenina que se dirigía a ellos.

—¿Es ella? —gritó la voz.

Todos se volvieron hacia la niña rubia, vestida con el uniforme del colegio, que esquivaba al director y se precipitaba sobre ellos.

—Déjenme pasar —gritaba—. Tengo que ver si es ella.

Kim se instaló frente a la víctima y tensó el cuerpo, a la espera del choque. Esta niña se precipitaba hacia ella como una jugadora de *rugby*, sin detenerse ante nadie.

—Te tengo —dijo Kim, que, con los pies bien plantados en el suelo, había logrado sujetarla antes de que pudiera pasar.

La niña, apenas unos tres centímetros más baja que Kim, se esforzaba por mirar más allá, pero Bryant y Plant ya se habían situado para bloquearle la vista.

—Por favor, déjenme pasar —chilló al oído de Kim.

—Lo siento —dijo la detective, tratando de retenerla.

—Solo quiero estar segura —gritó la niña.

—¿Quién…?

—Por favor, solo déjeme pasar. Me llamo Saffron. Sadie Winters es mi hermana.

Capítulo 4

—Joder, qué intenso —dijo Bryant cuando se dirigían al coche.

Sí, a ella todavía le dolían las costillas por los empujones de la niña. Afortunadamente, el psicólogo del colegio había aparecido y, con la ayuda del director, había logrado arrastrar a la niña hacia el campanario.

Al llegar al coche, se volvieron. El inspector Plant y su equipo ya se habían dispersado entre el tumulto de alumnos y adultos. Algunos custodiaban el cadáver a la espera de Keats.

La hermana de Sadie Winters estaba sentada junto al campanario, con la cabeza agachada. Tenía a un lado al psicólogo, un hombre pelirrojo, de barba tupida, delgado y enjuto. El director Thorpe, por su parte, caminaba de un lado al otro, hablando por teléfono.

Y, en medio de todo aquello, estaba el cadáver de una niña de trece años.

A pesar de sus limitaciones en el departamento de la compasión, Kim se descubrió deseosa de, por lo menos, haber tenido la ocasión de hablar con la niña, de entender qué pasaba por su cabeza, de asegurarle que aquello no era tan malo como parecía. La conexión emocional con otras personas no estaba entre sus principales habilidades, pero lo que había acontecido era, sin duda, lo pero que podía suceder.

—Madre santa, Bryant, si tan solo hubiéramos…

—Cuatro minutos, jefa —dijo él, como recordatorio de lo que habían tardado en llegar.

—Pero es que era tan jodidamente joven —dijo Kim, y abrió la puerta del coche. Estaba segura de que muchos adolescentes se planteaban terminar con todo, pero estaban muy lejos de hacerlo. ¿Cuán mal le estaba yendo para, de verdad, haber saltado a una muerte segura?

Hizo una pausa y se volvió para echar un buen vistazo al edificio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bryant.

—No lo sé —contestó ella con franqueza, mientras su mirada iba del lugar donde estaba el cuerpo hacia el tejado.

Su cerebro ya estaba poniendo en orden los casos sobre su escritorio y la explicación, tanto para Woody como para la fiscalía de la corona, acerca del malogrado asunto de la señora Worley. Su mente ya había abandonado el lugar donde se encontraban y se dirigía a la sala de la brigada. Lo único que no se había movido de ahí eran sus instintos.

Y tenía la sensación de que algo no iba bien.

—«Atormentada», oí que el psicólogo decía al inspector Plant —habló Bryant.

—Joder, ¿no lo estamos todos a los trece años? —dijo ella.

A esa edad, Kim acababa de perder a Keith y Erica, los únicos dos adultos que la habían amado alguna vez.

—Jefa, tienes en la cara esa mirada de Cazafantasmas.

—¿Mirada de qué? —preguntó ella, mientras sus ojos viajaban a la parte alta del edificio.

—Esa expresión que dice que estás mirando algo que no está ahí.

—Mmm… —dijo ella, distraídamente.

Sus ojos recorrían el gran edificio de tres plantas. Se detuvieron en las ventanas altas, en la galería circular en el centro, en el tejado plano con balaustradas de piedra. Este unía los dos tejados en forma de arco que coronaban unas alas cubiertas de hiedra, las cuales se alzaban orgullosas en el remetido centro.

—Jefa, es hora de marcharnos —la interrumpió Bryant—. En la comisaría tenemos un montón de casos propios.

Tenía razón, como siempre. Los asuntos importantes que caían en su escritorio no interrumpían el flujo de los pequeños casos. No era un juego de cartas donde un asesinato anulaba las agresiones sexuales, los robos ni la violencia relacionada con las bandas. Todavía se estaban recuperando de los incidentes que se les habían acumulado durante la última aventura, la del asesinato de las trabajadoras nocturnas de la calle Tavistock.

Aun así, que algo pareciera un pato y sonara como un pato no quería decir que, en realidad, fuera un pato.

Cerró la puerta de golpe.

—Jefa… —la advirtió su colega.

—Sí, en un minuto, Bryant —dijo ella, mientras caminaba hacia el edificio.

Capítulo 5

—¿Esta es la única subida al tejado? —preguntó Kim.

Ascendían por unos escalones de piedra desde la tercera planta, después de haber recorrido un pasillo que pasaba detrás de una hilera de dormitorios.

Brendan Thorpe negó con la cabeza.

—Hay una salida de incendios en el ala este, pero el paso al tejado ha estado cerrado hace más de un año —dijo. Se sacó del bolsillo un llavero que no habría colgado tan bajo si el cinturón le funcionara mejor. Ceñido bajo la barriga de un hombre de mediana edad, no hacía un gran trabajo.

El hombre intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—¿Es posible que Sadie hubiera tenido una copia de la llave?

Thorpe parecía desconcertado.

—No veo cómo —dijo, y frunció el ceño.

—Vaya, de algún modo llegó hasta ahí —observó Kim, por si el hombre había olvidado que una niña yacía muerta en el suelo. Para el director, el que la niña hubiera robado la llave era el último de los problemas.

—Lo lamento, inspectora, deberá tener paciencia conmigo. Sigo un poco conmocionado —dijo mientras probaba una llave equivocada.

—Lo entiendo, señor Thorpe, pero sería muy útil saber cuántas llaves del tejado hay.

—Claro —dijo él, y se apartó.

—Hay una en mi juego maestro. El subdirector tiene otro juego idéntico al mío. También, el conserje y el personal de mantenimiento. Cada jefe de casa o maestro tiene un juego reducido de llaves, en el cual se incluye la del tejado.

—¿Lo que hace un total de…? —indagó Kim.

—Un total de catorce llaves —respondió él.

Kim miró a Bryant, quien sacó su cuaderno de apuntes.

Salió al tejado plano y miró a su alrededor, en un intento de analizar las dimensiones de los edificios conectados por pasillos y escaleras. Desde donde estaba, podía ver claramente cuatro alas, cada una del tamaño de un par de campos de fútbol. Desplazarse por las áreas desde ahí ya era todo un desafío, pero, escaleras abajo, con el colegio repartido en tres plantas, le habría hecho falta un buen navegador satelital para moverse por todos lados.

Pasó por encima de una claraboya y alrededor de un equipo de aire acondicionado para dirigirse al área que, según creía, era el costado del edificio.

El teléfono de Thorpe empezó a sonar.

—Discúlpenme, por favor —dijo, y se dirigió a las escaleras.

Bryant se unió a Kim sobre un parche de betún recién reparado.

—Perdone, inspectora, tengo que bajar —dijo Thorpe muy seriamente—. Los padres de Sadie están en el cordón policíaco.

—¿Lo saben? —preguntó Bryant.

Él negó con la cabeza.

—Solo saben que ha habido un accidente.

Kim lo entendía bien. Ese tipo de noticias solo se daban por teléfono como último recurso. No envidiaba el trabajo que el director tenía por delante.

—Lo informaremos cuando hayamos terminado aquí —dijo mientras el hombre entraba de vuelta en el edificio.

Al lado de su jefa, Bryant se metió las manos en los bolsillos.

Ella lo miró con los ojos entornados cuando él se puso a tararear el tema de Cazafantasmas.

—Tan solo mira allá abajo —dijo ella.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó él, y dio un tímido paso adelante.

Tres pisos más abajo, el cuerpo de Sadie Winters yacía en el suelo. Lo vigilaban unos policías uniformados, mientras otros trabajaban en la recopilación de datos y en la limpieza del área. Keats ya había llegado, acompañado de su equipo de técnicos de escenas criminales, quienes ya se estaban poniendo sus trajes blancos.

—¿Crees que habrá saltado desde aquí? —preguntó Kim después de ponerse en línea con el cadáver.

Bryant asintió y retrocedió un poco.

—Sí, eso parece.

—Mmm… —dijo ella, y dio cinco pasos a la izquierda.

—¿Respuesta equivocada? —preguntó él.

—¿Qué te parece aquí? —preguntó ella, haciendo caso omiso a la pregunta de su compañero.

Una vez más, él se acercó cautelosamente y negó con la cabeza.

—Demasiado lejos.

Kim pasó junto a él y siguió de largo hacia la derecha.

—¿Qué me dices de este lugar? —preguntó.

—Jefa, ¿estás tratando de hacerme vomitar?

—Hace siglos que no cocino para ti, así que solo observa —lo presionó.

Él miró hacia abajo y negó con la cabeza.

—Aterrizó demasiado lejos de aquí.

Kim volvió al primer lugar, en línea directa con el cadáver. Frunció el ceño mientras miraba hacia abajo.

—*Who you gonna* c… Ah, ahora veo a qué te refieres —dijo Bryant.

—Las barandillas —aclaró ella.

Una hilera de pinchos negros de hierro forjado, de unos treinta centímetros cada uno, rodeaba una estrecha superficie plantada que ella ya había notado desde el suelo. A cuatro pasos de ahí, por uno y otro lado, no había barandillas.

—Es un obstáculo —dijo Kim—. Mira abajo e imagina tu cuerpo aterrizando en esos pinchos.

—Uf —dijo Bryant, y apartó la mirada.

—Exacto —dijo Kim—, y eso que tú eres un adulto…, supuestamente.

—Pero, si de todos modos me estoy suicidando, ¿no espero terminar con el cuello roto o con el cráneo fracturado? —alegó él.

—Pero ¿de verdad puedes imaginarte empalado en esos pinchos? —preguntó ella.

—No, en realidad, aunque no soy una niña de trece años trastornada —arguyó.

—Sí, pero yo sí lo fui, y puedo decirte que me habría fijado en esos pinchos.

La gente quiere morir sin dolor, y eso no cambia con los

suicidas. Rápido y sin dolor. Lógicamente, esto no tenía sentido para ella. Recordó la marca gris en la suela del zapato de Sadie y echó otro vistazo por toda la superficie del tejado.

—Mmm… —dijo. No encontraba lo que estaba buscando.

—¿Ahora qué? —preguntó él, ya cansado.

—El cigarrillo —contestó ella—. Sadie acababa de aplastar un cigarrillo con el zapato, pero no hay ninguna colilla por aquí —observó.

—Jefa, ¿en qué estás pensando, exactamente? —preguntó él con un poquillo de miedo en la voz.

—Estoy pensando en que, antes de marcharnos, quizás deberíamos charlar con nuestro buen amigo Keats.

Capítulo 6

Kim salió a lo que parecía ser un caos.

Plant y su equipo habían conseguido despejar el área cercana al cuerpo, pero aún seguían tratando de acorralar a los estudiantes y los adultos para poner un poco de orden. Era obvio que los rumores habían corrido, de modo que el número de espectadores ya se había multiplicado por diez. Acababa de detenerse un tercer coche patrulla y los agentes estaban tratando de empujar a todo el mundo de vuelta al edificio principal.

Kim se desentendió de todo eso y concentró su atención en el suelo.

—Ahí hay una —dijo, y señaló—. Y otra.

—El fumadero secreto —dijo Bryant, que miraba alrededor.

Kim frunció el ceño.

—Esa marca no habría permanecido en la suela del zapato si se hubiera fumado el cigarrillo en este lugar —observó.

—La colilla pudo haber volado hasta aquí, jefa —dijo Bryant. Señaló el edificio con un movimiento de cabeza.

—Haz que las recojan todas —dijo Kim, y se encaminó al centro de la actividad forense. Se alegró de ver que habían colocado un discreto cortinaje alrededor de la víctima.

—¿No hay nada que puedas hacer con toda esta gente? —preguntó Keats, sin saludar siquiera.

—En realidad, no es mi caso —contestó ella, y se encogió de hombros.

—Entonces no me hables —dijo él. Se acomodó las gafas en el puente de la nariz.

—Maldita sea, Keats, ¿quién se ha cagado en tu desayuno? —preguntó ella—. Yo acabo de llegar.

—Toda esta gente con sus malditos teléfonos. Tratan de sacar una foto de esta pobre niña para difundirla por las redes sociales.

Kim entendió que la única persona por quien Keats se preocupaba en ese momento era la que ya había dejado de respirar. Le dio al hombre un momento de silencio mientras trabajaba en su análisis preliminar.

—¿Sigues ahí? —preguntó él, levantando la mirada.

—La hora de la muerte ha sido entre la una y cuarto y la una y media —expuso ella.

Él la miró con el ceño fruncido y señaló algo.

—Y ese tipo que está junto a la pared, el del pelo rojo, es un asesino en serie en potencia.

Kim contuvo la sonrisa.

—Yo no te estaba diciendo cómo hacer tu trabajo, Keats —le indicó.

El forense se enderezó.

—No, en realidad. ¿Qué haces en este sitio?

Ella enarcó una ceja.

—Solo pasaba por aquí.

—La palabra pasar indica un movimiento continuo, así que te sugiero que sigas…

—¿Algo sospechoso? —preguntó ella, sin hacer caso al exabrupto de Keats.

—¿Te refieres a algo más que el hecho de que una niña de trece años haya decidido acabar con su vida?

—Sí, además de eso. ¿Hay algo físico?

Él negó con la cabeza.

—Todavía no, pero me gustaría echarle un buen vistazo antes. Y, pensando en eso, no estoy contento aquí —dijo, y lanzó la mirada a las ventanas, donde los rostros se apiñaban contra los cristales—. Sabré más en cuanto la haya limpiado.

—¿Me tendrás informada? —preguntó ella.

—Por supuesto, inspectora, dado que siempre tengo muy poco que hacer —dijo él antes de dirigirse a uno de sus técnicos—. William, si fueras tan amable.

William se situó junto a los pies mientras Keats se colocaba junto a la cabeza.

Los dos se agacharon al mismo tiempo y, con todo cuidado, pusieron a la víctima boca arriba en la camilla. Por primera vez, Kim pudo observar el rostro completo. No parecía mayor de lo que

era. No tenía maquillaje, sombras de ojos ni rímel.

Parecía exactamente lo que era: una niña.

—Venga, jefa, tenemos que volver a la…

—Lo sé, Bryant, ya voy —contestó ella, y empezó a darse la vuelta.

Entonces se volvió hacia el cuerpo y echó otro vistazo al rostro. Se dio cuenta de que Keats, perplejo, hacía exactamente lo mismo.

Se acercó un paso y observó la mejilla izquierda. Una marca roja se extendía desde ahí hasta la sien. Alrededor de la oreja había un corte, el culpable del charco de sangre bajo la cabeza. Pero algo, en lo que veía, no encajaba del todo. Habría esperado ver una parte de la cabeza hundida donde el cráneo había golpeado el suelo, así como grava incrustada en la piel suave de la mejilla.

Kim se daba cuenta de que esta no parecía una cara que se hubiera estrellado contra el suelo desde una altura de tres pisos.

Capítulo 7

De vuelta en el coche, Kim no se sorprendió de ver que tenía una llamada perdida de Woody.

La conversación con el inspector Plant había sido bastante agradable, y él había recibido, con muy buen ánimo, la evaluación que Kim había hecho de las circunstancias sospechosas. Muy amablemente, Plant había accedido a dejar a su equipo tomando declaraciones a los testigos. Prometió que Kim las tendría sobre su escritorio a la mañana siguiente.

Para el jefe de Kim, no podía pasar inadvertido que ella hubiera solicitado al forense un informe de la autopsia de Sadie Winters. Esas solicitudes las hacían los agentes de la policía o los médicos en caso de que la muerte hubiera sido inesperada, violenta, poco natural o sospechosa. El objetivo era averiguar cómo había muerto alguien y saber si era necesario abrir una investigación.

Seguramente, la familia Winters no se lo agradecería, pero, independientemente de la edad de Sadie, no se necesitaba un permiso de la familia. Los instintos le decían que estaba haciendo lo correcto al analizar de cerca esa muerte; aun así, pasó por un momento de inquietud antes de llamar a la puerta de Woody. Suponía que esta incomodidad se debía a las dudas que había observado en los ojos de su colega cada vez que se mencionaba el nombre de Sadie.

—¿Señor? —preguntó. Había dejado el cuerpo del otro lado de la puerta y asomaba solo la cabeza. Tenía esperanzas de que eso fuera suficiente, de que la conversación fuera muy breve.

—Entra, Stone —dijo él. Se quitó las gafas de leer de la cabeza y las puso encima del escritorio, a un lado de la fotografía de su nieta, Lissy.

O no. Tal vez no sería breve.

Señaló el extremo derecho de su escritorio.

—¿Ves ese espacio vacío, Stone? —preguntó.

Ella asintió. Ya sabía lo que se avecinaba.

—Ha estado vacío dos semanas, el tiempo que ha transcurrido, más o menos, desde que te pedí una copia de las evaluaciones de tu personal. Estaba seguro de que ya te habrías encargado de ellas y que, simplemente, te habías olvidado de traerme las copias —dijo, y enarcó una ceja.

Ella contuvo un gemido que, desesperado, quería salir pitando. Evaluar cada año el desempeño de los miembros de su equipo no era una actividad que le resultara natural.

—Esa expresión que estás tratando de ocultar me dice que no has hecho el trabajo —observó él—. Por favor, dime: ¿por lo menos les diste los formularios que debían cumplimentar? —preguntó.

—Absolutamente, señor —dijo ella, asintiendo. Con respecto a eso, no necesitaba ocultar la verdad de una forma imaginativa. Ya había recuperado los formularios, solo que no recordaba qué había hecho con ellos. Kim sentía que no necesitaba compartir con su jefe ese pequeño detalle.

—Los tendrá hacia fines de esta semana, señor —dijo ella, y se dirigió hacia la salida.

Ahora, si tan solo pudiera llegar al picaporte antes de que…

—Los padres de Sadie Winters no están contentos.

—¿Ya se enteraron? —preguntó ella. No había pasado ni una hora desde que ella abandonó el sitio.

—Sí, ya lo saben.

—Señor, ¿quién les dijo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Eso no importa, por ahora. Tienen que enfrentarse a la idea de que su hija ha sido masacrada, cuando eso no va a servir de nada para traerla de vuelta —dijo él.

—Tampoco los ayudará soslayar las circunstancias sospechosas que rodean su muerte —contraatacó ella—. Pero lo haré, de todos modos.

—¿Y estás segura de que las circunstancias que rodean la muerte son sospechosas y que nada de esto tiene que ver con el hecho de que no llegaste a tiempo?

—¿Eso es lo que usted cree?

—Lo que es más importante, ¿eso crees tú?

Ella negó con la cabeza. No había manera de llegar más rápido

al colegio, pero se había sentido herida con esas palabras.

—¿De verdad cree que yo sería capaz de prolongar la agonía de la familia con el único afán de apaciguar mi propia culpabilidad, señor?

—¿Que si creo que tu fracaso en hacer que la señora Worley cambiara de opinión y testificara en contra de su marido estaba en tu cabeza cuando te dirigías al colegio? ¿Que si creo que asumes la culpa por cada víctima que no puedes salvar y que, por lo tanto, te entierras en la responsabilidad y la determinación personal de enderezar todo tuerto? —preguntó, aunque no le dio tiempo a contestar—. Sí, personalmente, sí lo creo. Desde un punto de vista profesional, en esta ocasión habrá un montón de gente muy influyente vigilándote de cerca, Stone —dijo, de manera significativa—. Además, estarán muy esperanzados en que descubras que esta muerte ha sido un suicidio.

Ella asintió. La academia Heathcrest había preparado a muchos ricos y poderosos. La reputación del centro era ejemplar, y Kim estaba segura de que así la querrían mantener. El suicidio, como forma de muerte, no era la mejor carta de recomendación. Era poco probable que apareciera en los prospectos de ventas, pero era mejor que cualquier otro de los posibles escenarios.

Mucha gente influyente estaría observando cada uno de sus movimientos, y no dudaría en derribarla, en caso de que diera un paso en falso. Al seguir sus instintos y volver a Heathcrest, arriesgaba su trabajo, su carrera, el respeto de su equipo y la buena voluntad de su jefe.

Pero nada de esto la preocupaba en lo más mínimo cuando lo comparaba con la muerte de una niña de trece años.

—Así que, déjame preguntártelo de nuevo, Stone: ¿Estás segura de lo que haces?

Ella lo miró a los ojos con obstinada determinación.

—Sí, señor. Estoy segura.

Capítulo 8

Kim entró a la sala general con su café para comenzar la reunión informativa matutina.

—Vale, chicos —dijo, y echó un vistazo al tablero vacío—. Empecemos.

El silencio llenó sus oídos por unos segundos cuando los miembros del equipo se miraron entre sí, pero no a ella.

—¿Empezar qué? —preguntó Bryant, finalmente, poniendo voz a los pensamientos del resto del equipo.

—¿Ninguno de vosotros cree que hay algo? —preguntó sorprendida.

Dawson negó con la cabeza.

—La pobre niña rica probablemente no pudo salirse con la suya al tratar de llamar la atención desde el tejado y perdió el equilibrio —opinó.

Stacey se encogió de hombros.

—O el novio terminó con ella y la niña estaba destrozada de aflicción.

—O estaba muy presionada por la carga de trabajo y todo se volvió demasiado para ella —sugirió Bryant.

—Así que tenemos tres teorías diferentes, pero ¿ninguno de vosotros piensa que Sadie Winters debería estar en nuestro tablero? Y, por supuesto, ¿nada de esto tiene que ver con el hecho de que asistía a un colegio privado?

Se miraron unos a otros. Dawson fue el primero en hablar.

—Jefa, tengo dos agresiones graves y una lista de delitos de robo.

Stacey levantó la mirada.

—Estoy trabajando en una lista de robos a mano armada en Wolverhampton para ver si hay algún…

—Epa, esta no es una jodida competencia de valía —dijo ella,

alzando las manos—, pero ¿en qué parte de la descripción de vuestro puesto de trabajo, podéis explicarme, dice que las circunstancias sospechosas que rodean la muerte de un rico nos importan menos?

Dawson cambió de colores.

—No tiene nada que ver…

—Por supuesto que tiene que ver —alegó ella—. Ya asumisteis que la pobre niña estaba buscando atención o que tenía problemas que clasificaríais como intrascendentes. ¿Y si esto hubiera ocurrido en el colegio que está por el camino de Hollytree o en la academia que está al fondo de tu calle, Stacey, supondrías lo mismo? —preguntó.

—Es solo que no parece sospechoso —dijo Dawson.

—Tiene pinta de ser un suicidio —repuso Bryant.

Sí, todos tenían razón, y ella tenía que admitirlo, pero, de cualquier modo, había unas cuantas cosas que no podía apartar de su cabeza. Cosas que la habían acompañado, junto con Barney, en el paseo nocturno y que seguían ahí por la mañana, cuando abrió los ojos.

Lo primero antinatural, algo que le revolvía el estómago, era el suicidio de una niña de trece años. Kim sabía que esas cosas sucedían, pero había una gran pregunta: ¿por qué? No era cuestión de simplemente aceptarlo y seguir adelante.

Físicamente, no podía aceptar que Sadie hubiera escogido ese lugar para saltar. En un rápido vistazo hacia abajo, habría descubierto todos esos feroces pinchos negros que la miraban de frente. Tendría que haber dado un gran salto hacia delante para evitarlos, en vez de dar unos cuantos pasos a la derecha o a la izquierda, donde habría tenido una caída limpia.

También la preocupaba la ausencia de una colilla de cigarrillo en el tejado, pero no tanto como la falta de marcas de grava en la piel. Puestas de forma aislada, estas inconsistencias no eran muy significativas, pero, juntas, sí que importaban.

Evidentemente, para su equipo significaban menos que para ella.

—¿Qué crees que estamos buscando, exactamente, jefa? —preguntó Bryant.

Ella se encogió de hombros. De verdad, no tenía ni idea. Notó el colectivo suspiro de alivio cuando el equipo pensó que ese

reconocimiento era una señal de derrota.

Ninguno de ellos pensaba que hubiera nada sospechoso en esa trágica situación.

Menos mal que esto no era una democracia y que ella era la jefa.

—Dawson, escribe el nombre de Sadie en la pizarra. Ahora —dijo, justo en el momento en que su teléfono empezaba a sonar.

Capítulo 9

—Así que, ¿por qué quiere vernos Keats, exactamente? —preguntó Bryant mientras aparcaba el coche en el hospital Russells Hall.

—Los padres de Sadie han identificado el cadáver y están pidiendo una resolución rápida, y es comprensible —reconoció ella.

Ningún padre querría pensar en su hijo almacenado en la cámara frigorífica de una morgue. Querrían que el cuerpo fuera trasladado a una funeraria donde pudieran visitarlo y empezar a hacer planes para el entierro.

—¿Una simple formalidad, entonces? —preguntó Bryant.

—Mmm… —respondió ella, distraídamente.

En cuanto Keats y Kim estuvieran de acuerdo en que había sido un suicidio sin circunstancias dignas de sospecha, el cuerpo sería entregado.

Estaba a punto de entrar en el hospital cuando algo llamó su atención. Sobre la acera, en un banco de madera, había una pareja acurrucada. El brazo del hombre rodeaba firmemente los hombros de la mujer, como si la sostuviera.

Por puro instinto, Kim supo quiénes eran. Los hombros cargados de dolor y las espaldas encorvadas le dijeron que estaba mirando a los padres de Sadie. Se desvió de la entrada y se dirigió al banco.

—¿Señor Winters, señora Winters? —preguntó cuando estuvo delante de ellos.

Ambos levantaron la vista, sorprendidos.

Kim se presentó a sí misma y a Bryant, quien ya se había puesto a su lado.

El señor Winters hizo un movimiento para levantarse, pero Kim negó con la cabeza.

—Por favor, quédese donde está. Estoy segura de que lo que ha presenciado le ha provocado una fuerte sacudida.

A estas horas, el día anterior, esta pareja tenía dos hijas. Hoy

solo les quedaba una. A primera vista, la menor había decidido quitarse la vida. Las preguntas nunca terminarían. La culpabilidad nunca los abandonaría.

—Parecía muy tranquila —dijo la señora Winters, con lágrimas en los ojos enrojecidos. Se volvió al abrazo de su esposo, quien la estrechó con firmeza.

Ambos vestían vaqueros informales, pero bien cortados. Él llevaba una sudadera bajo una chaqueta deportiva, en tanto que ella tenía puesto un cárdigan de punto sobre una camiseta en tonos pastel.

—Sentimos mucho su pérdida —les dijo Bryant.

La señora Winters asintió y parpadeó furiosamente para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con inundar sus verdes ojos.

—Gracias —dijo él, y miró hacia la puerta—. No puedo soportar la idea de que esté entre…

Sus palabras se perdieron. Kim se preguntó a qué se debía ese miedo, exactamente. ¿A que estuviera entre otros cadáveres? Ya nada podía hacerle daño.

—Ayer, nosotros fuimos los primeros en llegar —dijo Kim.

La señora Winters giró la cabeza de golpe.

—¿La vio? ¿Estaba viva? ¿Habló con ella?

Kim negó con la cabeza.

—Tengo entendido que todo sucedió muy rápido —dijo con amabilidad.

La señora Winters asintió y bajó la mirada.

—Eso es lo que nos dijo el director Thorpe.

Kim se alejó un paso, pero recapacitó.

—¿Puedo hacerles un par de preguntas? —Tenía entendido que la pareja acababa de identificar el cuerpo de Sadie, pero, al parecer, podrían soportar una o dos preguntas.

El señor Winters dudó antes de asentir. Kim entendió que debía ser muy mesurada.

—¿Saben si Sadie estaba teniendo problemas? —preguntó.

El señor Winters no vaciló en lo más mínimo antes de asentir.

—Sadie ya llevaba un tiempo con problemas —admitió—. Estaba siendo retraída y, a veces, hostil. Nos estaba costando trabajo comunicarnos con ella. Suponíamos que se trataba de una

etapa, pero, por lo visto, era más infeliz de lo que creíamos —dijo, y apartó la mirada.

Kim deseaba tener algún consuelo que ofrecer, pero sospechaba que era mucho más difícil vigilar el estado psicológico de una hija si estaba en un internado.

—Queríamos hacer los arreglos necesarios para traerla a casa —dijo él en voz baja—. Lo siento, ya sabe lo que quiero decir.

Kim lo sabía, y ella habría querido lo mismo.

El padre continuó:

—El tipo de ahí dentro, el forense, nos explicó que estaba esperando la llegada de un detective.

«Gracias, Keats», pensó ella, por endosarle la responsabilidad y depositarla firmemente a sus pies.

—Así que ¿nos la entregará?

—Tan pronto como podamos —dijo Kim, con lo que le dejaba claro que, en ese momento, no podía darle una respuesta—. Los informaremos en cuanto nos sea posible, pero antes hay que cumplir algunas formalidades.

—Pero, sin duda…

—Señor Winters —interrumpió Bryant—, no se preocupe. Solo cuide a su esposa —le dijo, y miró a la señora Winters, quien lloraba quedamente en el hombro de su marido.

Él asintió y se puso de pie. Condujo a su esposa hacia un Bentley aparcado en una doble línea amarilla.

—Espero que pronto podamos traerles un poco de paz —dijo Bryant mientras se dirigían a la morgue.

Kim asintió en señal de que estaba de acuerdo. Las puertas automáticas se deslizaron hasta quedar completamente abiertas.

—¿Qué tienes, Keats? —preguntó ella.

—Más amigos que tú —respondió él sin volverse.

Ella se encogió de hombros. Eso no era ningún logro.

—Acabo de ver a los padres de Sadie ahí fuera. Qué guay que me lanzaste delante del autobús —le dijo.

—¿Esa es una opción viable, de verdad? —preguntó él, y se dirigió a Bryant, quien, como toda respuesta, se encogió de hombros.

A Kim se le quedaron colgadas tres réplicas en la lengua cuando notó que la cara de Keats estaba más tensa que de costumbre. Las

arrugas en las comisuras de sus ojos parecían más profundas, y las ojeras, más oscuras. Difícilmente había podido dormir bien bajo los nubarrones de haber abierto a una niña en canal.

Ella había observado el habitual estremecimiento de Bryant, como cada vez que entraban en el depósito de cadáveres. Por alguna razón, la fría y austera esterilidad del entorno lo inquietaba. A ella, no tanto. La hacía acordarse de su primer apartamento.

—Es obvio que la quieren de regreso en cuanto sea posible —dijo Kim.

—Esperan una resolución rápida —expuso Keats, mirándola a los ojos.

Kim se recostó contra una bandeja metálica del tamaño de una cama. Pensaba en los padres angustiados, desesperados por sacar a su hija de este ambiente frío y estéril. Incluso llegó a considerar la sutil insistencia que provenía de su compañero, a un lado. Entonces recordó las barandillas y la mancha de ceniza en el zapato y el hecho de que no hubiera grava incrustada en la piel.

—¿Empezamos, entonces? —preguntó ella.

—Ya está —respondió él con un largo suspiro.

—¿Ya has hecho la autopsia? —volvió a preguntar Kim. Durante años, ella había echado mano de súplicas, engatusamientos, intentos de soborno y amenazas de violencia sin conseguir que el hombre hiciera una autopsia a tal velocidad.

—Yo también tengo jefes, Stone —dijo él, mirándola a los ojos.

Maldita sea, esta familia contaba con amigos bien situados.

—¿Te están presionando para que declares que fue un suicidio? —preguntó.

—No presionando, exactamente. Tan solo digamos que lo consideran preferible.

—¿Y? —dijo ella.

Él cogió su portapapeles.

—Puedo confirmar que esta niña no se cuidaba mucho. Todos sus órganos internos gozaban de buena salud y, aparentemente, funcionaban bien; sin embargo, ni su estómago ni sus intestinos contenían nada que se pareciera, ni remotamente, a una comida adecuada. Sadie Winters parecía sobrevivir de bebidas energéticas y barritas de cereales. Por lo tanto, su peso era considerablemente bajo.

Kim no pudo evitar preguntarse si la niña había enfrentado problemas con el peso y si sus ingestas de comida y bebidas habían sido alguna forma de control.

—¿Hay evidencias de trastornos alimentarios? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Nada obvio, pero podría ser demasiado pronto para decirlo.

Kim advertía que al forense aún no lo abandonaba la expresión atribulada que ella le había visto al entrar.

—Keats, a pesar del hecho de que nos están presionando para que devolvamos esta niña a sus padres cuanto antes, adivino que no declararemos el suicidio.

El forense la miró por encima de sus gafas.

—Eres muy perceptiva, inspectora. Tienes razón, y ahora te diré por qué.

Capítulo 10

Resistió el impulso de volverse hacia Bryant con una expresión de «te lo dije». En vez de eso, centró su atención en Keats.

—Continúa —lo instó.

Él levantó la sábana y la enrolló lentamente, desde las puntas de los pies, sobre las rodillas y hasta la parte superior de los muslos de la niña. Con el pulgar y el índice, pellizcó suavemente la piel y tiró de ella.

—Maldita sea —dijo Bryant, y la propia Kim abrió los ojos de par en par.

Tenían ante sí veinte o más pequeñas cicatrices que se entrecruzaban. Algunas eran blancas, mientras que otras, más recientes, eran rojas, aliviadas por la sangre coagulada. Bryant movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Qué demonios es esto?

—¿Autoagresiones? —preguntó Kim, mirando a Keats.

Él asintió.

—Hay algunas en la pierna derecha, pero ella prefería la izquierda.

Durante su infancia, Kim se había topado con unas cuantas personas que se autolesionaban. Algunas escogían lugares del cuerpo más visibles, subconscientemente esperanzadas en que las heridas fueran descubiertas, como un grito de ayuda. Para los misteriosos, un lugar común era la cara interna del muslo. Al estar tan cerca de las partes íntimas, era poco probable que las heridas fueran vistas. Sadie no había tratado de hacerse notar.

—Madre mía, pobre niña —dijo Kim. Fuera lo que fuera que le estuviera ocurriendo, esto era demasiado para una chica de trece años.

En la vida real, había niñas de trece años grandes, así como otras más pequeñas. Algunas habían descubierto a los chicos, el

maquillaje y la sexualidad, y entonces parecían mucho mayores. Otras no. Pero, en la muerte, con el cuerpo completamente limpio, no había ninguna diferencia. Sobre la mesa yacía una niña de trece años.

—Pero ¿esto no fortalece la teoría del suicidio? —preguntó Bryant.

—Solo si no tomas en cuenta las anomalías —contestó Keats, y cogió una pila de radiografías—. ¿Recuerdas la posición del cadáver en la escena?

—Por supuesto —contestó ella. La visión del cuerpo quebrantado de la niña permanecía bien grabada en su memoria.

—¿Te importaría adoptar esa posición para mí, en aras de mi explicación detallada? —preguntó él.

Ella puso los ojos en blanco y empezó a agacharse.

—Aquí no —le espetó Keats.

Ella se quedó mirando el banco de trabajo metálico que estaba cubierto de radiografías.

—Solo ponte aquí —dijo el forense, impaciente, señalando la mesa de metal junto a Sadie.

—Keats… —lo advirtió ella.

—Ay, no seas tan infantil —gruñó él.

Ella negó con la cabeza antes de ponerse de costado y tumbarse en la gran bandeja, esforzándose por no pensar en quienes habían llenado ese espacio antes que ella. Ya en posición, Kim vislumbró la mano izquierda de Sadie, que asomaba por debajo de la sábana. Dominó la urgencia instintiva de estirar el brazo sobre el espacio que las separaba y cogerla.

—Vale, perfecto, excepto por tu pierna izquierda, que tendría que estar un poco más alta.

Ella movió la pierna mientras Bryant, con una tos, ocultaba una risita. Kim captó el guiño que Keats dedicó a su compañero.

—Epa, chicos —gruñó.

—Vale. Imagina que aterrizaste así.

Kim cerró los ojos e imaginó que acababa de golpear el suelo en esa posición. Sentía que tocaban la superficie el tobillo, el costado de la pierna más baja, el borde de la rodilla y la cadera, un lado de la caja torácica y el hombro.

—¿Cuáles son las áreas de mayor impacto? —preguntó Keats.

Kim contestó sin abrir los ojos.

—El tobillo, la rodilla, la cadera y el hombro.

—Todos están intactos —dijo él. Eso provocó que ella abriera los ojos y se sentara.

—Pero esto no tiene ningún…

—Vuelve a donde estabas —le pidió mientras ponía las radiografías en el visor y encendía la luz. Cogió una varita, vino a sentarse junto a ella y apuntó sobre la primera imagen—. Esta fractura está en la otra rodilla, y el hueso se rompió hacia dentro, como si lo hubieran pisado. —Señaló un punto en la rodilla de la propia Kim, uno que no había estado en contacto con la superficie de la bandeja—. El segundo hueso roto está en la costilla derecha —dijo, señalando de nuevo con la varita el lugar exacto.

La rodilla no estaba ni cerca de la superficie metálica.

—Finalmente, ¿qué me dices de esto? —dijo, y puso la mano en la parte superior de la cabeza de Kim.

Ella la movió de un lado al otro.

—Nada.

El forense fue a donde estaban las radiografías y reemplazó la primera del visor.

—Maldita sea —dijo Bryant.

Kim se sentó. Se descubrió a sí misma tocándose la cabeza, justo en el punto donde, con toda claridad, Sadie tenía la lesión.

Ese lugar ni siquiera se había acercado al suelo.

Kim se bajó de la bandeja metálica y miró de cerca la imagen.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo.

Keats asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Sospecho que algunas de las fracturas fueron provocadas después del deceso, pero la causa de la muerte ha sido, en definitiva, el golpe en la parte superior de la cabeza.

—Un asesinato hecho parecer suicidio —dijo Bryant.

Keats soltó un pesado suspiro.

—De hecho, Bryant, opino que a esta pobre niña le dieron una paliza hasta matarla.

El cerebro de Kim ya había digerido los datos y ahora empezaba a procesar otras anomalías.

Esto explicaba muchas de las cosas que atormentaban sus instintos: la ausencia de la colilla en el tejado, la ubicación del lugar

del salto, la ausencia de huellas de grava y el hecho de que aún no hubieran localizado a nadie que hubiera visto a Sadie Winters en el tejado.

Porque, para empezar, nunca había estado ahí.

Capítulo 11

Hola, Diario, soy Sadie, ¿te acuerdas de mí?

La vuelta al cole y el primer día han sido tal como los esperaba. Un sinfín de charlas y un alarde de nuevas tabletas, móviles y ordenadores portátiles para el trabajo escolar. ¡¡¡Qué obvio!!! Mi dormitorio brilla como tumba de momia con los nuevos relojes, pulseras y collares.

Y, ahora, lo importante:

La Navidad en casa fue perfecta, como siempre.

Una de esas fiestas sacadas de una película de buen rollo: misa de medianoche, regalos temprano por la mañana, Saffie enfadada porque sus nuevos pantalones Gucci le iban demasiado ajustados, mamá excusándose jovialmente. La cena de Navidad fue perfecta, al igual que Saffie tocando el piano después del discurso de la reina.

Más tarde, Saffie fue a su habitación y desapareció; sin duda, para hablar con Eric por FaceTime. Mis padres se echaron en el sofá, acurrucados, a ver una película navideña.

Me miraron y me preguntaron si estaba bien.

Les mentí.

Les dije que sí.

¿Qué puedo decirles de cómo me siento en realidad? ¿Cómo decirles que una parte de mí muere cada vez que vengo a casa? ¿Cómo podría penetrar la burbuja de perfección que los rodea? ¿Cómo revelarles lo que hago para recuperar la calma? ¿Cómo compartir con ellos la lobreguez que ensombrece cada uno de mis pensamientos, la furia que enardece mi sangre?

¿Cómo decirles que soy la niña rota?

¿Cómo, en plena Navidad y con todo tan esplendorosamente perfecto?

Perfecto, perfecto, perfecto. Ahora, no tan jodidamente perfecto.

La perfección es irreal. Es tan solo el revestimiento bajo el cual yace la fealdad.

Ay, Sadie, no sentí nada por ti cuando exhalabas tu último aliento, pero ahora te conoceré a través de tus pensamientos, registrados por tu propia mano en la privacidad de tu diario.

Has sufrido. Yo he sufrido.

Estás en paz. Yo no.

Cada golpe, cada patada, cada vez que mi carne se encontraba con la tuya, aportaba alivio a mi dolor, a la rabia que atruena alrededor de mí, atrapada, creciendo, fortaleciéndose con odio y asco.

Me repugnabas. Tu sola existencia insultaba mi agonía.

Te he estado vigilando, ¿sabes?, a sabiendas de lo que tenía que hacer.

No había salida.

Tenías que ser tú.

No había otro fin. Tenías que morir.

Fuiste la primera, pero no serás la última.

Capítulo 12

—Eso parece haber salido demasiado bien —observó Bryant cuando Kim colgó el teléfono.

Ella estaba de acuerdo.

Había llamado a Woody, inmediatamente después de ver a Keats, para darle la desagradable noticia de que Sadie Winters había sido asesinada. Se había preparado para defender su petición de retrasar el anuncio de la muerte como homicidio. Ya estaba lista para decirle que lo que necesitaba era hablar con el personal y los alumnos de Heathcrest; que, con más de mil testigos potenciales, no podía darse el lujo de que la gente se quedara callada por miedo a meterse en problemas. Estaba lista para discutir una docena de puntos, pero no había habido necesidad. Woody había accedido de buena gana antes de pedirle que lo pusiera al corriente todas las tardes.

—Veo que ya está aquí —observó Bryant mientras recorría lentamente el camino de grava de Heathcrest.

Dawson saludó desde el cordón, donde estaba charlando con Mitch.

Kim medio sonrió.

Dawson, a pesar de sus anteriores reticencias acerca del modo en que Sadie había muerto, de sus protestas por la carga de trabajo, no podía resistir la tentación de investigar un asesinato. Ya estaba saliendo de la sala de la brigada incluso antes de que Kim colgara. Ella hizo una señal de asentimiento a su compañero antes de volverse al jefe del equipo forense.

—¿Algo que destacar? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Tengo todas las colillas, muestras del suelo y un par de pelos sueltos. Sin embargo, no hay huellas que podamos usar —dijo, y asintió hacia los miembros de su equipo—. En cuanto hayamos

terminado aquí, que no falta mucho, inspeccionaremos la ropa de la niña. Pero le voy a ser sincero, inspectora, no tengo grandes esperanzas.

Ella lo entendió. Agradecía su franqueza. Este caso no se iba a resolver con pruebas forenses.

—Ánimo, Mitch —le dijo, y se alejó.

—Así que ¿tienes claro lo que debemos hacer? —preguntó a Dawson en cuanto él se puso a su lado.

A Stacey le había pedido que empezara a recopilar antecedentes acerca de las instalaciones y de los padres. Dawson era el responsable de hablar con los amigos de Sadie, pues Kim tenía la impresión de que los chicos seguramente se abrirían más ante un policía joven. Ella y Bryant hablarían con los adultos.

Cuando puso un pie en el gran vestíbulo, Kim casi pudo saborear la exclusividad de Heathcrest; desde la alfombra persa, suficientemente grande, tal vez, como para cubrir un cuadrilátero de boxeo, hasta el antiguo reloj de pie en el rincón superior izquierdo. Bajo las molduras decorativas, se alineaban retratos con marcos dorados. Unos pilares de mármol dirigían la mirada fuera del vestíbulo, a lo largo de un pasillo iluminado que conducía a la parte trasera de la casa. El pasillo se estrechaba hacia el fondo, como un túnel, insinuando las dimensiones del edificio. Ella había visitado muy pocos colegios donde el contenido de este vestíbulo habría permanecido intacto.

El señor Thorpe los esperaba con las manos entrelazadas al frente. Lejos habían quedado el hombre exhausto y desaliñado, que funcionaba en estado de choque, y la adrenalina que Kim había conocido el día anterior. Ya en su sitio, era un individuo sosegado, de traje completo, con todo y el escudo del colegio en el alfiler de la corbata. El traje oscuro le era más favorecedor. Incluso el cinturón parecía estar hoy en el lugar correcto.

—Buenos días, agentes —dijo, mirándolos a los tres.

No hubo manos extendidas. Kim podía sentir la reticencia detrás del hombre. El director Thorpe no los quería ahí.

Captó la mirada de Bryant, que se había posado en los dos bustos que tenía a ambos lados.

—Lord y *Lady* Burdoch —dijo, y se volvió a mirar las esculturas —, los fundadores de Heathcrest —añadió con orgullo. Sin esperar a

que se lo pidieran, continuó—: Elizabeth Burdoch heredó la propiedad de sus padres. El único hijo varón había muerto en la Primera Guerra Mundial. Al comenzar la segunda guerra, Elizabeth y su esposo, Charles, ya estaban cerca de cumplir cincuenta años y no tenían hijos. Abrieron la casa para los hijos de las ciudades bombardeadas.

—¿Y cómo se convirtió en esto? —preguntó Dawson.

—Mientras la guerra continuaba, Elizabeth se dio cuenta de que la educación de los niños se resentía, así que empezó a traer maestros. Al principio, la enseñanza era muy básica, pero, en cuanto percibió el efecto positivo del aprendizaje en un ambiente como este, empezó a reclutar profesores de ciencia y de educación física. Con el tiempo, había conseguido abarcar todo el plan de estudios.

—Continúe —lo instó Dawson.

—La guerra terminó, pero los padres querían que sus hijos siguieran educándose aquí. Desafortunadamente, el dinero empezaba a agotarse y Elizabeth ya no podía permitirse seguir ofreciendo instrucción gratuita.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Kim.

—Algunos niños se quedaron; otros, no.

—¿Los que no pudieron pagar fueron enviados de vuelta a casa? —quiso aclarar Kim.

—Sí —confirmó él—, con excepción de dos. Cada año escogían a una niña y un niño que recibirían una beca de Heathcrest por un valor cercano a las treinta y cinco mil libras anuales.

—Qué generosos —dijo Kim, sin poder contenerse.

—¿Basándose en qué, exactamente? —preguntó Bryant.

—Por lo general, en algún logro deportivo excepcional o en habilidades musicales —respondió el director.

Carreras muy públicas, ambas, que ofrecerían un reflejo favorable de la institución, advirtió en silencio.

—¿Así que quién es el actual dueño de Heathcrest? —preguntó Bryant.

En eso, dos chicos adolescentes atravesaron el vestíbulo, dando a Kim la primera prueba visual del propósito del edificio.

—Un consejo de administración —respondió Thorpe, que vigilaba el avance de los chicos. Estos habían dejado de hablar

cuando entraron al vestíbulo, pero, después de salir, ya del otro lado de la puerta, reanudaron la charla.

—Antes de morir, Elizabeth nombró cinco miembros del personal como supervisores. Era gente, a su parecer, particularmente leal e interesada en salvaguardar el funcionamiento y la reputación del colegio. Es un compromiso de por vida. Cuando uno muere, los otros cuatro deciden quién será su remplazo.

—¿No podrían vender el colegio, simplemente? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—En el contrato del fideicomiso hay una cláusula que prohíbe la venta. No obstante, cada fideicomisario recibe dividendos.

—¿Cuánto? —preguntó Kim con interés.

—Doscientas mil libras al año.

Nada mal, pensó Kim.

—Bien, gracias por su ayuda, señor Thorpe, pero, si pudiera llevarnos al salón del que hablamos… —dijo Kim mientras se señalaba a sí misma y a Bryant—. Dawson irá a echar un vistazo de cerca a la habitación de Sadie.

La detective notó cómo se tensaba la mandíbula del hombre, que acababa de salir del modo vendedor para recordar las razones de la visita.

—Encontrará los dormitorios de mujeres en la segunda planta del ala este. Habitación treinta y seis.

Dawson le dio las gracias y se dirigió a la salida del gran vestíbulo.

—Y los llevaré a la habitación que hemos acondicionado para ustedes —añadió Thorpe.

Kim había pedido a Stacey que llamara con antelación para pedir un espacio y la oportunidad de hablar con gente que había conocido a Sadie.

—¿Me permite? —dijo el director, tocando el codo de Kim y alejándola de Bryant. Ella apartó el brazo. Bryant se puso detrás de los dos.

—¿Esta es una práctica normal cada vez que se suicida un adolescente? —preguntó el director.

—No me parece que haya nada normal en que una adolescente se quite la vida —contestó ella, evasiva.

—Es solo que hay muchos más estudiantes a quienes debemos

atender, y la presencia policíaca puede ser un gran distractor para sus estudios. Muchos de ellos están en etapas delicadas de…

—Director Thorpe —lo interrumpió ella—. Déjeme ser muy directa, para que no haya ningún malentendido entre usted y yo. En este momento, me preocupa una de sus alumnas, nada más, y estoy segura de que podrá adivinar a quién me refiero. Ahora bien, si nuestra presencia trastorna los estudios de sus estudiantes, qué lástima, pero nos quedaremos aquí hasta tener una idea más clara de las circunstancias que rodearon la muerte de Sadie Winters —dijo ella.

Se detuvieron frente a una puerta que decía «Despacho» en una placa de latón.

—Este espacio ha quedado disponible desde que trasladamos la administración a la primera planta —dijo él, y abrió la puerta.

Había un único escritorio antiguo rodeado de modernas sillas de oficina. Tres estantes, ahora vacíos, acumulaban polvo en la pared más larga. La habitación, carente de ventanas, se sentía oscura y sofocante. Una solitaria bombilla de cuarenta vatios iluminaba el espacio.

Kim se preguntó ociosamente si esta era, de verdad, la única habitación disponible en esta enorme finca.

El director Thorpe consultó su reloj.

—Los dejo, para que se instalen. Nancy, mi ayudante, bajará enseguida. Yo los atendería personalmente, pero hay unos padres aspirantes a punto de llegar.

—Por favor, no deje que lo retrasemos —dijo Kim, pero, al parecer, Thorpe no captó el retintín en el tono.

«Debo esforzarme más», se dijo a sí misma mientras el hombre cerraba la puerta detrás de él.

—Maldita sea, Bryant —dijo Kim en cuanto se apagó la luz que entraba desde el pasillo. Súbitamente, se había sentido atrapada en un subterráneo. Esa habitación era apenas un poco más grande que su cuarto de baño.

—Así que ¿qué opinión te merece? —preguntó Bryant mientras se quitaba la chaqueta.

—Me quedaría corta si digo que precavido —dijo ella. Escogió una silla y colocó otra enfrente, del otro lado del escritorio—. Y ahora se irá a vender el lugar, apenas un día después de que

hubiera muerto una niña que estaba a su cargo.

—Eso no le quita el sueño —dijo Bryant.

—Yo me lo pensaría dos veces, ¿y tú?

Bryant lo meditó por un segundo y negó con la cabeza.

Kim se sentó.

—¿Por qué no?

—Porque, para este tipo, esto ha sido un suicidio —explicó—. Los suicidios pertenecen solo a las personas que los cometen. Es una elección solitaria por razones propias del individuo. Ningún padre pensaría que su hijo es capaz de hacer algo así. El homicidio, y hasta las muertes accidentales, indican algún traspié o negligencia por parte de la institución, pero no el suicidio.

—Así que ¿enviarías a tu hija aquí? —preguntó Kim.

—Sí, si tan solo hubiera estado en la lista de espera de cuatro años.

Kim pensó en la plaza vacante que había dejado la niña de trece años Sadie Winters.

Supuso que una familia estaba a punto de tener suerte.

Capítulo 13

Dawson llamó antes de entrar a la habitación cuyo número le había dado Thorpe. Aunque solo el silencio tocó sus oídos, abrió la puerta lentamente y saludó.

Lo incomodaba entrar en el espacio privado de niñas de trece años. La habitación era luminosa y amplia. Una gran ventana daba al patio central de la finca. Dawson tenía entendido que de la casa principal se desprendían cuatro alas. Las dos del frente, que daban a la entrada, albergaban los salones y la administración, en tanto que las dos de atrás servían de alojamiento. La del este era para las niñas, y la del oeste, para los niños. Las cuatro daban a un patio central tan grande como el jardín de un pueblo.

Se detuvo un momento para estudiar el espacio desde el centro. En las cuatro esquinas había camas y, entre cada par, un escritorio compartido. Cada cama tenía una mesilla de noche y un pequeño armario. Tres de las áreas habían sido personalizadas con carteles en la pared y ropa de cama colorida, pero una en particular llamó su atención. El punto de arriba a la izquierda, el más cercano a la ventana, destacaba por estar completamente desprovisto de personalidad.

Dawson sintió que estaba contemplando el espacio de Sadie Winters.

Avanzó un paso.

—Oiga, ¿quién es usted? —dijo por detrás una voz femenina.

Él se volvió y vio que lo miraba fijamente una niña pelirroja y pecosa.

—Soy el sargento detective Dawson —le contestó—, ¿y tú?

—Eeee… Me gustaría ver su identificación, por favor —dijo ella, sin responder a la pregunta.

Él la sacó del bolsillo y se la mostró.

La niña miró el carné de cerca y asintió.

—Soy Tilly —dijo. Pasó junto a él y arrojó la mochila sobre la cama—. Vivo aquí.

—¿Eras amiga de Sadie? —preguntó él mientras se dirigía a la cama opuesta. Observó que los carteles mostraban mapamundis y caballos.

—Mmm… Bueno…

—¿No os llevabais bien? —preguntó Dawson al notar las reticencias de la niña.

Ella arrugó el rostro.

—Bah, ninguna de las dos cosas, en realidad —admitió. Sacó un libro de texto de la mesilla de noche—. Sadie no era una persona fácil como para amistarse con ella —dijo, y de inmediato frunció el ceño, como si hubiera dicho algo incorrecto.

Dawson lo captó.

—Está bien decir la verdad —la aconsejó.

—Bueno, no tanto, porque está muerta —contestó Tilly. La niña se acomodó los rizos rojos detrás de la oreja.

Dawson se preguntaba cómo era posible que dos chicas vivieran en un espacio tan cerrado sin hacerse amigas.

—¿Intentaste hacerte su amiga? —le preguntó. Tal vez Sadie había rechazado cualquier intento.

Ella puso los ojos en blanco, dramáticamente.

—Por Dios, mírame. Soy la pelirroja pecosa. Parezco un desecho de Annie. Necesito todas las amigas que pueda conseguir. Hasta las raritas.

—¿Y ella era de esas? —preguntó Dawson—, ¿de las raritas?

—No, en realidad, solo que estaba encerrada todo el día. Era seria, nunca se juntaba con las demás. La mayor parte del tiempo estaba estudiando o se quedaba ahí sentada, haciendo garabatos.

—¿Tenía novio? —le preguntó. Sabía que, en estos tiempos, las niñas empezaban jóvenes.

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo, pero, de haberlo tenido, no nos lo hubiera dicho.

Repentinamente, a Dawson se le ocurrió algo.

—¿La acosaban?

Tilly soltó una verdadera carcajada.

—Vaya broma. Nadie habría intimidado a Sadie.

—¿Por qué no? —preguntó él.

Tilly solo se encogió de hombros, de camino a la salida.

—No lo habrían hecho, simplemente; y ahora debo marcharme.

—Vale, gracias por la charla, Tilly —dijo él cuando la vio salir disparada por la puerta.

Había sido una conversación muy breve, pero sentía que tenía mucha información nueva sobre la chica.

Había sido retraída, poco sociable e infeliz. En relación con esto, él había sido el primero en cuestionar los instintos de su jefa; pero ahora sentía que los suyos empezaban a reaccionar ante algo que había dicho Tilly.

Había sido tan terminante, tan categórica al afirmar que a Sadie Winters nadie la intimidaba, que ahora quería averiguar por qué.

Capítulo 14

—Vale, esto ha sido útil —dijo Kim cuando Jaqueline Harris hubo salido de la habitación.

—Dale un respiro a la mujer —dijo Bryant—. Ha sido el ama de llaves de Sadie durante un mes, solamente.

—Sí, sí. Ha sido muy rápida en decirnos que lleva muy poco tiempo en el puesto y que tiene a su cargo noventa y seis niñas. Tengo la impresión de que la palabra atormentada va a aparecer muy a menudo —dijo, después de recordar la breve semblanza que la mujer había hecho de Sadie Winters.

—Esa palabra parece seguir a la niña por todos lados —observó Bryant.

La pesada puerta de roble volvió a abrirse.

Apareció la cabeza de Nancy, con un peinado muy cardado.

—¿Les apetece una taza de café, té o…?

—Nancy, ¿de verdad que no hay otra habitación que podamos usar? —preguntó Kim, que miraba a su alrededor las paredes forradas de madera, manchadas y vueltas a manchar a lo largo de los años hasta parecer del color del chocolate derretido. Cada vez que se ponía de pie, las gruesas y pesadas vigas que recorrían los casi tres metros del techo parecían estar a pocos centímetros de su cabeza.

Mientras Jaqueline Harris hablaba, Kim se había dado cuenta de por qué la habitación la tenía tan molesta. Fairview, el hogar infantil donde había pasado una buena parte de la infancia, tenía una igual a esta.

La llamaban «la habitación silenciosa». Supuestamente, era un lugar de reflexión ante faltas de poca monta, como las impertinencias, las llegadas después del toque de queda o alguna que otra infracción leve. Y la habitación silenciosa era, de verdad, silenciosa, y se cerraba por fuera. Por lo común, durante ocho a

diez horas, de un tirón.

Recordaba que, poco después de cumplir siete años, cuando llevaba tres meses en la casa, la metieron en la habitación silenciosa acusada de haber derramado sobre la mesa, deliberadamente, la bebida de otra niña. Y eso había hecho.

Con la mano abierta, había arrancado el vaso de plástico que la nueva niña jamaicana tenía bien agarrado. Se había quedado mirando cómo se esparcía por la mesa el cordial de naranja, barato y ligero, mientras las niñas chillaban y retrocedían, huyendo del charco errante y apartando de su camino los platos con sándwiches escuálidos.

Kim se había negado a disculparse, así que la habían llevado con la señora Hunt, desde donde la arrastraron, después, a la habitación silenciosa.

La sacaron seis horas más tarde y la obligaron a disculparse. Se negó, una vez más. Su propia obstinación le había impedido explicar que, si había golpeado la bebida, era porque había visto cómo una de las niñas más grandes y malvadas escupía en ella.

Durante su estancia en Fairview, Kim había tenido mucho que ver con la habitación silenciosa. Una de las cuidadoras había bromeado alguna vez acerca de poner en la puerta una placa grabada con su nombre.

—Perdone, inspectora, pero el director Thorpe ha dicho que este es el único lugar disponible —dijo Nancy, trayendo a la detective otra vez al presente.

«Ya, eso dijo, ¿verdad?», pensó Kim. Si el tipo había creído que aceleraría la investigación confinándolos en un despacho apenas más grande que un joyero, tendría que pensárselo dos veces.

—Me temo que Graham Steele, el psicólogo del colegio, no será el siguiente —continuó Nancy—. Ha tenido que marcharse de aquí inesperadamente.

—Vale, gracias —intervino Bryant de inmediato. Obviamente, había visto la mueca que se dibujaba en el rostro de su jefa.

Ella frunció el ceño después de que la ayudante de Thorpe hubiera cerrado la puerta. Se puso de pie y volvió a abrirla. Enseguida se volvió y echó un vistazo a la habitación.

—Venga, Bryant, échame una mano —dijo. Cogió el escritorio por un costado y lo levantó.

—¿Estás de broma? —dijo él.

Ella negó con la cabeza y comenzó a arrastrar el escritorio.

—Madre mía, espera, que te vas a hacer daño —dijo Bryant, y levantó el otro lado del mueble.

—Sí, y terminaré haciéndole daño a alguien más si me quedo aquí por más tiempo —admitió—. Por cierto, las probabilidades indican que ese serías tú.

—Ponlo de lado —dijo él cuando Kim llegó a la puerta.

Ella se había dado cuenta, muy rápido, de que el escritorio era una réplica. No pesaba, ni de cerca, lo que habría pesado uno de verdad.

—¿A dónde lo llevamos? —preguntó él en cuanto llegaron al pasillo—. Solo sígueme —dijo ella, y echó a andar de espaldas.

En cuanto llegaron al gran vestíbulo, apoyó su parte en el suelo.

—Aquí estaremos muy bien —dijo, y volvió a por las sillas. Sacó dos al mismo tiempo, una con cada mano. Los entrevistados tendrían que pasar por ahí para llegar al armario donde los habían instalado originalmente.

—No creo que a Thorpe le vaya a gustar mucho esta disposición —dijo Bryant, y se sentó de frente a la entrada principal.

—Ese es su problema, no mío —dijo ella. Ya sentía la empalagosa oscuridad evaporarse a su alrededor. Respiró hondo y empezó a relajarse.

—Vale, dado que nuestro psicólogo está desaparecido en combate, ¿a quién interrogamos ahora?

Bryant sacó la lista de su bolsillo y pareció mirarla dos veces antes de que una lenta sonrisa se dibujara en su boca.

—La siguiente es alguien que, supongo, no necesita presentaciones de ninguna clase.

Capítulo 15

Dawson se sentó en la cama y se tomó un momento. ¿Cuántas veces Sadie Winters se había sentado en este lugar, precisamente, a contemplar la vida y, tal vez, la muerte?

El sargento se sentía extraño ante la idea de hurgar entre las posesiones de la niña, por más que supiera que ella no irrumpiría en el lugar ni lo acusaría de estar fisgoneando. El dormitorio de una adolescente era un lugar seguro, un sitio donde podía expresarse y convertirse en alguien capaz de sentirse a gusto con el mundo. Usaría este lugar en lo que descubría dónde encajar y qué clase de persona estaba destinada a ser. Y, dado que esta esquina de la habitación era el lugar donde Sadie pasaba la mayor parte de su tiempo, no podía ser mejor.

Se preguntaba por qué ella había sido tan infeliz en este lugar. Se preguntaba si Sadie habría pedido a sus padres que la sacaran de ahí. Él recordaba haberle suplicado a su madre que lo sacara del cole después de que Johnny Croke y su pandilla lo obligaran a comerse diez galletas con nata de una sola vez. La segunda galleta ya le había quitado toda la humedad de la boca; lo tenía tosiendo y ahogándose, mientras los fragmentos secos de cada nueva galleta se le atascaban en la garganta. Su malestar había hecho reír a los niños con más ganas. Johnny Croke no le devolvió la mochila hasta que se hubo tragado el último fragmento.

Tenía diez años.

Su madre siempre le ofrecía una meta. Lo mantenía avanzando hacia el fin de semana, hacia un día fuera, un acontecimiento especial, unas vacaciones. Y así llegó a los quince años, y entonces cogió sus propias riendas y empezó a perder peso.

No dejó muchos amigos en el colegio y fracasó en el intento de hacer más por el camino. Sus experiencias lo habían hecho desconfiar de los motivos de las personas. A veces, algún niño había

tratado de hacerse su amigo con la única intención de ridiculizarlo.

Era consciente de que todas esas horas en el gimnasio o corriendo muy temprano, cuando nadie podía ver sus rollos de grasa sacudiéndose por las calles, le habían inculcado un carácter egoísta, una obsesión consigo mismo. Pero, al pasar más y más tiempo desde los años colegiales, fue capaz de darse un respiro y aceptar que nunca volvería a verse sujeto a semejante posición de impotencia.

El tiempo también le había enseñado a valorar a los pocos amigos que tenía ahora.

Se preguntaba si podría encontrar alguna prueba de las amistades de la vida de Sadie mientras, cautelosamente, abría el primer cajón de la mesilla.

Encontró allí un cepillo para el pelo, un surtido de esmaltes oscuros para uñas, unas cuantas piezas de bisutería, rotuladores y gomas. Dawson supuso que este era el cajón de los trastos. Todo el mundo tenía uno. Era el cajón que contenía aquellas cosas que uno no sabía dónde guardar.

El segundo estaba lleno de libros de texto. El tercero contenía unos cuantos cuadernos, dos barras de chocolate y un paquete de patatas fritas.

Miró alrededor, listo para ir al siguiente espacio, y preguntándose por qué no había fotos de la familia: de los padres, de la hermana, incluso de un perro.

Se puso de pie y abrió el armario. El lado izquierdo estaba dedicado a la ropa del colegio; el derecho, a la ropa informal, con unas cuantas prendas más elegantes en el extremo. La base del mueble estaba llena de zapatillas deportivas de distintos colores, en tanto que el estante superior contenía jerséis abrigadores y un par de chaquetas.

Palpó las estanterías en busca de algo que hubiera sido puesto allí, pero no había más que ropa.

Se situó al pie de la cama y frunció el ceño. La búsqueda había terminado. Se sentó otra vez sobre el colchón y volvió a abrir la mesilla. Este era el lugar que más lo inquietaba. Aparte de funcionar como cajón de los trastos, la mesilla de noche solía usarse para tener cosas a la mano. Era el lugar donde se guardaba lo más importante.

En este cajón no había nada de importancia, y eso solo podía significar una cosa:

Que alguien había estado aquí antes que él.

Capítulo 16

La expresión de Kim no reveló nada cuando la figura familiar se aproximó a ella atravesando parsimoniosa el gran vestíbulo.

—Salud, compañero —dijo en voz baja a Bryant, quien bien pudo haberla puesto sobre aviso.

Joanna Wade parecía divertida cuando tomó asiento del otro lado del escritorio de imitación.

—Nos volvemos a encontrar, señorita Wade —dijo Kim, mirándola a los ojos. Recordaba cuán insistente había sido esta mujer con su título la última vez que se encontraron.

—Sabía que así sería, inspectora —comentó ella. Se reclinó y cruzó las largas piernas.

—La muerte nos ha vuelto a unir —observó Kim—, pero ¿qué la ha traído por este lugar?

Kim había conocido a Joanna Wade un par de años antes, mientras investigaba el asesinato de Teresa Wyatt, directora de un colegio y vinculada al descubrimiento de unos huesos en el solar de una residencia infantil abandonada. Después de haber entrevistado a la mayoría de los compañeros de trabajo de la directora y de haber recibido exactamente la misma descripción de mujer santa, únicamente Joanna Wade le había dicho la verdad mientras le coqueteaba descaradamente.

Había cambiado muy poco, notó Kim. Tenía el largo y rubio cabello recogido en una cola de caballo. Eso revelaba su fuerte y cuadrada mandíbula, así como unos penetrantes ojos azules. Los pantalones negros lisos, bien cortados, resaltaban sus largas piernas. La camisa de seda blanca, también lisa, dejaba ver el san Cristóbal que llevaba colgado del cuello.

—Invíteme un trago y se lo cuento —dijo sonriente.

Kim se hizo la desentendida y continuó.

—¿Usted le dio clase a Sadie Winters? —preguntó.

—De los ojos de Joanna desapareció toda la diversión, desplazada por la tristeza.

—Así es, inspectora —dijo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Desde que me incorporé al equipo, en septiembre pasado.

—Así que ¿seis meses, tan solo?

—Aquí, seis meses son un largo tiempo —replicó.

Esa respuesta cogió a Kim por sorpresa. No tanto las palabras como el tono. Joanna la había soterrado bajo una sonrisa fugitiva, del tipo que uno usa para convencer a la otra persona de que está bromeando, pero a Kim no le había pasado por alto el arrepentimiento. De verdad, se descubrió preguntándose por qué Joanna Wade se había mudado, aunque supuso que no lo averiguaría.

—¿Este colegio es diferente al anterior? —preguntó. Si mal no recordaba, los métodos de enseñanza de Joanna eran, a veces, poco convencionales. Habían sido ridiculizados por su jefa, a pesar de que captaban la atención de los estudiantes y lograban mantenerla.

Joanna asintió, simplemente, y Kim entendió que no le sacaría más.

—Así que, ¿cómo era Sadie? —le preguntó—. Y, por favor, no me diga que atormentada —añadió.

Joanna negó con la cabeza.

—No pensaba decirlo. La describiría como introspectiva, reflexiva y mucho más talentosa de lo que ella misma creía.

—¿En qué sentido?

—Poesía —respondió Joanna—. Veía sus escritos como divagaciones sin sentido. Eran expresivos y, ocasionalmente, autocomplacientes, pero tenía trece años. Creo que, a esa edad, todas nos sentimos cautivadas por nuestras propias emociones. Sus poemas reflejaban mucho de lo que estaba pasando por su mente.

Kim notó que Bryant tomaba nota; supuso que era para preguntarle a Dawson acerca de esos escritos entre las posesiones de la niña.

—¿Como qué? —preguntó la detective, tratando de entender un poco mejor a la niña.

—Su lugar en el mundo, el miedo; a veces, la soledad; cosas, simplemente —dijo Joanna, y desvió la mirada.

Kim esperó a que los ojos volvieran a posarse en ella.

—¿Cosas?

Joanna se estaba guardando algo.

—Como le he dicho, inspectora, tenía trece años.

La expresión inmutable estaba de vuelta, y Kim sintió que la mujer estaba determinada a no hablar más del asunto. Tenía el presentimiento de que la terquedad de Joanna era un reflejo de la suya propia.

—¿Alguna vez tuvo problemas con ella durante las clases? —preguntó Kim.

Joanna negó con la cabeza.

—No, yo no los tuve.

—¿Eso quiere decir que alguien más sí los tuvo? —presionó.

La profesora abrió las manos expresivamente.

—A Sadie le encantaba el inglés, así que nunca fue una molestia para mí.

Kim abrió la boca para decir algo, pero, en ese instante, el director Thorpe entró en el gran vestíbulo y se quedó de piedra. La joven pareja que venía detrás de él, charlando animadamente, estuvo a punto de atropellarlo.

Por instinto, la mujer se cubrió el dilatado vientre con la mano derecha.

Esta gente se anticipaba mucho.

La cara del director se tornó estruendosa, pero, al instante, el hombre recordó que lo venían siguiendo unos candidatos a clientes.

—¿Puedo preguntarles…?

—Discúlpeme si nos hemos mudado —dijo Kim con toda amabilidad—, pero el despacho que nos asignó para los interrogatorios y las declaraciones no era especialmente adecuado.

Quería asegurarse de que la joven pareja no se hiciera ilusiones con respecto a quiénes eran.

Ambos miraron con el ceño fruncido al director, cuya cara enrojecía de cólera. La mujer seguía con la mano en el vientre.

—Le encontraremos otras instalaciones, inspectora —dijo con un leve aleteo de las fosas nasales. Y la fulminó con la mirada mientras guiaba a la joven pareja.

A Kim no le quedó ninguna duda de que los reubicarían a la primera oportunidad.

Joanna Wade le sonrió compungida.

—¿La inspectora Kim Stone suele conseguir todo lo que quiere?

—La mayoría de las veces —contestó por ella Bryant.

—Así que, señorita Wade, ¿qué más puede decirnos del accidente de Sadie? —preguntó Kim.

—No mucho —admitió—. Yo no estuve ahí.

—¿Cómo se enteró?

—Estaba en mi clase, preparando las lecciones, cuando escuché una conmoción en el pasillo. Oí el nombre y la palabra tejado. Soy capaz de sumar dos más dos, como otra persona cualquiera.

—¿Y dónde está su aula? —quiso saber Kim. Se preguntaba cómo de lejos de la acción habría estado la profesora.

—Estoy en la parte delantera de la casa, frente a la segunda fila de olmos.

—¿A la izquierda de la rejilla metálica, frente a los narcisos? —preguntó Kim.

Joanna lo pensó por un momento y asintió.

—Más o menos —contestó.

Kim se daba cuenta de que, si Sadie hubiera saltado, habría pasado justo delante de la ventana de la profesora.

—Muy bien. Muchas gracias, señorita Wade.

—¿Tan pronto? ¿Han terminado conmigo? —preguntó Joanna, dejando caer la voz, como decepcionada.

Kim ocultó la sonrisa. Otro caso, otro lugar, pero Joanna Wade no había cambiado ni un ápice.

—Si llegáramos a necesitar algo más, sabríamos dónde encontrarla.

—En el Waggon and Horses, los jueves por la noche, jugando a los dardos, como ya le he dicho.

—Gracias —dijo Kim, y le sostuvo la intensa mirada.

Joanna le sonrió, se puso de pie, dio la vuelta y se marchó.

Kim sacó el móvil al mismo tiempo en que se le ocurría una idea.

—Sí, jefa —contestó Stacey al segundo timbrazo.

—Stace, ¿ya tienes los testimonios de Plant?

—Sí, ha venido a dejármelos hace una hora, más o menos.

—¿Cuántos son? —preguntó Kim.

—Unos cuarenta, cincuenta, o algo así —contestó Stacey.

—Deja por la paz las investigaciones de antecedentes y revísalos todos, Stacey, al detalle.

—Vale, jefa. ¿Qué estoy buscando, exactamente?

—Sabemos que Sadie nunca estuvo en el tejado, pero todo el mundo oyó que ahí estaba. El rumor tuvo que haber empezado en algún lugar. Quiero saber quién fue el primero en decir que, de verdad, vio a Sadie Winters en ese tejado.

Capítulo 17

Dawson estaba seguro de que ya había recorrido este pasillo una vez. En la segunda, iba pasando por las estanterías de caoba que contenían todos los anuarios de Heathcrest encuadernados en cuero. Decidió que este maldito lugar estaba muy bien para gente que ya lo conocía. Fuera, había señales en abundancia, pero no muchas aquí dentro.

Para ser sincero, no podía esperar a estar fuera de allí. El aire de los privilegiados era opresivo para él, así como las oscuras vigas de madera que se le venían encima cada vez que hacía un giro equivocado en su intento por volver al gran vestíbulo.

Este tipo de lugares no le iban nada bien.

Su propia experiencia en el colegio comprendía aulas abarrotadas con profesores que, bajo acoso, trataban de sacar adelante un apretado plan de estudios. Recordó una visita de padres de familia, cuando tenía catorce años. Su madre había pasado diez minutos charlando con el profesor antes de darse cuenta de que discutían sobre el niño equivocado.

La peor queja que tenía contra la educación privada era el peso de las aspiraciones. En colegios como Heathcrest, se daba por sentado que llegarías a ser alguien; en el suyo, se suponía que no.

En su colegio, la atención se centraba en conducir al niño a través de la educación básica y dejarlo listo para conseguir un empleo. Aquí, a los niños los preparaban para tener una carrera.

Las profesiones a las que él podía aspirar eran carpintero, metalista, mecánico o, cuando menos, conductor de autobús. Aquí estaba ante futuros médicos, cirujanos, atletas y políticos.

Pensó en su propia hija, Charlotte, que, a los dos años, ya se enteraba de todo. Él sentía, como padre, que la niña llegaría a ser cualquier cosa que se propusiera. Y Dawson haría todo lo que estuviera en sus manos para que sus sueños se hicieran realidad.

Pero ¿cómo diablos podría competir con algo como esto?

Captó su atención un movimiento a través de una puerta abierta. Retrocedió un poco y echó un vistazo. Unos quince chicos, aproximadamente, trotaban de un extremo del gimnasio al otro.

—Vamos, Piggott, no te retrases —gritó desde la barrera el profesor.

Dawson divisó al chico, que estaba medio gimnasio detrás de los otros. El sudor había manchado su camiseta azul, en tanto que las piernas blancas y carnosas se bamboleaban dentro de unos pantaloncillos que se enrollaban hacia arriba. Dawson calculó que tendría unos trece kilos de sobrepeso.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó el profesor, que en segundos había descubierto su presencia junto a la puerta.

Dawson mostró rápidamente su identificación y se presentó.

—Estoy aquí por el asunto de Sadie Winters. ¿Usted la conocía?

Mientras negaba con la cabeza, el hombre le tendió la mano. Dawson trató de no envidiar los poderosos muslos que tensaban los pantaloncillos de color azul marino, ni los descomunales bíceps, que daban la impresión de que el tipo escondía un balón de fútbol en cada brazo. No hacía falta que se levantara la camiseta para saber que, ahí debajo, había unos portentosos músculos abdominales.

El sargento supuso que el hombre tendría entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Repentinamente, lo imaginó entrando en un pub, dentro de veinte años, todavía con ropa que mostraba sus atributos físicos. Era una visión turbadora.

Tendría que ir al gimnasio más a menudo, se reprochó.

—Soy Philip Havers, entrenador y profesor de educación física de los niños. Con toda franqueza, ni siquiera conocí a la niña. Ya tengo bastantes problemas con vigilar a mis chicos —dijo, y echó un vistazo al pequeño grupo, que seguía trotando hacia atrás y hacia delante.

Dawson se preguntaba si este hombre habría trabajado alguna vez en un colegio de verdad, en aulas atiborradas, con treinta niños o más. Tener a todos ellos corriendo de un lado al otro en la misma habitación habría sido como una estampida de toros.

—Maldita sea, Piggott, te estás quedando atrás. Acelera —gritó.

Hasta Dawson podía ver que el niño gordo había perdido otro medio metro.

—Vamos, cerdo, alcánzanos —gritó uno de los niños por encima del hombro.

El destino no podía ser más cruel al permitir que el niño gordo llevara un nombre compuesto con la palabra cerdo en inglés. El sargento esperó a que Philip Havers reprendiera al niño que había gritado.

Pero el profesor no hizo eso.

En cambio, miró a Dawson y puso los ojos en blanco.

—El niño ya dio todo y esta es, apenas, la sesión de calentamiento.

Dawson no podía olvidarlo. Recordaba haber forzado sus músculos hasta el límite con tal de mantener el ritmo. De solo pensarlo, podía sentir que las piernas le ardían, como si estuviera sucediendo en ese momento.

—Tres tramos más. ¿Y alguien podría animar un poco a Piggott? —gritó Havers.

El niño que había gritado empezó a canturrear:

—Cerdo, cerdo, cerdo.

A la tercera, todos los niños empezaron a corear la palabra.

Dawson sintió que la tensión le paralizaba la mandíbula. Ese no era el canto de ánimo que le habría gustado escuchar.

—La presión de los compañeros siempre funciona —dijo Havers por encima del canto colectivo—. Ya ha recuperado medio metro.

«Sí, la humillación y la vergüenza te lo darán», pensó Kev, quien contemplaba la escena con ojos muy distintos a los del profesor. El pobre niño parecía exhausto. Su rostro estaba rojo por el esfuerzo y las gotas de sudor ya eran líneas de humedad que resbalaban por sus sienes. Tenía la boca abierta todo el tiempo, como si tratara de llevar más aire a los pulmones.

—¿No está siendo un poco duro? —observó Dawson, que, ni de cerca, era capaz de apreciar lo que el niño podía estar sintiendo.

—No, si esto lo hace pensar dos veces antes de comerse el próximo pastelillo de nata. O los próximos dos.

—Entonces, ¿alguno de estos niños conoció a Sadie Winters? —preguntó Dawson, guiándose a sí mismo a tierra firme. Darle un puñetazo en la cara al profesor de educación física difícilmente sería favorable para el caso…, o para su carrera.

El profesor echó otro vistazo mientras los niños recorrían el

último tramo. El esfuerzo anterior había pasado factura a Piggott, quien se arrastraba casi medio tramo por detrás.

—¿Puedo hablar con alguno de ellos?

Havers lo pensó por un instante.

—Sí, llévese a Piggott. De todos modos, es casi inútil para el baloncesto.

Antes de que Dawson pudiera contestar, Havers hizo sonar el silbato y empezó a dar instrucciones a los niños para que trajeran el equipo que estaba en el fondo del gimnasio.

—Tú no, Piggott. Tú ven aquí —gritó en cuanto el chico tocó la pared por última vez.

El niño parecía confundido y aliviado mientras medio caminaba y medio se tambaleaba hacia ellos.

—Este policía quiere hablar contigo —le dijo, y le dio un apretón en el hombro.

El niño, que respiraba agitada y entrecortadamente, asintió.

Dawson echó un vistazo alrededor.

—¿Dónde podemos…?

—Hay un banco al otro lado de la puerta —dijo el profesor, señalando el pasillo.

El sargento asintió en señal de agradecimiento y se dirigió a la salida.

—Aquí —dijo. Sacó de su bolsillo un pañuelo y se lo dio al niño. La actividad había cesado, pero no el sudor.

—Gracias —dijo el chico. Se limpió la cabeza, la cara y la nuca antes de devolvérselo.

—Quédatelo —le dijo Dawson.

El niño volvió a limpiarse la frente.

—Así que ¿cómo te llamas?

—Piggott, señor —contestó.

—Tu nombre de pila —aclaró el sargento.

—Geoffrey, señor —dijo el chico con urbanidad.

—¿Conociste a Sadie Winters? —le preguntó.

Geoffrey se encogió de hombros.

—Un poco. No era como las otras niñas de aquí.

—¿En qué sentido?

—No era engreída ni malvada. No le importaban mucho las cosas de niñas, como los peinados, el maquillaje ni la joyería.

Pasaba mucho rato sola. No necesitaba estar en grupos, señalando a otros ni burlándose.

Dawson podía percibir un desdén por la especie femenina. Él se había sentido igual cuando tenía doce años. Creía, entonces, que siempre iba a pensar del mismo modo. Vaya, este chico terminaría llevándose una buena sorpresa.

—¿Algunas niñas se burlan de ti, Geoffrey? —le preguntó.

Geoffrey dudó antes de asentir.

—Pero no tanto cuando Sadie estaba cerca —admitió.

—¿Sadie te defendía?

El niño asintió y volvió a limpiarse la frente.

—¿Las otras niñas le tenían miedo? —preguntó Dawson. Esa no era la impresión que le había dejado Tilly.

Él negó con la cabeza.

—No es que le tuvieran miedo, pero ella me defendió una vez, cuando algunas niñas no dejaban de empujarme, al final de la fila de la cena, mientras me decían que me saltara la comida.

—¿Qué hizo ella? —preguntó Dawson, que luchaba contra sus propios recuerdos.

—Me cogió de la mano, me llevó de vuelta a mi lugar en la fila y se quedó ahí, mirándolas con desprecio, hasta que me sirvieron la comida. Después, simplemente desapareció.

El sargento sospechaba que Geoffrey había querido a esa niña.

—¿La veías mucho por el colegio?

—A veces la veía sentada en algún lugar raro, en el suelo, contra la pared, leyendo o dibujando garabatos en un cuaderno.

Una nueva mención del cuaderno que él no había podido encontrar.

—A veces, yo trataba de llamar su atención, pero era como si ella estuviera en otro lugar.

—¿La acosaban? —le preguntó, igual que a Tilly.

De inmediato, Geoffrey negó moviendo la cabeza.

—No, nadie habría acosado a Sadie.

Dawson se sentía confundido. Según todos los indicios, Sadie Winters había sido diferente a las demás niñas. No se mezclaba, no se adaptaba. Era la receta más perfecta para convertirse en blanco de los matones. Pero esta respuesta era exactamente la misma que había recibido de la niña con quien la víctima había compartido

habitación.

—¿Por qué no? —preguntó.

En ese momento, el señor Havers apareció en el pasillo.

—¿Me devuelve a mi alumno, agente?

Geoffrey se puso de pie, pero Dawson le puso una mano firme en el brazo.

—Un minuto más, solamente —le dijo al profesor. Este volvió a desaparecer por el pasillo con el enfado en la cara.

—Me tengo que marchar, de veras —dijo Geoffrey, mirando fijamente al profesor que desaparecía.

—Vale, Geoffrey, pero ¿podrías explicarme, tan solo, por qué las otras niñas dejaban sola a Sadie?

El niño ya estaba en otro lugar.

—La dejaban sola porque estaba conectada con las barajas.

—¿Conectada? ¿Barajas? —indagó Dawson.

El niño asintió y se volvió para alejarse.

—Sí, su hermana es la reina de corazones.

El sargento frunció el ceño mientras el niño se escabullía por el pasillo para volver al gimnasio.

¿Qué demonios era la reina de corazones?

Capítulo 18

—Así que ¿cuál es el plan ahora? —preguntó Bryant. Consultó su reloj. Eran casi las cinco y estaban tomando un respiro en el exterior del edificio.

Pocas horas antes, fiel a su palabra, Mitch había cargado con el equipo forense. Se habían llevado la grava ensangrentada y, en su lugar, habían colocado un parche de prístinas piedras nuevas. Sin embargo, Kim no necesitaba ese indicador para saber el lugar exacto donde había yacido la cabeza ensangrentada de la niña.

Hasta el momento, habían hablado con quince profesores, y ninguno de ellos había sido capaz de darles algo útil. De hecho, lo único que habían podido averiguar era que Sadie había perdido una clase por completo, que no había vuelto a la siguiente y que nadie la había visto en ese intervalo.

—Quiero hablar con la hermana de Sadie —dijo Kim—. No iremos a ningún lado con los adultos. Necesito saber más de Sadie, pero aún no quiero hablar con sus padres de las autolesiones. Quizás Saffron ya lo sabía —dijo.

—Podríamos estar haciendo mi valoración —dijo él, pillándola por sorpresa.

Ella no lo había pensado, a pesar de la insistencia de Woody.

—Ah… No en este momento —dijo.

—¿Por qué no? Es obvio que ya no veremos a más profesores, y estoy seguro de que conseguir la dirección de Saffron Winters podría esperar diez minutos.

—¿Crees que ese es el tiempo que nos tomará? —preguntó ella, y enarcó una ceja.

—Si lo haces como todo lo demás, probablemente lo tendremos resuelto en cinco. Nos quedaría tiempo para una taza de té.

—No es el lugar más…

—Jefa, ¿algo anda mal? —preguntó él.

—No, es solo que… —Dejó de hablar cuando su teléfono empezó a sonar.

—Ah, justo esta persona —dijo a Bryant tras leer en la pantalla el nombre del director Thorpe.

—Stone —contestó.

—Inspectora, soy el director Thorpe —dijo en tono formal. Ella aguardó a que continuara—. La llamo para confirmarle que se han hecho arreglos alternativos para sus interrogatorios, en caso de que los necesite —ofreció con firmeza.

Kim contuvo una sonrisa.

—Es muy amable de su parte, director Thorpe —dijo ella—. Y, aprovechando la ocasión, ¿me podría dar la dirección de los señores Winters?

—Por supuesto. Tengo su dirección principal en Droitwich y la de la casa de vacaciones en Snowdonia. ¿Cuál prefiere?

—Dondequiera que esté Saffron, la otra hija.

—Ah —exclamó sorprendido—. En ese caso, no necesita ninguna. Saffron Winters sigue aquí, en el colegio, con nosotros.

Capítulo 19

—Vale, pues esto ya está un poco mejor, ¿no lo crees, Bryant? —preguntó Kim mientras miraban la habitación.

El director Thorpe los había guiado amablemente a una amplia sala de lectura adyacente a la biblioteca. Aún con la luz crepuscular, podían ver el campo de *hockey* y las pistas de tenis.

Bryant soltó un silbido en señal de apreciación.

—Ha sido un buen resultado, a pesar de que tus métodos son un poco…

—… imaginativos —terminó ella.

—Eso no es lo que iba a decir; pero, por ahora, con eso nos quedaremos —contestó él.

Se sentó al lado de Kim.

—Entonces, ¿por qué crees que no ha ido a casa? —dijo Bryant, poniendo voz a la pregunta que ambos tenían en mente.

—No tengo ni idea, Bryant. Supuse que la familia querría estar unida. Sin duda, no hay nada mejor para ella que estar en casa, con sus padres.

—Definitivamente, si mi hermana acabara de morir, ahí es donde yo querría estar —expuso él.

—A menos que ella, aquí, se esté sintiendo como en casa —reflexionó Kim—. Los chicos pasan tanto tiempo en este lugar que quizás les resulte más familiar que sus propias casas.

—Podría ser, pero, de todos modos, yo preferiría estar con mis padres —dijo él—. Sin duda, ninguna escuela puede reproducir esa seguridad ni ese bienestar.

—Mmm… —dijo ella, pensativa. En ese momento, una mano llena de confianza golpeó la puerta.

—Entre —dijo Bryant.

Kim sonrió a la niña que se había abalanzado sobre ella el día anterior.

—Siéntate, por favor, Saffron.

La niña asintió y caminó hacia ellos.

—Llámenme Saffie, por favor —dijo, y se sentó.

De inmediato, dos conceptos brotaron en la mente de Kim: elegancia y confianza en sí misma. Desde lo más alto del pelo rubio teñido del color del maíz hasta las puntas de las negras botas de cuero Lanvin, adornadas con cadenas, había en Saffron Winters gracia y seguridad, atributos que no solían estar presentes en la mayoría de las niñas de dieciséis años que Kim había conocido.

Apartó la vista de ese calzado que tanto le gustaba, pero que, con un costo de más de mil libras, estaba muy por encima de sus posibilidades. Incluso vestida con una camiseta sencilla de tirantes y unos vaqueros azules claros, Saffie Winters tenía algo que llamaba la atención.

Sus penetrantes ojos azules adornaban un rostro modelado por los dioses.

Kim recordaba a los padres. Se daba cuenta de que esta niña había heredado lo mejor de los dos. Evidentemente, ese no había sido el caso de Sadie.

Bryant hizo las presentaciones antes de dirigir a la niña una mirada de auténtica compasión.

—Saffie, sentimos mucho la muerte de tu hermana —expuso.

—Gracias —dijo ella educadamente, pero con poca emoción.

Kim se preguntaba si la chica ya habría asimilado todo. Apenas habían pasado veinticuatro horas.

—¿No quisiste ir a casa? —preguntó Kim con suavidad.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy más ocupada aquí —dijo simplemente.

Kim habría querido explorar los motivos, pero decidió seguir adelante. Tenía que hacer algunas preguntas difíciles.

—¿Estabais muy unidas, Saffie?

Ella lo pensó seriamente antes de negar con la cabeza.

—Lo fuimos alguna vez, pero ya no.

—¿Así que no solían pasar mucho tiempo juntas? —continuó Kim.

Saffie negó con un movimiento de cabeza.

Kim trataba de entender un entorno donde las niñas se alojaban y acudían a la escuela, pero pasaban muy poco tiempo juntas.

—Hemos oído mucho la palabra atormentada en relación con tu hermana. ¿Estás de acuerdo?

No hubo ninguna vacilación.

—Sí, agente, estoy de acuerdo. No creo que tuviera ningún amigo.

«Aun así, no pasabais tiempo juntas», pensó Kim.

—Prefería hacerse compañía a sí misma —dijo Saffie, como si leyera sus pensamientos.

—Le gustaba escribir, por lo visto —dijo Kim—. Poesía —añadió.

Saffie pareció sorprendida.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Su maestra de inglés cree que tenía talento.

Saffie asintió, pero la detective detectaba un aire de impaciencia y desinterés en su expresión. Se había ausentado muy pronto.

—Saffie, ¿qué hacías cuando Sadie estaba en el suelo, allá fuera? —preguntó Bryant.

—Estaba en la sala de música —contestó.

Exactamente donde el director Thorpe dijo que iría a buscarla, hacía alrededor de una hora. Por lo visto, la chica pasaba mucho tiempo ahí.

Kim tenía la incómoda sensación de que algo estaba faltando en este intercambio. Había sentido a Joanna Wade irradiar emociones más genuinas que las de esta parienta consanguínea.

—Saffie, ¿te sentiste sorprendida cuando oíste que Sadie había saltado del tejado?

Saffie negó con la cabeza.

—Mis padres llevaban meses tratando de comunicarse con ella, aunque sin éxito. Mientras más lo intentaban, más se retraía.

Kim tenía la sensación de que Saffie podía estar hablando de una persona cualquiera.

—¿Sabías que tu hermana se autolesionaba?

Esta vez, una sorpresa genuina le transformó la cara, lo que, para Kim, fue una revelación: el sobresalto ante el tema de la poesía había sido fingido. Percibió el destello de fastidio que siguió a la conmoción.

—Se hacía cortes a sí misma —añadió Kim.

—Tal vez no debería sorprenderme —dijo la chica.

—¿Por qué?

—A veces quería acaparar toda la atención —dijo Saffie.

Solo que no lo hacía en ningún lugar que los demás pudieran ver, pensó Kim, así que no estaba llamando la atención de nadie. Ni siquiera lo intentaba.

—¿Alguna vez habló de eso?

—No, inspectora, nunca —dijo Saffie con impaciencia.

—Pero tú eras su…

—Oficial, creo que debería saber que mi hermana no me quería mucho.

Kim se sintió sorprendida por esa franca confesión.

—¿Por algún motivo en particular? —le preguntó.

—Me aburrí de preguntárselo, para serle franca. Al igual que mis padres, nunca pude conectarme con ella.

¿Así que todos se habían dado por vencidos?, se preguntaba Kim. ¿Ninguno buscó la manera de llegar a ella?

—He preguntado por sus amigos y tú nos has dicho que tenía muy pocos…

—No, he dicho que no tenía —aclaró Saffie.

—¿Y enemigos? ¿Qué me dices? —preguntó Kim.

—No sé por qué me lo pregunta, pero yo asumiría que no tenía. Así como era un fracaso para interactuar de manera positiva, estoy razonablemente segura de que también fallaba en las interacciones negativas.

La detective se reclinó en la silla.

—Estoy empezando a figurarme una adolescente muy joven que para todos pasaba inadvertida, hasta el punto de la invisibilidad.

Kim pensó en la pila de ropa por planchar que tenía en casa, en la habitación de invitados. Llevaba tanto tiempo sin ponerle atención que ya ni siquiera la veía.

—Si eso era así, así es como ella quería que fuera, exactamente —contestó Saffie, y consultó su reloj.

En ese momento, Kim ya no tenía muchas más preguntas.

—Vale, Saffie, gracias. En caso de que necesitemos algo más, iremos a buscarte.

—Aquí estaré —contestó ella.

Kim inclinó la cabeza.

—¿No piensas ir a casa a pasar el fin de semana con tus padres?

—No, inspectora. Estarán bien. Se tienen el uno al otro.

Una vez más, no había emociones. Era la simple declaración de un hecho.

Saffie asintió hacia los dos y salió de la habitación.

Kim escuchó voces al otro lado de la puerta. Poco después apareció la cabeza del director Thorpe, que ostentaba su llavero.

—¿Han terminado por esta tarde? Es solo que esta habitación la cerramos…

—Por supuesto —dijo Kim, y se puso de pie. Eran casi las seis.

—Qué extraño, ¿no le parece?, ¿que haya elegido no ir a casa en un momento como este, director Thorpe?

Él sonrió con tristeza y una pizca de orgullo.

—Insistimos, pero no quiso saber nada. No quería decepcionarnos.

Kim se sintió confundida.

—¿Cómo es posible que ir a casa a guardar luto por su hermana se vuelva una decepción para usted o el colegio?

—Inspectora, el sábado por la noche tendremos nuestra gala anual y Saffron Winters es la estrella del espectáculo.

Capítulo 20

A pesar de que tenía muy poco que decirle, Kim llamó a la puerta de Woody a las siete menos diez, tal como él se lo había ordenado.

El día había sido frustrante, no tan fructífero como la detective esperaba. Ahora se sentía obligada a admitir que se había equivocado al solicitar que retrasaran el anuncio del homicidio. No les había servido de nada.

—Señor, no tengo mucho que contarle —dijo, y se sentó en la silla que él le estaba indicando. Woody asintió para invitarla a continuar—. Hemos hablado con amigos, con profesores y la hermana de Sadie. El retrato que ha emergido es el de una mocita solitaria y emocional que parecía haberse aislado de todos los que la rodeaban. No era una niña malvada y no se metía en líos con nadie.

—Bueno, está claro que sí, a juzgar por esas heridas —dijo él, señalando con el rostro la pantalla del ordenador. Era obvio que había estudiado el informe de la autopsia.

—Nada sobresaliente —precisó ella.

—¿No hay sospechosos? —preguntó el jefe, con el ceño fruncido.

La imagen de Saffie flotó en la cabeza de Kim, pero ella la desechó.

—No, señor.

—Vacilaste —dijo él, entrecerrando los ojos.

—La hermana es un poco extraña, y eso es todo. No se llevaban bien, lo cual no tiene nada de raro. Me atrevería a decir que debemos vigilarla.

—¿Qué sigue, entonces? —preguntó él. Cogió el bolígrafo y empezó a girarlo entre los dedos.

—Nos reuniremos por la mañana, antes de la rueda de prensa, y después anunciaremos que la muerte de Sadie ha sido un asesinato

—dijo ella.

Woody negó con la cabeza.

—No, no lo haréis.

Ella no hizo el menor esfuerzo por ocultar la sorpresa. Normalmente, era Woody quien la presionaba para que tratara más con la prensa.

—¿No qué? —quiso saber—. ¿Notificar el asesinato o dar la rueda de prensa?

—Ninguna de las dos cosas.

—Señor, necesitamos anunciarlo. No hemos encontrado ningún motivo claro para el asesinato de Sadie Winters. No tenemos pruebas forenses para pillar coincidencias. ¿Cómo podemos saber que no hay más chicos en riesgo? Le agradezco que me dé el día para averiguarlo, pero, en este momento, tendríamos que ser justos con los padres de familia que querrían sacar a sus hijos del colegio.

—Nosotros no mencionaremos la palabra homicidio, ¿lo has entendido, Stone?

—No, señor, no lo he entendido —replicó—. Por favor, explíqueme qué objeto tiene arriesgar la vida de más niños por no decir la verdad acerca de la muerte de Sadie.

—No te explicaré mis decisiones —rugió.

—Pero ¿son sus decisiones? —preguntó, incapaz de poner freno a las palabras que salían de su boca.

Él se la quedó mirando por un largo rato.

—Eso es todo, Stone —dijo en pocas palabras.

—Señor, debo protestar, de verdad. No podemos poner más niños…

—He dicho que eso es todo. Ahora, fuera de aquí.

Ella se dirigió a la salida y, aunque sabía que ya había hablado demasiado, se volvió para hacer un nuevo intento de enunciar su postura.

Pero su jefe ya había cogido el teléfono.

Capítulo 21

Las cartas, una por una, fueron llenando la sala de las velas. Los zapatos se arrastraban por el hormigón sin cubrir. Vestido casual, pero nada de zapatillas deportivas. Siempre zapatos.

El oscuro espacio bajo el campanario había sido la sala de reunión de las picas desde 1949. Ahora tenía una bombilla solitaria en el centro de la habitación de nueve metros cuadrados. Estaba apagada. En su lugar, el espacio se iluminaba con un candelabro en cada esquina, el cual proyectaba sombras esbeltas por todas las paredes. Era la tradición.

Comodín esperó a que todas las cartas estuvieran tras sus sillas en la mesa redonda. Rey a su derecha, y Jota, a su izquierda. Su propia silla se erguía delante de la pica negra enmarcada, cosida, a principios de los años cincuenta, con retazos de las togas de graduación de las primeras doce cartas.

Se sentó. Los demás hicieron lo mismo.

Esta era una reunión nocturna no programada. Había una silla vacía. Faltaba una carta, y esa era la razón por la que estaban ahí.

Pero eso tendría que esperar un poco.

—¿Todos sabéis que Sadie Winters está muerta? —preguntó seriamente Comodín.

Observó a cada uno responder asintiendo con la cabeza. Era costumbre que ninguna carta hablara, a menos que fuera directamente interpelada.

—¿Hay aquí alguien que sepa algo del incidente? —preguntó, mirando a todos alrededor.

Las cabezas dijeron que no.

Comodín fijó su mirada en la del Rey por un segundo más de lo normal. Un par de cartas habían chocado con Sadie Winters, pero el Rey era el que más.

Este negó con la cabeza.

—Una pica no hace justicia por su propia mano —dijo Comodín, y se aseguró de que todos lo hubieran entendido—. Los castigos se discuten, se llega a un acuerdo —dijo, y señaló con el rostro la silla vacía.

—Uno de nosotros no está acatando las reglas.

Todos asintieron, todos entendían la razón de que hubiera una silla vacía.

Seis no había sido invitado.

—¿Quién de vosotros explicó las reglas?

Todas las cabezas se volvieron hacia Siete.

—¿Y les hablaste de Lewis Millward? —preguntó Comodín.

Siete asintió.

—Habla —le ordenó. Había sido una pregunta directa.

—Sí —respondió Siete.

La experiencia de Lewis Millward servía de historia con moraleja y llevaban doce años transmitiéndola. Lewis tenía catorce años cuando le ofrecieron el as de las picas, al mismo tiempo, más o menos, en que a uno de sus buenos amigos lo invitaban a formar parte de los tréboles.

Lewis había creído que podía escoger cuáles reglas seguir y cuáles no, así que siguió pasando tiempo con su amigo. Había porfiado en saltarse las normas, a pesar de las advertencias de Comodín y otras cartas.

Una noche, lo sacaron de la cama, lo llevaron a las duchas y lo pusieron bajo una corriente de agua helada a recitar las reglas hasta que las hubo entendido por completo. No lo soltaron, no lo dejaron salir ni secarse hasta que los labios se le pusieron azules.

Finalmente, lo había entendido.

Las picas y los tréboles no se llevaban bien.

A cada carta se le dejaba clara la importancia de las reglas desde el momento en que era invitada a unirse.

—Recítalas, Siete —ordenó Comodín.

Siete se movió incómodo. Su humillación era garantía de que inculcaría los deberes a su próximo recluta.

Comodín repetía las palabras de memoria mientras Siete las recitaba.

Respetarás la baraja y sus cartas por encima de todos.

Guardarás los secretos de la baraja y sus cartas.

Si eres pica, siempre serás pica.

Estarás listo para ayudar a tu compañero.

Nunca ayudarás a un trébol.

Y eso era lo que habían venido a discutir:

—Seis ha ayudado a un trébol con la tarea de química.

Un murmullo bajo recorrió la mesa.

Tradicionalmente, la persona que explicaba las reglas era la responsable del castigo.

El responsable levantó la cabeza. Lo había entendido.

—Vale, Siete, ya sabes lo que tienes que hacer.

Capítulo 22

—¿Quién va primero? —preguntó Kim en cuanto entró en la sala de la brigada.

—Yo, jefa —dijo Stacey—. Revisé las declaraciones de los testigos, tal como me lo pediste —movió la cabeza de un lado al otro—. No pude encontrar ninguno que dijera que, de verdad, la había visto en el tejado.

Kim frunció el ceño. ¿Cómo demonios era posible?

—¿Revisaste todas las declaraciones? —preguntó.

—Sí, jefa —dijo Stacey. Se puso de pie y fue al escritorio de reserva.

Las declaraciones estaban acomodadas en líneas verticales superpuestas, como las barajas en un solitario.

—La primera fila, la más larga, es de gente que ha declarado quién se lo dijo, ya sea por teléfono o en persona; la segunda, de quienes oyeron los gritos en el pasillo, y la tercera, de quienes no recuerdan cómo se enteraron.

—Maldita sea —dijo Kim, incapaz de comprender la imposibilidad de rastrear la fuente original. Estaba segura de que eso había sido obra del asesino.

—¿Algo más? —preguntó.

—Apenas he empezado a recopilar antecedentes de los adultos. Es obvio que los padres de Sadie tienen mucho dinero.

—Dos niñas en una escuela privada por treinta y cinco mil libras anuales. Ya me lo figuraba —observó Dawson.

La asistente de detective volvió a su asiento y pulsó algunas teclas.

—Laurence Winters nació dentro de la ilustre familia Winters, especializada en la manufactura de equipo médico. Ha habido un Winters en Heathcrest desde que el bisabuelo de Laurence fue enviado ahí durante la guerra.

—¿Y Hannah Winters?

—Un poco más colorida. Hannah Winters desciende del linaje Sheldon, una familia de sangre azul que puede rastrearse hasta el siglo XV. Montones de títulos, pero ni una olla donde mear. Ganaron dinero con la cría de caballos y las carreras, hasta que el abuelo de Hannah perdió una codiciada carrera y, en un ataque de locura, mató a todos sus caballos y, después, a sí mismo.

»Al verse desamparado y lleno de deudas acuciantes, el padre de Hannah vendió todo lo que poseía y consiguió quedarse con lo suficiente para enviar a Hannah a Heathcrest con la única disposición de…».

—Encontrar un esposo rico —concluyó Kim.

«Y vaya que lo consiguió», pensó.

—¿Algo más?

—Aún no —dijo Stacey jubilosa—, pero dame tiempo. De verdad que hay cositas picantes tras las puertas de estos ricos y poderosos.

Kim enarcó una ceja hacia su compañera.

Se preguntaba ociosamente si Stacey sentía que estaba retrocediendo un poco. En su último caso grande, la asistente había colaborado con Dawson, y ambos habían hecho un trabajo sobresaliente en el descubrimiento de una red de esclavitud. Kim, que había sido autorizada para traer más personal, había echado mano de Austin Penn, del equipo de Travis; pero sabía que Woody no volvería a permitirle algo así. De cualquier modo, en este caso necesitaba a alguien con las habilidades de Stacey en el manejo de datos.

Al ver la expresión de su colega, Kim se tranquilizó: Stacey no se lo estaba tomando nada mal.

—Kev, ¿sacaste algo de los amigos de Sadie?

—No mucho. Para ser franco, la niña no parece haber tenido muchos amigos. Era, definitivamente, una solitaria.

—¿Qué pudiste averiguar de su habitación? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—Una mierda, jefa. No hay escritos, no hay garabatos, no hay mochila. De hecho, no hay nada personal. Los cajones están prácticamente vacíos.

—¿Alguien llegó primero? —preguntó ella.

—Eso diría yo. Allí había algo que alguien no quería que

encontráramos.

—Mmm… —dijo Kim pensativa, preguntándose quién querría esconder los objetos personales de Sadie.

—¿Algún novio? —preguntó.

—Nada, por el momento. Parece haber sido una chica bastante decente, pero no lo que se dice extrovertida.

—Vale, Kev. No parece que vayamos a encontrar mucho por ahí, así que, si fueras a…

—Jefa, ¿tienes algún inconveniente en que siga un poco con esto? Hay un par de cabos sueltos que me gustaría atar. Ayer escuché algo sobre sociedades secretas en Heathcrest. Barajas, algo así. No estoy seguro de qué significa, pero podría haber alguna conexión.

Kim ya tenía en la punta de la lengua negarle la solicitud y ponerlo con Stacey a buscar datos y antecedentes, pero, si en algo confiaba de Dawson era en su instinto.

—Vale. Un día más, pero, si no encuentras nada…

—Entendido, jefa —dijo él.

—De acuerdo. Con respecto a las interacciones sociales de Sadie o a la falta de ellas, nosotros encontramos más o menos lo mismo que Kev. También, gracias a Keats, descubrimos que Sadie tiene un historial de lesiones autoinfligidas. Su hermana Saffie no estaba al tanto de eso.

—La hermana no parece saber nada de nada acerca de su hermana menor —intervino Bryant.

—Sin embargo, no es algo tan inusual, ¿o sí? —preguntó Dawson—. Por lo visto, eran completamente opuestas, ¿y quién quiere tener a su hermana menor cerca, y una rarita, además, cuando tienes dieciséis años?

Kim estaba de acuerdo con eso, pero, al interrogar a Saffie, había tenido la impresión de que estaban hablando acerca de una completa desconocida.

—¿Hay alguna razón por la que no ha ido a casa? —preguntó Stacey.

—Está practicando para una ceremonia que habrá este fin de semana. Será la estrella del espectáculo con un solo de piano.

—Hacerse la dura, y todo eso —dijo Stacey.

Algo así, pensó Kim mientras miraba por toda la sala en busca

de su primera víctima. Le quedaban veinte minutos antes de la rueda de prensa.

—Vale, Dawson, te toca. Pasa a mi despacho —dijo, y señaló el Tazón con el rostro.

Él miró a sus dos compañeros en busca de una pista.

—¿A quién he cabreado esta vez? —preguntó.

—A mí, si no te mueves de inmediato —dijo ella desde la puerta.

Él entró y Kim cerró la puerta.

Capítulo 23

—Madre de Dios, Dawson, alégrate —dijo Kim, y puso el formulario de evaluación entre los dos.

Cuando el sargento vio lo que estaban a punto de discutir, su inquietud pareció menguar muy poco.

Ella echó un rápido vistazo a los papeles. Los había encontrado debajo de una revista de motocicletas, en el segundo cajón de arriba abajo.

—Por lo visto, te has calificado con cinco de cinco en habilidad, asistencia, calidad del trabajo y… en prácticamente todas las asignaturas. ¿De verdad? —dijo ella, examinando el formulario completo.

Él sonrió.

—Hay que apuntar alto, jefa —dijo.

Kim se tomó un momento para leer todos los criterios al detalle.

—Sí, buen intento, pero no habrá galletita, Kev. No tendrás un cinco en liderazgo, en cumplimiento de plazos ni en trabajo en equipo, y tendrás que repensar tu nota en habilidades organizativas. Conseguir que Stacey lo haga por ti no cuenta.

Tachó los cincos y escribió cuatro en cada una de esas casillas. Dio vuelta a la página una y otra vez, como buscando algo.

—Mmm… No estoy segura de dónde poner esto —dijo, y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, jefa?

—A tu negativa a escuchar mis instrucciones cuando se trata de llamamientos de prensa. Estoy buscando la casilla adecuada.

Él miró hacia el techo.

—Ha sido una sola vez, jefa, y he aprendido la lección.

Sí, y la había aprendido bien, después de haber visto a todo su equipo, incluyendo a su jefa, quedarse hasta altas horas de la noche para desechar cada pista inútil que habían recibido. Y ella lo había

advertido de que eso ocurriría, exactamente.

—Y fuiste tú quien pagó el pato, ¿eh, jefa? —reconoció Dawson.

Sí, Kim le había dicho a Woody que el llamamiento de prensa lo había hecho ella, en lugar de dejarle caer que Dawson había sido engañado por un aprendiz de reportero. Y estaba segura de que eso aparecería en su propia evaluación. Woody no se lo había tragado ni por un segundo.

—Y esto nos lleva a las áreas de mejora —dijo—, y veo que las has dejado en blanco.

—Me parece que lo estoy haciendo bien, jefa —dijo él, que no quería ceder un ápice.

Kim abrió las manos expresivamente.

—Vale. ¿Qué te parecería que cambiáramos de asientos y tú…?

—No, tampoco lo estoy haciendo así de bien —alegó Dawson, y reprimió una sonrisa.

—Totalmente de acuerdo —accedió ella, y se quedó pensando por un momento—. Irreflexivo, Kev —dijo ella con sinceridad—. Nada que ver con los espejos, sino con ese actuar que, a veces, no nace de ninguna consideración ni de meditar las consecuencias.

Él entrecerró los ojos.

—Jefa, me parece que no estoy de acuerdo…

—Y muy discutidor —añadió ella, e hizo como que lo escribía—. Lo segundo no me molesta gran cosa. Tu, mmm, naturaleza retadora, aunque intensamente molesta, irritante y frustrante, me hace reflexionar de vez en cuando. Sin embargo, tu impetuosidad terminará metiéndote en problemas.

Él lo pensó por un instante y, finalmente, asintió.

—Pero la cosa es que tengo una jefa que…

—Una jefa que no está siendo evaluada en este momento —lo interrumpió. Hizo una anotación en una casilla vacía—. Contenla, antes de que alguien salga lastimado.

Dawson abrió la boca para disputar esa expresión, que desaconsejaba activamente debatir el tema.

—Lo entiendo, jefa.

Kim leyó la última casilla del formulario, la que decía «Objetivos futuros».

—¿De verdad? —preguntó.

Él tomó aire.

—Creo que estoy listo para el siguiente paso, jefa. Ya no estoy en período de prueba —dijo, y echó un vistazo al formulario de evaluación—. Me parece que he demostrado que soy competente. No tengo amonestaciones, avisos de mejora ni…

—¿Estás tratando de convencerme, Kev?

Kim sabía que cualquier solicitud de formulario de registro induciría el envío de un formulario de aprobación del jefe inmediato.

—Tengo una familia, jefa. Quiero ser un buen proveedor para Alison, dotar a Charlotte de una educación decente… Ya sabes, darles una buena vida.

Kim lo entendía, pero el proceso no sería rápido ni fácil. Él tendría que someterse a un examen de conocimientos jurídicos, ser evaluado en función de las competencias específicas del cargo y soportar una promoción temporal, así como valoraciones de desempeño, antes de oler, siquiera, la promoción permanente.

—Y, para ser sinceros, tu opinión significa para mí tanto como…

—Yo no seré quien tome la decisión final en…

—Lo sé, pero me gustaría saber qué piensas —dijo él con franqueza.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta, que ya se estaba abriendo.

—Ahí está ya, jefa —dijo Bryant desde la entrada.

Ella asintió hacia él y se puso de pie.

—¿Jefa? —dijo Dawson, a la espera de una respuesta.

¿Pensaría Kim que estaba listo?

—Lo sabrás, sin duda, cuando hayamos encontrado al asesino de Sadie.

Él sonrió y salió con ella del despacho.

Todos se reunieron en torno al ordenador de Stacey, quien ya tenía cargado en la pantalla el canal de noticias. Ahí estaba el jefe, delante de la fachada norte del edificio, una que ellos no podían ver desde su ventana.

Lo flanqueaban los agentes de prensa, con sus identificaciones colgadas del cuello, pero no había ningún otro policía. El porte autoritario del jefe, enfundado en su elegante uniforme negro, acaparaba toda la atención.

—Sube el volumen, Stacey —dijo Dawson desde atrás.

—… incidente en la academia Heathcrest ha terminado con la muerte de una niña de trece años. En estos momentos, nuestras condolencias, nuestros pensamientos, están con la familia. Los agentes trabajan…

—¿Hay circunstancias sospechosas? —gritó desde el frente una voz femenina.

Kim gruñó. Conocía muy bien esa voz.

Woody esquivó la pregunta.

—Ahora mismo, los agentes están estableciendo…

—¿Fue un suicidio o un accidente? —volvió a gritar Frost.

Había captado la atención de Sky News, cuya cámara ahora iba y venía entre la reportera y el jefe de Kim.

Woody miraba al frente con fijeza.

—Nuestras investigaciones continúan en este momento…

—Inspector jefe, ¿ha sido un homicidio? —gritó Frost.

La cámara se deslizó de golpe hacia Woody, quien, después de una pequeña vacilación, empezó a hablar otra vez.

—Los pondremos al corriente en cuanto tengamos más información —dijo.

Se dio la vuelta y desapareció dentro del edificio.

—Maldita Frost —dijo Kim, negando con la cabeza. Esto era, exactamente, lo que el jefe no había querido.

Lo único que la prensa destacaría de esta rueda de prensa serían esa palabra y la renuencia del jefe a negarla. Todos los titulares gritarían «asesinato».

—Me parece que nos acaban de abrir la caja de Pandora, jefa —observó Dawson.

—Creo que tienes razón —dijo Kim. En ese momento, su teléfono empezó a sonar.

Reconoció el número de la casa Lloyds, el cuartel de policía de las Tierras Medias Occidentales, en Birmingham.

—Stone —contestó, y se dirigió de vuelta al Tazón.

—Inspectora detective Stone, soy el comisario jefe Briggs.

Kim sintió la urgencia de reír a carcajadas. Había escuchado ese nombre, había visto la fotografía, pero este sujeto no era el jefe de Woody. Era el jefe del jefe de Woody.

—¿Señor?

—Sea lo que sea que esté haciendo, cancélelo, por favor. Los

Winters necesitan que vaya a su casa. Tienen algo y quieren que usted lo vea. De inmediato —dijo antes de colgar.

Se quedó mirando el teléfono durante largos veinte segundos mientras una sensación incómoda le erizaba los vellos de la nuca.

Tenía la impresión de que alguien estaba tratando de volver a cerrar la caja de Pandora.

Capítulo 24

—¿Cómo ha ido eso, Kev? —preguntó Stacey en cuanto la jefa y Bryant salieron de la sala.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes: confirmó lo que yo ya sabía: que soy la hostia.

—¿Así que no te puso objeciones? —preguntó Stacey con toda intención.

—Bueno, en una o dos áreas, tal vez…

—¿Y mencionó que te engatusaron y que desobedeciste sus órdenes en lo de aquel llamamiento a la prensa?

Él entornó los ojos.

—Es posible que eso haya surgido por ahí.

—¿Y no insinuó que a veces eres…?

—Stace, se supone que esto es confidencial —espetó—. ¿Debo suponer que te has calificado a ti misma con comedimiento?

Stacey asintió.

—¿Sabes?, cuando era niña, mi mamá me dijo que nunca me sentara en la cabecera, porque, si alguien me pedía que me cambiara de lugar, el recorrido sería más largo.

—Lo que tú digas, Stace —dijo él, y se puso a mover papeles sobre su escritorio.

Entendía lo que Stacey trataba de decirle, pero también sabía que a su jefa le gustaba que confiara en sí mismo. Sí, en ocasiones parecía arrogante y engreído, pero la jefa lo conocía, y ella había sido bastante justa al calificarlo. Dawson habría preferido una bonita y ordenada fila de puntuaciones máximas, pero estaba de acuerdo con lo que le habían dado. Y también había hablado con franqueza. Sí, quería una promoción; quería, algún día, tener su propio equipo, pero lo que realmente anhelaba era la aprobación de Kim.

Notó que su compañera seguía mirándolo.

—¿En qué estás, entonces, Kev?

—¿A qué te refieres? —preguntó él candorosamente.

—Mira, sé que detestas revisar datos, pero ¿de verdad vas a inventarte una línea de investigación con tal de no pasar tiempo conmigo?

Él rio ante el tono juguetón.

—Epa, ¿quién está despreciando a quién? —preguntó de buen humor.

La noche anterior, había invitado a Stacey a tomar una copa. Traía al niño Geoffrey en la mente y no quería llegar a casa con él. Su propia infancia había vuelto al presente y le estaba costando trabajo quitársela de encima.

—Perdona, compañero, pero tengo planes —le había dicho ella sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

—¿Otra vez Devon? —le preguntó.

Stacey asintió.

—Maldita sea, Stace. Te he contado tres citas en una semana. ¿Vais en serio? —preguntó.

Ella miró por encima de la pantalla.

—Bueno, hemos hablado de hacer un compromiso.

—¿De qué? —jadeó él.

—De pasar un fin de semana en algún sitio —dijo ella, y rio al ver la expresión de Dawson.

Él sonrió. Le gustaba la emoción de su compañera. Por lo que sabía, ella llevaba unas cuantas semanas saliendo con la agente de inmigración, y el cambio era notable. A veces podía percibir la lenta y secreta sonrisa en su rostro cuando ella echaba un vistazo al teléfono o cuando creía que nadie la estaba observando. Advertía que su comportamiento era diferente, más confiado de lo que le había visto nunca. Descubría el destello de preocupación cuando un caso los hacía trabajar hasta tarde. Pero lo más notable era la luz de sus ojos, ese resplandor cálido que surge cuando comienza una relación amorosa.

No estaba seguro de que ella ya lo supiera.

—¿Así que ese compromiso no es suficiente como para echar cohetes? —preguntó retozón.

No era un secreto que la despampanante Devon llevaba algún tiempo interesada en Stacey, solo que la asistente de detective no

confiaba en sí misma lo suficiente como para intentarlo.

—¿Sabes? Hay una cosa que me tiene preocupada, nada más —dijo ella con toda seriedad.

—¿Qué cosa?

—¿Qué haces aquí, si la jefa ya te ha dado luz verde para que sigas con tu investigación? —Entrecerró los ojos—. Ahora que lo pienso, por mucho que me gustaría creer que te interesas por mi vida personal, sospecho que necesitas algo de mí. Así que venga, suéltalo.

Él sonrió satisfecho. Madre santa, qué bien lo conocía.

—Necesito algunos antecedentes de un par de chicos de Heathcrest. Un niño llamado Geoffrey Piggott y una niña llamada Tilly Tromans.

—¿Por qué? —preguntó ella con simpleza—. Hay cientos de niños ahí, ¿por qué estos dos?

Él se encogió de hombros.

—Hasta el momento, son los dos únicos que he encontrado que parecen haber conocido un poco a Sadie.

—Vale, pero tendrás que ir a la cola. Lo de la jefa es primero —expuso ella como si nada.

—Gracias, Stace —dijo él con un guiño.

—Así que ¿qué averiguaste que no quisiste compartir con la jefa, Kev? —le preguntó astutamente.

Él sonrió y no dijo nada. Esa mañana, la antena de Stacey estaba demasiado bien sintonizada.

Dawson quería saber algo más de esa reina de corazones.

Capítulo 25

—¿Qué crees, entonces, que los afligidos padres nos quieren mostrar? —preguntó Bryant, que conducía sorteando los charcos de la reciente tormenta.

La ciudad de Droitwich estaba a orillas del río Salwarpe, y era la única zona de las Tierras Medias que aparecía en la Encuesta de Calidad de Vida 2011 de Halifax.

El navegador satelital los situó en un camino de asfalto flanqueado por árboles desnudos. Las ramas, como dedos de bruja, parecían invitarlos a entrar. Esos árboles daban paso a un parque natural con viviendas a poco menos de un kilómetro de distancia.

—¿Lago propio? —observó Bryant, que miraba hacia la derecha.

Kim no dijo nada. Independientemente de sus atributos y posesiones materiales, acababan de perder a una hija de trece años. ¿Cuánto de todo esto estarían dispuestos a entregar a cambio de tener de vuelta a Sadie? Hasta la última cosa, sospechaba ella.

Sin embargo, a medida que se acercaban, no pudo evitar una puñalada de decepción al ver la casa. La fachada blanca y plana de la monstruosa propiedad alegaba a gritos ser una encarnación del estilo regencia, pero sin vejez ni historia. Cualquier rasgo de originalidad dentro de la casa sería lo opuesto, totalmente: algo manufacturado para parecer auténtico.

Bryant estacionó el coche entre dos Range Rover idénticos, uno negro y uno blanco.

—Qué bonito —observó Kim.

—Con ustedes, la reina de la infravaloración —dijo Bryant. Ella se encogió de hombros. Que le dieran una motocicleta cualquiera y ella contaría su historia, pero, para la detective, la fascinación por los coches era un misterio—. Si yo fuera un chico de quince años, este coche es el que estaría en mi pared —continuó mientras miraba por la ventanilla—. Es un SV Autobiography con motor V8 de cinco

litros y 539 caballos de fuerza.

Kim seguía sin sentirse impresionada.

—Es el equivalente a cinco Ford Fiesta, y cada uno cuesta unas ciento cincuenta mil libras —explicó él.

Entonces, si unos coches como estos estaban aparcados fuera, expuestos a la intemperie, ¿qué demonios guardaban en la cochera de tres plazas, en el lado oeste del patio?, se preguntaba ella.

—No lo adivino, Bryant, así que ni siquiera me lo preguntes —dijo Kim mientras caminaban a grandes zancadas por la inmaculada grava blanca hacia el pórtico con pilares.

En secreto, ella habría valorado la casa en unos seis millones, más o menos, pero estaba más fascinada con la limpieza del suelo de guijarros blancos.

La puerta se abrió antes de que pudieran llamar y la señora Winters apareció frente a ellos. Tenía el rostro pálido, una sonrisa temblorosa y la mano tendida.

—Gracias por venir tan pronto, agentes —dijo. Briggs no lo había hecho sonar como una elección, pero Kim le reconoció el gesto—. Entren, por favor. —Se hizo a un lado.

Desde el suelo hasta las paredes y las puertas, el vestíbulo era de un blanco enceguecedor. Una mesa redonda de mármol se erguía en medio del claro circular que llevaba a la planta alta.

Siguieron a Hannah Winters por la derecha de la escalera hasta una habitación decorada en tonos pastel. La alfombra de felpa color crema hizo a Kim preguntarse si tenía algo bajo sus pies.

—Siéntense, por favor —dijo. Jugueteaba con un corazón de diamante que llevaba en la base de la garganta.

Kim notó que la mujer tenía las uñas pintadas de un color rosa suave, a juego con el jersey de cachemira que se había puesto sobre unos pantalones de color crema. El cabello rubio pajizo, suelto sobre los hombros, reveló a Kim el parecido definitivo con la hija mayor, Saffie.

—Mi esposo vendrá enseguida. Está atendiendo una llamada —dijo con una sonrisa cortés.

Kim detectó que una dosis reciente de bótox era responsable de los rasgos un poco inertes y de la falta de líneas de expresión en los ojos y la frente.

—Señora Winters, ¿puede preguntarle qué es lo que…?

—Una carta —dijo—. Se trata de una carta que encontramos entre los objetos personales de Sadie.

—¿En el colegio? —quiso aclarar Kim, que recordaba las palabras de Dawson.

Hannah dudó antes de asentir.

—¿Cogieron sus cosas antes de que nosotros pudiéramos revisarlas? —preguntó Kim, esforzándose por mantener a raya el tono de voz.

—Sí, eso hicimos, inspectora —dijo el señor Winters, que venía entrando con un recipiente de plástico transparente—. Y no había nada más —añadió, y le entregó el recipiente, como si no hubiera hecho nada malo, como si manipular las pertenencias de su hija fuera la cosa más natural imaginable.

Kim lo cogió y lo dejó en el suelo. No había manera de asegurarse de si esto era todo o si se trataba solo de los objetos que la familia se sentía preparada para darle.

—Señor Winters, habría sido mejor dejar las pertenencias de Sadie en su lugar para que nosotros pudiéramos evaluar la importancia de las pruebas antes de…

—¿Qué pruebas? —preguntó con el ceño fruncido—. Se suicidó. ¿Por qué necesita ver sus cosas?

Kim había evitado la palabra adulteración solo porque se trataba de unos padres dolientes.

—Señor Winters, ¿vio la rueda de prensa, hace una hora? —le preguntó.

—Por supuesto, y creo que esa reportera debería ser procesada por su comportamiento. ¿Cómo se atreve a insinuar que alguien hubiera tenido motivos para matar a nuestra hija? —Movió la cabeza de un lado al otro, enfadado—. Por difícil que sea para nosotros aceptar que Sadie se quitó la vida, no necesitamos periodistas que traten de aprovechar nuestra desdicha para hacer titulares. Mientras más pronto dejemos atrás estas investigaciones, mejor. Mire esto —dijo, y asintió en dirección de la caja.

Ella quitó la tapa y echó un rápido vistazo al interior. Vio cepillos para el pelo, un par de zapatos, un teléfono, un iPad y unos cuantos libros. Movió algunos objetos para poder ver el fondo.

—¿No está el diario? —preguntó.

—No tenía diario, hasta donde tengo entendido —dijo Laurence,

y se sentó.

A Kim le pareció insólito, a pesar de que ella nunca había llevado uno. Pero a Sadie parecían gustarle mucho las palabras y la exploración de sus sentimientos. Eran razones definitivas para llevar un diario.

Sadie guardaba algo, y ella lo sabía.

—¿No hay cuadernos?

Los padres se miraron el uno al otro y negaron con la cabeza.

—No, inspectora —dijeron al unísono.

—¿Puedo preguntarles quién sacó las pertenencias de la habitación de Sadie?

—Saffie —contestó Hannah.

—A Sadie le gustaba escribir —explicó Kim—. Su maestra de inglés dijo que pasaba muchas horas anotando lo que sentía. Tenía mucho talento, por lo visto —enunció amablemente.

Al parecer, esto era algo que ellos no sabían de su hija menor. Ambos se miraron entre sí sin comprender.

—Ayer conocimos a Saffron —dijo Kim. Sabía que estas personas querían mostrarle algo y ella lo vería. Todo a su tiempo—. Nos sorprendió que siguiera en el colegio, tomando en cuenta que…

—Siempre ha sido una chica testaruda, muy decidida. Le suplicamos que viniera con nosotros a casa, pero insistió en que no defraudaría al colegio con eso de la gala. Es su forma de enfrentar el duelo, creo —dijo Hannah.

—¿Eran cercanas? —preguntó Kim.

—No, en realidad —respondió Laurence—. Ni siquiera de pequeñas. Los tres años de separación parecían ser muchos más. Saffie siempre ha tenido sobre los hombros la cabeza de una niña mayor. Nunca se interesó en los juegos infantiles que Sadie quería jugar. Prefería pasar la mayor parte del tiempo en el piano —dijo.

Hannah asintió.

—Al final, Sadie dejó de tratar de llamar la atención de su hermana y las dos terminaron por distanciarse.

Kim podía oír la tristeza en el tono de la mujer.

—Ninguno de los dos tuvimos hermanos, así que queríamos que nuestras hijas crecieran una cerca de la otra. Siempre tuvimos la esperanza de que, cuando fueran…

Kim notó que los ojos se le enrojecían. La mujer se daba cuenta

de que había perdido para siempre cualquier esperanza de que esos vínculos se estrecharan con el tiempo.

La detective pensó en la foto que tenía en casa, encima de la chimenea. El vínculo que había tenido con su propio hermano, su gemelo, había durado solo seis años, pero ella lo atesoraba.

—¿Qué es, entonces, lo que querían mostrarnos? —preguntó.

Laurence fue a la repisa de la chimenea y cogió un simple trozo de papel.

—Encontramos esto entre sus cosas —dijo, y señaló con el mentón la insignificante caja de las pertenencias.

Kim había perdido cualquier interés en esa caja, que ya había pasado por demasiadas manos. Aunque era posible que Stacey encontrara algo en el móvil o en la tableta, Kim sospechaba que no sería así. De otra suerte, se lo habrían guardado.

Cogió el papel.

La letra comenzaba muy ordenada, pulcra y pequeña; las palabras, mesuradas. Era una carta en dos partes.

Bryant se acercó para leer junto con ella.

> Queridos papá y mamá:
>
> No encuentro palabras para explicar lo que siento. Cada día, mi mente es como una selva tropical cubierta de follaje, un denso bosque. De vez en cuando se levanta una nube de rocío y tapa el sol. Trato de vadearla. Intento alcanzaros, pero la selva se interpone en mi camino.
>
> Aunque hago grandes esfuerzos por satisfacer las expectativas, me hundo en las grietas de la realidad, porque también quiero ser yo misma. Aún no sé quién soy. No sé cuánto tiempo podré estar en esta nebulosa existencia a la espera de lo que vendrá. Es demasiado difícil. Ya no lo soporto. Tengo que ponerle un alto.

Kim volvió al principio de la carta y la leyó una vez más. Sintió que Bryant suspiraba a un lado.

Qué fuerte leer los pensamientos confusos, sinceros y perdidos de una niña de trece años que ahora yacía en la morgue. Como quiera que hubiera pasado los últimos días o las últimas horas, no era feliz, no estaba en paz. Especialmente consigo misma.

Kim levantó la mirada y vio que Laurence se había situado junto a su esposa. Le había puesto las manos sobre los hombros. Hannah

tenía la cabeza metida en el antebrazo de su esposo, como si la verdad fuera insoportable.

—¿Y qué opina de esta carta, señor Winters? —preguntó Kim con suavidad.

Él contuvo las lágrimas.

—Creo que esta carta no nos deja la menor duda de que nuestra hija quería acabar con su vida.

Kim se sentía indecisa entre revelar la naturaleza de las heridas de Sadie o esperar a tener algo más sustancial que compartir. La palabra asesinato había sido gritada a los cuatro vientos por Tracy Frost, pero esta pareja había preferido no oírla.

Se puso de pie.

—Gracias por compartir con nosotros esta carta, señor Winters. Estoy segura de que será útil en nuestras investigaciones.

Laurence asintió y los acompañó a la salida. Kim le prometió ponerse en contacto con ellos en breve.

Por un momento, se apoyó en el coche.

—La respuesta es no, incluso antes de que se te ocurra —dijo Bryant, y abrió la puerta.

—Ni siquiera sabes lo que estoy pensando —replicó ella.

—Sí, sí que lo sé —dijo en cuanto ella estuvo sentada junto a él —. Es evidente que los Winters tienen amigos muy encumbrados. Ahora, esos amigos han llamado a alguien que está en lo más alto de nuestro escalafón. Por algún motivo, el que sea, los padres están decididos a creer que su hija se ha suicidado. Si volvieras allí y trataras de obligarlos a creer que ha sido asesinada, ¿qué ocurriría? ¿No crees que ya nos vigilan de cerca, con las cosas como están? Sus amigos influyentes querrán que todo esto se resuelva en menos de una hora, y, en este momento, no tenemos nada.

—¿Estás diciendo, entonces, que deberíamos dejarlos creer en una mentira? —preguntó ella.

—Lo que digo es que aprovechemos la oportunidad para descubrir quién la mató, y así podremos darles algunas respuestas de verdad.

—Maldita sea, Bryant, sé que tienes razón, pero yo también —dijo, exasperada.

Él arrancó el coche y enfiló el camino para salir.

—Genial, ni siquiera tengo ese derecho. —Suspiró mientras el

coche crujía sobre la grava—. Bryant, ¿crees que Sadie habría escrito una carta a «papá y mamá»?

—Ni de coña —dijo él al llegar a la carretera.

No. Por extraño que pareciera, ella tampoco.

Capítulo 26

Dawson consultó su reloj mientras se aproximaba al área de recreación. En su colegio la habrían llamado «patio». El espacio tenía el tamaño de una pequeña urbanización y parecía ser compartido por todos los estudiantes.

Oyó una campana a la distancia antes de que las voces y las charlas llenaran sus oídos. Los niños salían de las puertas como de un grifo abierto. En un instante, ya se habían formado grupos: unos de niñas, otros de niños y unos cuantos mixtos, pero la mayoría eran de un solo sexo. Ocho chicos se dirigieron al centro del espacio y dejaron caer sus jerséis para usarlos como porterías.

Algunas cosas eran universales, pensó Dawson, sin importar a qué cole asistieras. Y que los niños jugaran al fútbol entre una clase y otra era una de ellas.

Buscó a Geoffrey entre la multitud y, al no poder verlo, se tomó unos momentos para recordar su propia experiencia. ¿A dónde iría el niño gordo, obligado a salir a tomar el aire entre clase y clase, pero sin querer llamar la atención?

Empezó buscando por el perímetro del área de recreación. Bajo una hilera de olmos se escondían unos cuantos bancos, protegidos del sol ascendente. En la mayoría había grupos de chicos sentados, ya fuera en el apoyabrazos o en el respaldo, con los pies en los asientos. Excepto en uno.

En el punto más alejado del edificio del colegio, apenas apreciable detrás de las ramas que colgaban de un olmo, un niño mordisqueaba patatas fritas de un paquete.

Vaya que Dawson entendía el ciclo. Él había tenido un poco de sobrepeso, lo habían molestado, lo habían hecho sentir miserable, había comido, lo habían molestado, lo habían hecho sentir miserable… Bien, simplemente deja de comer patatas fritas y pastelillos, pensarán los presentes. Si tan solo fuera así de fácil…

—Hola —dijo Geoffrey al mirar primero a Dawson, y luego, con culpabilidad, su paquete de patatas.

El sargento lo comprendía. Había sentido la misma vergüenza cada vez que lo veían comiendo cualquier cosa que no fuera una manzana o una zanahoria. Los chicos de peso normal podían comer cualquier cosa sin llamar la atención y sin que nadie los juzgara. Al niño gordo lo mirarían, moviendo la cabeza de un lado al otro, como si estuviera haciendo algo malo.

—Mmm…, de pollo, mis favoritas —dijo Dawson.

Geoffrey le ofreció las patatas y el detective cogió una. Dejó el paquete entre los dos.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Dawson.

Él asintió hacia el grupo que jugaran al fútbol.

—Que sea rápido. De un momento a otro, van a querer que vuelva con ellos.

Dawson notó la mirada mordaz y rio a carcajadas.

Geoffrey le respondió con una sonrisa, encantado, aparentemente, de haber hecho reír a alguien.

—Ayer dijiste algo acerca de la reina de corazones. ¿De qué se trata? —preguntó el detective, y cogió otra patata frita. Había olvidado lo sabrosas que eran.

—No debería haber dicho nada —dijo, y miró alrededor.

—¿Por qué no? —le preguntó Dawson, mirando también a su alrededor, a pesar de que no tenían a nadie cerca.

Geoffrey bajó la voz.

—Se supone que no debemos hablar de ellos. Son un secreto.

—¿De quiénes? —preguntó Dawson, que se sentía un poquillo ridículo.

—El director Thorpe. Él no los quiere. Están prohibidos.

Dawson no pudo evitar sentirse intrigado.

—No le diré nada a nadie, te lo prometo —le dijo, y se acercó un poco más.

Geoffrey pareció tranquilizarse.

—Vale. Aquí, en Heathcrest, hay cuatro clubes, todos estrictamente por invitación: dos de niños y dos de niñas. Las niñas son corazones y diamantes, en tanto que los niños son tréboles y picas.

—¿Como las fraternidades estadounidenses? —preguntó

Dawson.

Geoffrey lo pensó.

—Eso supongo, pero estos no viven juntos ni salen juntos ni nada. Son de diferentes edades. Cada club tiene doce miembros.

—¿Por qué solo doce? —preguntó Dawson.

—Las niñas no tienen rey ni los niños tienen reina.

Dawson frunció el ceño, tratando de entenderlo todo, y cogió otra patata frita.

Geoffrey miró el paquete, se lo entregó y se limpió las manos en los pantalones.

—¿Así que hay cierta jerarquía en los clubes? —preguntó Dawson.

Vaya, cómo detestaba los grupos y clubes exclusivos. Eran, tan solo, otra forma de hacer que los niños promedio se sintieran inadecuados.

—Sí, claro, aumenta con el número. El miembro más nuevo es el as. A partir de ahí, crece hasta convertirse en rey o reina del palo de su club. Cada baraja está dirigida por un comodín: un adulto, ya sea un profesor o un exmiembro.

—¿Y cómo se entra en estos grupos exclusivos?

—Los escogen los otros miembros, creo —dijo.

—¿Y vas avanzando con el tiempo?

Geoffrey asintió.

—Si alguno se marcha…

—¿Si deja el club?

Geoffrey negó con la cabeza.

—No, si alguno se marcha del colegio, todo el mundo sube un escalón y queda el espacio para un nuevo as.

De pronto, la campana marcó el final del descanso. Goffrey dedicó una mirada triste a su fiambrera antes de volver a meterla en la mochila.

—Entonces, ¿la interacción entre estos cuatro clubes es pura diversión? —preguntó mientras Geoffrey se echaba la mochila al hombro.

—Las niñas no están mal —dijo—, pero las picas y los tréboles se odian a muerte.

Capítulo 27

A Thorpe no lo sorprendió que llamaran a la puerta. Llevaba más de media hora esperando a Graham Steele.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó bruscamente. Le había pedido a Nancy que llamara al psicólogo con media hora de anticipación. Llevaba esperando al zoquete desde entonces.

—Mi tía está bien, gracias —dijo Graham, tenso—. Y deberías saber que, si he llegado tarde, es porque doy prioridad a las llamadas de mis alumnos.

—¿Llamadas?

—He tenido cuarenta y tres solicitudes de orientación desde la muerte de Sadie. Es obvio que los niños están preocupados.

—Claro, claro —dijo Thorpe, tratando de ocultar el hecho de que tenía que haberlo supuesto. La preocupación era general; sobre todo, a raíz de que cada llamada que recibían era de un padre que amenazaba con sacar a su hijo del colegio, especialmente después de esa desastrosa rueda de prensa.

—¿Cómo de conflictiva era Sadie Winters? —le preguntó.

—¿No la conocías bien? —preguntó Graham.

—Desde luego que no —espetó el director, que había sentido, más que oírla, una acusación en el tono de su colega. En el colegio había demasiados estudiantes como para que él los conociera personalmente a todos, pero abominaba que, en pocas palabras, este hombre lo hiciera sentir como un fallo catastrófico de su parte—. Solo respóndeme a esto: ¿Sadie necesitaba atención especializada?

Graham lo pensó un poco antes de responder.

—Creo que Sadie ya llevaba un rato retrayéndose silenciosamente. Me parece que su falta de interacción social y su aplicación académica empezaban a verse opacadas, al mismo tiempo que la estrella de su hermana, Saffron, empezaba a…

—¿Podrías contestar mi pregunta, nada más? —presionó

Thorpe. No le interesaban las teorías profundas del psicólogo sobre la historia del estado mental de la niña. En ese momento, una de las preocupaciones más grandes era la responsabilidad civil.

El rostro de Graham se ensombreció.

—Lo haré si me lo pides.

¿De verdad tenía que enunciarlo todo?

—¿Teníamos que haberlo sabido? —preguntó, aunque con los dientes apretados.

Una vez más, el psicólogo pareció sopesar esmeradamente la respuesta, y Thorpe se dio cuenta de que esta era una de las razones por las que conversar con este hombre le parecía tan exasperante. Cada palabra tenía que ser disecada y mesurada antes de que saliera de su boca.

—No había indicios de pensamientos suicidas, o yo habría hablado contigo de…

—Eso no es lo que quería escuchar —dijo Thorpe. Si admitieran eso, no lograrían otra cosa que echar más leña al fuego de las sospechas de la detective.

—Brandon, apenas hablaba —explotó Graham, usando, de manera poco usual, el nombre de pila del director—. Durante nuestras tres sesiones, difícilmente dijo buenos días o adiós. Por más que le hacía preguntas, se sentaba frente a mí a comerse las uñas, así que ¿cómo esperabas que, a partir de eso, yo pudiera deducir pensamientos suicidas?

El aire chisporroteaba entre los dos.

Thorpe entendía que, en caso de que Graham admitiera que Sadie había sido una suicida, su propia habilidad y sus propios actos quedarían en entredicho. Pero los detectives no se marcharían mientras percibieran la menor duda de que la niña había acabado con su vida.

—¿Te reunirás con la policía más tarde?

—Me imagino que sí. No he tenido ninguna oportunidad de hablar con ellos. ¿Por qué?

Thorpe fijó su mirada en él.

—Quiero asegurarme de que estemos de acuerdo —dijo.

Graham lo miró sin comprender.

—Quiero que les des a los policías todo lo que necesiten.

Graham frunció el ceño.

—¿Qué te hace sospechar que les daré menos de lo…?

—Me refiero a todo lo que necesiten —dijo significativamente.

—¿Me estás pidiendo que mienta a la policía para que aceleren su investigación? —preguntó.

—Madre mía, Graham, despierta, ¿quieres? Dios, siempre has sido un poco… —se contuvo para no decir nada más. Revelarle al patán que tenía a su lado lo que pensaba de él no le ayudaría a lograr su propósito.

—¿Por qué no terminas lo que ibas a decir? ¿Crees que no sé cómo me mirabas cuando vine a este colegio por primera vez? —preguntó perspicaz.

Thorpe podía sentir cómo el calor le subía a las mejillas. Sí, en su calidad de subdirector, había intentado influir para que el director rechazara la solicitud del psicólogo, pero había fracasado. En aquel momento, cuando Graham solicitó el trabajo, si él hubiera estado en el puesto actual, ni siquiera le habría concedido una entrevista. No encajaba en Heathcrest. Pero, en este preciso instante, lo necesitaba a su lado.

—No seas ridículo. Obtuviste tu título, estudiaste…

—La primera vez —aclaró Graham.

Thorpe tosió en su mano.

—No me acuerdo… —quiso hurtarse, a pesar de que, por diversas razones, el recuerdo del primer día de Graham estaba muy claro en su mente. Aunque a los trece años no lucía barba, el aspecto desaliñado de Graham y su pelo rojo y revuelto no le habían facilitado las cosas al niño nuevo. En absoluto.

—Éramos tú y yo, si no recuerdo mal.

Thorpe negó con la cabeza.

—De verdad, no me acuerdo de la niña, Graham. Fue hace demasiado tiempo.

Graham entrecerró los ojos.

—Se llamaba Lorraine. Ella y yo éramos becarios gracias a nuestras habilidades deportivas…

—Así se sigue haciendo hoy en día —dijo Thorpe, y cambió de postura, incómodo. Graham había sido elegido por su habilidad en el salto de longitud. Antes de la adolescencia, había estado cerca de las marcas de campeonato, pero una lesión en el tobillo derecho no había sanado adecuadamente, con lo que su carrera atlética terminó

a los quince años.

Graham le buscó los ojos y lo miró fijamente.

—No es fácil ser un chico con beca en un lugar como este.

—Parecías arreglártelas bastante bien —le espetó Thorpe. El hecho de que Graham, y no él, fuera miembro de las picas no le sentaba nada bien a Thorpe. Incluso después de veinticinco años. El padre del psicólogo había sido obrero en la línea de montaje de la fábrica de Range Rover, en Longbridge. El padre de Thorpe había sido un reputado novelista, y su madre, una jueza. A él tenían que haberle ofrecido el as de picas, y no a este bufón.

Pero ahora tenía el mando.

—Lo que necesito que hagas, Graham, es que ayudes a los policías a llegar oportunamente a la conclusión de que la muerte de Sadie ha sido un suicidio. Básicamente, quiero echarlos de mi colegio.

Capítulo 28

Mientras caminaba dentro de Heathcrest, Kim aún podía sentir en su pecho el peso de la carta de Sadie.

—Sígueme —dijo. Atravesaron el gran vestíbulo y desembocaron en un pasillo. Este pasaba por detrás de las habitaciones que daban a la fachada del edificio.

Se detuvo en la tercera y tocó suavemente. Según sus cálculos, les quedaban unos treinta minutos antes de que terminara la hora del almuerzo.

Empujó la puerta y no se sorprendió de encontrar a Joanna Wade sentada al escritorio, con media fiambrera de ensalada casera a un lado del libro que estaba leyendo.

—¿No hay sala de profesores? —le preguntó.

Por toda respuesta, Joanna sonrió.

—Estoy bien, gracias.

Una vez más, Kim se preguntó qué habría motivado a esta mujer a cambiarse. Algo de ella no encajaba en este ambiente.

—Joanna, ¿tienes algún escrito de Sadie al que podamos echarle un vistazo? —le preguntó, insegura de cuándo se había vuelto cómodo tutear a esta mujer. Quería comparar algo de lo que Sadie hubiera escrito con la nota que llevaba en el bolsillo.

—¿No tenéis suficientes? —preguntó ella con el ceño fruncido.

Kim se encogió de hombros. Incluso Joanna suponía que las pertenencias de la niña estarían llenas de poemas y reflexiones.

La profesora se volvió y abrió una puerta corrediza.

—Jefa —dijo Bryant—, solo iré a buscar café por ahí.

Ella le sonrió agradecida. No había repuesto sus reservas de café desde que salieron de la comisaría.

Joanna sacó un archivador de palanca y lo abrió. Kim acomodó una silla y se sentó al lado de la profesora mientras esta hojeaba el contenido.

—Hay un poema que escribió hace pocos días y que se me quedó grabado. —Siguió pasando hojas sueltas que tenían diferentes nombres en la esquina superior derecha.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Kim, de pronto. Se sorprendió a sí misma.

La Joanna Wade que había conocido hacía un par de años parecía más vibrante, más animada. A esta le faltaba algo. Era como si la hubieran pasado un par de veces por la lavadora y se hubiera desleído un poco.

La mano de Joanna se detuvo por un segundo en la siguiente hoja.

—Una partida de dardos y te lo diré. Quizás —dijo.

A Kim le dio risa ese comentario, tan oportuno como distractor.

—Ah, aquí está uno que escribió la semana pasada —dijo Joanna. Sacó una hoja de la caja y la puso delante de Kim—. No es el que estaba buscando, pero este te dará una idea de su talento.

Aunque el poema llenaba la hoja entera, había una sola palabra en cada renglón.

Kim lo leyó dos veces y negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo con toda franqueza.

—El tema era el aislamiento —dijo la profesora—. Ahora, échale otro vistazo.

Kim volvió a leer.

—Vale, así que cada palabra está vinculada con la soledad, algo que podría hacerse con un simple diccionario de sinónimos.

Joanna puso los ojos en blanco.

—Mira más allá de las palabras, inspectora, la totalidad.

Kim volvió a mirar la hoja sin hacer caso a las palabras.

—Voces sueltas en cada renglón, rodeadas por espacios. Hay otras palabras; están alrededor, pero no se acercan —dijo Kim.

—Precisamente —corroboró Joanna—. Sadie captó el tema con mucho más que las palabras. Logró que la hoja fuera más cruda para pintar el cuadro de la soledad. No está mal para una niña de trece años, ¿eh?

Kim asintió y Joanna frunció el ceño.

—Ah, ahora recuerdo. El otro poema se lo di a su psicólogo. Voy a recuperarlo para que le eches un vistazo.

—Kim sacó de su bolsillo la carta de Sadie.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó—, ya que conoces sus escritos así de bien.

Kim sabía que Sadie no se había suicidado, así que ¿por qué había una carta de suicidio?

Joanna la leyó, hizo un alto y volvió a leerla. Asintió, aunque con el ceño fruncido.

—Definitivamente, esto es algo que Sadie habría escrito.

—¿Pero…?

—No lo sé. Algo no encaja en esta carta. —Miró a Kim—. Sin embargo, con toda franqueza, no sabría decirte qué es.

Kim había tenido la misma sensación al leerla en casa de los Winters y al releerla en el coche.

Cuando Bryant apareció con dos tazas de café, Joanna seguía estudiándola.

Frunció el ceño aún más después de poner la mano en la parte superior de la página. Tapaba las palabras «queridos papá y mamá», que a Kim habían parecido tan chocantes.

—Léela ahora —sugirió la profesora.

Kim la leyó en voz alta.

> No encuentro palabras para explicar lo que siento. Cada día, mi mente es como una selva tropical cubierta de follaje, un denso bosque. De vez en cuando se levanta una nube de rocío y tapa el sol. Trato de vadearla. Intento alcanzaros, pero la selva se interpone en mi camino.
>
> Aunque hago grandes esfuerzos por satisfacer las expectativas, me hundo en las grietas de la realidad, porque también quiero ser yo misma. Aún no sé quién soy. No sé cuánto tiempo podré estar en esta nebulosa existencia a la espera de lo que vendrá. Es demasiado difícil. Ya no lo soporto. Tengo que ponerle un alto.

—¿Ves lo que te digo? —preguntó Joanna.

Kim asintió.

—Vais a tener que iluminarme —dijo Bryant.

—Que de ninguna manera es una carta de suicidio —explicó a su compañero—. Quítale el saludo y no queda más que un grito de ayuda hecho parecer una carta de suicidio.

Capítulo 29

Shaun Coffee-Todd se dio cuenta de que, una vez más, era el último en salir de los vestuarios. Dobló su toalla y la metió en la bolsa de plástico antes de colocarla dentro de su bolsa de deporte. Aunque la campana ya había sonado para indicar el comienzo de la siguiente clase, no quería apresurarse y simplemente encajar su toalla húmeda entre los libros de texto. Ya lo había hecho alguna vez y se había visto obligado a intentar leer, de su cuaderno de ejercicios, un ensayo sobre el rey Enrique VIII convertido en un amasijo de tinta y humedad. Al leer en voz alta la palabra hollar, un error había provocado risas histéricas a sus compañeros de catorce años hasta el final de la clase. La señorita Wade no estaría agradecida si algo así volviera a ocurrir.

Levantó la bolsa y se la echó al hombro. El impulso estuvo a punto de hacerlo perder el equilibrio. A menudo olvidaba lo mucho que llevaba de un lado al otro. Puso los ojos en blanco, volvió a sentarse y dejó que la bolsa se deslizara desde su hombro a las cintas de madera.

Abrió la cremallera de la bolsa lateral y rebuscó. Sintió tranquilidad al enroscar los dedos alrededor del EpiPen. Siempre, después de haber dejado la bolsa desatendida en su taquilla, verificaba que siguiera ahí. Los chicos de catorce años no siempre sabían lo que hacían, y, desde una dramática ocasión en que le había tocado un cuchillo mal lavado, uno con aceite de nuez, se había hecho el propósito de no volver a estar sin el medicamento.

Cuando volvió a echarse la bolsa al hombro, algo lo golpeó entre los omóplatos y lo lanzó hacia delante. El banco fijo no se había movido de su lugar, así que se encontró doblado sobre los listones de madera del asiento.

La cabeza le daba vueltas por la fuerza del golpe. Al intentar impulsarse hacia atrás para volver a ponerse de pie, sintió una

presencia a sus espaldas. Quiso darse la vuelta, pero le tapaba los ojos una faja de tela que acababan de atarle alrededor de la cabeza. Reconoció la textura lanosa de alguna clase de bufanda.

—Dejadlo ya, tíos —gritó, intentando hablar por encima del hombro.

No hubo respuesta.

—¿Chicos? —dijo, ya con la incertidumbre instalándose en su vientre.

Una vez, el día de su cumpleaños, algunos de sus compañeros de clase lo habían metido en la ducha, completamente vestido, hasta empaparlo. No había habido mala voluntad, ninguna malicia; simplemente, un poco de diversión. Los había oído aullar y reír en el fondo mientras se juntaban detrás de él y lo empujaban hacia las duchas. Reían a carcajadas y se daban codazos unos a otros mientras lo hacían marchar sobre las baldosas hasta el compartimiento.

En esta ocasión no había ruidos.

—¿Quién eres? —preguntó. Quiso mantener la calma mientras lo levantaban por la chaqueta.

No hubo respuesta.

—¿Qué estás…?

Sus palabras se fueron perdiendo mientras lo ponían a girar y girar en círculos, silenciosamente, hasta que estuvo a punto de vomitar. Una vez más, se preguntó si esto sería una travesura de algún tipo: sus amigos, que trataban de hacerlo vomitar; sin embargo, además del sonido de sus suelas de goma en las baldosas blancas, solo había silencio.

La ansiedad empezó a crecer en su vientre mientras sentía que la cabeza le daba vueltas por el mareo. ¿Quién le estaba haciendo esto y por qué?

—Por favor, para ya —suplicó mientras las náuseas empezaban a sobreponerse a la ansiedad.

Repentinamente, lo bajaron al suelo.

—¿Qué…? ¿Por qué…?

Dos dedos le pellizcaron la nariz para obligarlo a abrir la boca. Aunque sabía que su cuerpo estaba quieto, la cabeza parecía movérsele como una lavadora en cámara lenta.

Sintió que algo caía en su boca. Instantáneamente, con un

sobresalto, sacó la lengua al sentir una suave salinidad que la llenaba de sabor. Su boca se llenó de más cosas. La saliva procuraba hacer su trabajo y lo animaba a masticar.

¿Pero qué?

Se percató, de pronto, de qué era lo que flotaba en su boca, tocaba su lengua y sus encías y se encajaba detrás de los dientes.

Cacahuetes. Cacahuetes salados.

Sintió el calor entrar en su cuerpo mientras el miedo lo acorralaba.

Hizo lo posible por escupirlos, pero una mano sobre su cabeza y otra bajo su barbilla, como unas mordazas, le cerraban la boca.

—Por favor… —trató de decir. Tenía que darles a entender lo que podría ocurrir si no se sacaba esos cacahuetes de la boca inmediatamente.

Manoteó en busca de la bolsa de gimnasia. Si tan solo pudiera coger su EpiPen. Oyó que la bolsa se arrastraba por el suelo cuando alguien la pateó lejos de su alcance.

Mientras trataba de zafarse de su captor, más cacahuetes entraron en su boca.

Podía sentir las semillas batirse dentro. La saliva las prendía como un maremoto y trataba de pasarlas por la garganta. Los dientes se pusieron en piloto automático y comenzaron a masticar automáticamente para evitar la asfixia. Algunos pequeños trozos de cacahuete pasaron por su faringe rumbo a los intestinos.

Shaun había sido advertido muchas veces acerca de la inmediata liberación de químicos que pondría su cuerpo en estado de choque. Podía imaginarse la histamina desatada y tratando de atraparlo.

La hinchazón facial apareció de inmediato. Sintió cómo la piel de los labios y los párpados se expandía y se estiraba segundo a segundo.

Lo desbordó el pánico. Necesitaba su medicamento.

Sin él, moriría.

La garganta comenzó a cerrársele. Respirar era cada vez más difícil. Las inhalaciones se habían vuelto ronquidos en el pecho con cada esfuerzo por coger aire, pero algo había puesto un muro de ladrillos en sus vías respiratorias. Ya no podía tragar; la baba empezó a brotar por su boca.

Se tambaleó hacia delante con el dolor que le desgarraba el

abdomen. Vinieron las náuseas y Shaun rezó por no vomitar. La bufanda que le había tapado los ojos se había deslizado y descansaba ahora alrededor de su boca, pero las lágrimas lo cegaban.

Ya no le quedaba la menor duda.

Sabía que estaba a punto de morir.

Mientras luchaba por llevar una última bocanada de aire a los pulmones, vio que una sombra pasaba a través de la entrada. Había alguien ahí. Lo habían oído y venían a ayudarlo.

Estiró el brazo hacia ellos, pero ya se habían ido.

Y ese brazo cayó al suelo cuando Shaun respiró por última vez.

Capítulo 30

Dawson esperaba encontrar a Tilly en su dormitorio.

La niña tenía la cabeza inclinada sobre una pila de libros.

—Hola —le dijo él en voz baja, desde la entrada, en un intento de no sobresaltarla. No funcionó, porque, de cualquier modo, la niña pegó un salto.

—¿No tienes clase? —le preguntó. Hacía quince minutos había sonado la campana que señalaba el final del almuerzo. Dawson entró en el dormitorio y se aseguró de dejar la puerta abierta.

—Tiempo libre. Y he decidido invertirlo en el señor Pitágoras, aquí presente —dijo, y dio una palmada en el libro.

—¿Y qué tal? —preguntó Dawson mientras se sentaba en la cama de Sadie.

—Digamos que nuestra relación es complicada —respondió muy seria.

El joven sargento sonrió ante la expresión grave de la niña.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó.

Ella echó un vistazo a los libros y se volvió a él.

—Dispare.

—He estado averiguando algunas cosas acerca de los grupos de aquí. Los corazones y las picas y esas cosas. ¿Podrías explicarme un poco más cómo funcionan?

Con Geoffrey, quien parecía cada vez más incómodo al hablar del tema, se le había agotado el tiempo. Sospechaba que Tilly no tendría el mismo problema.

Ella asintió.

—Se supone que es un secreto, y usted lo sabe, ¿verdad?

Dawson asintió.

—La baraja es casi tan vieja como el colegio. Son sociedades de élite dentro de una sociedad de élite —dijo.

—¿Y los chicos aspiran a ser miembros de esos clubes?

Ella puso los ojos en blanco.

—Eeee…, pues sí. No hay honor más grande que ser un naipe. Significa que has sido elegido para formar parte del club más importante al que jamás pertenecerás.

Dawson sonrió.

—¿Eso no es un poquillo exagerado?

—No es solo mientras uno está aquí. Se es miembro de por vida. Tus compañeros de club son más cercanos que la familia. Los otros naipes saben todos tus secretos.

»Las cartas terminan convirtiéndose en políticos, banqueros, abogados, médicos y cosas así. El último viceprimer ministro fue Nueve de picas —dijo—. Los naipes son influyentes en el mundo exterior. Se ayudan unos a otros de por vida».

—¿Siempre y cuando sean del mismo palo? —preguntó él.

—Claro —dijo ella, como si fuera algo muy obvio.

—¿Y cómo se escogen las nuevas cartas? —preguntó él—. ¿Cuáles son los criterios para convertirse en un naipe? —insistió. Se sentía ridículo.

Ella se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—Puede ser que el chico se destaque en alguna asignatura o en un deporte o algo así… —Vaciló—. En realidad, eso es.

—¿Qué pasa, Tilly? Ibas a decir algo más, pero te detuviste.

La niña se ruborizó al recordar lo que estaba diciendo.

—¿Hay otra manera de que te elijan? —preguntó él.

—Oficialmente, no —dijo ella.

—Y ¿extraoficialmente?

—Creo que puedes conseguir convertirte en naipe gracias a la familia.

—¿A la familia? —preguntó él.

—Por ejemplo, si tus padres aparecieran en el grupo de los más ricos o consiguieran un ascenso brutal o se volvieran famosos por alguna razón.

—Así que no es necesario que los chicos sean talentosos, siempre y cuando sus padres sean influyentes.

Ella se encogió de hombros.

—Solo lo digo. Sucede.

Mientras más averiguaba sobre estos clubes, más incómodo se sentía Dawson con su existencia.

—¿Y si rechazaras una invitación? —preguntó—. ¿Supongamos que no quieres pertenecer a uno de estos clubes?

—Nadie rechaza una invitación para convertirse en naipe —rio como si el detective hubiera perdido la cabeza—, a menos que te falten algunos tornillos.

—Tilly, ¿Sadie recibió alguna invitación? —preguntó él.

Ella se ruborizó un poco antes de encogerse de hombros.

—Yo no me habría enterado. Es un secreto.

—¿Existe la posibilidad de que Sadie hubiera rechazado la invitación para formar parte de uno de los clubes exclusivos de niñas?

La idea de Sadie, la niña que Dawson había llegado a conocer, recibiendo un as rojo en su cama y aceptándolo alegremente no era una imagen que pudiera formarse en su cabeza.

—Lo siento, agente —dijo ella, y se volvió a sus libros—, pero debo continuar con mi trabajo.

Dawson sabía que Tilly no había respondido su pregunta de ninguna manera.

Capítulo 31

—Entonces, ¿quién crees que alteró la carta? —preguntó Bryant mientras esperaban la llegada del siguiente testigo.

—Pudo haber sido cualquiera —dijo ella—. En medio del caos, el asesino pudo haber ido al dormitorio de Sadie, rebuscado entre las cosas y modificado el escrito. Quizás fue Saffie. Tal vez fueron los padres, convencidos de que Sadie se suicidó.

—¿Crees que nos están ocultando el diario? —preguntó Bryant.

Kim lo pensó por un momento y negó con la cabeza.

—Tengo el presentimiento de que, en los escritos de Sadie, cualquier cosa apoyaría este suicidio en el que están tan desesperados por creer. Supongo que el diario estaba en la mochila perdida. ¿Dónde más guardarías algo que aloja tus pensamientos más íntimos?

—Madre santa, jefa, ¿crees que el asesino tiene el diario?

Kim no pudo contestar. Alguien llamó a la puerta.

Bryant hizo entrar al siguiente testigo.

Al hombre que apareció frente a ellos, Kim lo reconoció como uno de los que estuvieron sentados en el suelo, a un lado de Saffie, dos días antes. A su cuerpo delgado le calculó una estatura de un metro ochenta y tres, más o menos. El hombre llevaba, sobre unos elegantes pantalones negros, una camisa blanca lisa y corbata roja.

—Señor Steele —dijo Bryant, y se levantó para saludar al psicólogo que trabajaba como orientador en el colegio.

—Graham, por favor —dijo él en tono amable.

—Siéntese, por favor, Graham —dijo Bryant, y señaló una silla en el lado opuesto al escritorio.

—Gracias por haber hecho un espacio para nosotros hoy —comentó Kim, un poco mordaz—. Espero que sus asuntos personales no estén siendo demasiado espeluznantes.

—Él sonrió amablemente.

—Han llevado a mi tía al hospital con un presunto infarto.

Bryant se inclinó hacia el frente.

—Siento mucho…

—Fue una indigestión grave, agente. Las semillas del tomate no le sientan bien.

Bryant asintió.

Kim se sentó en el filo de la silla.

—Como usted bien sabe, estamos investigando las circunstancias de…

—… el suicidio de Sadie —señaló Graham.

—De su muerte —aclaró ella—. Aquí veo que usted ya lleva siete años en Heathcrest, ¿no es así? —le preguntó.

—Sí, en efecto, agente.

—Y, como orientador del colegio, ¿usted probablemente trata con toda clase de quejas menores por parte de los alumnos?

—Y también mayores —se defendió.

—¿Y qué me dice de Sadie Winters? —preguntó Bryant—. ¿Era un problema menor o mayor?

—Ah, pobre Sadie. Era una jovencita muy atormentada —dijo, meneando la cabeza.

Kim sintió que, si alguien volvía a describir a la chica con esa palabra, pegaría un grito. Era como si hubieran repartido un memorando con palabras clave y frases.

—¿Cuándo la conoció? —le preguntó.

—Hace unas cuantas semanas. Me reuní con ella tres veces, en total.

—¿Por qué? —le preguntó directamente.

—Lo siento, ¿qué…?

—En este colegio hay casi mil estudiantes y usted no puede hablar con todos ellos, así que ¿por qué motivo tuvo sesiones con Sadie?

Él lo pensó por un momento.

—Si no recuerdo mal, fue por el señor Campbell, su maestro de física. En las clases de ciencia, la niña se había vuelto retraída y, a veces, obstructiva.

—¿Y usted recuerda por qué?

Él negó con la cabeza.

—Me reuní con ella unas cuantas veces, nada más. No era la alumna más comunicativa con la que he hablado.

—Así que ¿no se abrió con usted?

—No, pero tengo mi propia teoría, la cual intenté discutir con ella.

—¿Qué teoría?

—Tengo la impresión de que se sentía insuficiente al lado de su hermana y que había empezado a rebelarse para acaparar la atención. Creo que buscaba cumplir con las expectativas de grandeza de sus padres y se estaba quedando corta.

Para Kim, la imagen empezaba a aclararse. Después de haber leído la carta, tenía la impresión de que la niña estaba en busca de su propia identidad. Probablemente había tenido que tragarse a Saffie. No era de extrañar que no se hubiera abierto ante el psicólogo. Y él le había puesto su propia opinión a los pies, e incluso había querido hablar de la hermana.

—Pero ¿Saffie no ha sido, durante años, una estrella de la música? —preguntó Kim—. ¿Por qué Sadie empezó a actuar así, de repente?

Él se encogió de hombros.

—Añada a la mezcla unas cuantas hormonas adolescentes y se volverá más probable que…

—¿No habrá sido algo más reciente? —preguntó Kim—. ¿No la habrá hecho rebelarse algo sucedido en las últimas semanas?

Y eso, tomando en cuenta que el comportamiento de Sadie había sido algo que Kim difícilmente calificaría de rebelde. Callada, taciturna, retraída y obstructiva; así había pasado la niña la mayor parte de su vida.

—¿Se sorprendió al escuchar las noticias de su… muerte? —preguntó Bryant.

El psicólogo dudó y después negó con la cabeza.

—No. No, en realidad. Era una niña muy infeliz.

—¿Alguna vez le habló de enemigos? ¿Alguien la estaba molestando?

Él pareció sorprendido.

—No, en absoluto.

—Así que usted llevó un registro de sus preocupaciones y las anotó en… —preguntó Bryant.

Kim ocultó su satisfacción. Al igual que ella, Bryant sentía que esta niña había sido abandonada en casi todos los niveles.

—Bueno, no. En realidad, yo no suelo llevar… —Sus palabras se fueron perdiendo mientras se percataba de sus propias contradicciones.

—Señor, quisiera que usted…

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Kim. Un ruido de pasos y gritos empezó a elevarse al otro lado de la puerta. Estaba segura de que habían oído una alarma de incendios.

Steele se puso de pie cuando el rostro enrojecido de Dawson apareció en la entrada.

—Un chico de catorce años, jefa —dijo jadeando—. Se desmayó de pronto. Se lo están llevando al hospital.

Los tres salieron corriendo.

Capítulo 32

Dawson llegó al servicio de urgencias del hospital Russells Hall dos minutos después de la ambulancia. La jefa le había dicho que se fuera, y él había conducido al rebufo de la ambulancia hasta que dos motociclistas se interpusieron en su camino.

Atravesó corriendo la sala de espera, atiborrada de enfermos y heridos, hasta ponerse detrás de una mujer que se quejaba de la espera mientras cargaba a un niño que tosía.

La recepcionista hizo una comprobación y le dijo que había otras dos personas delante de ella. Ya más tranquila, la mujer miró alrededor en busca de su asiento, que ya estaba ocupado.

Dawson se acercó a la ventanilla.

—Un adolescente, Shaun Coffee-Todd, acaban de traerlo. ¿Puede decirme…?

—¿Quién es usted? —preguntó la recepcionista, y miró la pantalla.

Él le mostró su identificación.

La mujer no pareció impresionada.

—¿Así que usted no es pariente ni tutor?

—No —contestó él.

Ella se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Lo lamento, entonces. No puedo darle ninguna información.

Él abrió la boca para alegar, pero se dio cuenta de que carecía de información e influencia para persuadir a esta mujer. Ella no iba a permitir que un hombre sin parentesco apareciera al lado de la cama de un menor. Dawson acató el juicio de la recepcionista y se apartó hasta el fondo de la sala, contento de que a la mujer del niño con tos le hubieran cedido un asiento.

Sacó unas monedas del bolsillo y escogió un café negro en la máquina expendedora. Esta derramó un humeante líquido en un endeble vaso de cartulina marrón. Dawson se quedó quieto, con la

espalda apoyada en la pared.

Antes, en el colegio, acababa de salir del dormitorio de Sadie cuando escuchó el alboroto al final del pasillo. Mientras se dirigía hacia ahí, dos paramédicos pasaron a su lado, de prisa, seguidos por el director Thorpe.

No se había acercado lo suficiente para ver al chico, pero la actuación de los paramédicos había sido muy rápida. Habían puesto al niño en una camilla y, a toda velocidad, lo habían subido a la ambulancia.

El director Thorpe se había alejado a toda prisa, con el móvil en la oreja. Por un momento, Dawson estuvo escuchando los asombrados susurros de los compañeros de clase. Así pudo enterarse de que se trataba de un niño de catorce años a quien habían encontrado inconsciente en las duchas.

Dirigió los ojos hacia la puerta, por donde venía entrando una pareja con expresión de pánico.

En el hombre reconoció a Anthony Coffee-Todd, un periodista local, toda una celebridad, quien, sin el maquillaje de televisión, parecía mucho mayor que su joven esposa.

Los padres llegaron corriendo a la ventanilla y dijeron unas cuantas palabras. La recepcionista cogió el teléfono. Mientras Dawson empezaba a caminar hacia ellos, notó que la mujer daba golpecitos ansiosos en el escritorio de la recepción.

Por las puertas batientes apareció una enfermera que, de inmediato, los hizo pasar.

A Dawson no le gustaba la sensación de pavor que empezaba a apoderarse de su vientre, pero, por ahora, solo le quedaba apartarse. Y aguardar.

Capítulo 33

Kim se situó en el fondo de la sala mientras Saffie Winters se dirigía al piano.

Terminadas las clases del día, los estudiantes y los profesores se arremolinaban por ahí, llevando cajas de un lado al otro, cargando sillas apiladas, colocando estas en el perímetro de la sala. Kim trató de imaginarse las galas y los bailes que se habrían celebrado entre los tapices de valor incalculable que adornaban las paredes.

Bryant estaba tratando de averiguar todo lo posible acerca del niño que se había desmayado. No habían sabido nada de Dawson. Ella esperaba que eso fuera un buen indicio.

Saffie se situó detrás del banco, como si acopiara fuerzas para empezar la práctica. Recorrió el salón con una rápida mirada que terminó en la entrada. Inhaló, se sentó y flexionó los dedos. Se hizo un silencio en el instante mismo en que los puso sobre las teclas. Las discusiones quedaron interrumpidas a media frase y la actividad se detuvo. Toda la atención estaba concentrada en la única persona que ocupaba el escenario.

A las cuatro notas, Kim pudo entender por qué.

Reconoció la obra como el Hammerklavier, de Beethoven, una sonata para piano especialmente difícil que exigía una destreza y una concentración extremas y la cual muchos músicos calificaban de imposible de tocar. Había oído esa obra numerosas veces en su cochera, mientras estaba trabajando, y la mayoría de esas ocasiones había notado que tenía que hacer una pausa simplemente para cerrar los ojos y escuchar.

Mientras Saffie tocaba, su mirada dejaba las teclas ocasionalmente para dirigirse hacia la puerta. En su delicada boca se dibujaba una sonrisa secreta, y Kim se volvió para descubrir por qué.

A lo largo de la pared del fondo, vio a un joven de pelo oscuro

apoyado en ella. Tenía las manos metidas en los bolsillos. La corbata colegial la llevaba al descuido, y el botón superior de la camisa, abierto de forma casual.

Un par de personas se volvieron y agitaron la mano hacia él, pero el chico no se dio cuenta, pues tenía la mirada fija en la niña que actuaba en el escenario.

Las miradas entre ellos eran ahora menos frecuentes, pero, de vez en cuando, sus ojos se encontraban en la distancia. Kim podía sentir la intensidad. Era como si una conexión eléctrica se propagara entre los dos. La detective sentía que, si se interponía entre ellos, terminaría reducida a una patata frita.

No podía apartar la mirada de esa silente interacción. Los ojos de Saffie parecían envolver una pregunta vacilante, solo que el rostro de él no le daba ninguna respuesta. La chica esperaba algo, pero la expresión rígida del chico no le devolvía nada.

Bryant llegó y se situó al lado de su jefa, aunque no dijo nada hasta que la música hubo terminado.

La sala respondió con un aplauso entusiasta.

Kim sabía que la sonata completa duraba de cuarenta y cinco a cincuenta minutos, por lo que tocarla completa exigía una buena dosis de resistencia. Saffie agradeció el aplauso e, instantáneamente, miró hacia la entrada. El chico ya se había marchado.

—Es buena —dijo Bryant.

—Más que eso —comentó ella, y añadió—: Esta chica es de clase mundial.

Saffie salió del escenario sin mirar a nadie.

—Volveré en un segundo —dijo Kim, y caminó de prisa hacia la puerta.

Giró a la izquierda y alcanzó al varón cautivado por la actuación de Saffie.

—Disculpa —dijo, y lo tocó en el hombro.

—¿Sí? —dijo él con gesto de desagrado.

De pronto, a Kim se le ocurrió que Thorpe parecía creer que Heathcrest era un lugar donde se forjaban personas superiores. Ella se estaba percatando de que Heathcrest simplemente hacía que la gente se sintiera superior.

—Soy la inspectora detective Stone —le dijo, sin exhibir la

placa. Él no abrió la boca, pero seguía mirándola despectivamente —. En primer lugar, apea esa actitud, amiguito, solo quiero hacerte un par de preguntas.

La expresión del chico se calentó hasta subir un par de niveles en impaciencia. Tendió la mano y exhibió el mínimo de buenos modales.

—Lo siento, oficial, tengo prisa, simplemente. Me llamo Eric Monroe.

Ella desdeñó el saludo. Disfrutó la incomodidad del joven cuando este dejó caer la mano de nuevo al costado.

Sí, ella era engreída, y vaya que se lo había ganado.

—Hace un momento parecías particularmente cautivado por la actuación de la hermana de Sadie.

—Valoro las habilidades musicales de Saffie —contestó.

Era más que eso, y Kim lo sabía.

—¿Sois pareja? —quiso saber. Este chico conocía bien a Saffie, así que también podía haber conocido a Sadie.

—Ya no. Hemos roto —dijo sin emoción.

—¿Hace poco? —le preguntó, sorprendida, recordando el nivel de intensidad entre los dos.

Él frunció el ceño y, aunque su rostro no llegó a plegarse con el desdén que había ostentado antes, iba en camino.

—Ayer, de hecho, pero no sé qué tiene esto que ver con su inv…

—¿Conociste a Sadie? —preguntó ella.

—La vi unas cuantas veces —dijo él—. No eran cercanas, pero esa niña era una cosita enfadada.

—¿Enfadada con qué?

Él se encogió de hombros.

—No sé que problema tenía, pero una noche irrumpió en el dormitorio de Saffie y le dijo que tenían que hablar.

—¿Y dijo acerca de qué?

Él negó con la cabeza.

—Saffie le dijo que se largara y que no volviera más. Fue la única vez que…

—¿Por qué habéis roto? —preguntó Kim directamente.

—En definitiva, mis motivos para terminar con esa relación no son de su incumbencia, agente, y, ahora, yo debería…

—¿No pudiste esperar para terminar con ella? —preguntó Kim,

pasmada por el tono tan insensible—. Acababa de perder a su hermana.

Los labios de Eric se fruncieron en una mueca desagradable.

—Puedo asegurarle, agente, que ha perdido mucho más que eso.

Giró y se alejó de ella. Kim no vio mucho sentido a seguirlo. El chico no iba a decir más de lo que había dicho.

Mientras volvía a la sala, Kim meditaba en lo que acababa de averiguar: Saffie quería algo de Eric, Eric estaba enojado con Saffie y Sadie estaba enojada con prácticamente todo el mundo.

—¿Qué sabemos? —preguntó a su compañero, quien sacó un pequeño cuaderno.

—El chico de catorce años es Shaun Coffee-Todd, hijo de un presentador de telediarios, antes director de un estudio de grabación. Parecía estar bien en la clase previa, pero no llegó a la siguiente. Aparentemente, es alérgico a los frutos secos.

—Madre mía —dijo Kim. Ya había visto reacciones anafilácticas y no eran nada buenas.

El timbre del teléfono atajó sus cavilaciones.

Hizo una pausa antes de cogerlo.

—Dawson —dijo.

—El chico no sobrevivió, jefa. Lo declararon muerto hace diez minutos.

Kim colgó y cerró los ojos por un segundo antes de volverse hacia Bryant.

—Este colegio ya nos ha dado dos chicos muertos en una semana, y apenas es miércoles. ¿Qué coño está ocurriendo aquí?

Capítulo 34

Uno a uno, los naipes fueron llenando la sala de los candelabros.

De nuevo, una silla estaba vacía. La misma.

Unos cuantos miraron en esa dirección, pero no la mayoría.

—Gracias por haber venido —dijo Comodín, y retiró su silla.

Siguió el sonido de las sillas de madera rozando el suelo de hormigón.

—¿Sabéis que Seis ha muerto? —preguntó Comodín en cuanto todos estuvieron sentados.

Un fuerte rumor corrió por el círculo. Comodín se volvió a Siete.

—¿Fuiste tú?

Siete negó con la cabeza.

—Contesta, maldita sea —gruñó Comodín.

—No, no llegué a él lo suficientemente pronto como para…

—¿No lo obligaste a comer un cacahuete o algo así, como castigo por haber roto las reglas? —quiso saber Comodín, que se preguntaba si Siete lo habría hecho sin haber medido las consecuencias.

Siete movió la cabeza de un lado al otro, con vehemencia.

—No, no. Pensaba poner algunas tachuelas en las suelas de sus zapatos, pero no llegué a encontrar el momento adecuado.

Sí, un castigo popular. Bastaban tres o cuatro tachuelas. El sancionado no se daría cuenta hasta que la carne del pie, con todo el peso corporal, ejerciera presión sobre las puntas afiladas. Eso habría bastado para enseñarle una valiosa lección.

Comodín suspiró pesadamente.

—Si lo hiciste, puedes decírnoslo. Si esa fue tu forma de castigarlo por romper las reglas, si las cosas salieron mal y tú no entendías las consecuencias, puedes decirlo ahora mismo. Sabes que el secreto estará seguro aquí. ¿Recuerdas a Noah?

Siete asintió.

Noah Gless había sido cuatro de picas a mediados de los sesenta y había llegado a convertirse en director de un colegio exclusivo para varones en Kent. Durante quince años, sus abusos sexuales permanecieron en secreto, hasta que un niño de ocho años le contó algo a una enfermera mientras esta lo atendía por un brazo roto. Esa confesión provocó una avalancha de denuncias. Todas ciertas, todas horrendas.

Noah Gless fue acusado de treinta y cuatro abusos sexuales. Las picas levantaron un muro de protección a su alrededor. El abogado alegó responsabilidad disminuida basándose en el testimonio jurado de un eminente psiquiatra. Noah fue sentenciado a pasar cinco años en una institución para enfermos mentales. Las apelaciones bajaron la sentencia a tres. Salió libre al cabo de un año.

—Yo no fui, lo juro —reiteró Siete.

Comodín escrutó su cara. Le creyó.

—Vale, naipes, coged vuestros vasos —ordenó Comodín.

Cada uno cogió el vaso de chupito que tenía frente a su silla. Contenía una pequeña cantidad de whisky, como mandaba la costumbre cada vez que moría una carta. Era apenas un sorbo y se reservaba para los casos de muerte en la familia.

—Por Seis —dijo Comodín. Levantó el vaso y se bebió el contenido. Los naipes hicieron lo mismo y pusieron los vasos sobre la mesa.

Comodín hizo una seña con la cabeza a Rey, a quien tenía a la derecha, y este recogió los vasos.

—Ahora, felicitad a Cinco, Cuatro, Tres, Dos y As, quienes avanzan una carta. Bien por todos.

Comodín esperó un par de segundos antes de continuar.

—Tenemos un par de asuntos que tratar antes de entrar en el proceso de escoger un nuevo as. En primer lugar, Nueve tendrá un importante juego de baloncesto dentro de dos semanas. Necesita practicar. ¿Quiénes os ofrecéis como voluntarios para hacerle los deberes?

Las manos fueron lentas para levantarse, pero, al final, tres naipes ofrecieron sus servicios.

—Siete —dijo Comodín—. Te toca.

Siete asintió.

—En segundo lugar, Ocho se desmayó mientras diseccionaba

una rana en clase de biología y lo han estado molestando sus compañeros.

La primera mano en levantarse fue la de Rey. Comodín asintió hacia él.

—Confío en que harás una educada advertencia a los chicos implicados.

Comodín vaciló un poco y buscó algo a un lado de su silla.

—Vale, el siguiente asunto que nos ocupa es la elección de un nuevo as. —Puso en alto un tablero que contenía dos fotografías en tamaño A4.

—Coged vuestros alfileres —ordenó.

Cada naipe echó la mano al bolsillo y sacó un alfiler de corbata con una pica negra. Antes lo habrían usado con orgullo, pero ahora todos permanecían ocultos en los bolsillos de los pantalones.

La tradición dictaba que Comodín debía proponer dos candidatos para unirse a la baraja y explicar sus motivos.

En ese momento, en la habitación había dos prometedores atletas de clase mundial, un músico, un chico que ya iba en camino a estudiar medicina, otro que se había unido a Mensa antes de cumplir los seis años, el hijo de un ministro del gabinete, el de un banquero y los hijos de dos empresarios internacionales.

Comodín señaló la primera fotografía.

—Estoy proponiendo al sujeto uno porque, recientemente, su padre acaba de recibir la Orden del Imperio Británico por haber creado una institución educativa de beneficencia en Uganda.

Como respuesta, todos los naipes asintieron.

Comodín apuntó hacia la segunda fotografía.

—Estoy proponiendo al sujeto dos porque sus padres son abogados muy exitosos.

Las propuestas no necesitaban más explicaciones. Así como muchos niños seguían a sus padres por el sistema educativo, también continuaban sus carreras. Había una buena posibilidad de que el sujeto dos eligiera dedicarse a la abogacía, y eso sería útil para todos en el futuro.

Comodín volvió a sentarse.

—Muy bien, naipes, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Rey levantó la mano izquierda y, con su alfiler de pica, se pinchó el pulgar. Esperó a que se formara una gota de sangre antes

de manchar la fotografía de su elección.

El proceso continuó alrededor de la mesa y terminó con Comodín.

Este miró las diez gotas de sangre sobre la carita regordeta.

La elección tenía que ser unánime.

Y lo había sido.

Capítulo 35

—Vale, chico, ¿qué escucharemos esta noche? —Kim le preguntó a Barney mientras examinaba su biblioteca musical.

Barney no dijo nada a la espera de palabras clave que sí entendía, a pesar de que ya había cenado, mordisqueado una zanahoria y dado un paseo de tres kilómetros. Aun así, tenía la esperanza de que habría algo más.

Después de haber escuchado a Saffie, horas antes, el oído de Kim ambicionaba un ramalazo de Beethoven. La detective recorrió la lista de obras, encontró el Hammerklavier —la obra que Saffie había tocado un poco antes—, subió el volumen del altavoz y presionó la tecla de reproducir. Inmediatamente, las notas de piano penetraron en su oído y viajaron directamente a sus terminales nerviosas, como un masaje para aliviar la tensión del día.

Retrocedió un poco y observó el proyecto que tenía en marcha. Dos meses antes, le había pedido a un exconvicto llamado Len que encontrara para ella un marco de motocicleta por menos de quinientas libras. El hombre había aceptado el reto y, a las tres semanas, se había presentado con el esqueleto desnudo de una Norton Commando 1968, tal como ella se lo había pedido.

Kim le ofreció el dinero y él se negó a aceptarlo. Alegaba que, sumando las horas, no había pasado más de un día buscando y que había comprado el marco por menos de cien libras. Kim le había insistido en que tomara el dinero. Para ella, un trato era un trato. A regañadientes, él lo aceptó.

A la mañana siguiente, al salir por la puerta principal, vio la bicicleta de Len apoyada en la valla. Él estaba de rodillas, con una pila de maleza a su derecha.

Cuando ella le preguntó qué estaba haciendo, él le explicó que, a raíz de su consejo, trataba de dotar de valor el dinero de Kim. Este hombre estaba desesperado por dejar atrás su pasado de ladrón y

ser un buen proveedor para su joven familia.

Después de ver el trabajo que Len había hecho en el jardín de Kim, Charlie, el vecino, había empezado a encargarle algunas tareas ocasionales. La novia de Len, Wendy, había conseguido un trabajo de limpieza, así que la joven familia había dejado atrás los subsidios y trataba de salir adelante por sus propios medios.

Esa motocicleta, con todo su recorrido, le sacaba a Kim una sonrisa cada vez que la veía. La Commando había estado en las líneas de producción durante diez años, a partir de 1968, y había ganado el premio Máquina del Año cinco veces, hasta 1972. Un reconocimiento sorpresivo este último, sobre todo, para el dueño de la empresa, dado que la producción de la motocicleta estaba llena de problemas. Como los primeros embragues no aguantaban el par del motor, dos pequeños pasadores internos terminaban desprendiéndose, lo que provocaba patinazos graves. Además, la pata de cabra solía romperse cuando el conductor la pateaba con mucha fuerza.

Por esa razón, precisamente, le encantaba el modelo MK1 de 750 centímetros cúbicos. No era perfecto. Se había resistido.

Y, aunque disfrutaba cada minuto de trabajo en la motocicleta, no podía evitar que su mente volviera una y otra vez a los acontecimientos de Heathcrest. Dos niños muertos en unos cuantos días: una por asesinato; el otro, por accidente. La autopsia completa de Shaun Coffee-Todd tendría lugar por la mañana. La prensa aún no le había puesto las manos encima a la historia, pero Kim estaba segura de que, al día siguiente, temprano, ya estaría en boca de todos.

La obra que había oído horas antes seguía llenando sus oídos. Sentía el goce entrar en su corazón cada vez que cerraba los ojos y saboreaba las notas. Se imaginó la intensidad de las emociones que recorrían a Saffie y Eric Monroe mientras la chica tocaba el piano. Lo que hubiera entre ellos seguía tan vivo como una herida abierta.

La música terminó y Kim abrió los ojos en cuanto tuvo una idea repentina.

Ese mismo día, Saffie Winters había tocado esa pieza, exactamente, sin provocarle ninguna emoción. Aunque lo había hecho con precisión técnica, carecía del ingrediente vital.

Su interpretación no tenía alma.

Capítulo 36

—Cambiaría muy pocas cosas de estas calificaciones —dijo Kim después de mirar a Stacey sobre el formulario de evaluación. Antes de la muerte de Shaun Coffee-Todd, le había pedido que se vieran media hora antes de la reunión informativa de la mañana. Todos estaban ansiosos por seguir adelante con lo del asesinato de Sadie Winters, pero Woody le había hecho saber, sin dejarle ninguna duda, que las malditas evaluaciones tenían que estar en su escritorio antes del fin de semana.

Ya habían recorrido juntas los criterios individuales, y a Kim le había parecido que el relato de Stacey sobre su propio desempeño era tan preciso como sincero. Firmó al pie del formulario y dejó este sobre las hojas de Dawson.

Notó la mirada de alivio en el rostro de la asistente de detective.

La evaluación oficial había terminado, pero Kim tenía algo más que decir: cosas que no cabían en un documento oficial que permanecería por siempre en el expediente personal de su compañera. A pesar del papel integral de Stacey en el equipo, Kim sentía que ella siempre estaba intentando demostrar algo.

Podía reconocer esos rasgos porque ella había hecho exactamente lo mismo al entrar en la policía. Pero, entonces, todo era muy distinto. La mayoría de las mujeres policías sentían la necesidad de trabajar con más ahínco y durante más horas que sus contrapartes masculinas. A Kim le parecía abominable la idea de que Stacey sintiera la necesidad de hacer lo mismo, especialmente bajo su mando.

Se reclinó en la silla.

—Stacey, ¿todavía sientes que tienes mucho que demostrar?

Ella se revolvió incómoda.

Kim continuó:

—Te vas más tarde que los demás, sigues currando cuando estás

en casa, tu mente está siempre en el trabajo… —Kim dudó antes de continuar—. También deberías tener una vida —le dijo.

No era de las jefas que se meten en las vidas personales de los miembros de su equipo. Eso era algo que la hacía sentir incómoda, igual que a ellos; pero, por lo que podía colegir, Stacey tenía otras prioridades en este momento: una relación en ciernes, algo con qué desviar su concentración inmutable en el trabajo.

Stacey se miró las manos.

—Mira, Stace, no dejes que las oportunidades se te vayan solo porque estás tratando de demostrar algo a gente que ya te conoce…

—No, no es así —dijo con simpleza la asistente.

Kim inclinó la cabeza y esperó a que su compañera siguiera hablando.

—Oí lo que dijiste hace casi tres años —dijo Stacey, y se mordió el labio inferior—. Una palabra, solamente.

Kim negó con la cabeza. No tenía ni idea de a qué se refería.

—Acababa de unirme al equipo. Era mi primera semana y no tenía ni idea de lo que debía hacer. Pensé que había cometido un grandísimo error al unirme al Departamento de Investigaciones Criminales. Todos parecíais currar a mi alrededor, ocupados de vuestras cosas, mientras yo permanecía sentada a un lado, tontamente, como una espectadora. Hacía el café, iba a por el almuerzo y, por lo general, trataba de no estorbar.

Kim asintió.

—Solo estabas tratando de encontrar tu…

—Woody bajó y habló contigo en el despacho. Pensando que no podría escucharos, te ofreció trasladarme a otro equipo.

Kim casi lo había olvidado. Sí, ahora lo recordaba.

—Le dijiste una sola palabra. Cuando te ofreció cambiarme de equipo, le dijiste «inténtalo». Nunca lo olvidaré.

Kim lo recordaba, pero, ni por un segundo, llegó a imaginarse que Stacey los había escuchado.

La asistente había encontrado su propio nicho en el equipo, tal como Kim había previsto. Logró identificar una laguna en el espectro de sus habilidades y la llenó con un conocimiento superior del procesamiento de datos.

Stacey se puso de pie.

—Así que ya lo ves, jefa, no estoy tratando de demostrarle nada

a nadie. Solo estoy tratando de hacerte sentir orgullosa.

Kim abrió la boca para decir algo, pero Stacey ya había salido.

Se sintió aliviada, puesto que no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Capítulo 37

—Vale, chicos —dijo Kim, mirando a todo su equipo—. Después del papel del Tracy Frost en la rueda de prensa de ayer y de la muerte de Shaun Coffee-Todd, la casa Lloyds ha emitido un comunicado oficial y ha declarado que Sadie Winters fue asesinada. A sus padres los han notificado anoche y, como era de esperar, están consternados con la noticia. Sospecho que nos encontraremos con ellos más tarde, en Heathcrest.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Bryant.

—¿Perdona? —dijo Kim.

—¿Quién informó a los padres? No hemos sido nosotros.

—Sospecho que ha sido la misma persona que ha estado insistiendo en la versión del suicidio, pero, en este momento, ese no es nuestro problema.

Anoche, la llamada de Woody había sido escueta y fría.

—Así que ¿qué te parece lo de Shaun Coffee-Todd? —preguntó Dawson.

Kim levantó la mano.

—Más despacio, Kev. Un chico a la vez —dijo—. Primero, Sadie.

Miró a la asistente de detective.

—¿Stace?

—Vale. El director Thorpe salió de Heathcrest en 1993 y asistió a Oxford, donde estudió ciencias sociales y economía.

—Maldita sea —dijo Dawson—. Era un chico industrioso, ¿o no?

—Y lo hizo bien en todas las asignaturas —continuó ella—. Salió del sistema educativo en 1997 y pasó cinco años enseñando en un colegio masculino de Kent. Luego volvió a Heathcrest, en 2002, como profesor de matemáticas. Lo ascendieron a subdirector en 2009, y, hace tres años, a director, cuando se jubiló el director Richmond. Ha tenido la misma novia durante años. Se llama Catherine.

—Por Dios, Stace, ¿de dónde has sacado todo eso? —preguntó Bryant, impresionado.

—De Tinder —bromeó ella.

—Vale —dijo Kim, que, de todos modos, ya tenía esa información archivada mentalmente.

—Graham Steele salió de Heathcrest un año después que Thorpe y asistió a Cambridge. Se formó como médico. Después eligió especializarse en psiquiatría. Es asesor voluntario en el hospital Reina Isabel para parejas que guardan duelo por sus hijos. Regresó a Heathcrest hace siete años. No está casado, no tiene hijos ni novio ni novia.

—No me digas, ¿Facebook? —bromeó Dawson.

—Instagram y Twitter —explicó Stacey con un guiño.

Dawson se volvió a Kim.

—Jefa, yo también quiero un curro que me permita pasar el día entero en las redes sociales —dijo.

—Tenías que haberte esforzado más en la escuela —respondió ella.

—¿Algo más, Stace?

—Seguiré buscando datos de los padres, así que te mantendré informada.

Kim le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—¿Kev?

—Tenemos un montón de cosas de capa y espada en ese sitio —dijo, y sacudió la cabeza—. Clubes exclusivos, naipes, procesos de selección…

—¿Y? —preguntó Kim con impaciencia. ¿Era esto, realmente, lo que él había estado investigando?

—Sí, sí, y la hermana de nuestra víctima está justo en lo alto de la pila.

Kim vaciló.

—Continúa —dijo. Había algo en Saffie Winters que le erizaba los vellos de la nuca.

—Hay cuatro grupos, todos con nombres de palos de la baraja. Los rojos son de niñas, y los negros, de niños. En cada palo hay doce miembros. Los grupos están encabezados por reinas y reyes, respectivamente.

Hizo una pausa y, como nadie comentó nada, continuó:

—Los naipes son elegidos con base en el poder y la influencia que podrán tener en el futuro. Desde luego, no está de más que los padres también sean poderosos. Las nuevas cartas son seleccionadas por el resto del palo. Al elegido se le deja un as en la cama.

—¿Por qué un as? —preguntó Bryant.

—Cada nuevo naipe tiene que empezar desde abajo e ir subiendo. Acepta la carta y tiene que hacer una tarea de alguna clase, con lo que asegura su lugar en el palo. De por vida.

Stacey se burló con un bostezo.

—¿De veras, Kev? Estamos investigando el homicidio de una niña ¿y pasas el tiempo jugando a las cartas?

Dawson movió la cabeza de un lado al otro.

—No lo estás entendiendo, Stace. Una vez que entras en uno de estos clubes, no lo dejas. Es un vínculo que adquieres de por vida. Quedas ligado a esta gente para siempre.

—¿Y Saffie Winters? —preguntó Kim.

—Es la reina de corazones —contestó Dawson—, lo más que se puede ser. Probablemente se lo debe a su futuro como pianista, al igual que a las conexiones de su familia.

—¿Y Sadie? —preguntó Kim.

Dawson se encogió de hombros.

—No hay ninguna prueba de que estuviera en una baraja, pero es posible que la hubieran invitado y se hubiera negado. Por lo visto, no puedes negarte —dijo.

—Madre mía, Kev —dijo Stacey, y puso los ojos en blanco.

—Pero ¿por qué la habrían invitado, para empezar? —quiso saber Kim—. Según todos los indicios, no tenía ningún don especial, así que, ¿para qué la querían?

—Nepotismo —opinó Dawson—. Quizás su hermana la quería en el grupo.

—O tal vez no —dijo Kim, que ya había cambiado su opinión sobre si Dawson había perdido el tiempo—. Sigue, Kev. Me gustaría saber un poco más acerca de lo que sucede en esos grupos. Y, mientras estás ahí, quiero que hagas todo lo posible por rastrear los últimos movimientos de Sadie.

—Eso haré, jefa —dijo él.

Por ahora, no tenía pistas, indicios, sospechas ni datos que pudieran ayudarla a encontrar al asesino de Sadie, pero lo que sí

sabía era que, en ese ambiente, los niños superaban a los adultos en una proporción de quince a uno. Tratándose de una investigación de homicidio, las probabilidades no la hacían sentir nada cómoda.

—Vale, chicos, han pasado dos días completos desde la muerte de Sadie y no tenemos absolutamente nada. Por ahora, necesitamos considerar cada opinión. Tenemos que vigilar a esos niños más de cerca.

—Jefa, en serio…

—Nos guste o no, los niños matan niños, Bryant, y esta es una línea de investigación que debemos explorar.

Todos asintieron y comenzaron con las tareas que tenían por delante.

Kim se volvió a Bryant.

—Encárgate de la autopsia de Shaun. Hay un sitio al que tengo que ir.

Capítulo 38

—¿Cómo te fue, Stace? —preguntó Dawson en cuanto la jefa y Bryant se hubieron marchado.

—¿Es asunto tuyo? —preguntó ella sin levantar la mirada—. No recuerdo que tú hubieras compartido mucho.

—Venga, si me muestras lo tuyo, te muestro lo mío —dijo él, con un guiño, desde el otro lado del escritorio.

—No voy a mostrarte nada y no hay nada tuyo que yo quiera ver —dijo ella con una sonrisa.

—¿La jefa te echó bronca por quedarte hasta tarde todos los días? —le preguntó.

—Me atrevería a adivinar que la jefa no te echó bronca por algo así —replicó ella.

—Epa, Stace, venga. ¿En qué áreas debes mejorar? —presionó.

Ella se lo quedó mirando.

—No debo charlar demasiado con mis compañeros de trabajo —dijo ella con agudeza.

No tenía ningún deseo de compartir con él los detalles de su evaluación. No había tenido intenciones de revelar a su jefa las verdaderas razones de esa motivación y ética de trabajo, pero le parecía detestable que ella pensara que estaba tratando de demostrar su valía. Nunca la habían hecho sentir que debía superar a sus compañeros varones para que la tomaran en serio. La jefa no habría permitido algo así.

—Vale, ni hablar. ¿Encontraste algo de lo que te pedí?

Ella rezongó.

—Sí, yo estaba en ello mientras tú hablabas de tu maldita baraja.

—¿Sí o no?

Ella se lo quedó mirando.

—¿Ves esa cosa que tienes delante? Se llama ordenador. Puedes

hacer con él un montón de cosas maravillosas, como buscar…

—Stace…

Ella, desesperada, puso los ojos en blanco. A veces, él le atizaba las frustraciones.

—Bien, unos cuantos datos, nada más. Los padres de Tilly Tromans son nuevos ricos. A los dos años de casados, el padre se ganó el bote de Euromillones. Gastó unos cuantos millones en yates, casas y vacaciones y, tras una serie de aventuras amorosas, también en un acuerdo de divorcio muy gordo. Tilly ya había sido inscrita en Heathcrest. Probablemente, la única cosa en la que los padres están de acuerdo es la educación de su hija.

»Las cosas con Geoffrey Piggott son completamente distintas. Su familia tiene unos siete siglos de antigüedad. Ambos padres son abogados. La madre acaba de ganar un caso histórico relacionado con derechos humanos».

—¿Derecho de residencia? —dijo él.

Ella asintió.

—Y, si quieres algo más, puedes buscarlo por tu cuenta —dijo de mal humor.

—Anoche no saliste con Devon, ¿eh? —preguntó con astucia.

Stacey abrió la boca para contestar, pero Dawson ya tenía la atención puesta en la pantalla.

Y, por la expresión en su rostro, había algo que estaba desesperado por encontrar.

Capítulo 39

Kim llamó a una puerta que conocía desde los seis años.

Escuchó el zumbido antes de que Ted Morgan viniera a abrir.

La sorpresa de Ted se convirtió en deleite.

—Kim, qué sorpresa. Ven —dijo, y se hizo a un lado.

Ella entró a la casa adosada de dos dormitorios, donde persistía el olor a beicon y huevos, un aroma que era tan familiar para ella como la casa y el hombre mismos. Siguió de largo hasta la cocina y se sentó mientras él pasaba a su lado y cogía la tetera. El hombre llenó el depósito y se volvió.

—¿Cómo has estado, querida? —preguntó.

—Muy bien, Ted —respondió ella.

—¿Y Barney?

—Muy bien, también —dijo Kim.

—Haré café y entonces me contarás qué te preocupa.

Ella sintió una puñalada de culpa por visitar a este hombre solo cuando necesitaba algo de él. Lo había buscado por primera vez mientras lidiaba con la psicópata Alejandra Thorne, y, desde entonces, había venido a traerle preguntas difíciles.

—Por lo que a mí respecta, no te sientas culpable —dijo quien la conocía más que ninguna otra persona en el mundo—. Me honra que vengas a confiarme tus problemas.

Kim se relajó al instante. Ted había sido parte de su vida desde que ella tenía memoria.

En varias etapas de su infancia, la habían mandado a terapia con él. Nunca le había hablado abiertamente de sus sentimientos, y dudaba de que alguna vez lo hiciera. Ted, gracias al expediente, estaba al tanto de cada una de las calamidades que le habían sucedido. Por su parte, durante las sesiones, Kim había guardado un silencio categórico, y, a pesar de eso, él nunca se había dado por vencido.

—Qué caso tan desagradable el de esa chica tuya, hace unos meses —observó Ted. Kim supuso que le hablaba del secuestro de Stacey—. ¿Debo suponer que las crónicas decían la verdad? —preguntó después de volverse para mirarla.

—¿Acerca de qué? —preguntó ella.

—¿De que entraste desarmada a ese lugar, a pesar de que había armas?

Kim no contestó. La interrogación era retórica.

—Ha de ser una gran detective —observó él— para que hayas arriesgado tu propia vida. Cualquiera diría que es alguien importante para ti, ¿no crees?

Kim abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión. En las cosas que Ted le decía no había nada de inocente. Cada palabra estaba diseñada para incitar una respuesta que él, después, podría leer, analizar y sondar.

—Ted, necesito que me hables de algo.

—Por supuesto, querida —dijo él mientras le ponía delante una taza—. ¿Qué quieres saber?

Ella respiró hondo.

—Necesito que me hables de niños que matan.

Capítulo 40

—Madre de Dios —dijo Dawson, y se reclinó en su silla.

Stacey no le hizo caso y siguió tecleando.

—Acabo de decir «madre de Dios» —repitió.

—Te oí la primera vez, Kev —dijo ella—, así como todos tus suspiros en voz alta, diseñados para acaparar mi atención durante la última media hora. —Apartó su teclado—. Ahora que ya la tienes, ¿qué pasa?

Él movía la cabeza, incrédulo.

—¿Tienes una idea de lo que ocurre en algunos de esos lugares?

—¿Qué lugares? —preguntó ella.

—En los colegios, los colegios privados. ¿Todos estos clubes y sociedades secretos?

Ella negó con la cabeza.

—Incluso Yale tiene una sociedad secreta de superalta élite llamada Calavera y Huesos que se reúne en malditas tumbas por todos lados. Se llaman a sí mismos «los hueseros», y entre sus antiguos miembros hay presidentes, jueces de la suprema corte, miembros del gabinete y líderes de la industria.

Stacey se encogió de hombros.

—¿Y?

—Usan cierto número como contraseña para las cosas importantes de la vida. Aquí dice que los vínculos entre los hueseros a menudo superan todo lo demás.

—Kev, ¿qué…?

—¿No te parece un poco escalofriante?

Stacey negó con la cabeza.

—A la gente le gusta pertenecer a sociedades y esas mierdas. Cuando estabas en el cole, ¿nunca quisiste estar en un grupo o una pandilla? —le preguntó.

Dawson negó con la cabeza. Le habría bastado con que no lo

avergonzaran ni lo humillaran todos los días.

—Yo sí —admitió Stacey—. Séptimo grado. Yo tenía diez años. Poppy Meadows. —Puso los ojos en blanco—. Vaya nombre, ¿no? Pues bien, era la niña más popular del cole. Gran familia, estupenda ropa, estupendos amigos, grandiosa en todo, y yo tenía tantas ganas de estar en su pandilla…

La sonrisa de Stacey aguijoneó más el interés de Dawson. Quizás su compañera podría ayudarlo a entender lo que acababa de leer.

—¿Qué hiciste, entonces?

Al recordarlo, Stacey frunció los labios.

—Era la mejor gimnasta del cole y su grupo estaba formado por otros grandes deportistas. Pensé que, si podía impresionarla con mis habilidades acrobáticas, me dejaría entrar en su grupo.

—Continúa —la urgió.

—Practiqué mis volteretas toda la noche en el jardín trasero. Cuando me fui a la cama, tenía las muñecas adoloridas, pero me dormí convencida de que las hacía a la perfección.

—¿Y? —preguntó Dawson con la sensación de que no había final feliz.

—Esperé a que todos estuvieran fuera, agrupados. Conté hasta tres y di una voltereta perfecta delante de ellos.

—¿De verdad?

Stacey negó con la cabeza.

—No, eso solo sucedió en mi cabeza. En verdad, no vi lo que había delante y mi mano aterrizó justo encima de una abeja moribunda. Me picó en la palma. Grité y, de algún modo, me desmoroné como un amasijo de brazos y piernas.

Dawson rio a carcajadas.

—¿Te vieron?

—Sí, sí que me vieron. Y se rieron de mí durante los siguientes dos años.

Él se puso serio. Stacey había contado esa historia no con gusto, sino con objetividad y congoja para que él viera la normalidad en esa experiencia. Era un hecho de vida.

—Pero ¿qué te impulsó a hacerlo? —dijo él. Se preguntaba por qué ella había tenido tantas ganas de humillarse a sí misma.

Stacey se encogió de hombros.

—Por sentirme valorada, supongo. Quería ser tan guay como

ellos: querida, respetada, adorada. Eran especiales, y yo también quería ser especial.

—¿Qué habrías hecho con tal de que te aceptaran en ese grupo? —preguntó él.

—Madre mía, Kev, ¿no es cachondeo?

—Continúa —la instó—. ¿Qué habrías estado dispuesta a hacer si te lo hubieran pedido?

Ella lo pensó por un momento.

—Para serte franca, no lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

Él señaló la pantalla.

—¿Tienes una idea de cuántas personas, desesperadas por entrar en esos clubes, han muerto en novatadas?

—¿Novatadas? —preguntó ella.

—Ritos iniciáticos para ganarse un lugar. Son cosa antigua. A Stuart Pierson, de Igos, en Cincinnati, se lo llevaron al bosque. Apareció atropellado por un tren. Nadie fue acusado. En 1994, un niño llamado Michael Davis fue golpeado y pateado repetidamente. Lo llevaron de vuelta a su apartamento de estudiante, donde murió a causa de las lesiones internas. Un chico llamado Jack Ivey se vio envuelto en un concurso de bebidas. Lo desnudaron, hasta dejarlo en ropa interior, lo ataron a la parte trasera de un camión, lo llevaron de un lugar a otro y lo dieron por muerto. La sentencia para los criminales consistió en unos jodidos servicios comunitarios —gruñó.

—Pero…

—Son cientos, Stace. Cientos de muertes sin sentido por culpa de estos clubes exclusivos a los que los chicos están desesperados por unirse, y, la mayoría de las veces, nadie termina castigado. Es como si lo que sucediera en el cole se quedara en el cole —dijo molesto—. Hay un código de silencio que me jode muchísimo.

—Y esto ¿cómo se relaciona con el asunto de Sadie Winters? —preguntó ella.

Lo devolvió, sutilmente, al caso que tenían entre manos.

—Ni siquiera sé si está relacionado —dijo él con franqueza—, pero en ese colegio está ocurriendo algo y quiero saber de qué se trata.

Stacey suspiró.

—Cuando te pones así, Kev, no hay forma de hacerte entrar en

razón, y esta es la mejor oportunidad que vas a tener.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—La jefa te ha dicho que, por hoy, sigas tu olfato, así que lo mejor será que te lleve a buen puerto —dijo ella, y volvió a tirar del teclado. Señalaba, de ese modo, el fin de la charla.

Stacey tenía razón, y él ya sabía a dónde quería ir.

Durante los últimos dos años, tres nombres de alumnos dejaron de repetirse en las listas. Eso significaba que habían dejado el colegio apresuradamente, a la mitad del curso.

Y Dawson quería saber por qué.

Capítulo 41

Ted puso dos tazas de café sobre la mesa. Frente al estanque de peces, el mueble separaba dos sillas de madera del juego. Ted había insistido en que una conversación así requería cafeína.

—Moby se murió —observó ella mientras él se sentaba lentamente a su lado. Kim notó que las articulaciones le estaban dando algunos problemas, así que ahuyentó la punzada de tristeza.

—Sí, querida, hace un par de semanas, apenas.

La detective no dijo nada, pero tuvo una sensación de pérdida por el pez dorado al que había puesto nombre hacía muchos años.

—¿Así que crees que un niño pudo haber sido el responsable del asesinato que estás investigando?

—No lo sé —respondió con sinceridad—, pero no puedo descartarlo. Alguien tendría que tomarlo en cuenta.

—¿Tus compañeros están menos abiertos a esa posibilidad?

Ella asintió.

—Sí, y, de algún modo, eso me parece más fácil. ¿Por qué, Ted? —preguntó en voz baja.

La mente tenebrosa de Kim parecía siempre inclinada a explorar las profundidades de la depravación y a llegar más hondo de lo que podía llegar la gente normal. Su cerebro estaba dispuesto a aceptar el nivel de atrocidad que la gente podía producir.

—Porque la sola idea de que un niño sea capaz de matar, especialmente a otro niño, desafía nuestra presunción de la inocencia innata, un asunto en el que tú no tienes mucha experiencia, querida.

Él dio un sorbo a su café y continuó.

—Cuando eras muy pequeña, tus ojos se abrieron a la maldad que nos rodea. Nunca tuviste esa dichosa ignorancia que debería ser un regalo divino. Antes de verte obligada a considerar las posibilidades, todas las posibilidades, por oscuras que fueran, por

desviadas que estuvieran, no has tenido que destruir ideas preconcebidas.

—¿Y eso es lo que son?, ¿desviaciones? —preguntó ella, con la esperanza de que el hombre, al citar alguna estadística, le asegurara que no podían serlo.

—No necesariamente, me temo —dijo él, y flexionó unos dedos que mostraban algunas señales de artritis—. Los niños sí que matan, y matan a otros niños. Los expertos los han clasificado en tres tipos: Unos asesinan por emoción. Se deleitan matando con sus propias manos, torturando antes y, a veces, mutilando después. Nuestros propios Jon Venables y Robert Thompson quedaron en esa categoría cuando secuestraron en un centro comercial a Jamie Bulger, de dos años.

Movió la cabeza de un lado al otro y cerró los ojos.

—Esos niños le hicieron cosas indescriptibles al pequeño Jamie. Tenía cuarenta y dos heridas.

Kim levantó la mano para detenerlo. Había leído los relatos de las torturas y llevaba meses sin poder quitarse las imágenes de la cabeza.

—Aunque fue anterior a tu época, seguramente oíste hablar de Mary Bell. En 1968, cuando tenía solo once años, mató a un niño de cuatro y a otro de tres. Su propia madre había tratado de matarla en numerosas ocasiones. La obligaba a realizar actos sexuales desde los cuatro años.

—Conozco el caso —dijo Kim. Lo había investigado después de que el anonimato de toda la vida de la mujer y su hija se viera amenazado con la publicación de un libro.

Ted continuó.

—Hubo un niño de trece años llamado Eric Smith. Secuestró a uno de cuatro, lo estranguló, dejó caer piedras en su cabeza y, después, con una rama de árbol…

—Gracias, Ted, ya me hago una idea. ¿Así que estos niños son malos?, ¿estos que se emocionan matando?

El psicólogo abrió mucho los ojos.

—Vaya, querida, esa es la gran pregunta, y trataré de contestarla lo mejor posible.

Dio otro sorbo a su café, y lo mismo hizo ella.

—En general, se cree que los niños pueden superar los

comportamientos que los llevaron a matar, y de eso hay pruebas en un sentido y en el otro. El psiquiatra designado por el tribunal para el caso de Mary Bell ha dicho que ella mostraba los signos clásicos de la psicopatía, pero que nunca había reincidido. Eric Smith, por su parte, todavía no es capaz de expresar emociones, veinticuatro años después, por lo que los jueces creen que jamás será rehabilitado.

—Dijiste que había tres tipos —dijo Kim.

Él asintió.

—El segundo tipo pone la mira en la presa por razones inocuas: enfado o ira. También, antes de tus tiempos, hubo en San Diego una niña de dieciséis años, Brenda Ann Spencer, que mató a ocho niños con un rifle. Tenía el colegio justo delante de la casa. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, ella alegó simplemente que no le gustaban los lunes. Nunca mostró el menor remordimiento ni dio ninguna explicación seria. Estaba enfadada. Para ella, fue así de simple.

A Kim le parecía muy difícil entender que ocho niños hubieran perdido la vida solo porque una niña se había levantado con el pie izquierdo.

—¿Y el último grupo? —preguntó.

—Estos son los que matan a objetivos concretos por ira, dolor u orgullo herido. En 2014, precisamente, hubo dos niñas, no hay nombres, a quienes apodaron las Asesinas de la Instantánea. Torturaron y mataron a una niña llamada Angela Wrightson y le tomaron fotos mientras lo hacían. Incluso se hicieron autofotos dentro del furgón de la policía.

—Maldita sea —dijo Kim.

—Así que ¿cuántas víctimas tienes? —preguntó Ted.

—Tengo dos niños muertos en unos cuantos días. Uno por asesinato, sin duda, aunque lo hicieron parecer un suicidio. Del otro no estamos seguros, todavía.

—¿Y están relacionados? —preguntó.

—No hay nada obvio —dijo ella mientras sus pensamientos retornaban a algo que Ted había dicho—. Dijiste que a Mary Bell la etiquetaron como potencialmente psicópata o con tendencias. ¿Incluso de niña?

—Ay, ahí estamos pisando terrenos peligrosos, querida —dijo él,

y apuró lo que le quedaba del café—. Ningún profesional de la salud mental sería tan atrevido, en estos tiempos, como para etiquetar así a un niño mientras exista la posibilidad de que, al crecer, deje atrás los comportamientos psicopáticos.

—¿Existe la posibilidad, Ted? —preguntó, instándolo a darle una respuesta directa.

—No es algo que yo pueda…

—Ted, ¿puede un niño ser un psicópata, un sociópata o como quiera que se llame?

—Kim, no es así de simple.

—Venga, Ted, has tratado a bastantes niños en tu vida. ¿Alguno ha cumplido con estos criterios? ¿Alguno de esos niños era malo?

—Nunca he tratado a un niño malo —dijo.

—Pero ¿existen?

Ted le dedicó una larga y dura mirada.

—Kim, de verdad, no estoy capacitado para decirlo.

Ella sabía que no tenía ningún sentido presionarlo más. En el tema de la maldad infantil, quizás no estaba capacitado como para decirlo.

Pero, ciertamente, Kim conocía a alguien que sí lo estaba.

Capítulo 42

Dawson estaba sentado en el coche, frente a la casa de Carrie Phifer. Se preguntaba si había cometido algún error.

La academia Heathcrest costaba más de treinta mil libras al año. No era una cuota que pareciera accesible para los habitantes de una casa adosada de tres dormitorios y porche en Hasbury. Verificó los detalles que había guardado en su móvil. Sí, estaba en el lugar correcto.

Rodeó un Skoda Fabia antes de llamar a la puerta.

Una pulcra mujer, vestida de blusa y vaqueros, abrió la puerta interior. La sonrisa casual de sus labios se convirtió en un entrecejo arrugado. No abrió la puerta del porche hasta preguntar quién era.

«Finalmente, una mujer con suficiente juicio como para dejar la puerta cerrada entre ella y un extraño».

Dawson exhibió su identificación y dijo su nombre.

Mientras la mujer cogía la llave para abrir la puerta, su expresión se tornó en una de alarma.

—¿Hay algo…? ¿Ha ocurrido…?

—No hay nada malo —la tranquilizó de inmediato—. ¿Es usted la señora Phifer? —añadió a modo de pregunta.

Ella asintió. Parte de su ansiedad había desaparecido, pero su rostro todavía mostraba preocupación.

—¿Puedo entrar? —preguntó él, aunque empezaba a sospechar que ya sabía la respuesta—. ¿Su hija está en casa, señora Phifer?

Ella negó con la cabeza mientras lo guiaba dentro de un salón decorado con muy buen gusto.

—No, agente, está en el colegio —contestó—. ¿Ha ocurrido algo?

—Su hija está bien, estoy seguro —la tranquilizó.

—Entonces ¿qué…?

—Carrie asistió a la academia Heathcrest hasta hace un par de

años —dijo él.

De inmediato, la mandíbula de la mujer se llenó de tensión.

—Sí, así es —respondió cautelosa, mientras se sentaba y lo invitaba a hacer lo mismo.

—¿Se fue a mitad del curso? —preguntó Dawson.

La señora Phifer se limitó a asentir.

—¿Puedo preguntarle por qué? —la instó, aunque la respuesta era bastante obvia. Si, alguna vez, la familia había podido pagar esa matrícula, ciertamente ya no.

—Yo la saqué del colegio —dijo ella.

—¿Le importaría decirme por qué? —preguntó él. No quería humillar a la mujer obligándola a hablar de sus finanzas, pero tenía que estar seguro.

—Por supuesto, siempre que usted me diga por qué quiere saberlo.

Él sonrió.

—Lo lamento, pero, en realidad, no puedo…

—Está aquí por alguna razón, agente. ¿Cuál? —preguntó.

—No he podido evitar preguntarme por qué sacó a su hija del colegio a la mitad del curso —admitió. Echó un vistazo alrededor y se puso de pie—. Pero creo que lo he entendido —dijo—. Tiene que haber sido muy difícil para usted.

No tenía ningún deseo de poner a esta mujer en una posición incómoda. No quería obligarla a admitir que no había dejado que su hija siguiera estudiando en Heathcrest solo porque no podía permitírselo.

—No, agente, se equivoca —dijo ella—. Sacar a Carrie de Heathcrest fue la parte fácil. Perder mi hermosa casa y mi estilo de vida junto con mi matrimonio, no tanto, pero no me he arrepentido ni por un minuto.

Dawson vaciló. Había leído la situación, pero la había leído mal. Volvió a sentarse.

—Mi esposo insistía en que Carrie regresara a Heathcrest, pero yo no estaba dispuesta a ceder, y ese fue el fin de mi matrimonio.

—¿Su matrimonio terminó por la educación de su hija? —preguntó incrédulo. Seguramente, tenían que haber podido llegar a un acuerdo.

—No, nuestro matrimonio fracasó porque solo a uno de los dos

le importaba la seguridad de nuestra hija.

Dawson se sentó un poco más adelante.

—Continúe, por favor, señora Phifer.

—Carrie no quería regresar al colegio, pero Douglas insistía. Había sido su colegio y creía, de todo corazón, que tenían la capacidad para educar. Yo, aunque detesto los internados, acepté todo mientras Carrie estuviera contenta, pero ella ya no quería regresar. Se sentía aterrada. Y Douglas no estaba acostumbrado a que las cosas no se hicieran a su modo. Su abogado era mucho mejor que el mío —dijo, y recorrió de un vistazo la habitación—. Lo que destruyó nuestro matrimonio fue su insistencia en que Carrie regresara al cole, a pesar de que mi hija se puso histérica con solo mencionarlo.

—Señora Phifer, ¿qué aconteció en Heathcrest que atemorizó tanto a su hija?

—Recibió una carta: el as de diamantes. Tienen clubes exclusivos que son…

—Sé lo de los clubes —dijo él.

—¿Sabe, entonces, que la mayoría de los niños harían cualquier cosa por entrar a esos grupos?

Él asintió. Recordaba la conversación con Stacey.

—Ella tenía que cumplir con el rito de iniciación. Consistía en saltar con los brazos y las piernas abiertos hasta que le dijeran que parara. —La señora Phifer cerró los ojos—. Lo consiguió durante nueve minutos. Cuando redujo la velocidad, le golpearon las pantorrillas con unos carrizos. Carrie quiso explicarse, quiso decirles, pero no la escucharon. No la dejaban detenerse.

—¿Explicarles qué, señora Phifer? —preguntó él.

—Que era asmática, agente. Al final, se desmayó y estuvo a punto de morir. Pasó dos semanas y media conectada a un respirador.

Maldita sea, pensó Dawson. Eso era, justamente, lo que se temía.

—¿Y cuál fue la respuesta del colegio? —preguntó, aunque se temía lo peor.

Una mirada de absoluto disgusto se dibujó en los atractivos rasgos.

—Por lo que a ellos respecta, ese incidente nunca ocurrió.

Capítulo 43

Una tristeza abrumadora sobrecogió a Kim cuando sus ojos se posaron en la sábana que cubría el pequeño cuerpo sobre la mesa de metal.

Miró la espalda de Keats, quien jugueteaba con algo en su escritorio. Sí, el tío le echaba la bronca, y por montones; pero, esta semana, la carrera que había elegido lo había obligado a abrir y diseccionar los cadáveres de dos niños.

Sintió una urgencia repentina de decirle que lo entendía, que sabía que ninguna descripción de trabajo ni ninguna formación pueden prepararte para la realidad; que ambos habían firmado para representar a los muertos y que ninguno de los dos podía elegir. Ella lo entendía, y quería que Keats lo supiera.

Abrió la boca para hablar.

—No hay ninguna duda de que este chico murió de un choque anafiláctico —se adelantó el forense.

«Sí, probablemente era mejor que él empezara».

Keats levantó la sábana para dejar al descubierto el rostro de Shaun Coffee-Todd. Señaló la boca.

—Tiene los labios y la lengua azulados, que son señales de colapso respiratorio. Como no podía llevar aire a los pulmones, la sangre no se oxigenaba. Los músculos cardíacos necesitan oxígeno para bombear sangre por todo el cuerpo.

»Si un órgano importante empieza a fallar, otros se van debilitando hasta volverse incapaces de funcionar. La muerte es el resultado de semejante falla catastrófica. Baja la presión. Finalmente, llega el paro circulatorio».

—¿Cuánto tiempo tardó en morir? —preguntó Kim en voz baja.

—Si el ataque afecta solo el sistema respiratorio, en tres minutos puede causar una crisis respiratoria y, después, daño cerebral. La muerte suele llegar cinco minutos después, pero es más rápida

cuando el choque ha provocado una arritmia. Y ese ha sido el caso aquí.

—¿Cuánto tiempo, entonces? —preguntó ella otra vez.

—No más que un par de minutos —dijo él, mirando el cadáver —. Pero tienen que haber sido los más horrendos y aterradores minutos que uno podría imaginar.

Y Keats habría vivido cada segundo de esos minutos con este pobre chico, pensó Kim. Tocó con la punta de los dedos la suave mejilla. Sintió una urgencia interior de consolar a este niño por todo el pánico y dolor que habría sufrido.

Durante su último gran caso, la habían sujetado y asfixiado casi hasta dejarla inconsciente. Kim tragó, aún capaz de recordar la sensación de pánico que había invadido su cuerpo y su mente mientras se esforzaba por llevar aire a los pulmones.

Y este era un niño de catorce años.

Se sacudió el recuerdo.

—Keats, ¿cuánto tiempo pasó desde que ingirió los cacahuetes?

El forense se encogió de hombros.

—La mayoría de los síntomas relacionados con comida ocurren un par de horas después de la ingestión, pero los casos graves comienzan a los pocos minutos. Dado el historial de este chico y las circunstancias, el comienzo habría sido casi inmediato.

Kim frunció el ceño.

—¿Qué circunstancias? Esto sucedió al terminar la clase de gimnasia. Tuvo que haber transcurrido una hora, por lo menos, antes de que hubiera comido accidentalmente…

—Perdona que te interrumpa, inspectora, pero esta no ha sido una ingesta accidental de residuos de frutos secos.

—Pero el chico sabía que era alérgico. Llevaba su epinefrina en la bolsa de gimnasia.

—Por eso, exactamente —dijo Keats, y puso una radiografía en el visor.

—Esta es la garganta del niño —dijo, y señaló—, y esos objetos son cacahuetes enteros.

Kim miró hacia Bryant mientras entendía las palabras del forense.

Alguien había obligado a este pobre chico a comer cacahuetes.

Capítulo 44

28 de febrero de 2018

Hola, Diario:

Apenas hace dos horas que estoy de vuelta en el cole y la mitad del tiempo me la he pasado escondida en los baños.

Siempre en el mismo cubículo. El más alejado de la puerta. Cuando estoy ahí, no hago ningún ruido, a pesar de las lágrimas que brotan de mis ojos.

La mano me tiembla cuando, con la navaja de afeitar, me hago el primer corte. Ante la belleza simple y perfecta de la herida que divide mi piel, la tranquilidad me invade instantáneamente. Me he preguntado si así es como se siente un heroinómano cuando se mete un chute. El alivio, la liberación. La sensación de paz interior.

Apoyo la espalda en la cisterna, con los ojos cerrados, la mente en blanco y en calma, la respiración profunda y uniforme, totalmente relajada.

Dos más y estoy lista para enfrentarme al mundo.

Mientras camino a mi dormitorio, puedo sentir los cortes frescos que, a pesar de la tirita estéril, se rozan deliciosamente contra la piel de la cara interna de mi muslo.

Pero la paz interior no ha durado mucho.

Muy pronto, los recuerdos de casa están de vuelta. Las conversaciones susurradas que se detienen por completo cuando entro en una habitación. Los tres mirando hacia otro lado, incapaces de encararme.

Esa sensación mía de ser una desconocida en mi propia casa. Mi madre, que pasa horas en el dormitorio de Saffie; mi padre haciendo llamadas en secreto que, según él, son de trabajo.

Trato de hablar con mi madre. Trato de explicarle.

—En este momento no, Sadie —ha dicho—. No me molestes con eso

ahora.

Así que me he escabullido entre las sombras y me he puesto a observar hasta que ha llegado la hora de volver, a la espera, tan solo, de estar en mi cubículo, el último de la fila.

Pero los hambrientos demonios no han sido aplacados. Los sentimientos son peores que nunca.

No sé cómo acallarlos, y entonces recuerdo lo que me han dicho y me pongo una pastilla en la boca.

Ay, Sadie, ahora veo que te he hecho un favor. Eras demasiado infeliz para estar viva.

Ahora, después de leer tus pensamientos más íntimos, te conozco mejor. Entiendo tu dolor y sé que estás agradecida conmigo por haberte liberado.

Y ya no estás sola. Ahora tienes a tu buen amigo Shaun haciéndote compañía.

Sin embargo, no ha sido igual, Sadie. Tú has sido la primera, alguien especial. Muy especial.

Shaun se ha resistido mucho más que tú. Me lo ha puesto muy difícil. Mi sentido de satisfacción y justicia, que tanto he disfrutado y saboreado con tu muerte, no ha aparecido por ningún lado. Él no ha seguido el libreto.

Si tan solo se hubiera quedado quieto y se hubiera comido los putos cacahuetes… Pero tenía la boca cerrada. Si tan solo los hubiera masticado, no habría habido necesidad de rudezas. Pero tenía los dientes soldados, puesto que entendía que estaba a punto de morir.

Ha intentado correr, ir de vuelta al vestíbulo, pero le he cerrado el paso y lo he arrojado al suelo. Me le he echado encima, con todo el peso de mi cuerpo para retenerlo. Le he metido a la fuerza algunos cacahuetes en la boca. Se la he cerrado poniéndole una mano en la cabeza y otra bajo la barbilla.

Ha masticado y gemido mientras los cacahuetes descendían, mientras se daba cuenta del horror que se avecinaba.

Y ha sido horrendo. Me he hecho a un lado mientras se retorcía, se sacudía, babeaba y temblaba y trataba de arrastrarse hacia mí, con el rostro contraído de dolor y miedo. Pero, al final, se ha quedado quieto.

Y, mientras su pequeño cuerpo caía sobre el suelo embaldosado, he oído cerrarse la puerta del vestíbulo del gimnasio.

Alguien debe de habernos oído. Necesito averiguar quién ha sido.

Capítulo 45

Kim aparcó en la calle Caroline, fuera de St Paul's Chambers, en el barrio de los joyeros.

—Me acuerdo de los viejos tiempos —se quejó Bryant mientras se bajaban del coche.

Ella lo entendía. La zona estaba cambiando. Se iba convirtiendo en bloques de apartamentos urbanos de moda, con cafés y bistrós donde antes había artesanos y artistas.

El edificio que habían venido a buscar era un nuevo complejo, a tiro de piedra del frondoso oasis de la plaza de San Pablo, la última explanada georgiana que quedaba en Birmingham. Albergaba ocho apartamentos de alto nivel, con un ático de trescientos metros cuadrados valorado en más de un millón de libras. Ese era, precisamente, el que habían venido a visitar.

—Lo único que hemos traído es la verdad —replicó después de haber hecho las presentaciones a la voz masculina en el otro extremo de la línea. El zumbido electrónico marcó que habían sido aceptados para entrar en un pasillo con una clase de arte muy distinta a la que estaban acostumbrados a ver en los edificios de apartamentos. No había genitales ni esvásticas burdamente dibujados.

Kim detectó la cámara en el ascensor. Se detuvo delante y presionó el botón marcado como «P». No había número, no había planta, solo una «P». Y si Kim se enteró de que el ascensor se había movido, fue porque se detuvo silenciosamente en la última planta y las puertas se abrieron con algo más que un silbido de bienvenida.

—Lo mismo que Hollytree —observó Bryant, cáustico.

El ascensor los había dejado en un pequeño pasillo con una sola puerta y una salida de incendios a la derecha.

Antes de que ella pudiera llamar, les abrió la puerta un hombre a quien ella reconoció gracias al telediario de la televisión local.

De inmediato, Anthony Coffee-Todd le pareció un hombre que luchaba contra sus cuarenta y tantos años. El color marrón profundo de su pelo estaba en plena contradicción con las canas de la barba incipiente. La raya del pelo, ligeramente en retroceso, no se dejaba engañar con el peinado hacia delante.

Kim entendía que ser una figura pública te añadía presión a la hora de mantener un aspecto juvenil, sobre todo cuando tu cara estaba expuesta a millones de espectadores. Ahora bien, bajo la luz cruda del día, en su propia casa, sin la ayuda de una templada iluminación y un profesional del maquillaje, la edad lo miraba a la cara.

A diferencia de Louise Coffee-Todd, cuya piel juvenil hacía juego con sus treinta y cuatro años.

Tenía entendido que esta era la segunda familia de Anthony. Su otro hijo se había mudado con su madre a Australia, tras el rompimiento, hacía quince años. Justo por esas fechas, Louise había empezado a trabajar como aprendiz en los estudios de televisión.

—Pasen, por favor —dijo él, y se hizo a un lado.

Entraron en un gran espacio abierto con paredes de un blanco descarnado que exhibían una selección de obras artísticas en blanco y negro. Los muebles estaban en el centro de la habitación, sobre la alfombra más grande que ella jamás hubiera visto. Tres juegos de puertas dobles daban a la terraza de la azotea. A la distancia, en algún lugar, Kim vio un arco que conectaba la sala con la cocina.

Mientras se aproximaba a la isla de alfombra en el centro de la habitación, donde los esperaba la señora Coffee-Todd, Kim hacía lo posible por evitar que sus botas de motociclista resonaran en el suelo de madera.

—Siéntense, por favor —dijo la señora Coffee-Todd. Señaló uno de los cuatro sofás.

Kim se sentó primero. Inmediatamente después, Bryant.

—Sentimos mucho su pérdida —dijo Bryant mientras el señor Coffee-Todd se unía a ellos.

La pareja ocupó sofás separados.

—Entendemos que este es un momento complicado —dijo Kim — pero tenemos que hacerles algunas preguntas acerca de Shaun.

—Por supuesto, aunque, sin duda, esto ha sido un accidente de algún tipo…

—No ha sido un accidente, señor —dijo ella.

—¿De qué habla? —preguntó con el ceño fruncido—. Nos han dicho que ha sido una reacción a algo que comió. Era alérgico a los frutos secos —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Somos conscientes de eso, pero hay otra…

—El director Thorpe dijo…

—El director Thorpe no es médico forense, señor, y él no ha hecho la autopsia de su hijo.

Kim no había querido sonar tan brutal, pero hasta ahí podía llegar.

En los ojos de Louise apareció la comprensión.

—¿Y Sadie Winters también? —preguntó.

—Es justo decir que las muertes de los dos niños están bajo investigación —expresó.

—¿Nos está diciendo, entonces, que las muertes de los dos chicos han sido homicidios? —preguntó Anthony, incrédulo.

Kim asintió. Comprendía lo conmocionados que ambos debían de estar.

En los ojos de Louise brillaba el horror.

—Pero ¿por qué? O sea, ¿quién habría querido hacerle daño a nuestro…?

—No le creo —dijo Anthony—. Habrá sido un accidente de algún tipo. Ambos lo habrán sido. Nadie querría lastimar a Sadie, tampoco. Era una chica encantadora. Estoy seguro de que ha habido alguna clase de…

—¿Conocía bien a Sadie? —preguntó Kim.

—Desde luego. Nuestras familias han sido amigas durante muchos años. Saffie y Sadie son como primas de nuestro…

Las palabras se fueron perdiendo mientras el hombre se daba cuenta de que dos de los tres niños mencionados estaban muertos.

—Lo siento, pero creo que han cometido un error…

—Señor Coffee-Todd —dijo ella con firmeza (habría querido ahorrarle los detalles)—, su hijo tenía dos cacahuetes atascados en la garganta.

Louise giró rápidamente la cabeza.

—Shaun nunca habría…

—Precisamente —dijo Kim—. Entendemos lo bien que controlaba su enfermedad y sabemos que jamás habría comido

frutos secos por su propia decisión.

—Pero ¿un asesinato? —preguntó Anthony, y se pasó los dedos por el pelo—. Un accidente, sin duda, o alguna clase de travesura que ha salido…

—¿Una travesura? —lo interrumpió Kim, y recordó algunas de las cosas de las que había hablado Dawson—. ¿Shaun pertenecía a uno de esos clubes secretos?

Sin dudarlo un segundo, el señor Coffee-Todd asintió orgulloso.

—Sí, agente, Shaun era el seis de picas.

Capítulo 46

Geoffrey Piggott entró precipitadamente en el dormitorio y se dirigió a su cama, en el rincón. Llevaba la frente perlada de sudor por venir corriendo desde la clase de historia y por la idea —él habría jurado que así era— de que su redacción sobre la Revolución francesa estaba doblada dentro de un compartimento de su mochila.

Cuando se la pidieron, él la buscó y la rebuscó. Sentía cómo se le enrojecía la cara, cómo se le humedecían las axilas, mientras la atención de toda la clase estaba en él. Sintió deseos de que aquel agradable policía entrara a rescatarlo de la humillación, como el otro día. Pero eso no ocurrió. La señora Tennison le dio órdenes de ir a buscarla. Él salió de ahí sin poner atención a los suspiros, las burlas ni al misil que le dio en la espalda cerca de la puerta del aula.

Mientras corría de vuelta, trató de recordar los sucesos de anoche.

Después de la tertulia, sus tres compañeros se instalaron en la cama de enfrente y empezaron a reír de algo que veían en uno de los móviles. La campanilla de notificación sonó en su propio teléfono. En la cama, de espaldas a los otros tres, consultó su página de Facebook y vio que uno de sus compañeros lo había etiquetado en un vídeo.

El vídeo mostraba a una mujer con sobrepeso, casi desnuda, que danzaba alrededor de un poste plateado. Su piel cubierta de celulitis se bamboleaba por todas partes. Roddy le había puesto un comentario:

> La futura esposa de Piggott.

Geoffrey no dijo nada. Simplemente dejó el móvil en el escritorio. Con los años, había aprendido que cualquier reacción solo serviría

para divertirlos más.

Había seguido trabajando en su redacción, aunque, todo el tiempo, pendiente de la presencia de los demás. De algún modo, se había endurecido contra los agravios. Aunque los apodos todavía lo herían, no eran la raíz de su miedo. Su ansiedad provenía del pensamiento constante en lo que estaba por venir. ¿Cómo sería la siguiente tortura? Al apagarse las luces, ¿algo volaría de un lado al otro de la habitación hasta caer en su cabeza?

Solo podía relajarse por completo cuando empezaba a escuchar las respiraciones profundas y rítmicas.

La alarma de su reloj se activaba todas las mañanas a las cinco treinta, de modo que despertaba antes que los demás. Alerta y preparado.

Hizo una pausa para pensar. Esa mañana, cuando despertó, ya estaba pensando en las clases.

—Ah —dijo en voz alta. Extendió la mano de un lado al otro de la cama hasta los pequeños estantes.

Abrió el libro de biología. Ahí estaba la redacción.

Aliviado de que esta vez no se la habían quitado, la cogió y se dirigió a la puerta, pero se detuvo antes de llegar. Una sensación incómoda empezó a tomar forma en su vientre en cuanto su cerebro captó algo que sus ojos ya habían visto. Un error, tal vez, pensó esperanzado, mientras volvía a la cama. Las gotas de sudor se multiplicaron en su frente cuando se dio cuenta de que no había sido ninguna equivocación.

Las rayas de la funda de su almohada no estaban perfectamente alineadas con las del cubrecama.

Había ideado ese mecanismo de comprobación después de que sus compañeros vertieran en su cama una caja entera de cereal y medio litro de leche.

Se acercó cautelosamente, con el corazón martillando. Como siempre, su ansiedad se nutría del terror, de solo pensar en lo que le habrían hecho ahora. Se imaginó el colchón atestado de gusanos reptantes o de alguna clase de insectos. Maldita urgencia de bajar a desayunar. Tenía que haberlo pensado mejor antes de dejarlos solos.

Tocó tímidamente la esquina de la colcha y empezó a levantarla, mirando a través de los ojos entrecerrados. Su respiración pareció

detenerse cuando vio la tela blanca y lisa de su sábana.

Tras haber quitado por completo la colcha, estuvo a punto de desmayarse de alivio.

Y entonces lo vio.

Justo en medio de la cama había un naipe solitario.

Geoffrey se quedó mirando el as de picas.

Capítulo 47

—Perdone, señor, ¿lo quiere repetir? No creo que Bryant lo haya oído bien —pidió Kim, incrédula, mirando primero a Woody y después a su compañero, quien parecía tan estupefacto como ella.

—El colegio no va a cerrar —repitió él, y un músculo saltó en su mejilla.

Kim no estaba segura de si eso había sido una reacción ante su propia actitud o el resultado de lo que acababa de salir de la boca del hombre.

Ella lo había llamado en el momento mismo en que dejaron la morgue y se había quedado sorprendida al oír la orden de ir a verlo en cuanto salieran de la casa de los Coffee-Todd. La revelación de que el colegio no cerraría tras un segundo asesinato no alcanzaba a aterrizar en ninguna parte sensata y operativa de su cerebro.

Con un asesinato que hubiera en una casa, cerraban la calle entera.

—Pero, con toda seguridad, Ofsted, o sea, el Departamento de Normas Educativas, Servicios y Habilidades Infantiles, estará por todas partes…

—Stone, sabes tan bien como yo que los colegios independientes no tienen una organización única y…

—Pero deben estar registrados ante el Gobierno —protestó—. Seguramente, alguien podrá cerrarlos, ¿o no?

—Stone, Heathcrest está registrado en el Consejo de Colegios Independientes, cuyo cuerpo de inspectores lo evalúa con regularidad. Tiene que satisfacer ciertos criterios en cinco áreas principales: desarrollo moral y social, instalaciones y alojamiento, procedimientos de quejas, calidad de la educación y salvaguarda, los cuales…

—Vale, ahí lo tiene: la salvaguarda incluye salud y seguridad. Thorpe no puede cuestionar y, al mismo tiempo, hacer como si

nada, ¿o sí?

—Si me interrumpes una vez más, te dejo fuera del caso, ¿has entendido? —Continuó—: Las infracciones de Heathcrest no llegan a diez, en tanto que las acciones de mejora son mucho más altas.

Kim entendía la diferencia. Las infracciones eran, por lo general, recomendaciones, en tanto que las acciones de mejora eran instrucciones.

—¿Y el hecho de que no haya más niños asesinados puede clasificarse como una mejora definitiva? —preguntó con amargura.

—Hay escuelas a las que Ofsted obligó a cerrar hace años, escuelas que han desestimado la orden y siguen esperando una acción judicial. Así que, aunque Ofsted se presentara ahí en este momento, hay protocolos que seguir.

—Seguramente, nosotros podemos cerrar el colegio, ¿no es así?

Eran la policía, por el amor de Dios.

Woody respiró hondo.

—No lo cerraremos, Stone.

Señor, tenemos dos niños asesinados, dos —repitió para dar énfasis—. ¿Cómo diablos llevaremos a cabo una investigación en estas condiciones?

Bryant tosió a su lado. Era su manera de decirle que estaba a punto de pasarse de la raya. Pero ella no necesitaba que se lo dijeran: estaba justo encima.

—Harías bien en escuchar las advertencias de tu compañero —dijo Woody, y enarcó una ceja hacia Bryant—. El colegio ha contratado una compañía de seguridad para patrullar el recinto.

—Señor, el hecho de que yo esté a punto de soltarle una trompetilla desde ahí indica el nivel de efectividad que eso tendrá. Quien está haciendo esto no entra y sale corriendo del recinto. Vive ahí, maldita sea.

—Estoy seguro de que la presencia de uniformados hará que los padres se sientan mejor.

—Sin duda, verse obligados a sacar a los niños de ahí los ayudaría un poco más, ¿no cree?

La expresión de Woody era de acero, y a Kim le dolía preguntarle por el origen de la orden de mantener abierto el colegio. «¿Quién diablos se había comprometido con una compañía privada de seguridad?», pensó.

Sabía que no había sido Woody. Una decisión de esta magnitud debía estar muy por encima del inspector jefe de detectives.

—Señor, ¿puedo preguntarle si el comisario jefe Briggs está dirigiendo parte de esta investigación?

—No, Stone, no puedes.

Ahí estaba la respuesta. Desde el momento en que apareció el cadáver de Sadie Winters, empezaron los esfuerzos por desviar y perturbar la investigación. Kim no se sentía de manos atadas, sino, más bien, como si le hubieran cortado las manos a la altura de las muñecas. Por el profundo respecto que le merecía el hombre a quien tenía delante, le habría gustado saber si él estaba de acuerdo.

—¿Algo más, señor? —preguntó. Reconocía su derrota.

—No, Stone, eso es todo. Y entiendo que esta es una investigación muy difícil, así que siéntete en plena libertad de ser un fastidio —dijo.

Esa era la respuesta que ella esperaba.

Y, sí, tenía toda la intención de serlo.

Capítulo 48

—Madre santa —dijo Kim cuando tuvo a la vista las puertas exteriores de Heathcrest.

La imagen de la jauría de prensa le recordó la antigua jungla de migrantes en Calais. Había dos agentes de la policía y cuatro guardias privados, todos con chalecos de alta visibilidad, situados frente a los conos que bloqueaban la entrada.

Bryant se vio obligado a reducir la velocidad y mostrar su identificación.

Una cara familiar apareció junto a la puerta del pasajero.

La maldita Frost.

Kim bajó la ventanilla.

—¿Tienes algo que comentar sobre el doble asesinato de…?

—¿Cómo se te ocurre? —le preguntó Kim—. Y qué buen truco el del otro día, Frost. Deberías sentirte orgullosa —dijo mientras seguían de frente.

No había olvidado los intentos de la mujer por reclamar la atención durante la rueda de prensa de Woody, probablemente con la esperanza de significarse ante la prensa de todo el país.

La sorpresa inicial de la reportera quedó rápidamente opacada por una mirada compungida.

—Eso es lo que piensas, incluso ahora —dijo, y retrocedió hacia la multitud.

—Maldita mujer —dijo Bryant—. Podría ser una reportera excelente si no fuera por esa necesidad de acaparar los titulares.

—Sí —estuvo de acuerdo Kim, aunque la expresión en el rostro de Frost se quedó con ella hasta que Bryant aparcó el coche delante del colegio.

Había otros dos guardias flanqueando la entrada.

Una vez más, Bryant exhibió su identificación.

—Podrías graparte eso en la frente —dijo Kim, que se

preguntaba si estarían haciendo lo mismo todo el día.

Entró en el edificio y giró a la izquierda.

—¿Al aula de la profesora de inglés, otra vez, jefa? —preguntó Bryant.

—¿Has descubierto a alguien más que quiera hablar con nosotros tan abiertamente, Bryant? —le espetó.

—No, parece abrirse mucho contigo. Con nosotros, quise decir, jefa. —Ella le lanzó una mirada—. Receptiva. Esa es la palabra que estaba buscando.

Kim sabía que Bryant usaba su astucia para aplacar la tensión que había ido creciendo desde que salieron de la morgue. Ya era bastante malo que los descubrimientos de Keats hubieran puesto en sus cerebros, de manera indeleble, una imagen gráfica de la muerte terrible, horrenda, del chico. Pero, cuando añadía a eso el obstáculo de investigar dos homicidios en un colegio en funcionamiento, el día no estaba resultando muy positivo.

Llegaron al aula de Joanna en el momento en que la campana indicaba el final de la segunda clase.

Los dos se hicieron a un lado para dejar pasar un torrente de niños pequeños que salían charlando y riendo.

Cuando Joanna los vio, sus ojos se iluminaron.

—Inspectora, qué gusto verte de nuevo —sonrió.

Kim le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza.

—¿Shaun Coffee-Todd fue tu alumno?

Ella asintió. Una sombra apareció en su rostro y los ojos se le enrojecieron al instante.

—Por supuesto —contestó mientras borraba las palabras de la pizarra.

—¿Puedes decirnos cómo era? —preguntó Kim con amabilidad, después de darle a Joanna un momento para recomponerse.

—Un chico muy agradable. Bien educado. Dispuesto a aprender. No tan dispuesto a sobresalir. Era inteligente y…

—¿Tenía enemigos, que tú supieras? —preguntó Kim. Se sentía ridícula de plantear algo así acerca de un niño de catorce años.

Joanna negó con la cabeza y se volvió a ellos.

—No, que yo sepa. Nunca vi ningún problema en particular con nadie. ¿Por qué lo preguntas, siquiera?

—Tenemos que hacerlo —dijo Kim. Se daba cuenta de que a la

profesora aún no le llegaba la noticia de que el chico había sido asesinado.

—Lo que me sorprende es que no hubiera traído consigo su medicamento. Shaun era muy consciente de su enfermedad, como todos nosotros, y la controlaba a la perfección. Solo comía lo que le preparaban de forma especial o lo que le enviaban sus padres y comprobaba…

—Joanna, no fue un accidente —dijo Kim.

—¿Qu…, qué? —preguntó, y se derrumbó en la silla.

—Fue deliberado. Sabemos que no fue un accidente.

—¿Estás segura? —preguntó, rogando por que se tratara de un error.

Kim decidió ahorrarle el detalle de los cacahuetes que le habían metido a la fuerza.

—Estamos seguros —dijo, y así dejó el asunto.

Joanna negó con la cabeza, como si no fuera capaz de aceptar los hechos.

—Primero Sadie, ahora, Shaun. Es solo que no…

—¿Tenía alguna relación con Sadie?, ¿cualquiera? —preguntó Kim.

Joanna negó con la cabeza.

—No, que yo supiera.

—¿Qué sabes de estos clubes secretos, los de los naipes?

Después de la confesión de Anthony Coffee-Todd en el sentido de que su hijo había sido una pica, tenía que considerar la existencia de alguna clase de vínculo, aun tomando en cuenta que la única relación de Sadie con los grupos era su hermana. Había llamado a Dawson, rápidamente, para confirmarle que estaba siguiendo la pista correcta.

—Sé que Thorpe…, el director Thorpe, perdona, los detesta. Sé que ha estado haciendo todo lo posible por erradicarlos, pero…

—¿No estás de acuerdo con él? —preguntó sorprendida la detective—. ¿Apruebas estos clubes?

—Ni por un segundo —contestó de inmediato—. Pero, en sus intentos por prohibirlos, no ha hecho más que mandarlos a la clandestinidad. Alguna vez fueron una insignia de orgullo y la ostentaban todos los implicados, así que sabías quiénes eran: niños, profesores, padres… Ahora han tenido que esconderse.

—Shaun era miembro —dijo Kim.

Joanna sonrió con tristeza.

—A eso me refiero, exactamente. Yo nunca me habría enterado.

—¿Era un chico sociable, entonces? —preguntó la detective. Recordaba lo retraída que Sadie había sido.

Joanna frunció el ceño.

—No era de los populares. Sabías que andaba por ahí, en medio de los demás. No estaba con los chicos más guais, pero tampoco era impopular.

—¿Uno de los invisibles? —preguntó Bryant.

—Probablemente —coincidió Joanna—. Se burlaban un poco de él porque llegaba tarde a clase, pero…

—¿Tarde a clase? —preguntó Kim.

—A veces —dijo la profesora con una sonrisa cariñosa—. Entiendo que solía quedarse en las duchas un poco más, hasta que la mayoría de los niños hubieran terminado.

Kim frunció el ceño.

—Venía contigo después de gimnasia el…

—El lunes por la mañana y el miércoles por la tarde.

—¿Ayer llegó tarde?

Joanna asintió.

—Y tú ¿qué hiciste?

—Envié a Christian a buscarlo.

Kim sintió que en el vientre se le formaba una semilla de terror.

—¿Enviaste a uno de los otros niños para apresurarlo?

Joanna asintió y frunció el ceño.

—Claro está, maldita sea. Ya he pasado por esto una vez con Thorpe y Steele —dijo, exasperada por tener que repetirlo.

—¿Y este chico…?

—Christian Fellows —especificó Joanna.

—¿Qué dijo Christian cuando volvió?

Joanna lo pensó por un momento e inclinó la cabeza.

—No volvió. No antes de que sonaran rumores por el pasillo, después de que Shaun fuera descubierto.

Kim sintió que el terror se convertía en una ola.

—¿Así que no sabemos si Christian vio algo cuando fue a espolear a Shaun?

Joanna negó con la cabeza.

—No le he preguntado, de verdad. Hasta donde yo sabía, Shaun había comido accidentalmente algún fruto seco.

Kim echó un vistazo a Bryant. La alarma se reflejó en los rostros de ambos mientras aquilataban lo que acababan de averiguar.

Christian y Shaun había estado fuera de clase al mismo tiempo. Había dos posibilidades: una era que Christian hubiera asesinado a Shaun; y, si no, era posible que hubiera visto a quien lo hizo.

Cualquiera que fuera la hipótesis correcta, tenían que hablar con ese chico inmediatamente.

Capítulo 49

Ahora, Christian Fellows comprendía que nunca, en sus trece años, había sentido el verdadero miedo.

No cuando trepó el viejo olmo del jardín para darse cuenta de que no le gustaban las alturas. No cuando se cayó y se rompió el brazo izquierdo. No hacía cinco años, cuando tenía ocho, y sus padres lo sentaron delante para «charlar». Le habían hablado de no llevarse bien, de casas separadas y de que, estuvieran juntos o no, seguirían amándolo. Ahora sabía que nada de eso había sido miedo.

Este terror le recorría todo el cuerpo, como si estuviera adherido a sus glóbulos rojos.

Porque, en este momento, estaba solo.

Desde la víspera, cuando lo enviaron a buscar a Shaun, se había asegurado de estar siempre entre otras personas.

Había oído los gritos de auxilio de Shaun. Había visto al chico arrastrarse por el suelo, con la bufanda cubriéndole los ojos, esforzándose por respirar. Sabía que su compañero de clase estaba muriendo y que había alguien más en esa habitación.

No lo había visto, no sabía quién era. Pero esa persona tampoco sabía que no la había visto. Christian habría querido ponerse un rótulo en la espalda y otro en el pecho que dijeran «no te he visto», para que, quienquiera que hubiera sido, supiera que no corría peligro por su culpa. No podía decirle nada a nadie, porque ¿qué tal si se lo confesaba a quien lo había hecho?

Aún no entendía por qué alguien habría querido hacerle daño a Shaun. Shaun no molestaba a nadie. No era el peor en nada, ni siquiera el mejor. Era Shaun, simplemente.

Desde el momento en que había huido a esconderse en la biblioteca, a tratar de poner en orden sus pensamientos, a intentar controlar su respiración, se había asegurado de estar con alguien todo el tiempo.

Había pasado el día entero reunido con cualquier grupo, con tal de que no pudiera atraparlo quien le hizo daño a Shaun.

Pero ahora estaba solo.

El señor Atkinson le había ordenado que saliera de la clase de biología y se presentara en el despacho del rector.

Los pasillos estaban desiertos.

Un pasillo más y estaría a las puertas del despacho de la señorita Lawson, otra vez en un lugar seguro. Bajaría tres escalones y pasaría delante del cuarto del conserje. Diez pasos más adelante, estaría a salvo.

No sabía por qué el rector quería verlo. ¿Sabía el secreto? ¿Sabía que él había visto a Shaun y que no había hecho otra cosa que huir despavorido? El calor de la vergüenza enrojeció sus mejillas.

Si tan solo la señorita Wade hubiera enviado a alguien más. Otro, tal vez, habría sabido que hacer. Quizás no habría huido aterrado. Shaun podría haber sobrevivido.

«Por favor, solo déjeme llegar al despacho», rezó cuando una mano lo cogió por el cuello.

Capítulo 50

Kim entró en el vestíbulo del gimnasio para ratificar o anular el miedo que crecía en ella después de la charla con Joanna Wade. El lugar estaba vacío, excepto por un hombre de complexión atlética que arrastraba colchonetas azules de plástico hasta apilarlas a un lado de la sala. Lo único que le quedaba por reacomodar era un potro con arzones. Una cinta azul se extendía a la entrada a los vestuarios, donde los técnicos forenses buscaban pistas que los ayudaran a identificar al asesino de Shaun.

El ceño del hombre se frunció al instante con esta nueva intromisión de extraños en su área de trabajo. Cuando se dio cuenta de quiénes eran, el gesto se desvaneció.

—¿Policías? —preguntó para asegurarse.

Tanto ella como Bryant se llevaron las manos a los bolsillos en busca de su identificación.

Él levantó una mano.

—Está bien. Les creo. Si lo que quieren es hablar con mis niños, los he enviado a ducharse en el área de la piscina.

Kim no dijo nada. El hombre tardó un par de segundos en darse cuenta de que lo que ella estaba esperando era que se presentara a sí mismo.

—Soy Philip Havers, entrenador deportivo, profesor de educación física y experto en condición física, en general —dijo, y les tendió la mano.

Bryant se la estrechó.

—¿Fue usted quien encontró a Shaun? —le preguntó.

—Sí, pero no lo suficientemente rápido como para salvarle la vida —dijo. Tragó saliva y apartó la mirada.

—¿Ya había muerto cuando usted lo encontró? —preguntó Bryant.

Havers asintió y se tocó los labios.

—Los tenía azules, y la mirada, perdida. Era como si hubiera fijado los ojos en mí. Nunca lo olvidaré. —Se volvió a ellos—. Aun así, la imagen que tengo en la cabeza es la de él en paz.

Kim lo comprendía. Después de la descripción de Keats acerca del sufrimiento de este chico, la muerte debió de haberle llegado como un alivio.

—¿Podría darnos la cronología? —le preguntó.

Havers asintió.

—Habíamos tenido una muy buena sesión de preparación física. A los niños les encantan las sesiones de baloncesto. Fueron a ducharse. Coffee-Todd se retrasó al guardar el equipo, como siempre. Se quedó solo en los vestuarios.

»No suelo supervisar las duchas, agente, pero permanezco cerca, por si algo sucede ahí dentro», explicó.

—¿Esa es una medida de seguridad para los niños? —preguntó ella.

—No, inspectora, es una medida de seguridad para mí —explicó.

Kim bien podía imaginarse la posibilidad de que hubiera acusaciones falsas, al igual que genuinas. Unas u otras destruirían la carrera del profesor.

—Yo estaba ordenando los vestuarios de las niñas cuando sonó la campana y los chicos salieron en tropel para ir a su siguiente clase. Tras el alboroto, fui a por un café al salón de profesores… —Hizo una pausa—. Si no hubiera ido a…

—¿No era bien conocido por rezagarse? —preguntó Kim, solo para asegurarse.

Havers dejó atrás los remordimientos.

—Sí, a menudo era el último en salir, pero la verdad es que ni siquiera pensé en él.

En su rostro destelló la culpa, con desnuda franqueza.

Kim empezaba a sospechar que eso pasaba muy a menudo con este chico. Según todos los indicios, era de lo más normal; nada digno de recordar académica ni físicamente, y tampoco daba problemas.

—¿Así que usted estuvo aquí de vuelta a las…?

—A las tres y diez, más o menos. Me quedé hablando…

Kim levantó una mano.

—No lo quiero saber.

No necesitaba que el hombre le diera explicaciones. Si le daba la oportunidad, él esperaría de Kim alguna clase de comprensión o compasión, cosas que ella no estaba dispuesta a conceder. El hombre se había olvidado de uno de los chicos y ella no tenía cómo excusarlo.

Durante quince minutos, Shaun Coffee-Todd se había quedado solo. Ahora estaba muerto. Kim no se pondría a repartir indulgencias.

El señor Havers parecía querer decir algo más: dar explicaciones, disculparse, pero Kim no estaba ahí para eso.

—¿Puede mostrarnos el lugar exacto donde encontró a Shaun? —le pidió.

—Ya se lo he dicho a los tipos de escenas del crimen.

—Sería de gran ayuda —dijo ella, y levantó la cinta para que el hombre pasara por debajo.

Lo siguieron a lo largo de un pasillo embaldosado que terminaba en el vestuario. Había taquillas de suelo a techo con llaves colgando de las cerraduras. Unos largos bancos de madera separaban las hileras de casilleros. Al fondo, la pared daba la vuelta hasta un conjunto de seis duchas.

—Solo señale —dijo ella, sin hacer caso a los técnicos de escenas criminales que los miraban a ambos. No estaba cometiendo ningún pecado: el ADN de Havers estaría por todos lados.

—Señor, Havers, ¿en algún momento vio a un niño llamado Christian Fellows?

Havers frunció el ceño, como tratando de recordar. Empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

—Todos los demás se habían ido a…

—Christian Fellows fue enviado a buscar a Shaun —aclaró Kim.

—No, no lo vi, inspectora.

—Vale, gracias por su ayuda, señor Havers. Ahora, si pudiera darnos un minuto…

Philip Havers asintió y se marchó mientras Kim iba de vuelta a las duchas.

El recorrido desde la ducha más cercana hasta el destino final de Shaun era de unos diez metros, más o menos. El pobre niño habría salvado la distancia de rodillas, arrastrándose, tratando de coger desesperadamente lo único que podría salvarle la vida.

—¿Qué pudo haber hecho este niño para molestar a alguien? —preguntó el compañero de Kim.

—Absolutamente nada, Bryant —accedió ella—. No era lo bastante importante para eso —dijo, no sin desconsideración. Sospechaba que el lugar de Shaun entre las espadas se debía a la fama de su padre.

—No había hecho nada malo. No era un ser atribulado, como Sadie. No era malvado, no era un matón. No tenía enemigos y, de todos modos, alguien lo quería muerto. No estaba relacionado con Sadie, eran chicos totalmente diferentes —dijo ella. Caminaba de vuelta a la entrada del grupo de duchas, donde se dividían entre chicos y chicas. Hizo otra vez el recorrido, lentamente.

Al girar en la primera esquina, se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero. Pero eso no era todo. El espejo le ofrecía una visión del punto exacto donde Shaun había exhalado el último aliento.

—¿Qué piensas, entonces? —preguntó Bryant, que acababa de aparecer a su lado.

—Vio algo, Bryant —dijo ella, y caminó de vuelta al vestíbulo del gimnasio justo cuando Havers desaparecía por el pasillo principal.

—Christian Fellows vio algo, definitivamente, y tenemos que averiguar dónde está.

Capítulo 51

Dawson aparcó el coche al lado de un Range Rover Discovery, delante de un espacioso granero reconvertido. Esto ya se parecía más a lo que él se había imaginado como la dirección de un estudiante de la academia Heathcrest.

Le abrió la puerta una mujer que, según sus cálculos, tendría un poco más de sesenta años. Llevaba el pelo corto y blanco sobre una piel naturalmente bronceada. Adornaba sus orejas con unos aros sencillos, y su cuello, con una cadena de plata que acentuaba la piel acostumbrada al aire libre.

Pero esta mujer era demasiado vieja para ser la madre del niño que estaba buscando.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la mujer con amabilidad.

—Estoy buscando a Tristan Rock —dijo él. La familia se habría mudado en los últimos nueve meses, tiempo que el niño llevaba en Heathcrest.

—¿Conoce a Tristan? —preguntó ella, y se hizo a un lado.

Dawson negó con la cabeza. Entró en la casa.

—¿Tristan está aquí?

La mujer movió la cabeza de arriba abajo y le ofreció la mano.

—Louisa Rock —dijo—. Soy la abuela paterna de Tristan.

Dawson le estrechó la mano y se presentó a sí mismo.

Aunque ella lo miraba con extrañeza, lo invitó a sentarse.

—¿Y usted qué tiene que ver con mi nieto? —le preguntó. Cogió de la mesita una pequeña taza de porcelana.

—Me gustaría hablar un momento con su nieto o con sus padres, si pudiera —contestó Dawson, tras asumir que la mujer vivía en la casa de su hijo. Si Tristan estaba aquí, en este momento, seguramente estudiaba en casa, supuso.

—Me temo que los padres de Tristan no viven aquí. Esta es mi casa y el niño vive conmigo —dijo, protectora.

—No lo sabía. ¿Usted es su tutora legal? —le preguntó, tratando de no desafiarla con la voz.

Algo siniestro estaba ocurriendo en ese colegio, fuera que estuviera vinculado con la muerte de los niños o no. Dawson tenía el presentimiento de que Tristan Rock podría ayudarlo.

—Tristan ha vivido conmigo desde los cuatro años, debido a lo cerca que estoy del colegio y al hecho de que sus padres rara vez están en el país —dijo, incapaz de quitar el tono de desaprobación en la voz—. Mi hijo vive de la herencia de su padre, quien le dejó mucho dinero y muy poco seso, me temo.

Dawson empezaba a hacerse una idea.

—¿No querían a Tristan? —preguntó él en voz baja.

—No hace falta que susurre. No puede oírlo. Al principio lo querían, pero no cuando empezó a convertirse en un estorbo para su estilo de vida. Me temo que mi hijo está demasiado mimado y no ha dado golpe jamás en la vida. Eligió a una esposa igual de voluble, con quien tiene mucho en común. Lo principal es que se quieren entre sí más que nada en el mundo.

Dawson no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—Señora Rock, su franqueza es reconfortante.

—Me culpo a mí misma, por supuesto, y a mi difunto esposo. Nadie quiere ver a sus hijos pasarla mal, pero tener los medios para enderezar todas las adversidades no es lo mejor que uno puede hacer por sus hijos.

—¿Y Tristan ve a sus padres? —preguntó Dawson. La sinceridad de la mujer lo hacía sentir que podía preguntarle cualquier cosa.

—Hace algunos meses que no los ve —admitió.

Dawson se daba cuenta de que, por el momento, no había encontrado nada envidiable en estos chicos privilegiados de Heathcrest. Lo único que lo había ayudado a transitar por sus miserables días del cole había sido la cercanía de su familia.

—Aún no me ha explicado por qué quiere conocer a mi nieto —dijo ella—. No me ha ofrecido ninguna buena razón para permitírselo.

Bien, quizás Tristan no contaba con el amor de sus padres, pero Dawson no querría enfrentarse a esta mujer. Gracias a Dios, el chico tenía a alguien en su propia esquina.

La sinceridad de la abuela le exigía una respuesta del mismo nivel.

—Señora Rock, en el colegio ha habido incidentes que están siendo analizados en este momento. En el curso de nuestras investigaciones, nos hemos topado con episodios que, al parecer, implican acoso, novatadas e intimidación. Me preguntaba si su nieto podría ayudarme a entender mejor lo que está ocurriendo.

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que Tristan no puede ayudarlo.

—Pero, si tan solo pudiera hablar con él un momento. O si usted pudiera explicarme por qué dejó la escuela a mitad del curso…

—Él no puede explicarle nada, agente —decretó la mujer.

Dawson trató de ocultar su frustración.

—Señora Rock, a algunos niños los han intimidado para hacerlos callar, los han obligado a unirse a clubes de élite y a competir por popularidad y aceptación. Es repugnante y cruel, y, de verdad, necesito…

—Sígame —dijo ella, y se puso de pie.

La mujer volvió al vestíbulo y entró por una puerta a la derecha.

—Agente, le presento a mi nieto, Tristan.

Cuando Dawson entró en la habitación, sus ojos se abrieron de par en par.

Capítulo 52

Kim pasó por delante de un guardia de seguridad y entró al despacho de Thorpe sin haber llamado.

—¿Dónde está Christian Fellows? —preguntó, como si la secretaria, que estaba sentada en el lado más próximo del escritorio, mirándola con desdén, fuera invisible.

—Lo siento, inspectora, pero ¿qué…?

—Necesito saber en qué clase está Christian Fellows. Ahora mismo —dijo ella.

Él miró a su secretaria.

—Física —dijo esta—, bloque A —aclaró. Aunque Kim creía saber dónde estaba eso, abrió la boca para preguntar—. Pero viene hacia aquí ahora mismo.

Eso explicaba por qué la mujer había sido capaz de sacar la información de la nada.

—¿Para qué? —preguntó Bryant.

—Control de bienestar —respondió Thorpe—. Los chicos de la clase de Shaun están siendo examinados. Ha sido algo traumático para todos ellos.

—¿Hace cuánto tiempo lo mandó llamar? —preguntó Kim.

—Hace cinco o diez minutos —respondió la mujer.

—¿Cuánto? ¿Cinco o diez? ¿Cuánto tiempo le toma venir aquí?

Ella se encogió de hombros.

—No mucho, pero no termino de entender…

—Venga, Bryant —dijo Kim, y salieron corriendo del despacho.

—Sé dónde es la clase de física —dijo Bryant, que corría por delante —. Uno pasa por ahí cuando va a por un café.

Durante dos minutos completos, trotaron a lo largo de los pasillos, hasta que Bryant se detuvo y señaló al otro lado.

—Ahí —dijo.

Kim abrió la puerta de golpe para sorpresa de una mujer de mediana edad que, antes la súbita intrusión, se volvió con el ceño fruncido.

—¿Christian Fellows? —preguntó la detective.

La mujer negó con la cabeza.

—En este momento está con el…

—Maldita sea —dijo Kim, y cerró la puerta. Habían recorrido la ruta que el niño habría seguido y no se lo habían encontrado por el camino—. Vale, vayamos de regreso —dijo Kim—, hay que barrer todas las habitaciones.

El niño tenía que estar en algún sitio.

Los ojos de Bryant se abrieron de par en par.

—¿Sabes cuántas habitaciones hay entre…?

La puerta que acababa de cerrar se abrió de repente.

—¿Puedo ayudarla, agente?

—Christian no está con el director y nos urge hablar con él —dijo Kim, haciendo un esfuerzo por que el pánico no se reflejara en su voz.

—Bueno, no puede haber ido muy lejos —replicó la mujer—. Estoy segura de que estará merodeando por alguna parte.

Kim rezaba porque eso fuera cierto.

—Chicos —dijo la profesora, y veinte cuerpos jóvenes aparecieron en el pasillo—. Equipos de dos, búsqueda completa en todas las áreas entre este lugar y el bloque administrativo. Adelante.

Los niños empezaron a correr en todas las direcciones.

—Gracias. Iremos de vuelta al despacho para ver si ya ha aparecido —dijo Kim.

—Alertaré a los de la siguiente clase y pondremos más niños a la búsqueda.

Después de darle las gracias, Kim y Bryant salieron a toda velocidad hacia el despacho del director.

—Maldita sea, Bryant, dónde diablos está…

Sus palabras se perdieron cuando un grito llenó el pasillo.

—Mierda —dijo ella, y se lanzó más allá de Bryant, hacia el lugar de donde provenía el espeluznante grito.

Una mujer, trabajadora del equipo de limpieza, estaba en la entrada de una habitación. Se tapaba la boca con las manos.

Kim la empujó para entrar y también se quedó quieta.

De una viga del techo colgaba el cuerpo de Christian Fellows.

Capítulo 53

La mirada atónita de Kim pasó del taburete volcado hasta los ojos cerrados del niño y, enseguida, a la sábana que este tenía atada al cuello. Tuvo la súbita visión de haber pasado corriendo delante de esa puerta mientras el niño ya colgaba de ahí.

La sensación de que tenía a Bryant a sus espaldas la impulsó a actuar.

Entró en el cuarto del conserje, enderezó el taburete y se subió de un salto. Cogió al niño por las piernas y lo levantó, aliviando, así, la presión de la sábana que le apretaba el cuello. Lo sostuvo por la cintura con un brazo mientras extendía la otra mano para desatar de la viga el tosco nudo.

El cuerpo del niño se deslizó por el suyo. Ella arrojó la sábana a un lado y sujetó firmemente a Christian con ambos brazos. No quería soltarlo.

Una sensación familiar empezó a asediarla. Este cuerpo seguía tibio. Minutos. Habían llegado unos cuantos minutos demasiado tarde para Sadie y, ahora, unos cuantos minutos demasiado tarde para Christian, quien había sido asesinado por algo que pudo haber visto o no.

—Qué mierda —dijo, con el chico fuertemente apretado contra su pecho, la cabeza apoyada en su mejilla.

—Jefa —dijo Bryant—, déjame…

—Espera, calla —ordenó Kim, y se puso a escuchar y a sentir por encima del fuerte tamborileo de su propio corazón.

No era posible. Se estaba imaginando cosas. Era, simplemente, lo que quería sentir, ilusiones.

Pero no, no se trataba de su imaginación.

Acababa de percibir en su mejilla la cálida respiración del niño.

—De prisa, Bryant —gritó—. Échame una mano. Este niño todavía está vivo.

Capítulo 54

Dawson no podía apartar la mirada del cuerpo inmóvil que yacía en una cama de hospital.

Las pertenencias de Tristan estaban colocadas alrededor del dormitorio, tal como las habría dejado poco antes de dormir una siesta: un par de zapatillas deportivas sucias a un lado de la mesilla de noche, una sudadera gris colgando del tirador del armario, un monopatín apoyado por ahí. Había carteles de arte gótico en las paredes y una pila de revistas apiladas en un rincón. Dawson sospechaba que la abuela se estaba asegurando de que las cosas estuvieran listas para cuando él volviera.

Louisa Rock se había sentado al lado de la cama de su nieto después de haberle pedido a la enfermera que los dejara solos por un momento. La mujer comprobó el respirador, asintió y salió de la habitación.

—Este chico es más de lo que usted ve aquí —dijo la abuela, que recorría con la mirada el dormitorio. Dawson podía entenderla. Ella no permitiría que la personalidad de su nieto quedara oculta.

Con la mano le tocó la sien y, suavemente, le apartó de la cara un mechón de pelo oscuro.

—Todos los días rezo por ver signos de mejoría —dijo con tristeza—. Los médicos insistieron en que tenía muerte cerebral y no podía sentir nada, pero yo siento que Tristan está ahí dentro, luchando por salir.

Dawson sabía que el chico tenía diecisiete años, pero parecía mucho más joven. El pelo oscuro enmarcaba un rostro juvenil de gruesas pestañas negras y rasgos fuertes y apuestos, a pesar de la palidez.

Tenía los brazos extendidos a los costados, largos y atléticos, no delgados ni consumidos. Bajo el pijama, el pecho subía y bajaba rítmicamente, al compás de una máquina que no solo asumía sus

funciones respiratorias, sino también su sonido.

Dawson se preguntaba si esto habría sido la consecuencia de un accidente o una enfermedad.

—Sus padres querían rendirse, pero ellos no lo conocen tan bien como yo. La mejor manera de conseguir que Tristan triunfe en algo es decirle que no puede —dijo la abuela, con la mano del chico entre las suyas—. Qué ironía, considerando…

—¿Cómo ocurrió esto, señora Rock? —preguntó con suavidad mientras pensaba ya en una estrategia de salida. Por más trágica que fuera, la enfermedad de Tristan Rock no iba a ayudarlo a probar sus teorías.

—No es algo de lo que hablemos, agente. Se firmaron acuerdos.

—¿Acuerdos?

—Acuerdos de confidencialidad entre los padres de Tristan y el colegio.

Dawson se revolvió.

—¿Esto que le ocurrió a Tristan fue en Heathcrest?

Ella asintió.

—Mi hijo aceptó un acuerdo económico destinado a compensar los inconvenientes del accidente.

—¿Accidente? —preguntó, sabedor de que estaba repitiendo las palabras de la mujer.

Louisa Rock frunció los labios y asintió.

—Señora Rock, ¿qué enfermedad tiene su nieto?

Ella suspiró pesadamente.

—Se llama hiponatremia. También se la conoce como intoxicación por agua. La ingesta excesiva de agua provoca un desequilibrio del sodio que, a su vez, causa una inflamación en las células. Bebió hasta perder el conocimiento.

—¿Cómo lo sabe?

—Se grabó a sí mismo mientras lo hacía, agente. Captó con su teléfono toda la escena mientras bebía una botella de agua tras otra. En efecto, terminó ahogándose. El teléfono grabó el desmayo y, una hora más tarde, la entrada de su compañero de habitación. Pero ya era demasiado tarde.

Dawson podía imaginarse el teléfono en posición, grabando, mientras el estado del chico empeoraba. Era un ojo que lo veía todo sin poderse comunicar con nadie.

—Los médicos hicieron lo posible, pero ya tenía muerte cerebral.

La rabia iba creciendo en las entrañas de Dawson al ver que el colegio, con tanta facilidad, entregaba un puñado de dinero para evitar otro escándalo.

—Pero, en primer lugar, ¿por qué hizo eso? —preguntó Dawson.

—Era su iniciación. El reto se lo impuso el rey de picas.

Capítulo 55

Kim se quedó viendo la ambulancia alejarse, con las luces azules destellando, antes de volverse hacia el hombre pasmosamente atlético que tenía a un lado.

—Gracias —le dijo.

Él asintió mientras su cara recuperaba el color.

En respuesta a la llamada de auxilio de Bryant, todo el mundo había convergido en ellos desde todos lados. Kim había sujetado con fuerza al chico, vigilando su respiración, lista para practicarle la reanimación cardiopulmonar, en caso de que su pecho dejara de moverse.

En el instante mismo en que Kim creyó oír las sirenas, Graham Steele, con toda gentileza, le había quitado a Christian de las manos, como si no pesara más que una pluma. El psicólogo se había abierto paso a través de la multitud para llevarlo al frente del edificio lo más rápido posible. No hubo nadie que se interpusiera en su camino.

Pero, mientras lo había tenido entre los brazos, Kim llegó a preguntarse cómo era posible que siguiera vivo. Recordó, entonces, la forma en que la sábana estaba enredada alrededor del cuello. El nudo había quedado bajo la barbilla, así que no presionaba la tráquea.

—Era amigo de Shaun —dijo Graham, como si eso lo explicara todo.

No, no lo explicaba.

—De hecho, Christian iba a un control de su estado mental. Si yo lo hubiera visto…

—No ha sido un intento de suicidio —dijo ella mientras la ambulancia se perdía de vista. Bryant estaba en algún lugar del edificio, hablando con Woody y explicándole los hechos.

—¿Cómo…?

—La silla —dijo—. Yo, subida en ella, apenas he podido alcanzar la viga, así que Christian no ha tenido la menor oportunidad. Han acomodado la silla para que pareciera que el chico la había pateado, pero él no habría podido. Alguien ha hecho el intento de matar a este niño —dijo la detective ante la mirada dubitativa del profesor—. El tercero de la semana —observó.

—Pero… no son más que niños —dijo él moviendo la cabeza de un lado al otro—. ¿Qué motivo podría tener alguien para…?

—Usted habla aquí con muchos de los estudiantes, Graham —observó ella—. ¿Cree usted que haya alguien capaz de cometer…?

—¿Supone que esto lo ha hecho un alumno?

—¿Usted no? —preguntó ella.

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ni siquiera tomaré en cuenta semejante hipótesis —dijo, y se marchó.

Kim se quedó rumiando su propia frustración. Primero, Ted, y ahora el psicólogo del colegio. ¿Es que nadie estaba dispuesto a hablar con ella de este asunto?

Se dirigió de vuelta al colegio, abriéndose paso entre grupos que charlaban, cuchicheaban y examinaban los últimos sucesos.

Los de escenas criminales habían extendido una cinta frente a la entrada de la conserjería. Dos técnicos forenses, traídos de las duchas, ya evaluaban la escena desde dentro.

Bryant se acercó a ella con dos cafés. En cuanto estuvo cerca, empezó a mover la cabeza de un lado al otro.

—Va a ser que no —dijo.

—¿Qué coño tiene que ocurrir para que cierren este maldito lugar? —gruñó ella—. ¿Cuántos niños tienen que morir? —preguntó.

Le quitó a su compañero uno de los cafés.

—Uy, no, prepárate —dijo él después de echar un vistazo detrás de ella.

Kim se volvió para encontrarse con un Thorpe que intentaba traspasar la cinta de escenas criminales y entrar en la conserjería. Ella se acercó a la puerta y levantó la mano.

—Lo siento, director Thorpe, pero no puedo dejarlo entrar.

La cara del hombre enrojeció como una fruta madura.

—No puede impedir que…

—Sí, sí que puedo —dijo ella. Se apartó y tomó un sorbo de café —. Explícaselo, Bryant.

Su compañero se acercó a la puerta crispando los labios.

—Señor, no podemos permitir que se siga contaminando la escena del crimen —dijo Bryant. Kim, entretanto, se apoyó en la pared y tomó otro sorbo de café—. Estamos siguiendo los protocolos necesarios para un doble asesinato y un intento de homicidio, y estoy seguro de que usted está tan interesado como nosotros en que descubramos al criminal lo antes posible.

—Desde luego, agente. Algunos padres han llamado y se están presentando para llevarse a sus hijos. Quiero que hable con ellos y les asegure que los niños están protegidos en este lugar.

Kim estuvo a punto de escupirle el café en la cara.

—Eso no va a suceder, me temo. Lamentablemente, la voz ya se ha corrido, y eso dificulta mucho el trabajo de todos; pero no prometeremos ninguna protección que no podamos garantizar. Ahora mismo, creo que la idea de cerrar este sitio y mandar los niños a casa podría ser una garantía razonable de seguridad.

—El consejo y yo hemos discutido esa posibilidad y, a la par, hemos explorado alternativas.

—Y han decidido contratar una compañía de seguridad —dijo ella, y largó la mirada detrás del hombro de Thorpe—. ¿Y estas personas están?, ejem…, ¿dónde, exactamente?

—No podemos responsabilizarlos por este suceso —argumentó él.

—Pero su presencia no evitó esto, precisamente, ¿o sí, director Thorpe?

—Están aquí para tranquilizar —dijo él—. Harán que todo el mundo se sienta mejor.

—¿Lo cree, de verdad —preguntó ella, recelosa—, o es algo que usted está usando para convencer a los temblorosos padres de que mantengan a sus hijos aquí mientras intenta preservar intacta la reputación del colegio? Si echa un vistazo al grupo de prensa acampado a las puertas, verá que esa nave ya ha zarpado, y por mucho.

El hombre se mordió el labio inferior antes de responder.

—Inspectora, es la reputación. Eso es lo que compran los clientes de esta institución y otros colegios independientes. Nuestros

estudiantes deben aprender a afrontar la adversidad, deben estar preparados para la vida después de Heathcrest.

Kim miró a Bryant para ver si a él también le llegaba el olor de semejante mierda.

Por la expresión de su compañero, sí.

Ella se acercó. Despreciaba que la reputación estuviera por delante.

—Estoy encantada de que estos sucesos estén siendo útiles para el colegio en nombre de la formación del carácter de los alumnos restantes, pero ¿me permite recordarle que hay un asesino en las instalaciones, director Thorpe, y que dos de sus pupilos están muertos? Le sugeriría que esto se convirtiera en una prioridad urgente. Además, el hecho de que algunos padres estén viniendo para llevarse a sus hijos restablece mi fe en el poder de su juicio. Ahora, por favor, déjenos trabajar.

El hombre los perforó con la vista. Sus dientes rechinaron y sus ojos se abrieron de par en par.

Ella no apartó la mirada. Cuatro segundos después, la espalda del director se alejaba furiosamente por el pasillo.

—¿Te sientes mejor, jefa? —preguntó Bryant.

—Oh, sí. Esto me estaba haciendo falta.

—Me da gusto comprobar que estás cumpliendo la orden de Woody, jefa.

—¿Cuál?

—Volverte un fastidio.

—Me gusta hacer lo que me mandan —dijo impasible.

Bryant escupió el café cuando el teléfono de Kim empezó a sonar.

—Keats —dijo ella al auricular.

El forense acababa de recibir los estudios toxicológicos de Sadie Winters y no se anduvo con rodeos para comunicárselos.

Ella escuchó en silencio cómo le explicaban, en términos sencillos, lo últimos descubrimientos.

—Localiza a Saffron Winters. Tengo que hablar con esa niña inmediatamente.

Capítulo 56

Impaciente, Kim golpeaba el escritorio con los dedos.

—Así que ¿de qué vamos a hablar, exactamente, con Saffie Winters? —preguntó Bryant.

En eso, un leve golpe sonó en la puerta.

—Estás a punto de averiguarlo —dijo ella antes de pedirle a Saffie que entrara.

La chica apareció junto a la puerta. Kim la invitó a seguir adelante y miró de reojo a Bryant.

Este interrogatorio era todo suyo.

—Siéntate, por favor, Saffie —dijo Kim con voz fría y uniforme. No reflejaba, en absoluto, lo que estaba sintiendo—. ¿Cómo estás? —le preguntó.

Saffron se encogió de hombros y asintió.

—Tan bien como cabría esperar, dadas las circunstancias.

—¿Sabes que hay otro niño muerto y que, hace menos de una hora, tuvimos un tercer incidente…?

—Pero esto no tiene nada que ver con Sadie, ¿o sí? —preguntó, y miró de uno a otro.

—No podemos descartar que los tres incidentes estén vinculados.

La niña tragó hondo, pero no dijo nada.

—Saffie, tengo que preguntarte si se te ocurre quién podría haber querido matar a tu hermana menor, o bien, cómo podría Sadie relacionarse con Shaun Coffee-Todd.

Kim no incluyó el nombre de Christian, pues estaba convencida de que el niño, si se había convertido en un blanco, fue solo por haber aparecido accidentalmente en las duchas durante el asesinato de Shaun.

La detective escogía las palabras con mucho cuidado. Tenía cosas que decir y preguntas más duras que formular, pero debía

recordar que no estaba tratando con un adulto hecho y derecho, aunque tampoco con una niña pequeña.

Esta chica de dieciséis años estaba en algún punto intermedio.

Saffie negó moviendo la cabeza con vehemencia.

—Nadie querría hacerle daño —dijo.

—Aun así, está muerta, Saffron —la presionó Kim—. Le molieron la cabeza a golpes y lo hicieron parecer un suicidio.

—No siga, por favor —dijo Saffie. El color empezaba a huir de su rostro.

—Ya admitiste que no erais demasiado cercanas, ¿no es así? —preguntó Kim.

Saffie asintió.

—Pero no nos contaste que ella estaba enojada contigo. ¿Por qué motivo el otro día irrumpió en tu cuarto y exigió hablar contigo?

La sorpresa inicial se convirtió en ira en cuanto Saffie sumó dos más dos y se dio cuenta de cómo había llegado Kim a enterarse de eso.

—Sí, hablé con Eric ayer, después de tu ensayo. He averiguado que terminasteis hace poco, pero él, definitivamente, recuerda que Sadie no estaba contenta contigo. ¿De qué se trataba?

—Lo siento, no lo recuerdo —dijo, y una mancha de calor apareció bajo su colgante en forma de corazón.

—No fue hace mucho —presionó Kim.

La barbilla de Saffie se levantó unos centímetros.

—De verdad, no me acuerdo. Quizás se sintió menospreciada o algo así. Ella podía ponerse furiosa sin motivo alguno, agente —dijo tras recuperar la compostura.

Kim sabía que la niña no revelaría los motivos del enfado de Sadie.

—Supongo que te hacía pasar vergüenzas, ¿o no?

El color retornó a la cara de la chica en forma de rubor, y, aunque ella negaba con la cabeza, la verdad extendía una fea mancha roja a lo largo de sus mejillas.

—De verdad, vosotras no podíais haber sido más diferentes. Seguramente deseaste muchas veces que desapareciera.

—Yo no le hice nada a Sadie —dijo horrorizada.

—No estoy diciendo que lo hubieras hecho, pero no la querías mucho, ¿o sí?

—Era mi hermana. La quería, pero no podía entenderla.

—Entonces, ¿por qué te has esforzado tanto en protegerla, Saffie? —preguntó Kim, y se reclinó en la silla.

—¿Cómo?

—Sacaste todas sus pertenencias de su dormitorio.

El color de su rostro se hizo más profundo.

—Tan solo pensé que…

—¿Qué pensaste? ¿Que no había ningún problema en manipular las pruebas? ¿Creías que estaba bien sacar de ahí cualquier cosa que, a tu parecer, fuera incriminatoria?

Saffron jugueteó con sus manos y bajó la mirada al suelo.

De repente, esta no era la niña segura y confiada con quien habían hablado el otro día. Una parte de Kim quería decirle a esta chica que todo estaría bien, pero otra parte era consciente de que había demasiados secretos en el espacio que las separaba.

—No puedo evitar preguntarme si habrás sido tú quien alteró la carta de suicidio de tu hermana, una carta que ni siquiera era de suicidio —dijo Kim.

Saffie movió la cabeza de un lado al otro, pero no alzó la mirada.

—Saffron, ¿hay alguna posibilidad de que Sadie estuviera relacionada con estos clubes secretos? ¿Alguna vez le pidieron que fuera un corazón o un diam…?

—No sea ridícula —dijo Saffie, levantando la cabeza—. ¿Por qué la habrían escogido?

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura? —la cuestionó Kim—. Pareces saber muy poco acerca de tu hermana.

—Puedo asegurarlo —dijo Saffie—. Conozco a todas las corazones y a todas las diamantes, y puedo asegurarle que…

—Vale, vale, te creo, pero hay algo más que debo preguntarte, Saffie. —Kim tomó aire—. El informe toxicológico detectó rastros de fluoxetina y clonazepam en la sangre de Sadie.

No hubo reacción, clara señal de que la chica no estaba sorprendida.

—¿Por qué te llevaste sus antidepresivos? —preguntó Kim con toda intención.

Saffron pareció abrir la boca para refutar esas palabras, pero, entonces, cambió de opinión. Se limitó a negar con la cabeza.

—¿Querías evitar el estigma de haber tenido una hermana con problemas? ¿Tan importante es tu imagen para ti? —preguntó Kim.

—No, no ha sido eso.

—¿Qué ha sido, entonces, Saffron?, ¿por qué lo hiciste?

—Porque me dijeron que lo hiciera.

—¿Quién?

—Mis padres —susurró.

Kim se sintió confundida.

—En realidad, no entiendo el problema, toda vez que a tu hermana le han prescrito…

Sus palabras se perdieron cuando Saffie la miró a los ojos por primera vez en unos cinco minutos.

Kim siguió las migajas que la chica había dejado caer.

—Los medicamentos no eran de Sadie, ¿verdad? —preguntó.

Saffron no alegó nada. Finalmente, Kim lo estaba entendiendo por completo:

Los Winters habían estado administrando medicamentos a su hija de trece años.

Capítulo 57

Dawson detuvo el coche en la que, hasta el momento, debía ser la casa más grandiosa.

Llamó a la puerta principal de la residencia de Harrison Forbes, el último nombre de su lista. Hacía once meses, ese nombre estaba en la matrícula, pero había desaparecido, sin más, al comenzar el período de primavera.

Dawson deambuló un poco antes de volver a llamar. Oyó el eco que resonaba en el vestíbulo.

Retrocedió y miró a su alrededor. No había coches aparcados en los alrededores de la propiedad. Todo estaba rodeado de un aire silencioso.

Fue a grandes zancadas hasta el garaje de tres plazas y trató de abrirlo.

Estaba cerrado con llave.

Volvió a la casa y llamó una vez más.

Ya no esperaba que nadie acudiera a abrir. Era evidente que no había nadie en casa, pero lo mejor era estar seguro antes de ponerse a espiar por las ventanas. No tenía ganas de asustar a nadie.

Se puso de puntillas y miró por la esquina inferior izquierda de la ventana de la cocina. A primera vista, todo lucía limpio y ordenado; hasta la segunda mirada. La cocina no estaba desordenada, sino vacía.

Fue a la siguiente ventana, que le reveló un salón espacioso y majestuoso… sin un solo mueble.

Maldita sea. Era evidente que la familia Forbes se había mudado, y Dawson no tenía otra dirección.

Se subió al coche para bajar por el camino de entrada. Se incorporó al tráfico de la carretera principal y dobló a la izquierda más adelante, sobre el camino de entrada del siguiente vecino

disponible.

Vaya cosa tener a tu vecino a medio kilómetro de casa, pensó. Sería una molestia, claro, si tan solo necesitaras una taza de azúcar.

Las luces estridentes y tres coches aparcados le dijeron que habría alguien con quien hablar.

La puerta se abrió incluso antes de que Dawson estacionara el coche. Por supuesto, una casa como esta tenía cámaras y un sistema de seguridad.

El hombre que se le acercó sujetaba un bullmastiff que lo baboseaba de manera perturbadora al otro lado de una correa corta y tirante.

—¿Puedo ayudarlo?

La cortesía de la pregunta no concordaba con el aspecto hambriento del perro.

El hombre vestía pantalones negros formales y camisa blanca. Dawson supuso que acababa de llegar del trabajo.

—Perdone la molestia —le dijo, hablando un poco al perro—. Vengo de la casa de los Forbes, su vecino de al lado, y…

—¿Quiere comprarla? —preguntó el hombre entre dudas, sin quitar el ojo al Renault Megane del sargento.

Uf, cómo detestaba a la gente prejuiciosa.

—No, soy agente de la policía y necesito hablar con la familia. ¿Tiene su nueva dirección?

El hombre negó con la cabeza mientras el perro se le acercaba de manera incómoda a los genitales. Tiró de él hasta ponerlo otra vez a un lado.

—No dejaron ninguna dirección. ¿Puedo saber cuál es su interés?

—Me temo que no. Es un asunto que solo puedo discutir con la familia.

—Lo siento, entonces, pero no puedo ayudarlo. No nos dijeron a dónde se han mudado. Nosotros solo le echamos un vistazo a la casa de vez en cuando.

—Por lo tanto, usted tiene su número, ¿no es así? —preguntó esperanzado.

El hombre negó con la cabeza.

—Hay un gestor y un abogado. Todo lo hacemos a través de ellos.

—Esto suena un poco misterioso —dijo Dawson en un intento de quitarle hierro al asunto.

El hombre no le dio una respuesta directa.

—No es de extrañar, después de lo que les ha ocurrido.

—¿Qué les ha ocurrido? —preguntó el sargento.

El rostro del vecino se cerró por completo.

—No me corresponde a mí decírselo, agente.

Demasiado tarde, Dawson se dio cuenta de que no había jugado bien esa carta. De haberlo pensado con claridad, habría usado el viejo truco de fingir que sabía todo para sacarle, al menos, un pequeño detalle. Atribuyó la metida de pata al hecho de que había sido un día largo y estaba cansado.

Se llevó la mano al bolsillo y el perro gruñó en esa dirección.

—Tranquilo, chico —dijo el hombre, y tiró de él otra vez.

—Es solo esto —dijo Dawson con una tarjeta en la mano—. ¿Podría hacerles llegar mis datos a través de su canal de comunicación? Solo dígales que me vendría muy bien hablar con ellos.

El hombre cogió la tarjeta y giró para volver a su casa.

—Por favor, dígales que esto tiene que ver con Heathcrest.

El hombre asintió y se alejó, murmurando algo mientras caminaba.

Dawson no podía asegurarlo, pero le pareció que sonaba algo así como «yo no me quedaría aguantando la respiración».

Se sentó de nuevo en el coche y se frotó la frente. De verdad, lo que tenía que hacer era llamar a su jefa y dirigirse a casa.

Cogió el móvil y abrió un buscador. Algo le había ocurrido a Harrison Forbes y tenía que averiguarlo.

Escribió el nombre del niño y no obtuvo nada. Había cientos de resultados del padre, quien poseía y alquilaba propiedades de alto valor en Londres, pero nada acerca del hijo. No había cuentas en Facebook, Twitter, Instagram ni Snapchat. Absolutamente nada, ni siquiera una sola noticia periodística que corroborara lo que el vecino le acababa de decir.

Y ¿a qué venía tanto secreto en torno a la mudanza de la familia?

¿A quién le tenían tanto miedo?

Capítulo 58

Kim había hecho todo lo posible por distraerse de los agrios pensamientos que rondaban su cabeza.

Eran pensamientos a la mitad que habían ido creciendo en su mente a lo largo del día; desde su conversación con Ted, la cual le parecía haber tenido lugar hacía una eternidad.

Hizo café, llevó a Barney a pasear, comió y luego se tumbó en el suelo entre unas cien piezas de la Norton Commando. Admiraba los componentes de la manera en que un chef contempla los ingredientes básicos. Aislados y diseminados, no parecían gran cosa, pero, al ponerlos todos juntos, el resultado era magia pura. Y ni siquiera eso podía distraerla.

Asesinar a un niño era un acto abominable en sí mismo, pero el hecho de que las muertes estuvieran ocurriendo en un lugar donde los estudiantes superaban a los adultos en una proporción de quince a uno no le dejaba otro remedio que considerar lo impensable. Aun así, nadie quería discutir con ella esa posibilidad. Nadie quería reconocer la validez de lo que Kim tenía en la cabeza:

Que los crímenes podían haber sido cometidos por otro niño.

¿Significaba eso que estaba lidiando con una persona malvada que no había crecido del todo? ¿Existían los niños malvados y eran capaces de algo así?

Muchos de los ejemplos que Ted le había ofrecido implicaban a chicos de familias desestructuradas o antecedentes complicados. Heathcrest era un lugar de salud, privilegio y logros.

Sí, suponía que la otra cara de esa moneda eran la ambición, la falta de escrúpulos y el poder, pero ¿dónde diablos se había equivocado Sadie Winters?

Nunca había sido ninguna amenaza para nadie.

Aun así, los adultos vinculados a Heathcrest parecían estar rodeados de cierta perfidia. Muchos de los empleados habían sido

alumnos atraídos de vuelta a las instalaciones. La mayoría de los padres habían estudiado en Heathcrest. Tanto los alumnos como los adultos estaban implicados en sociedades secretas que algunos trataban de abolir y que, a pesar de eso, sobrevivían vigorosas.

Suspiró. Los pensamientos iban persiguiéndose la cola por toda su mente. Ya no podía evitarlos. La idea que la había acompañado el día entero la impulsó a ponerse de pie.

A estas alturas, no tenía ni idea de quién había matado a Sadie y a Shaun ni por qué motivo, pero necesitaba entender mejor la maldad y todas sus facetas.

Necesitaba a alguien que no estuviera predispuesto a rehuir una conversación difícil.

Para eso, había un solo lugar a donde ir.

Capítulo 59

Kim se bajó de la Ninja y se quitó el casco.

La entrada de la cárcel Drake Hall había cambiado muy poco desde su última visita. Seguía siendo una puerta de metal gris pegada a una alta reja, diseñada para contener a las prisioneras. Pero Kim sabía que el mal se las arreglaba para filtrarse entre las hendiduras.

A la atenta llamada que había hecho antes de salir de casa, a su solicitud tan poco ortodoxa, le habían respondido con cooperación. Una visita no programada, fuera de los horarios normales y sin permiso de la interna había consumido todos los favores que le debían en esa cárcel. Solo le quedaba esperar que mereciera la pena.

El alcaide Edwards la saludó en la puerta con la mano extendida.

—Inspectora detective Stone, me da gusto volver a verla —dijo con calidez.

Ella le estrechó la mano.

Este hombre había tenido la cortesía de creer en sus acusaciones contra Alexandra Thorne cuando nadie más lo había hecho. Los alegatos de Kim acerca de que los poderes de Alex superaban los confines de los muros y el alambre de púas sonaban fantasiosos, incluso para los oídos de la propia detective. Para ella, que esta mujer fuera capaz de urdir un asesinato y llevarlo a cabo sin mancharse las manos no era ninguna sorpresa. El alcaide Edwards la había escuchado. Se habían salvado vidas.

Ya en dos oportunidades, el camino de Kim se había cruzado con el de la psiquiatra sociópata. En ambas oportunidades, la mujer había tratado de penetrar la psique de la detective hasta doblegarla. Y había fracasado.

Hasta ahora. Verla una vez más era un riesgo que Kim tenía que

correr, porque nadie conocía el mal mejor que Alexandra Thorne.

—¿Hizo le que le pedí? —dijo mientras iban juntos a la recepción a que le entregaran un pase.

Él asintió.

—Está en la sala de visitas, pero no sabe que es usted quien viene.

Kim quería tener de su lado el elemento sorpresa. Habría sido una temeridad darle a Alex tiempo para planear la conversación.

—¿Y cómo ha estado? —preguntó Kim.

En ese momento, la agente Katie Parkes apareció tras el escritorio de la recepción.

—Inspectora Stone —la saludó esta cordialmente—. Qué gusto verla de nuevo.

Sí, el alcaide había mantenido su visita en secreto, incluso para el personal.

—La agente Parkes la pondrá al corriente —dijo él, y consultó su reloj—. De verdad, tengo que marcharme.

—Muchas gracias —dijo Kim, comprensiva.

Cuando Parkes salió de detrás del escritorio, la detective notó que había perdido algunos kilos. Su uniforme ya no se tensaba en los lugares inadecuados. El pelo recogido y bien peinado revelaba una piel clara y ojos frescos.

—Qué buen aspecto tiene —le dijo.

Katie Parkes había sido víctima de las manipulaciones de Alex, lo que le había causado problemas. La psiquiatra había aprovechado el embarazo reciente de la vigilante para granjearse su simpatía y su móvil. Cansada y sensible por el reto de ser una madre primeriza y soltera, Parkes no había tenido la menor oportunidad; se había visto acorralada y chantajeada al tratar de ser compasiva y servicial. Uno de los típicos rasgos de Alexandra Thorne consistía en volver contra alguien su propia bondad.

—He estado muy bien, gracias —dijo alegre mientras guiaba a la detective por la bien conocida ruta.

—¿Y cómo se ha comportado nuestra prisionera?

Parkes movió la cabeza de un lado al otro.

—Ya conoce a Alex. Siempre está tratando de sacar de quicio a alguien. Ahora tiene su propio grupo de secuaces. Las dirige una chica que se llama Emma Mitchell, quien está pendiente de cada

palabra que dice.

—¿Hay algo en particular que…?

Kim se detuvo a media pregunta. Llevaba menos de diez minutos en la prisión y ya estaba inmersa en el mundo de Alex. Temía por la seguridad de todo el que entrara en contacto con ella.

—La vigilamos de cerca —dijo Parkes con conocimiento de causa.

La detective deseaba sentirse tranquila. No tenía ninguna duda de la diligencia del personal, pero conocía a Alex. Y, por mucho que quisiera saber que la psiquiatra estaba bajo vigilancia permanente, había otros que necesitaban más su atención.

De ahí el motivo de la visita.

Kim sintió que sus pulsaciones se aceleraban mientras se acercaba a la entrada de la sala de visitas. Cuando oyó la voz conocida de Alex, estuvo a punto de tambalearse.

—Agente Parkes, ¿eres tú? ¿Traes mi sorpr…?

Al ver a Kim, Alex interrumpió lo que estaba diciendo.

En un nanosegundo, su molestia se convirtió en confusión, seguida de una lenta sonrisa de placer que iba extendiéndose por todo su rostro.

—Mitchell, fuera —dijo Parkes a la chica que estaba sentada sobre la mesa, a un lado de Alex.

—Que te follen, Parkes —dijo esta. Miró a Alex en busca de orientación.

La psiquiatra ni la miró, siquiera.

—Largo, Emma —dijo.

La chica esperó un par de segundos, como si no hubiera escuchado bien, pero la mirada de Alex no vacilaba en lo más mínimo mientras evaluaba a Kim.

Emma resopló y dedicó a la detective una mirada asesina.

Kim se preguntó si esta era la primera vez que la chica se sentía desairada por su ídolo. Estaba segura de que no sería la última.

—Kim, me alegro de verte —dijo Alex amablemente, como si se hubieran visto en el café una semana antes.

La mujer tenía el mismo aspecto, exactamente, que la última vez que se habían visto. Su pelo rubio estaba recogido en una suelta cola de caballo y dejaba al descubierto un rostro despampanante, incluso sin los costosos cosméticos. Los ojos, de un azul glacial,

estaban fijos en Kim, quien sonreía mientras se sentaba a la mesa.

—Esos diez años adicionales te sientan bien, Alex —dijo Kim. Habían pasado casi dos años desde la condena original, y, con el tiempo añadido, era poco probable que la mujer quedara en libertad antes de su cumpleaños número cincuenta—. Y ese es el precio que tendrás que pagar por tratar de suprimir a las personas que podrían interponerse en tu apelación.

Con el tiempo, Kim había aprendido que, con Alex, la mejor forma de defensa era el ataque.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Alex, menospreciando la puya—. Podría mandarte siempre una invitación semanal…

—No hace falta —dijo Kim—. Esta visita es única, te lo aseguro. —Enarcó las cejas—. No habrá preguntas, juegos ni intentos de manipulación.

—¿Así que, básicamente, en esta reunión no habrá nada divertido para mí? —preguntó Alex, e inclinó la cabeza.

—Nada en absoluto —confirmó Kim. La incomodaba un poco la facilidad con que las dos se habían puesto en posiciones de combate, así como la familiaridad que las rodeaba.

Ya sabía que debía ser cautelosa. Esta mujer podía leerla mejor que nadie. Incluso el más mínimo desvío del libreto, cualquier emoción, se convertiría en municiones para ella. Una vez, Alex la había empujado hasta el límite de la cordura y la había dejado colgando del borde. Kim tenía que asegurarse de no darle otra oportunidad.

—Así que ¿qué te ha traído por aquí, inspectora detective Stone? —dijo Alex, entrelazando los dedos.

—Quiero saber más acerca de los rasgos del mal —admitió—, especialmente cuando se trata de niños.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Alex.

—Vaya. Parece, entonces, que has venido al lugar adecuado.

Capítulo 60

Alex respiró hondo.

—¿Quieres la versión oficial o la mía?

—La versión oficial —respondió Kim.

—No hay, desde el punto de vista clínico, algo así como un niño malo o un niño sociópata. Se considera que un niño no es una persona lo suficiente madura como para ser etiquetado. Los especialistas estarían dispuestos a admitir que ha habido un comportamiento sociopático, pero nada más. Lo más probable es que al niño se le diagnostique un trastorno de conducta que podría ser precursor de una sociopatía.

—¿Trastorno de conducta? —preguntó Kim.

—Empieza con la adolescencia; sobre todo, en los varones. Son típicamente egoístas y, a menudo, agresivos; no se relacionan bien con los demás y carecen de sentido de culpa. Son, probablemente, matones, crueles con los animales, engañosos e infractores.

—Encantadores —dijo Kim.

—Pero a ningún niño se le diagnosticará un trastorno de conducta si antes no se le ha diagnosticado un trastorno negativista desafiante, que es el precursor.

Kim frunció el ceño ante la visión de una muñeca rusa.

—Para. ¿Me estás diciendo, entonces, que hay una progresión mientras el niño se va formando? ¿Tienen que cumplirse todos esos criterios? ¿El trastorno negativista desafiante conduce a un trastorno de conducta que conduce a un trastorno antisocial de la personalidad?

Alex asintió.

—Para que un niño sea diagnosticado con trastorno antisocial de la personalidad, se necesita que haya un diagnóstico de trastorno de la conducta antes de los quince años.

—¿Hay tratamiento? —preguntó Kim esperanzada.

Alex puso los ojos en blanco.

—No hay cura ni medicamentos, Kim, y lo sabes. Los enfoques conductuales no funcionan, dado que ponen el blanco en actos específicos y minimizan el panorama general.

»Los criterios de diagnóstico son muy complicados. En los últimos doce meses, por lo menos, el niño tiene que haber experimentado ciertos rasgos, tres o más: intimidación, pendencia, uso de armas, crueldad física, atraco, robo a mano armada, actividad sexual forzada…».

—Madre mía —interrumpió Kim.

—Hay otros: encender fuegos, destruir propiedades, mentir para obtener algo, robar en tiendas, quedarse fuera, huir, hacer novillos. Y uno de estos tiene que haber ocurrido en los últimos seis meses.

—Me suena como si se estuvieran pasando la pelota —observó Kim—. Todo el mundo empujando el problema en otra dirección, con tal de no hacer juicios peliagudos.

Una lenta y perezosa sonrisa se dibujó por todo el rostro de Alex.

—Inspectora, por una vez, estamos de acuerdo.

—Disfrútalo, Alex. Es poco probable que vuelva a suceder —dijo Kim—. Vale, háblame de las causas.

Si las entendiera, quizás podría empezar a reducir la lista de sospechosos.

—Las alteraciones son más frecuentes en hijos de adultos que alguna vez manifestaron problemas. Puede tratarse de insuficiencias en el procesamiento de la información social, o bien, mientras son pequeños, de rechazos por parte de los compañeros. El ochenta por ciento de los niños lo superan al llegar a la edad adulta.

Kim se sintió aliviada. Había venido en busca de un número y este parecía bueno.

—Eso es razonable…

—Es una gilipollez —dijo Alex, cortante—. Ese número, tan imposiblemente alto, no tiene en cuenta un recuento que nadie ha podido calcular.

—¿Cuál?

—El de quienes han aprendido a ocultarlo.

—¿Como tú? —preguntó Kim.

Alex sonrió, aunque sin calidez.

—Sí, Kim, como en mi caso, exactamente.

—Así que ¿qué me estás diciendo? —preguntó Kim, que ya no estaba segura de querer oír la respuesta. Sospechaba que ahora se adentraban en la versión que Alex tendría de la verdad.

—Me refiero, Kim, a que la varicela no se convierte en sarampión hasta que cumples dieciocho años. La persona que soy ahora es quien siempre he sido desde que tengo consciencia. Jamás he amado nada en mi vida. Nunca, ni por un segundo, he sentido culpa por mis actos; solo decepción cuando salen mal. No me importa nada ni nadie. No tengo vínculos con nadie. Cada persona que conozco existe solo para darme lo que quiero.

La intensidad en la expresión de Alex cautivó a Kim. No podía apartar la vista de la sinceridad que percibía.

—Ahora, lo que quiero que sepas es que esto no empezó el día que cumplí dieciocho años, cuando ya podían diagnosticarme como sociópata, psicópata o como quieran llamarme. Siempre he sido así. Incluso cuando era una linda pequeñita que estaba aprendiendo a caminar o una dulce niña que empezaba en la guardería y que, con un precioso vestido, abría sus regalos el día de su quinto cumpleaños. Siempre he sido una sociópata, solo que nadie tuvo el valor de etiquetarme así.

—¿Y eso habría cambiado algo? —preguntó Kim, que combatía la intriga que todo esto la hacía sentir.

—Para mí, no —dijo con franqueza—. Soy quien soy, y una etiqueta no me habría hecho actuar de otra manera; sin embargo, pudo haber convencido a mis padres de que lo último que necesitaba eran más abrazos, amor y comprensión. Eso solo se convirtió en más pertrechos para la caja de herramientas de mis manipulaciones.

Kim agradecía la franqueza de esta mujer, con todo y lo incómoda que la hacía sentir. Nunca había visto esta faceta de Alex. De repente, los ojos de la mujer se fijaron en un punto sobre la cabeza de la detective.

—El autoconocimiento es maravilloso —dijo Alex con cansancio, mientras viajaba a algún lugar a donde Kim no podía seguirla. Tragó saliva—. Pero no te sirve de nada cuando tus padres miran a tu hermana con una adoración sin complicaciones, mientras que a ti te ven con desconfianza y suspicacia. ¿Tienes alguna idea de lo que

eso te hace cuando eres niña? —preguntó con la voz un poco tomada.

Kim negó con la cabeza. Su propia madre la había odiado en la misma medida que a su hermano. Pero al diablo lo veía solo en Mikey.

—La dulce y bella Sarah lo tenía todo —continuó Alex, y una lágrima se formó en sus ojos enrojecidos.

Kim enarcó una ceja, dubitativa, pero Alex ya no estaba hablando con ella.

—Yo ya sabía, desde que Sarah nació, que ella sería la favorita. Podía verlo en los ojos de mis padres. Era cálida, dulce y amorosa; todo lo que yo no era.

Se limpió la lágrima y, al momento, se formó otra.

—Desde ese momento, a mí me excluyeron de todo. Mis padres tenían a su pequeña perfecta, la que habían soñado; en tanto que a la imperfecta, a la malograda, la expulsaron e ignoraron después de haberla clasificado como rara, como anormal. Quizás, si ellos hubieran intentado un poco…

Sus palabras se perdieron. Se quedó mirando la mesa.

—¿Eso habría cambiado algo? —preguntó Kim.

Alex levantó la cabeza. Sus ojos parecían divertidos, carentes de cualquier emoción.

—Por supuesto que no, pero date cuenta de cuán rápidamente estuviste dispuesta a creer que sí. —Alex parecía frustrada, como si su alumna Kim no estuviera prestándole atención—. Con todo lo que sabes de mí, con todo lo que he hecho, tus endebles emociones la pifian e intervienen en tu mente lógica. Yo no me equivoco así. Tú quieres creer que dentro de mí hay una parte a la que se puede llegar. Incluso tú, tan poco emotiva y tan remota como eres, tienes esa explotable debilidad llamada esperanza.

Kim movió la cabeza de un lado al otro.

—Eres increíble.

Alex sonrió como si eso hubiera sido un halago.

—Desde pequeña aprendí que, si miraba cierto punto durante el tiempo suficiente, sin parpadear, mis ojos empezarían a humedecerse.

Kim se sentía frustrada por haberse empeñado en creer que había un gramo de humanidad o arrepentimiento en esta mujer.

—El problema es que quieres creer que hay una parte de mí, por minúscula que sea, que ansía la normalidad. Nunca quise tener vínculos familiares, nunca quise pertenecer a una familia. Tú la tuviste, y mira todo el bien que eso te ha hecho —dijo sin miramientos—. Llevas a cuestas culpas y dolores que han condicionado cada decisión que…

—Alex —la advirtió Kim.

La psiquiatra puso mala cara.

—Dios, era en serio cuando dijiste que no habría nada para mí en esta reunión, ¿verdad?

Kim enarcó una ceja.

—Vale, ¿pero lo has pillado? Tienes que dejar de creer que todo el mundo puede salvarse. Eso es lo que, a la gente como yo, nos da más poder para manipularte.

—Entonces, ¿qué debo buscar? —preguntó Kim.

—Un niño desacoplado, apartado de las relaciones con sus padres, familia, compañeros, profesores. Pudo haberse aislado por decisión propia. Un chico poco apegado e impermeable a los castigos.

Kim ya estaba pensando en la gente a la que había conocido en los últimos días.

—Pero no se te olvide que, si ya se ha reconciliado con quien es y con lo que es, algunos de esos rasgos podrían permanecer ocultos.

Kim abrió la boca para contestar, pero su teléfono vibró. Acababa de llegarle un mensaje.

Sacó el teléfono y lo leyó.

Volvió a guardarlo y se topó con la mirada inquisitiva de Alex.

—¿Alguien especial? —preguntó la psiquiatra.

—Nadie que conozcas —dijo Kim, y se apartó de la mesa—. Y ahora me doy cuenta de que ya no te soporto. Sigues siendo tan deplorable como pensaba.

—Pero ahora entenderás, también, que no es mi culpa.

Antes de contestar, Kim se quedó pensando por un instante.

—Lo que seas no te libra del marrón, Alex. Estás aquí por lo que has hecho. Tal como me acabas de explicar, todas han sido elecciones conscientes. Han sido acciones tuyas. Entiendes la diferencia entre el bien y el mal y, de todos modos, haces lo que haces. Así que la culpa es toda tuya, Alex —dijo, y se alejó.

—No estás lista, y lo sabes —le gritó Alex desde atrás.

Kim se volvió y le preguntó:

—¿Para qué?

—Para quienquiera que te haya enviado ese mensaje. He visto tu sonrisa, una que ni siquiera has sentido que se estaba formando. No sé quién será, pero puedo decirte que no estás preparada, ni mucho menos.

—Vete a la mierda, Alex —dijo Kim, sin molestarse siquiera en explicarle que ese mensaje de texto no era nada de eso.

Era una petición para reunirse en el Waggon and Horses. Alguien compartiría con ella una información urgente.

Y procedía de Joanna Wade.

Capítulo 61

Kim giró en Cradley Heath High Street y se dirigió al Waggon and Horses.

Le daría a Joanna cinco minutos antes de volver a casa. Alex ya la había dejado con un montón de cosas en qué pensar.

Llegó a sus oídos el sonido de una sirena. Comprobó el espejo retrovisor, pero no vio las luces. Pasó los semáforos en el cruce de cuatro avenidas, hacia Reddal Hill. A pesar de la oscuridad, pudo ver un grupo de gente en medio de la calle y a una mujer que le hacía señas para que se detuviera. Estaban justo delante del pub a donde se dirigía.

Detuvo la moto con un rechinido y bajó la pata de cabra para estacionarla. En un segundo, ya había desmontado y se había quitado el casco.

—Policía, ¿qué ha ocurrido? —clamó mientras se abría camino entre la multitud.

—Un accidente —dijo alguien.

—Atropello y fuga —dijo otra voz.

—Déjenme pasar —gritó Kim. La sirena de la ambulancia sonaba cada vez más cerca. El pavor en el vientre saltó hasta su garganta en cuanto llegó al centro del círculo y sus peores miedos se hicieron realidad.

La persona que yacía en el suelo era Joanna Wade.

—Apártense —gritó Kim. Se agachó y empezó a examinar a Joanna, quien yacía boca arriba.

Su pierna estaba doblada en un ángulo imposible, por lo que Kim sospechó que tendría dos fracturas, al menos. El brazo izquierdo daba la impresión de estar dislocado. También tenía un par de dedos rotos.

La preocupación inmediata de Kim fue que Joanna estaba demasiado callada.

«No, no, no», gritaba su mente.

Ninguna de las heridas que alcanzaba a ver ponían en peligro la vida de la profesora, pero tenían que ser atrozmente dolorosas. Joanna debería estar pegando gritos.

—Joanna —le dijo con suavidad, tocándole el brazo intacto. Trataba de evitar que la voz se le llenara de emociones.

Los ojos parpadearon hasta abrirse. De la boca no salió más que un suspiro.

—Has venido.

Y fue entonces cuando Kim notó lo que no había visto. Bajo la cabeza de Joanna, como una mancha de aceite, se estaba formando un charco con la sangre que brotaba de la oreja.

La mujer no gritaba de dolor porque ya lo había trascendido.

Kim cogió la mano de Joanna entre las suyas. Trataba de tragarse las emociones, de contenerlas en la garganta.

—Por supuesto que he venido —le dijo, y, afectuosamente, se puso a frotarle la muñeca con el pulgar.

Sus ojos se encontraron y Kim oró porque Joanna no pudiera ver la verdad.

La mujer se humedeció los labios antes de volver a hablar.

—Kim, mira en…

Las palabras fueron perdiéndose. La cabeza de Joanna se inclinó hacia un lado, con los ojos dirigidos hacia una multitud que ya no podían mirar.

Kim dejó que los paramédicos la separaran de la mujer y que la apartaran de ahí.

No podía hacer nada más.

Joanna Wade estaba muerta.

Capítulo 62

Kim respiró hondo antes de empezar a hablar.

—Vale, ya todos sabéis que a Joanna la mataron anoche en un accidente de atropello y fuga.

En la sala, todos asintieron silenciosamente con solemnes movimientos de cabeza.

—Pero lo que no sabéis es que, probablemente, estaba en la calle porque esperaba a alguien. Y ese alguien era yo. —Sintió la sorpresa de todos, que se miraron unos a otros—. Minutos antes me había mandado un mensaje. Tenía algo que decirme, pero llegué demasiado tarde.

No le pareció importante explicarles dónde estaba cuando recibió el mensaje. Sabiendo el efecto que Alex tenía sobre Kim, al resto del equipo no le haría ninguna gracia saber que había ido a visitarla.

—¿Todavía estaba viva cuando llegaste, jefa? —preguntó Bryant.

—Apenas —dijo ella, y apartó la imagen de su mente. Todavía tenía en la palma la sensación de la piel tibia de Joanna.

—¿Alcanzó a…?

—No —dijo Kim—. Los de tráfico siguen investigando. Esto ha sido clasificado como un ataque aleatorio con fuga.

—Seguramente, tendrían que darse cuenta de que está relacionado con nuestra investigación, ¿no es así? —preguntó Dawson.

—No podrán darse cuenta de nada hasta completar su propia investigación —replicó ella—. Entretanto, Stace, quiero que revises todas las cámaras de circuito cerrado del área, por si los de tráfico no alcanzaran a verlo a nuestra manera.

Stacey hizo una anotación.

Kim apartó de su mente el rostro de Joanna. En ese momento, la

única forma de ayudarla era encontrar al hijo de puta que lo había hecho. Para otra ocasión dejaría la tarea de lidiar con la culpa de que la profesora hubiera estado en la calle.

—Vale, actualizaciones de lo de ayer. Hemos averiguado que la muerte de Shaun Coffee-Todd no ha sido accidental, solo que aún no hemos descubierto el motivo. Aunque tenemos técnicos forenses en el sitio, no han encontrado nada, hasta el momento.

»Esta mañana, lo primero ha sido llamar para preguntar por Christian Fellows. Está consciente y estable, pero no se acuerda de nada, no ha visto quién lo ha atacado. Tampoco quiere hablar con nosotros. Por ahora, sus padres no están dispuestos a obligarlo».

—¿No ha visto nada? —preguntó Bryant, incrédulo—. ¿No reconoció la voz?

Kim negó con la cabeza.

—No, por lo visto, y es demasiado pronto para presionarlo. Supongo que el niño está aterrado. Veamos cómo sigue. Puede ser que, más tarde, nos planteemos intentar hablar con él.

»También averiguamos que a Sadie le estaban dando los antidepresivos de su madre. Fue Saffie quien los sacó del dormitorio».

—¿Las pastillas de su propia madre? —preguntó Stacey.

Kim asintió. Ya era bastante malo que le estuvieran administrando medicamentos a una niña de trece años, pero ni siquiera era un médico.

—Más tarde la interrogaremos al respecto —dijo, y se volvió al sargento detective.

—¿Kev?

—Ayer encontré un montón de mierda relacionada con el colegio, solo que no estoy seguro de que pueda conectarse con la muerte de Sadie —dijo con franqueza.

—Cuéntanos, de todos modos —le dijo Kim. Apenas pasaban de las siete de la mañana y era demasiado temprano para ir a golpear puertas—. Sabemos que Shaun era miembro de las picas, así que nos interesa saber qué has averiguado.

—Al menos en los últimos años, ha habido muchos incidentes. El colegio ha hecho grandes esfuerzos por mantenerlos en secreto, y muchos parecen tener alguna clase de relación con estos malditos clubes secretos —dijo. Esperaba un comentario punzante de parte

de Stacey, pero no lo hubo.

»Así que conseguí los nombres de tres niños que habían abandonado el colegio a medio curso. Sin fanfarrias, sin dramatismo, sin escándalos. Habían desaparecido, simplemente. A la primera la sacó su madre después de que la ceremonia de iniciación terminara con ella en el hospital, luchando por su vida. La niña había sido obligada a dar saltos con las extremidades abiertas, hasta que se desmayó por un ataque de asma».

Kim frunció el ceño.

—Para serte franca, Kev…

—Lo sé, lo sé —dijo él cortante—. Pudo no haber sido más que una travesura que salió mal.

Sí, eso era, exactamente, lo que ella estaba pensando.

—En ese tren de ideas estaba yo hasta que visité al segundo chico: un mozo de dieciséis años que vive con su abuela. Solo que vivir no es la palabra que yo usaría para referirme a Tristan Rock.

»La carta más alta lo había desafiado a tomar dieciséis litros de agua en una hora. El chico grabó todo en vídeo con su móvil. Prácticamente bebió hasta morir».

—¿Está muerto? —preguntó Stacey.

—Podría estarlo —dijo—. Según esto, si bebes mucha agua en un período breve, tus riñones no son capaces de eliminarla con suficiente rapidez y la sangre se encharca. Las células se expanden y, bueno… No es agradable. Tristan tiene muerte cerebral total. Está vivo gracias a las máquinas, mientras su abuela reza por un milagro.

—Madre santa —dijo Bryant—, ¿y sus padres?

—Aceptaron un convenio y una orden de sigilo. Nadia ha sido castigado.

—Continúa, Kev —dijo Kim.

—Al parecer, la cultura en Heathcrest es la total falta de rendición de cuentas. A nadie le han puesto una orden de aprehensión por lo que os estoy contando, a nadie le han presentado acusaciones, siquiera. Ese colegio le tiene mucho más miedo a los escándalos que a cualquier otra cosa. Y eso que aún no he sabido nada de la tercera familia.

—¿Por qué no? —preguntó Stacey.

—Se mudaron a los pocos meses de que el chico se fuera del

colegio. No hay dirección para el reenvío de la correspondencia. Los vecinos solo pueden comunicarse con ellos a través de un tercero. El hombre de al lado, un tío con un perro que provoca terror, me habló de un incidente, pero no quiso darme detalles.

Kim frunció el ceño. Todos esos parecían actos de una familia atemorizada.

—Sigue en eso, Kev —le ordenó—. ¿Stace?

—Vale. Ayer dediqué mucho tiempo a los asuntos financieros de la gente. Algo que puedo decir es que no todos los padres pagan exactamente lo mismo por educar a sus hijos en Heathcrest.

—Yo creía que se pagaba una tarifa anual fija —dijo Kim.

—Eso creería uno, ¿o no? —dijo Stacey—. Algunas familias dan tan poco como veintiséis mil libras al año, mientras que otras pagan hasta treinta y nueve mil. La mayoría paga alrededor de treinta y cuatro.

La única esperanza de Kim era que esas cantidades tan vastas estuvieran produciendo médicos, cirujanos, físicos, economistas y líderes de la paz. Ganadores del premio Nobel. Gente que tendría la oportunidad de hacer algo bueno. Sin embargo, los descubrimientos de Dawson les estaban dando una buena y rápida patada a esas ideas.

—Momento —dijo cuando su teléfono empezó a sonar—. Keats —contestó después de haber leído el nombre en la pantalla.

—¿Debo esperar tu presencia, esta mañana, en la autopsia de Joanna Wade? —preguntó.

—No es mi caso —le dijo. No quiso confesar que tenía muy pocas ganas de ver cómo violentaban el cadáver de Joanna, por más sensible que fuera Keats—. Tránsito lo ha clasificado como atropello y fuga.

El Departamento de Tránsito, con base en Chelmsley Wood y Wednesbury, era el responsable de todas las vías terrestres, sin contar las autopistas. Con el apoyo de la Unidad de Investigación de Choques, se encargaba de todos los accidentes que terminaban con víctimas mortales o lesiones peligrosas para la vida.

—Caramba, ¿no es una profesora del colegio donde estás investigando la muerte de dos niños? —preguntó mordaz.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sabes que sí, pero no es mi caso, y estoy bajo órdenes

estrictas, muy estrictas, de comportarme…

—Te sugiero, entonces, que vengas a tomar café —dijo él, cortante, y colgó.

Keats invitándola a una visita social.

¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Capítulo 63

—Vale, Keats, ¿dónde está el café? —preguntó mientras entraba en la morgue.

Miró por encima el volumen que yacía sobre la mesa de metal y supuso que se trataba de Joanna Wade. La imagen del último aliento abandonando el cuerpo de la profesora ya era bastante mala. No necesitaba reemplazarla con la imagen de su piel desnuda, fría y desgarrada.

—No hay café —contestó él—, pero hay esto —dijo, y le dio un pedazo de papel.

—¿Qué es? —preguntó ella antes de echarle un vistazo.

—Lo que Joanna Wade traía en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Aun así, Kim no lo abrió.

—Pero los de tráfico querrán cualquier indicio…

—Es una copia —dijo él—. El original ya está en una bolsa de pruebas, listo para la posible mmm… llegada de estas personas.

Por muchas ganas que ella tuviera de desdoblar de inmediato la hoja de papel, era consciente de que estaba a punto de contaminar pruebas que la Unidad de Investigación de Choques debía pasar a los investigadores forenses.

Señaló la mesa con la barbilla.

—¿Ya la has hecho? —preguntó.

Él le siguió la mirada.

—Ese no es Joanna Wade —respondió.

Kim no habría podido explicar la oleada de alivio que recorrió su cuerpo.

—Este es un caso urgente de Hollytree. Apuñalamiento. Algo posiblemente vinculado con las bandas.

La detective entendía que este caso tuviera prioridad: un asesinato por encima de un accidente de tráfico. Si el de Joanna

fuera asunto suyo, ya podría haberlo calificado como asesinato, y, en este preciso momento, estaría discutiendo con Keats las prioridades.

Bryant miró el pedazo de papel que su jefa tenía en la mano.

—¿Vas a leerlo? —le preguntó.

Ella fue a un lado de la habitación, junto al escritorio de Keats, y lo abrió.

El papel contenía una tenue escritura a lápiz. Las palabras parecían provisionales. Algunas de ellas estaban tachadas y sobrescritas en la mitad superior de la hoja. Kim frunció el ceño al reconocer la escritura de Sadie. Era el poema que Joanna había mencionado, el que la tenía preocupada.

Entrecerró los ojos y trató de leer.

Acerca de la vida

Bruta vida

Obtusa vida

Rugosa vida

Triste vida

Áspera vida

Devastada vida

Ominosa vida

Vida

Vida

Vida

Vida

—No lo entiendo —dijo Kim, y apartó la mirada del papel.

Bryant tomó el papel de su mano.

—¿Qué?, ¿el poema? —preguntó.

—Esto. Y por qué inquietaba a Joanna. Parecen ser más desahogos emocionales de Sadie.

—¿Por qué repite tanto la palabra vida?

Kim se encogió de hombros. Sus ojos se posaron en el escritorio.

—Keats, ¿qué es esto? —preguntó.

—El teléfono de Joanna Wades. También lo encontré en el

bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿No lo has embolsado? —preguntó suspicaz.

—Estoy en ello, Stone —espetó.

—Maldita sea, Keats, te has vuelto un poco laxo con la edad, ¿eh?

—Hay niños muriendo, Stone —dijo furioso—, y tengo que abrirlos para descubrir cosas. —Echó un vistazo al escritorio y, más directamente, al móvil; después, a ella—. Y ahora iré a por el café.

Cuando las puertas se cerraron detrás del forense, Kim se quedó mirando a Bryant.

—¿No vas a tocarlo? —preguntó él después de leerle el pensamiento.

Hubo apenas un segundo de vacilación antes de que ella cogiera un par de guantes azules de látex.

—Bryant, ambos sabemos que los de tráfico no van a relacionar estas cosas. Hasta Keats lo sabe —dijo ella, consciente de que esto era, precisamente, lo que su compañero había estado esperando que hiciera.

Él suspiró.

—No puedes alterar…

—Si esto te preocupa, ve a ayudar a Keats con el café —dijo ella, y cogió el teléfono. Una única grieta atravesaba la pantalla diagonalmente, de esquina a esquina. Kim presionó el botón de inicio y se encontró con la ventana de la contraseña.

—Maldita sea —exclamó. Dejó el móvil de Joanna y cogió el suyo.

Stacey le cogió la llamada al segundo timbrazo.

—Oye, Stace, hablando hipotéticamente, ¿si yo quisiera saltarme la pantalla de la contraseña en un *smartphone* que, en realidad, no tengo en mi poder?, ¿cómo debería hacerlo?

Stacey vaciló y empezó a dictarle las instrucciones.

—Aguarda, Stace, déjame ponerte en altavoz para hacerlo mientras hablas. Hipotéticamente, claro está.

Stacey empezó desde el principio y habló lentamente.

Cuatro instrucciones más tarde, la pantalla cobró vida.

—Stace, esto ha sido preocupantemente fácil —observó Kim.

—Solo si sabes lo que estás haciendo —dijo Stacey—. Hipotéticamente, por supuesto.

Kim sonrió y colgó.
—Me alegro de verla —comentó Bryant.
—¿Qué?
—Esa sonrisa tuya. La primera del día.
—Sí, ha sido el viento —dijo ella.
—Ajá. Ha sido porque estás haciendo algo indebido.
Era verdad, Kim tenía que admitirlo.
No le sorprendió ver que el fondo de pantalla de Joanna fuera una mujer hermosa en bañador. Entró directamente al buscador, el cual, evidentemente, Joanna no depuraba con frecuencia.
—Estaba en Tinder —observó Kim.
—¿Quién no? —preguntó Bryant.
—Yo —dijo ella.
—Yo tampoco —agregó él.
Kim siguió hablando y desplazando la pantalla.
—Torneos de dardos, Airbnb en Fife, cómo cocinar un Wellington a la perfección y… —Cerró la boca.
Se volvió a Keats, quien venía entrando a la habitación con tres tazas.
—Keats, ¿es posible que Joanna estuviera embarazada? —preguntó, por improbable que fuera.
El forense frunció el ceño.
—No podría asegurarlo, pero en mi examen inicial no parecía haber ningún indicio. No había abultamientos notables en el vientre.
Kim negó con la cabeza.
—Ella no, entonces —dijo. Le tendió el móvil a Bryant y abrió los ojos de par en par—. Buscó siete diferentes lugares de interrupción ilegal del embarazo. Pero ¿por qué…?
La detective se puso a mover la cabeza de un lado al otro, mirando del teléfono a la hoja de papel. Algo se le estaba escapando.
¿Por qué Sadie había escrito este poema? ¿Qué era, exactamente, lo que estaba tratando de decir?

Capítulo 64

—¿Sabes, jefa?, este podría ser un buen momento —dijo Bryant cuando estuvieron de regreso en el coche—. Justo cuando tenemos un minuto de sobra.

—¿Para qué? —preguntó ella.

Se había metido en el bolsillo la copia del poema de Sadie. Había leído tantas veces esas palabras que ya ni las veía.

Él puso los ojos en blanco y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Sabes qué?, ¿sabes por qué lo estás posponiendo?

Ella suspiró.

—Porque he leído tu formulario de evaluación y tengo que cambiar algunas de tus puntuaciones —dijo incómoda.

Él se encogió de hombros.

—Vale, yo solo he puesto lo que me ha parecido justo y exacto, pero, si no estás de acuerdo y tienes que quitar…

Ella miró por la ventanilla.

—Ese no es el problema, Bryant —dijo—. Como siempre, te has infravalorado, tanto a ti como tus contribuciones al equipo. Tengo que subir tus calificaciones.

De reojo, ella alcanzó a ver una leve sonrisa.

—¿Y eso es malo?

—¿No tienes planes de buscar un ascenso? —le preguntó. Kim pensaba en la sección donde se detallaban las perspectivas profesionales.

Él negó con la cabeza.

—Una vez ha sido suficiente, gracias.

Pocos meses antes, cuando ella estuvo trabajando junto a Travis y el equipo de Mercia Occidental, a Bryant le habían dado temporalmente el rango de inspector detective. En cuanto el caso quedó resuelto, él se había quitado el marrón como si se tratara de

un hierro caliente.

—Serías un gran inspector detective —dijo Kim con franqueza.

—¿Sabes, jefa?, creo que no te he hablado de una de esas tardes de padres en el cole de Laura, hace algunos años. Estuvimos un largo rato con montones de profesores y un rato más largo aún con la profesora de ciencias, quien insistía en que Laura tenía madera de médica; posiblemente, de cirujana. Quedamos encantados. Siempre supimos que era una niña brillante y trabajadora, pero ¿una cirujana? Estábamos increíblemente emocionados en el coche. Laura, no tanto.

»Le pregunté por qué no la ponía eufórica lo que decían sus profesores, y su respuesta fue muy sencilla: eso era más lo que ellos querían para ella que lo que ella quería para sí misma. A los once años ya había decidido que sería una comadrona y, desde entonces, nunca se ha desviado de su objetivo».

Kim asintió en señal de que lo comprendía.

Hoy, la chica estudiaba obstetricia en la universidad.

Él continuó:

—Yo siempre he querido ser un agente de la policía, no conducir un equipo de policías. Esto es lo que tú ambicionas para mí, no son mis propias aspiraciones.

Ella asintió. Tenía que darle la razón.

—Bien. Pero debo encontrar una jodida área de mejora —dijo—; de otra suerte, parecerá favoritismo, simplemente.

Él se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que se nos ocurrirá algo.

Ella lo miró.

—No creo que las cosas deban funcionar así.

Pero a ella, con toda sinceridad, no se le ocurría ningún aspecto qué corregir en el desempeño de su compañero. Nada que pudiera escribir en el formulario, digamos.

—A veces, eres un poco sobreprotector —le dijo, llanamente—. Tratas de ponerme a salvo de cualquier mierda o cualquier porquería, como allí atrás, con Keats. Al instante querías evitar que me metiera en el teléfono, aunque sabías que nos daría una pista.

—Y que te llevaría a una suspensión —contraatacó él.

—El riesgo es mío. A veces, tienes que dejar que me ensucie las manos.

—Lo mismo diría yo con respecto a sobreprotegerte —opinó él—. Sé que en este caso estás explorando posibilidades que no me acomodan, pero ya soy mayorcito. Puedo resistirlo.

Sí, ella estaba explorando la posibilidad de que un niño estuviera detrás de los asesinatos, y también sabía que, a su compañero, la pura idea le revolvía el estómago.

Sonrió.

—Vale. Dejaré de protegerte si tú me dejas en paz con mis mierdas y mis porquerías de vez en cuando, ¿de acuerdo? —preguntó.

—Trato hecho —accedió Bryant—. Así que ¿a dónde vamos, entonces? ¿Ya está completa mi evaluación?

Ella sabía que la actitud de su compañero ante las evaluaciones era muy parecida a la suya propia. Bryant asumía que estaba haciendo un buen trabajo hasta que le decían lo contrario, y no al revés.

—Sí, hemos terminado —cerró ella, y sacó el papel de su bolsillo—. Espera un segundo —dijo al verlo con ojos renovados. Los entrecerró y recordó algo que Joanna le había dicho.

Pudo ver la imagen completa, leer las palabras, leer la página como un todo.

—Joder —dijo, y miró a Bryant—. Aquí está. Aquí, aquí.

Él echó otro vistazo al poema de Sadie.

—¿Qué es lo que no puedo ver? —preguntó.

Kim señaló las palabras.

—Mira de cerca. Por un segundo, no pongas atención a las palabras, solo mira.

Bryant negó con la cabeza.

—Si se supone que no debo ver las palabras…

—Aquí —dijo ella, señalando la hoja con el dedo, como si la apuñalara—. La palabra con que comienza cada frase: Acerca, bruta, obtusa, rugosa…

—Abortado —dijo él—. Si lees las iniciales de arriba abajo, dice «abortado».

—Alguien hizo algo que no debía haber hecho, y Sadie lo sabía —dijo Kim. Finalmente, se dirigían hacia un posible porqué de la muerte de la niña.

—¿Crees que alguna de las alumnas de Heathcrest tuvo un

aborto ilegal?

—Podría ser —dijo Kim—. Y, por la forma en que esta gente reacciona ante los escándalos…

—Pero hay más de quinientas niñas en ese colegio. ¿Cómo diablos vamos a averiguar quién ha sido?

Su entusiasmo picó piedra. Él tenía razón. Kim sospechaba que la niña no vendría a revelarse a sí misma impetuosamente. Se puso a darle vueltas al problema.

—Un momento —dijo—. Bryant, ¿recuerdas todo lo que Dawson nos ha dicho acerca de los clubes de Heathcrest? ¿Qué estaban llenos de gente poderosa y que los miembros eran vitalicios?

—Sí —contestó él, aunque aún no captaba el rumbo de esas ideas.

—¿A dónde irías si te encontraras en un aprieto? —le dijo Kim mientras marcaba el número de Stacey.

—¿Dawson está todavía contigo? —preguntó en cuanto escuchó la voz de su compañera.

—Sí —contestó esta.

—Quiero que dejéis cualquier cosa que estéis haciendo. Hay algo que necesito que hagáis.

Capítulo 65

—¿Cada médico que haya estudiado en Heathcrest? —Dawson preguntó incrédulo.

—Sí, Kev, porque veinte años de graduados de Heathcrest, multiplicados por ciento diez alumnos que se gradúan cada año, son dos mil personas que investigar —dijo ella cáustica.

—Pero la jefa ha dicho…

—Por Dios, Kev, ponte la cabeza de pensar. La jefa espera que resolvamos esto por nuestra cuenta, ya lo sabes. Probablemente estemos hablando de clínicas privadas dentro de un radio de, digamos, quince a treinta kilómetros. Así que lo haremos al revés. Comprobaremos las clínicas y los hospitales y veremos cuántos médicos fueron alumnos de Heathcrest.

—Aun así, eso podría…

—Entonces veremos en qué año se graduaron. Si se trata de un conocido de los padres de la niña, no será alguien que salió hace siete años, ¿o sí?

—¿Por qué siete?

Stacey abrió mucho los ojos.

—Formación médica —dijo—. Madre mía, es como si acabaras de salir del cascarón o algo así.

Dawson, asombrado por la velocidad y la lógica que poblaban la cabeza de Stacey, negó con la cabeza cuando su compañera empezó a teclear.

—¿Te dijo por qué estamos haciendo esto?

Stacey le dirigió una mirada asesina.

—Al parecer, Joanna Wade estaba interesada en abortos ilegales, es decir, de veinticuatro semanas en adelante, por si necesitas que también te lo explique. Después de todo tu parloteo acerca de clubes secretos y sociedades perpetuas, quiere que investiguemos por ahí.

—Entiendo —dijo él.

—¿Otra pregunta? —dijo ella.

—Solo una, Stace. ¿Me sigues queriendo, a pesar de que soy un poco rústico? —preguntó con una sonrisa.

—Maldita sea, Kev, ponte a lo tuyo, ¿vale?, empieza a buscar.

Obediente, él bajó la cabeza y empezó a buscar. Solo que tenía una idea diferente de por dónde hacerlo.

Capítulo 66

Kim siguió a la señora Winters a través del salón informal. El señor Winters dejó su portátil a un lado, sobre el sofá.

Las entrañas de la detective seguían reaccionando a lo que habían encontrado en el móvil de Joanna, pero, por ahora, Stacey y Dawson tendrían que hacer el trabajo. Ella necesitaba respuestas aquí mismo.

La señora Winters hizo a un lado el portátil, se sentó junto a su marido y lo cogió de la mano.

Kim se sentó en una silla, frente a ellos, junto a una chimenea ornamentada y colmada de cartas con pésames, buenos deseos y condolencias por la pérdida. La pared de la izquierda estaba llena de fotos familiares en orden cronológico descendente.

—Señora Winters, señor Winters, necesito preguntarles un par de cosas acerca de Sadie y el medicamento que estaba tomando —dijo Kim, amable pero firme.

La señora Winters se ruborizó y miró el suelo.

Pasaron unos segundos antes de que el señor Winters le diera una respuesta.

—Necesitaba ayuda —dijo, sin más.

—¿Con qué? —preguntó Kim.

No se librarían tan fácilmente.

—Cambios de humor, sentimientos de depresión, ansiedad.

—¿Así que usted le dio sus propios medicamentos? —preguntó Kim mirando a el señor Winters.

Ella no levantó la cabeza. Dejó hablar a su esposo.

—¿Buscó ayuda? —preguntó Kim—, ¿con su médico de cabecera o un psicólogo, digamos?

—No hay mejor psicólogo que el de Heathcrest, pero ella no quería hablar con nadie. Se cerraba, simplemente, y supongo que solo queríamos que se sintiera mejor.

Parecía claro que estos padres no habían hecho ningún esfuerzo por llegar al fondo del retraimiento de su hija. ¿No se les había ocurrido que el origen de los problemas de Sadie estaba en el momento en que su hermana se había convertido en la superestrella de la familia?

—Por eso no nos sorprendieron las noticias de su…

—… asesinato —interrumpió Kim. Esta pareja parecía decidida a creer que su hija se había quitado la vida.

—¿Y ustedes le pidieron a Saffron que escondiera las pastillas para que nosotros no las encontráramos? —preguntó Kim.

La señora Winters asintió.

—No queríamos que nadie lo supiera —dijo con franqueza.

—Lo entiendo, señor Winters, pero, con todo respecto, ustedes han hecho muy poco por ayudarnos a investigar la muerte de su hija. Han eliminado pruebas y ocultado información significativa. Comprendo que la reputación y las apariencias son importantes, pero ¿hay algo más que no estén compartiendo con nosotros?

A pesar del tono neutral de Kim, en el rostro del hombre podía leerse lo mal que le estaba sentando la reprimenda, pero, padres afligidos o no, la prerrogativa de discernir lo relevante de lo irrelevante no era suya.

El señor Winters apartó la mirada.

—No hay nada más —dijo—. Y usted tiene razón: nunca debimos haberle pedido a Saffie que tocara las cosas de su hermana.

Apenas apaciguada de ver que, al menos, el padre comprendía la gravedad de lo que había hecho, Kim continuó:

—¿Cómo lo está llevando Saffron? ¿Aún no ha venido a casa?

El señor Winters negó con la cabeza.

—Está ocupada en el colegio. Eso la ayuda a no pensar en ello. Aquí hay demasiados recuerdos —dijo, y miró la pared de las fotografías.

Kim se preguntaba si estos padres serían capaces de ver la ironía en la exhibición. Las fotos de la parte superior de la pared eran retratos de los cuatro. Debajo había imágenes de las dos niñas juntas, una hija oscura, otra luminosa, pero risueñas y cercanas. Más abajo, dos líneas descendían verticalmente por la pared, una de cada chica. Separadas.

—¿Y no le parece una buena idea insistir en que venga a casa

tras la muerte de un segundo niño en…?

—Dios, qué pena por Anthony y Louise —dijo la señora Winters moviendo la cabeza de un lado al otro.

El señor Winters le apretó la mano.

—Nos hemos reunido con los Coffee-Todd algunas veces, en actos sociales del colegio.

—¿Conocen a los padres de Christian Fellows, el niño a quien dejaron colgado ayer en la conserjería? —preguntó Kim.

El señor Winters negó con la cabeza.

—No creo que nos hayamos visto nunca.

—¿Y sabe que anoche mataron a una profesora? —preguntó la detective.

—Un accidente de tráfico, según dijo el director Thorpe.

—Fue atropellada por un vehículo, señor Winters —lo corrigió Kim—, y el asunto está bajo investigación.

—No tengo la menor duda de que no hay ninguna relación.

Kim miró a Bryant. Se preguntaba si de su propia boca estaban saliendo palabras.

—¿Aun así, no creen que su otra hija debería estar segura aquí, en casa, con ustedes? —preguntó incrédula.

Bryant se movió un poco hacia delante en el asiento.

—Tres muertes separadas en una semana superan, probablemente, la media nacional, señor Winters. Si mi hija…

—Agentes, Saffie es muy independiente. Tiene dieciséis años y rara vez obedece a sus padres.

Excepto cuando ellos la instan a esconder las pertenencias de su hermana y a obstruir las investigaciones de la policía, pensó Kim. Por ahora, ya no estaba segura de cuántas leyes habían violado al administrar medicamentos a su propia hija, pero sabía que la fiscalía de la corona no llevaría a juicio a unos padres dolientes.

Kim se puso de pie.

—Bien. Gracias por su tiempo. Estaremos en contacto.

Bryant fue detrás de ella hasta la puerta principal.

Kim, sentada en el coche, se quedó mirando la casa. Cada vez que sentía que la estaban llevando en la dirección equivocada, se le hacía un nudo en el estómago.

Repitió mentalmente la conversación.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —dijo, y cogió el

teléfono.

—Bryant, tenemos que hablar con Stacey y Dawson ahora mismo.

Tenía la abrumadora sensación de que estaban mirando en la dirección equivocada.

Capítulo 67

21 de marzo de 2018

Oye, diario, la sensación sigue aquí, pero no sé si es real. Mis sentidos me dicen que hay alguien detrás de mí, observándome; sin embargo, cuando miro, no hay nadie.

¿¿Será verdad??

¿¿¿Serán las píldoras???

Pero no pueden ser las pastillas. Media persona sombría avanzando penosamente entre la niebla cada minuto. Si tuvieran el poder de hacerme sentir así, mis padres nunca me las habrían dado.

Los pensamientos tenebrosos siguen aquí, pero los carámbanos afilados y furiosos han quedado envueltos entre nieve suave y esponjosa. No se han ido, solo que ya no me traspasan.

Pero estas pastillas no solo me hurtan los malos pensamientos. No se trata de balizas que se adhieren únicamente a la mierda. Ya no puedo pensar con claridad. Cada cosa tiene un borde peludo. Tengo la imagen de la pastilla explotando dentro de mi cerebro para liberar un gas que se filtra en cada parte de mí. Apenas ayer, me encontré en el aula equivocada.

Me acuerdo de los episodios de Star Wars que veía mi padre. Si se necesitaba ahorrar energía, «únicamente los sistemas de apoyo vital», ordenaba el capitán. Se apagaba todo lo que no fuera indispensable. Así me siento. Se han desconectado todos los servicios superfluos. Apenas soy capaz de funcionar.

Esta noche fui a su dormitorio, a discutir con ella. Irrumpí en el mismo momento en que Eric salía furioso.

Quería preguntarle cómo era capaz de hacerlo, cómo podía ser tan cruel, tan fría, tan insensible.

Y entonces vi el enrojecimiento en sus ojos, la reveladora mancha que aparece en la piel de su frente cada vez que está enfadada. Quise preguntarle por quién lloraba, pero entonces me topé con el duro y

frío velo que cubre su rostro. Esa leve mirada de desagrado que no altera ningún rasgo en particular, pero que, de cualquier manera, está presente.

Me gritó. Me dijo que me marchara, y lo supe. Supe que, para nosotras, no había vuelta atrás. Nunca volveríamos a ser como hermanas.

Y por eso eres especial para mí, Sadie. Lo sabías, y estás ahí arriba, mirando, y das tu aprobación. Sabes que los secretos y las mentiras tienen consecuencias. Tienen precio. Consientes todo lo que he hecho y todo lo que debo hacer. Hay un vínculo entre tú y yo, más de lo que nunca sabrás. Cómo me habría gustado dejarte vivir, pequeña alma atribulada.

Me pregunto qué habrías sentido acerca de lo de Christian. Lo habrías comprendido, creo, y me habrías perdonado.

Pero ¿cómo es posible que ese cabroncete no haya muerto?

Gracias a Dios, le llegué por detrás. No fue difícil empujarlo dentro de la conserjería. Tampoco me costó mucho trabajo cerrar las manos alrededor de su escuálido cuello, clavarle los pulgares por detrás y presionarle la nuez con los otros dedos. Balbuceó y se ahogó y, al final, se apoyó inmóvil en mí.

Le até al cuello una sábana limpia e icé su cuerpo inerte a través del montaje de una lámpara. Quedó colgando como un trozo de vaca en la carnicería. Cerré la puerta y esperé a que una trabajadora de limpieza llegara a toparse con el cadáver suspendido.

No hubo ninguna satisfacción. No era más que el medio para un fin. Christian fue un error que había que limpiar, como la harina sobre la mesa; un simple desorden que queda después de cocinar un pastel. No era nada para mí. A diferencia de ti, Sadie.

Ha despertado y no ha dicho mi nombre. No sabe quién intentó quitarle la vida.

Debí asegurarme de que estuviera muerto. Otro error.

Pero estoy aprendiendo. No habrá más equivocaciones.

Sigue vigilando, mi pequeña Sadie, porque lo mejor está por venir.

Capítulo 68

Kim activó el altavoz y sostuvo el teléfono entre ella y Bryant.

—¿Así que no hemos podido encontrar ningún móvil para los asesinatos de Sadie Winters y Shaun Coffee-Todd?

Todos respondieron con una negativa.

—¿Y estamos de acuerdo en que a Christian Fellows lo atacaron porque quizás vio algo, aunque sus padres insistan en que no vio nada y no nos dejen acercarnos a él?

—Así parece, jefa —opinó Bryant.

—Y lo que todos sabemos es que hay que tratar con un ambiente que no parece funcionar como el mundo real.

—Sí, sí —convino Dawson.

Kim recordó la conversación en casa de los Winters.

—Por lo tanto, ¿estamos mirando en la dirección equivocada? —preguntó—. La señora Winters se refirió a los padres de Shaun por sus nombres de pila, Anthony y Louise, pero, de inmediato, el señor Winters ha puntualizado que solo se han visto en algunas reuniones del colegio. ¿Por qué decir algo así cuando Anthony ya nos había dicho que las familias son muy cercanas? —preguntó—. Casi como primos, dijo al referirse a los hijos —añadió.

—¿Crees que Winters ocultaría algo que tuviera que ver con el homicidio de su hija? —preguntó Bryant.

Kim podía entender la incredulidad de su compañero que, a fin de cuentas, era el padre de una chica de veinte años. Pero eso estaba bien. El trabajo de la detective era sospechar de todo aquel con quien entrara en contacto.

—Ya nos ha ocultado el hecho de que Sadie tomaba antidepresivos, además de que alguien ha tornado en carta de suicidio un apunte de la niña —les recordó—. Ahora, permitidme preguntaros: ¿quién cree que los sucesos de esta semana no están relacionados?

Ninguno dijo nada.

—Y, sin embargo, los niños no le han hecho nada a nadie, hasta donde hemos podido averiguar, así que ¿dónde nos coloca esto?

—Con los padres —dijo Stacey.

Kim asintió.

—Stace, quiero que continúes con la búsqueda de los médicos. Tenemos que completar eso. Kev, quiero que explores cualquier vínculo que pudiera haber entre los padres de Sadie y los de Shaun. Por lo que sabemos, ni siquiera estuvieron en Heathcrest al mismo tiempo, pero tendríamos que descartarlo.

—¿Y nosotros, jefa? —preguntó Bryant después de que ella colgara—. ¿Nos quedaremos a mirar desde aquí?

—Ja, eso quisieras, Bryant. Hay alguien a quien quiero ver, así que tú y yo vamos de vuelta al colegio.

Capítulo 69

Al llegar a Heathcrest, mientras se aproximaban al grupo de prensa, la posibilidad de que estuvieran mirando para otro lado seguía gravitando pesadamente en el cuello de Kim. Woody solía decirle que, a veces, los árboles no la dejaban ver el bosque.

El recuerdo de Woody coincidió con el momento en que su mirada se posaba en una Tracy Frost apartada de la multitud, con sus tacones de quince centímetros hundidos en la hierba dispareja. La reportera tenía las manos bien metidas en los bolsillos.

—Aaaah… mierda —dijo Kim en cuanto se le ocurrió una idea —. Detén el coche, Bryant.

Así lo hizo su compañero. Ella bajó la ventanilla.

Frost entornó los ojos, pero se acercó, de todos modos.

—¿Has venido a cagarte en mí otra vez, Stone? —preguntó.

—Él te lo ha colado, ¿verdad? —preguntó Kim—. Woody te puso delante y en el centro y te dijo lo que debías preguntar.

Frost se encogió de hombros.

Tenía que haberlo visto. Woody jamás habría dejado que la presión de sus superiores se interpusiera en sus esfuerzos por proteger a los niños de este colegio y por alertar a los padres. Le había pedido a Frost que gritara la palabra asesinato a sabiendas de que la voz correría en cuestión de segundos. Él no la había mencionado; ella lo había hecho.

—Mira, perdona…

—Ahórratela, Stone —dijo Frost moviendo la cabeza de lado a lado—. Ahórrate la disculpa, pero, para la próxima, confía un poco más en la gente. Tanto en él como en mí —dijo, y volvió al grupo de prensa.

Bryant empezó a avanzar hacia el cordón policial.

—Te lo dije —comentó.

—Sí, y me lo merezco —admitió. Podía seguir indecisa en lo que

tenía que ver con Frost, pero, con respecto a Woody, tenía que haberlo sabido.

Al bajarse del coche, soltó un profundo suspiro.

—¿Cómo es posible?

Tres muertes y un cuarto intento en unos cuantos días, y los estudiantes caminaban a sus clases como si nada hubiera pasado. ¿Joanna habría tenido clase esta tarde?, se preguntaba con tristeza mientras miraba la ventana de la que había sido su aula.

Caminó a lo largo del pasillo hacia el final del ala. Pasó por delante del despacho del director Thorpe y llamó a la puerta de al lado.

—Adelante —dijo el psicólogo.

—Señor Steele…

Él les hizo señas para que entraran.

—Graham —dijo.

Se puso de pie mientras Kim y Bryant se sentaban, y ella reconoció los buenos modales del psicólogo con un movimiento de cabeza. Había en este hombre cierta gentileza que le recordaba a Ted, cierta suavidad alrededor de los ojos, una nota de compasión en la voz.

—¿Podría hablarnos de Shaun Coffee-Todd?

—Por supuesto —dijo él con algún rubor.

Kim recordaba las observaciones acerca de que no era un chico muy memorable.

—¿No llegó a conocerlo bien?

Tras vacilar un poco, negó con la cabeza.

—Para serle franco, me temo que no. En este puesto, los chicos que solicitan mi atención son los más problemáticos.

Era fácil entenderlo. Los problemas de la adolescencia y la angustia se presentaban, a menudo, en la forma de comportamientos ruidosos, problemáticos y perturbadores.

—¿Le dio algún motivo para verlo? —preguntó Kim. Se preguntaba si habría algún tipo de relación.

El psicólogo negó con la cabeza.

—He comprobado mis archivos, por si la memoria me estuviera fallando, y nunca pidió verme. Yo tampoco tuve ningún motivo para llamarlo.

—¿Sabía usted que Shaun estaba en uno de esos clubes secretos?

—preguntó Kim.

—Malditos grupos —dijo enfadado.

—¿No los aprueba?

—Apoyo plenamente los esfuerzos del director Thorpe por erradicarlos. No ofrecen nada positivo a la mayoría de los estudiantes, pero sí una sensación de imperialismo a unos cuantos. Cualquier grupo que insista en gamberradas de iniciación no es un buen lugar para estar —dijo, y entrelazó los dedos—. Y, ahora, ¿hay algo más en lo que pueda ayudarlos?

Kim tuvo la sensación de que el hombre quería continuar con sus asuntos.

—¿Joanna Wade le entregó el poema de Sadie? —preguntó ella.

Él asintió.

—Así fue. Y después me pidió que se lo devolviera.

—¿Y usted lo leyó?

El psicólogo vaciló.

—Sí, pero, en realidad, no lo entendí —dijo avergonzado.

Kim no podía reprochárselo. Tampoco lo habría entendido de no ser por Joanna.

—¿Usted habló con ella acerca de eso?

Él asintió.

—Quise preguntarle. A Joanna le preocupaba alguna cosa de ese poema, pero no me dijo qué. Como sabía que yo me iba a reunir con Sadie, me pidió que sacara el tema a relucir, a ver si la niña se abría.

—¿Y usted tenía alguna esperanza?

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Hasta entonces, no se había abierto en ninguna de nuestras sesiones, pero lo intenté. A veces, basta con algo pequeño, un catalizador, si usted quiere, para quitar el primer ladrillo de la pared.

Kim se sacó el poema del bolsillo trasero.

Graham pareció sorprendido, pero sonrió.

—No haré preguntas.

—Es una copia —explicó ella—. Pero quisiera que le echara otro vistazo y me diga qué piensa.

Él cogió la hoja y se puso unas gafas estilo John Lennon que parecían perderse por completo en su rostro. Leyó y frunció el ceño

al mismo tiempo.

—Me temo que todavía no entiendo el contenido, pero parece estar muy enfadada por algo.

Kim se inclinó hacia delante y señaló las letras iniciales de cada renglón, donde decía abortado.

—Ah, ya lo veo —dijo, y se ruborizó ligeramente. Se quedó mirando el poema durante un largo minuto—. Debí de haberlo notado —dijo, negando con la cabeza—. Ahora parece muy obvio.

—No se sienta mal —dijo Kim—. Nosotros, que somos detectives, no lo detectamos a la primera.

El rostro del psicólogo se llenó de horror.

—¿No creerán que Sadie…?

—No —dijo Kim, y movió la cabeza de un lado al otro, rápidamente—. No era Sadie, de eso no hay duda, pero ¿tiene alguna idea de a quién habría podido referirse? ¿Alguna de las niñas…?

Graham levantó la mano y le puso un alto.

—Si alguna niña me lo hubiera dicho, yo no podría divulgarlo, como usted bien sabe, inspectora.

Ella aceptó el argumento.

—¿Alguno de los chicos ha solicitado sesiones adicionales o urgentes? —preguntó. Buscaba la misma respuesta, pero con un rodeo.

Él sonrió.

—Puedo decirle, sin problema alguno, que he estado muy ocupado, cuando, de verdad, desearía no estarlo.

—¿Algo fuera de lo normal? —preguntó ella.

—Lo que puedo decirle es que no he visto más que reacciones normales ante una muerte repentina e inexplicable… o tres —dijo.

—¿Saffie Winters ha venido a verlo? —preguntó Kim.

Él meditó la respuesta y se puso a negar con la cabeza.

—No, pero, de verdad, me gustaría que lo hiciera. La fui a buscar ayer para preguntarle si quería hablar. A todos nos tiene preocupados su negativa a regresar a casa con sus padres, pero obligarla sería poco prudente —dijo.

Kim estuvo de acuerdo.

—¿Y usted calificaría su respuesta como normal?

Graham negó con la cabeza.

—Cada persona reacciona de forma diferente a los sucesos traumáticos, inspectora —explicó evasivo.

—Y ahora ¿podría responder a la pregunta que le acabo de hacer? —embistió ella.

El psicólogo sonrió.

—Tal vez no, pero…

Kim recordó la reacción que su interlocutor había tenido ayer.

—Graham, ¿puedo hacerle una pregunta que quizás lo incomode? —preguntó ella.

Él entrecerró los ojos.

—Por supuesto.

—¿Hay estudiantes con quienes usted se haya reunido capaces de cometer actos violentos? —No estaba lista para abandonar esa teoría hasta que algo sustancial apuntara hacia un adulto—. ¿Alguien físicamente capaz de alzar a Christian hasta colgarlo de esa viga?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, inspectora, pero no estoy dispuesto a considerar esa posibilidad.

—Pero nosotros tenemos que tomarla en cuenta —dijo Kim, y recordó la visión de Alex—. ¿Hay algún alumno con historial de piromanía o crueldad animal? —preguntó.

Una vez más, empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo.

—Hay algo, ¿no es así?

—Quizás no sea nada. O sea…

—Por favor, deje que nosotros lo juzguemos —lo aconsejó.

—Alistair Minton, de dieciséis años. Tuve que hablar con él hace un par de meses, pero no puedo imaginar que él…

—¿Qué? —preguntó Kim.

—Crueldad animal —dijo el psicólogo con un gesto de desagrado en la boca—. Un gato callejero solía merodear por la cocina para robarse algunas sobras. Él lo atrapó, le puso pegamento en…

Kim sintió que la tensión empezaba a invadirle la mandíbula.

—¿Se trata de una imagen que deba quedarse en mi cabeza? —preguntó.

—Probablemente no —accedió él.

—¿Y la explicación del chico?

El psicólogo movió la cabeza de lado a lado.

—Creyó que sería divertido. No estaba compungido por el sufrimiento del animal, no lo compadecía.

—¿Qué hizo usted, entonces? —preguntó Kim.

—Informé a sus padres y les expliqué mis inquietudes.

—¿Y?

—Cancelaron su viaje a esquiar de mitad del curso.

—Devastador —dijo Bryant. Reflejaba los pensamientos de su jefa.

—Todavía no me creo que sea capaz de…

—Gracias por su ayuda —dijo Kim, y se puso de pie.

Bryant se adelantó. Ya estaba abriendo la puerta cuando el psicólogo volvió a hablar.

—Agente. Esto podría no ser más que una coincidencia, pero hay algo adicional que debería saber acerca de Alistair Minton.

—Siga.

—Es el exnovio de Saffron Winters.

Capítulo 70

—Vale, veamos qué tiene que decir Alistair Minton —dijo Kim.

Llamó a la puerta del laboratorio de física. Un rápido telefonazo a Nancy, la asistente de Thorpe, les había revelado dónde estaba el chico.

Una vez más, al entrar en la habitación, la detective se quedó impresionada con tantos privilegios. Había menos de veinte alumnos en la clase, cada uno en su propio puesto de trabajo, como si fuera el estudio de Masterchef. Qué lejos estaba esto de los diez niños con los que se apiñaba en torno al mechero de bunsen de su viejo colegio.

La profesora, vestida de bata blanca, se dirigió a ellos con una sonrisa inquisitiva.

—Alistair Minton —dijo Bryant mientras Kim echaba un vistazo por toda la habitación.

Los ojos de la mujer se fijaron en un chico que llevaba las gafas de seguridad en la cabeza, como un aviador, y no delante de los ojos. Kim no se sintió sorprendida cuando él empezó a caminar hacia ellos.

Alistair se quitó las gafas, sonrió y les tendió la mano.

Después de darse la vuelta, Kim se dirigió al pasillo. De ningún modo estrecharía una mano que había torturado de ese modo a un animal. Bryant salió y cerró la puerta.

Alistair se pasó la mano por el pelo rubio pajizo y apoyó la espalda en la pared. Kim no se perdió la rápida evaluación que el chico le hizo, mirándola de arriba abajo. Su sonrisa perezosa revelaba unos dientes blancos y parejos. Emanaba de él una arrogancia que le erizaba los pelos de la nuca. Que unos agentes de la policía quisieran hablar con él le parecía una chorrada.

—Alistair, queremos hablar contigo acerca del asesinato de

Sadie Winters. ¿Sabes algo al respecto?

—Sé que está muerta, y también el otro imbécil, ¿y qué?

—Suenas como si estuvieras increíblemente apenado —observó ella.

—¿Por qué habría de estarlo? —dijo sin más.

—Nos preguntamos si hay algo que quieras decirnos —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—No me llevaba con ellos —respondió.

—No te estoy preguntando si estabas en el mismo círculo social —espetó Kim—. Pero te gusta hacer daño, ¿no es así?

La comprensión dibujó sus facciones. Entonces sonrió.

—Esto es por lo del gato, ¿no? Sacado directamente de Psicología para principiantes: crueldad animal igual a asesino en serie. Maldita sea, agente, deme la oportunidad de terminar el cole. Ni siquiera sé lo que voy a ser.

Kim se aguantó las ganas de darle una bofetada.

Le recordaba el cesto de la ropa sucia, en casa. Estaba contrahecho y abultado de tantas cosas que tenía. Era como si el cuerpo de dieciséis años de este chico estuviera lleno a rebosar de guapura, complexión atlética, encanto y carisma. En cuanto Alistair vaciara la cesta y aprendiera a moderarse, sería un individuo muy peligroso.

—Mire, era un gato sarnoso. No entiendo por qué tanto alboroto, pero no tengo ningún motivo para lastimar chicos que no significan nada para…

—No fue una travesura que salió mal y que tuviste que encubrir…

—Guárdese la mierda para los gilipollas de esos grupos no tan secretos, agente. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—¿Pero conocías a la hermana de Sadie? —presionó Kim.

Él se encogió de hombros.

—No tan bien como me hubiera gustado; pero, oye, no se puede ganar de todas todas, ¿eh? —Guiñó un ojo.

Kim se lo quedó mirando por unos segundos, simplemente.

—Tu encanto no funcionó con ella, ¿eh? —preguntó Bryant.

Él sonrió con satisfacción.

—Lo habría logrado, de haber tenido más tiempo, pero la pareja

de oro me bloqueó.

—¿Los padres de Sadie? —quiso aclarar Kim. No era la primera vez que oía ese apelativo referido a ellos.

—Sí, vaya, la reina de corazones y tal. Querían que su preciosa hija pasara el tiempo con alguien más apropiado.

—¿Eric? —preguntó ella.

Él puso los ojos en blanco.

—Saaa, el bueno del rey de picas. La pareja poderosa.

A Kim se le ocurrió que el padre de Saffie lo había juzgado de manera impecable.

—¿De modo que Laurence Winters se las arregló para deshacerse de ti antes de que consiguieras lo que anhelabas? —le preguntó.

—Recibí una advertencia, sí, pero no de él, que es un cobarde, sino de Hannah. Ahora, si quiere hablar sin miramientos…

Se quedó callado cuando sonó el teléfono de Kim.

Ansiosa por huir, ella fue al fondo del pasillo a coger la llamada. Con una señal de la cabeza, pidió a Bryant que dejara que el chico volviera a su clase.

—Hola, Stace —dijo.

—No vas a creer lo que acabo de descubrir —dijo una Stacey emocionada.

—Dime.

—No solo es cierto que Laurence Winters y Anthony Coffee-Todd estuvieron en Heathcrest al mismo tiempo. Estaban en la misma clase.

Kim frunció el ceño. ¿Por qué, entonces, Laurence Winters había restado importancia a esa relación?

—Pero resulta más interesante aún otro de sus compañeros de clase, Gordon Cordell. Trabaja en el hospital Oakland, en Stourport-on-Severn.

—Stace, no me digas que…

—Ah, sí —dijo animada—. El tipo es ginecólogo.

—Madre mía —exclamó Kim. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—No cuelgues. Kev quiere hablar contigo —dijo Stacey, y le pasó el teléfono a su compañero.

—Jefa, sé que esto, a lo mejor, no significa nada, pero los tres estaban en las picas.

Capítulo 71

—¿Cómo diablos averiguaron todo esto? —preguntó Bryant mientras cruzaban el río Severn por el puente de Stourport.

—Por lo visto, Dawson había dejado a Stacey hacer todo por el método más rudo. Entretanto, adivinó que todos esos anuarios que adornan los vestíbulos de Heathcrest habían sido cargados electrónicamente. Cada anuario tiene una sección donde aparecen los logros de los exalumnos. Hubo una nota cuando Cordell se graduó en la facultad de medicina.

—¿Y lo de las picas?

—Justo ahí, en el libro, bajo las fotos de los graduados. Recuerda que, en ese entonces, los clubes todavía no eran secretos.

—Si hay alguien capaz de encontrar un atajo, ese es Dawson —comentó Bryant mientras giraba hacia una avenida ancha y arbolada.

Kim sabía que el hospital Oakland era una institución privada de salud que, a mediados de los setenta, había abierto sus puertas a las afueras de Stourport-on-Severn. Diez años más tarde, con el auge de la sanidad privada, fue absorbido por una cadena más grande. Desde entonces, las operaciones de poca monta habían dado paso a trasplantes vitales, así como a procedimientos de cirugía estética; y, prácticamente, a todo lo demás.

Si, a veces, la entrada del hospital Russells Hall parecía una venta de saldos de electrónica en viernes negro, la de Oakland se parecía más a un paseo tranquilo por los alrededores de Harvey Nichols.

Kim se tomó un momento para apreciar el entorno mientras Bryant hacía las presentaciones y solicitaba una entrevista con el doctor Cordell.

La música suave sustituía el barullo de las voces agitadas. El mullido mobiliario de color pastel reemplazaba los funcionales

asientos de plástico. En la recepción había empleados cálidos y amables, en vez de administradores lacónicos y estresados. No había tablones de anuncios que gritaran información sobre temas de salud, sino marcos con carteles de películas antiguas.

El Oakland no se parecía a ningún hospital que Kim hubiera visitado. Y Gordon Cordell no era como ningún cirujano de ágiles dedos que hubiera conocido, pensó, cuando una mano limpia y regordeta avanzó hacia ellos por encima del escritorio.

Gordon Cordell era un hombre bajo y redondo. Su barbilla hacía esfuerzos denodados por permanecer separada del cuello.

Kim no hizo ningún intento por evitar la inmediata sensación de desconfianza que le provocaba el hombre que tenía delante. De él parecía emanar la cautela, y ellos ni siquiera habían abierto la boca.

—Señor Cordell, gracias por recibirnos tan de improviso —dijo Bryant en tono amable.

Si el compañero de Kim sentía el mismo recelo, lo estaba disimulando muy bien.

—Me temo que solo tengo unos minutos.

—Por supuesto, doctor. Trataremos de no quitarle mucho tiempo. Estamos aquí en relación con la academia Heathcrest. Tenemos entendido que usted estudió ahí, ¿es correcto?

Cordell asintió inseguro, cosa que no ayudó en nada a apaciguar las crecientes sospechas en el vientre de la detective. Era una pregunta lo bastante sencilla como para no suscitar dudas. Era un simple sí o no. El lado escéptico de Kim sentía que este hombre estaba meditando cada pregunta con tal de no revelar algo.

—¿Y en qué año se graduó?

—En 1992 —contestó.

—¿Fue un buen colegio? —preguntó Bryant.

Él asintió.

Era como si el hombre tuviera apenas la confianza necesaria para hablar.

—¿Se mantiene en contacto con algunos de sus viejos amigos del cole?

—Con algunos —contestó.

Kim había aprendido que, durante un interrogatorio policíaco, había dos tipos de nerviosismos: los que te hacen hablar mucho y los que te hacen hablar poco.

En algunos, el nerviosismo va directamente a las cuerdas vocales y los obliga a decir más de lo necesario, a llenar cada silencio en un esfuerzo por robustecer su verdad. Llegan, incluso, a repetir las frases una y otra vez. Otros se cierran por completo y dicen lo menos posible, sin confiar, siquiera, en su propia lengua.

—Y, ahí, usted era parte de un grupo, de los tréboles, creo…

—Las picas —corrigió de inmediato.

—¿Podría hablarnos de eso, tal vez? —preguntó Bryant. Evidentemente, esperaba que una pregunta abierta provocara algo más que respuestas de dos palabras o menos.

El médico se frotó la piel a un lado de la nariz.

—¿Para qué? —contestó.

«O no», pensó ella.

—Sería útil para nuestras averiguaciones, doctor Cordell —dijo Bryant de modo agradable.

Cordell echó un vistazo al teléfono sobre el escritorio, quizás rezando para que sonara, quizás como una acción inconsciente de los ojos.

—Hemos venido a buscar antecedentes, nada más —lo tranquilizó Bryant.

—No es otra cosa que un club —dijo, y volvió a frotarse la piel en el mismo lugar—, pura diversión inofensiva cuando uno está en el cole, como las pandillas de amigos. Usted debe de haber tenido un grupo de amigos, ¿no es así, agente? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Bryant, apacible—, aunque hemos perdido el contacto desde que salimos. ¿Ocurre lo mismo en Heathcrest? —preguntó.

Kim podía sentir la incomodidad creciente de Cordell.

—Lo siento, no sé a qué se refiere —dijo en un intento por ganar algo de tiempo, a pesar de lo sencilla que era esa pregunta para un hombre inteligente y preparado.

—Bueno, ¿todos ustedes, las pequeñas picas, han seguido en contacto desde que salieron al ancho mundo exterior?

El sargento hizo esa pregunta con la dosis exacta de diversión displicente como para provocar que el hombre apretara la mandíbula. Este era Bryant lanzando cebos en su mejor versión. Sutil, pero efectivo. Daba gusto verlo.

—No creo que usted entienda del todo cómo…

—No, qué me dice, sí que lo entiendo —dijo Bryant, interrumpiéndolo ahora, cuando él quería hablar, lo que provocó más enfado en Cordell—. Cuando yo era niño, uno de mis compañeros sacó del bolso de su madre algo de dinero y nos fuimos a Woolworths a comprar todos los chuches que pudimos cargar. Juramos que guardaríamos el secreto. Nos pinchamos los pulgares, intercambiamos sangre y todo aquello.

—No, no era exactamente así… —quiso interrumpir Cordell, pero Bryant estaba desenfrenado.

—La cosa es que, cuando llegué a casa, tenía ganas de vomitar como un perro. Me sentía mal no solo porque había tragado suficiente azúcar como para derribar a un ñu, sino por la sensación de que había hecho algo malo —dijo.

La tensión en el rostro de Cordell era muy reveladora. Kim se maravillaba de cómo su compañero podía sacar una anécdota para cada ocasión.

—No pude con el té, y, a la hora de dormir, estaba convencido de que la policía vendría a llamar a mi puerta. De repente, la promesa que había hecho de mantener la boca cerrada ya no tenía la menor importancia. Nada se comparaba con avergonzar a mi familia. —Hizo una pausa y bajó la voz—. ¿Usted tiene familia, doctor Cordell?

El médico se encontró con la mirada intensa de Bryant, y Kim, al igual que su compañero, supo lo que se avecinaba.

—Lo siento, agentes, pero no hay nada en que los pueda ayudar, además que, de verdad, tengo que volver al trabajo.

Bryant se puso de pie y le tendió la mano.

—Muchas gracias por habernos recibido. Espero que podamos hablar más detenidamente la próxima vez que nos veamos; en la comisaría, tal vez, cuando usted no esté tan ocupado.

«Sí, dejemos esa amenaza colgando por aquí», pensó Kim. Que Bryant hubiera mencionado esa próxima vez daba a Cordell la certeza de que el asunto había quedado sin concluir. La idea de ir a la comisaría hizo que el médico pasara saliva tres veces.

Kim cerró la puerta y Bryant se agachó para atarse el cordón de un zapato.

—Bonito cuento, ese de los chuches —observó.

—No es ningún cuento —admitió él—. Desde entonces, no he

sido capaz de ver un Jelly Baby, siquiera.

Se enderezó y miró a su jefa.

—¿Lista?

—Sí, claro.

Bryant se acercó a la puerta y se puso a escuchar. Ella notó que contaba hasta tres con los puros labios antes de girar el tirador.

El sargento vaciló un par de segundos antes de hablar, pero fue suficiente tiempo.

Cordell estaba de pie, junto a la ventana, hablando por el móvil.

—Perdone, doctor, pero… Vale, no se preocupe, podremos esperar —dijo. Levantó la mano en señal de disculpa y salió de la habitación.

—Funciona de todas todas —dijo Kim cuando ya iban por el pasillo hacia la entrada del edificio.

En un acuerdo tácito, reconocían que no iban a sacarle nada al doctor Cordell, así que el interrogatorio de Bryant se había concentrado, básicamente, en poner nervioso al médico. Sabían a la perfección que, si el hombre era culpable de algo, se pondría al teléfono en cuanto ellos salieran de su consultorio. Y no los había decepcionado.

—¿Qué has escuchado, entonces? —preguntó ella.

—Cinco palabras muy claras —dijo—: «ya saben lo de Lorraine».

Si, eso era, exactamente, lo que ella había alcanzado a oír.

Capítulo 72

—Estaba a punto de hablarte, jefa —dijo Stacey en cuanto cogió la llamada.

—Bien, pero deja de hacer lo que estés haciendo y comprueba la lista actual de alumnos de Heathcrest. Quiero que busques a una tal Lorraine. Y haz que Dawson vaya al colegio y comience a hacer averiguaciones en persona.

—¿Crees que esa es la niña del aborto ilegal? —preguntó Stacey.

—Por el momento, sí. El doctor Cordell estaba más nervioso que un pavo en Navidad. Nos oculta algo, definitivamente. Tengo la sensación de que ha estado haciendo cosas indebidas.

—Vale, lo haré. Y tengo algo para ti, jefa. Han venido los de tránsito. Quieren que te reúnas con ellos en la entrada de la urbanización Hollytree.

—¿Para qué? —preguntó con el ceño fruncido. Ahora mismo, Hollytree parecía estar a millones de kilómetros de la investigación.

—Por el atropello y fuga de Joanna Wade, jefa. Creen que han localizado el coche.

Capítulo 73

Habían pasado unas cuantas semanas desde la última vez que Kim puso el pie en Hollytree y, desde entonces, este lugar no había cambiado nada. La extensa urbanización de casas dúplex seguía custodiando las tres torres del núcleo.

A Kim le recordaban los nueve círculos del infierno de Dante; círculos concéntricos que iban creciendo en maldad y culminaban en el centro de la tierra, donde tenían a Satán en servidumbre.

Alguna vez, Kai Lord vivió aquí, en el centro mismo de Hollytree. No era Satán, pero estaba bastante cerca.

El último gran caso de la detective había acabado con el cabecilla de la banda del crimen organizado que dominaba la urbanización. Pero, mientras Kim cortaba una cabeza, otra, sin más, crecía en su lugar.

—Madre mía, ¿es eso? —dijo Bryant cuando detuvo el coche en el aparcamiento.

Cinco uniformados y dos detectives se apiñaban en torno a un Nissan Micra gris.

Kim entendió la pregunta de su compañero. Por el daño que le había hecho a Joanna, esperaba ver un coche más grande.

Fue a la parte delantera del Micra.

—Inspector Adams —saludó.

—Inspectora —asintió él como respuesta.

Kim guardó silencio mientras evaluaba los daños en el coche. La abolladura del capó medía unos sesenta centímetros de ancho y terminaba a un par de centímetros de los limpiaparabrisas. La rejilla del radiador estaba abollada, también, y el faro del lado del pasajero, estrellado.

Hizo un esfuerzo por no pensar en Joanna siendo lanzada por los aires cuando el coche la golpeó.

—¿Cómo lo encontrasteis? —preguntó, y apartó la mirada.

—Cotejamos las declaraciones de los testigos, las cámaras de seguridad y los informes de algunos policías observadores —dijo Adams—. Ya sabes, un buen trabajo policíaco a la antigua.

Kim se preguntaba si el detective se habría enterado de sus comentarios despectivos del día anterior. En ese caso, ahora mismo tenía un huevo estrellado en la cara. Dudaba de que su propio equipo fuera capaz de lograr resultados así de rápido.

Echó un vistazo alrededor.

—¿Por qué está aquí? —dijo. La sensación de que nadie que viviera en Hollytree podía relacionarse con el personal o los estudiantes de Heathcrest era abrumadora.

Adams señaló la tercera torre.

—Yo diría que porque el propietario vive ahí, en la novena planta.

Ese dato sirvió para convencerla de que todo había sido un accidente inoportuno, que no había ninguna conexión con la muerte de Sadie Winters.

—Vale, inspector, gracias por…

—No tan rápido —dijo él, y enarcó una ceja—. Te estás perdiendo lo más importante —añadió, y se puso a su lado—. Mira de cerca el neumático del lado del pasajero, el delantero.

Ella retrocedió un paso. La goma del neumático estaba abombada, y la llanta, doblada. Kim entendió.

—¿Se subió al bordillo después de golpearla? —preguntó.

Adams movió la cabeza de arriba abajo.

No había sido un accidente. El hijo de puta había apuntado directamente a ella.

Capítulo 74

—¿No me puede recibir durante un minuto? —preguntó Dawson, mientras Nancy pasaba otra llamada al despacho del director Thorpe. Siguiendo las órdenes de su jefa, había ido directamente a la escuela para preguntar por Lorraine Peters.

Después de haber recibido la llamada de Kim, al término de la reunión con el doctor Cordell, Dawson había vuelto a los anuarios en busca de alumnas llamadas Lorraine y había encontrado solo una. La foto estaba incluida en la admisión de primavera de 1990, como alumna becada. Después, no había ningún dato de ella: ni fotografías de graduación ni logros; como si hubiera desaparecido en algún lugar entre las páginas. Thorpe había sido alumno de Heathcrest por esas fechas, así que el sargento se preguntaba si el director podría recordarla.

La secretaria negó con la cabeza.

—Tengo cinco llamadas en espera, otros diecisiete mensajes de padres preocupados en busca de que los tranquilicen y tres madres y padres que vienen en camino para hablar directamente con él.

Él pasó por alto la mirada que la mujer puso al pronunciar «padres preocupados», como culpando a la policía. Dawson ya llevaba media hora esperando.

—Pero, si tan solo me pudiera colar por un minuto entre uno y otro…

—¿Y que me echen? —preguntó ella—. En nuestro trabajo tenemos prioridades, agente. La mía es ayudar al director Thorpe a limitar los daños que han provocado los acontecimientos recientes.

A él le habría gustado que la prioridad de la mujer fuera igual que la suya: atrapar al asesino y asegurarse de que nadie más resultara herido, pero se las agenció para guardarse ese pensamiento.

Empezaba a preguntarse si no estaría haciendo mal las cosas.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo. Aflojó el nudo de su corbata, por si acaso.

—Sí, yo tengo una jefa como él —admitió con una sonrisa irónica—. Quizás usted podría ayudarme —le dijo—. De hecho, probablemente sea usted la persona más indicada para hablar conmigo —añadió.

Ella inclinó la cabeza y sonrió.

—Venga —dijo.

—He venido a preguntar acerca de Lorraine Peters.

—¿Lorraine qué? —preguntó ella, y se lamió el labio inferior.

—Una exalumna de aquí —aclaró él—. Me pregunto si usted podría contarme algo más sobre ella.

La secretaria lo miró sin comprender.

Dawson le dedicó su mejor sonrisa.

—¿Podría, tal vez, buscar su expediente?

Ella lo miró con frialdad.

—Bueno, agente, en solo tres minutos, usted ya ha probado con la adulación, el engaño y el encanto a la vieja usanza, así que le doy diez sobre diez por el esfuerzo —dijo mientras pasaba otra llamada.

Esta vez, la sonrisa del sargento fue genuina.

—Repítame el nombre —pidió ella, y pulsó algunas teclas.

—Lorraine Peters —respondió él, agradecido.

Ella tecleó el nombre y negó con la cabeza. Nada.

—Se matriculó a principios de los noventa con una beca de natación —dijo él. Era todo lo que sabía.

La secretaria hizo otro intento y volvió a negar con la cabeza.

—No hay ningún registro —dijo—. Y eso sucedió mucho antes de mi época, así que no puedo ayudarlo.

Dawson frunció el ceño.

—Tiene que haber algo. Por favor, inténtelo de nuevo —pidió.

Ella no pudo disimular el enfado ante la insistencia, mientras la línea telefónica externa empezaba a sonar otra vez.

—Lo siento, agente, no hay registros de asistencia ni escolaridad de ninguna niña llamada Lorraine Peters.

Dawson se apartó del escritorio. Al parecer, la niña había desaparecido, simplemente.

Capítulo 75

Kim llamó a la puerta del apartamento 47a, la casa de Monty Johnson.

El nombre del ocupante y su morada no se acoplaban bien.

Después de dos cadenillas deslizadas, quedó a la vista un hombre de pelo oscuro, en albornoz rojo estampado, pantaloncillos cortos y camiseta. De la punta de sus dedos colgaba un cigarrillo recién encendido.

—¿Señor Johnson? —preguntó ella con voz dubitativa.

El hombre resopló con dramatismo y puso los ojos en blanco.

—Bueno, si me pregunta eso, es obvio que no me trae noticas —dijo, y fue del pasillo al salón contoneándose, entre vuelos de falda. La puerta abierta era una señal de que quería que lo siguieran.

Kim ya había estado en estos apartamentos. Por lo general, un oscuro y estrecho pasillo daba lugar a un salón amplio y luminoso de amplias ventanas.

El hombre se sentó junto a la ventana, sin ocuparse del cenicero. Era evidente que estaba fumando un cigarrillo tras otro.

Bryant alargó la mano hacia el cenicero, pero Kim le dirigió una mirada de reconvención. La abstinencia de su compañero duraba ya más de tres años, aunque los efectos prevalecían. Él aplastó el cigarrillo transgresor contra el borde de cerámica hasta apagarlo.

—¿Por qué tanto interés en el coche de Monty? —preguntó el hombre sin volverse.

La reacción les dijo que él no era a quien estaban buscando.

—¿Está aquí el señor Johnson? —preguntó Bryant.

—Es obvio que no —dijo conciso—. Ahora, ¿por qué todos estos policías…?

—¿Quién es usted? —Kim le preguntó directamente.

Él se volvió, frunció los labios como respuesta al tono de la detective e hizo unas comillas con los dedos.

—Soy la pareja estable de Monty —dijo.

—¿Su nombre? —preguntó Kim.

—Rupert Downing —contestó—. O *Miss* Kitty, si vienen al Nexus tres noches a la semana.

—Gracias —dijo Kim—. Ahora, volviendo con el señor Johnson, ¿puede…?

—¿Qué diablos están haciendo? —chilló.

Kim se asomó por la ventana y vio una grúa estacionada detrás del Nissan Micra.

—Se llevarán el coche para investigarlo más a fondo, señor Downing. Ahora, si tan solo pudiera sentarse, le haré…

—¿Investigar qué? —preguntó con los brazos cruzados.

—Siéntese y se lo explicaré todo —dijo Kim. Su limitada reserva de paciencia empezaba a agotarse.

Él se sentó, como un colegial sermoneado, y, con delicadeza, entrelazó las manos sobre su regazo.

Kim se sentó enfrente.

—Señor, ¿tiene alguna idea de dónde podría estar el señor Johnson? Necesitamos hablar con él, de verdad.

El hombre movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Está en un lío?

—Sí, creemos que podría estarlo. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anoche —contestó—. Monty me dejó en el club y vino a casa. —Frunció el ceño y miró fuera—. Eso creo, al menos. Supongo que vino a casa, pero, ahora que lo menciona…

—¿Qué?

—No hay tazón de cereales —dijo, y señaló la cocina con el rostro—. Cada mañana, deja su tazón usado en el fregadero y lo llena de agua fría, como si se lavara solo. Es un juego entre nosotros. Pero hoy no había ninguno.

—Sin embargo, el coche está ahí —cuestionó Kim.

—Y por eso pensé que había venido a casa.

—¿Ha intentado llamarlo?

—No, hasta que esa gente empezó a meterse con su coche.

—¿Por qué no? —preguntó Kim, suspicaz—. ¿Cómo vino usted a casa?

—Siempre salgo del club en taxi; a la una de la noche, más o menos.

—¿Y no se preguntó por qué sí estaba el coche y él no? —sondeó la detective.

Él cogió una cajetilla de cigarrillos.

—Peleamos —admitió—. Le dije que se fuera a la mierda y me bajé del coche.

—¿Por qué? —preguntó Bryant.

—Infidelidades, agente. Estoy casi seguro de que Monty me engaña. Todo el tiempo está con el teléfono, enviando mensajes de texto y cosas así.

—¿Y él le cogió la llamada cuando usted marcó su número? —preguntó Kim.

Rupert negó con la cabeza.

—No. El buzón de voz saltó de inmediato. Creí que estaría haciéndose el dramático, pero hay algo malo, ¿no es así?

—¿Hay alguna posibilidad de que hubiera ido a un bar a tomar una copa para tranquilizarse? ¿O demasiadas copas?

Rupert negó con la cabeza.

—No, absolutamente no. Llevaba pantalones de chándal desgarrados a la altura de la rodilla. Monty jamás se dejaría ver en esas condiciones. —Negó con la cabeza—. De verdad, no entiendo qué es todo esto.

Kim podía sentir el pánico crecer dentro del hombre.

—Señor Downing, tenemos motivos para creer que, anoche, Monty estuvo implicado en un accidente de tránsito. Un accidente muy grave, me temo.

—No, no puede ser —dijo—. Monty es un conductor muy cuidadoso. A veces es como Paseando a *Miss* Daisy, para serle franco. No puedo creer que…

Sus palabras se fueron perdiendo mientras miraba por la ventana. Estaban levantando el coche para ponerlo en la plataforma del camión. El daño en la parte delantera era muy notable.

—Señor Downing, creemos que ha atropellado a alguien —le explicó ella.

Con la mano temblorosa, Rupert se llevó un cigarrillo a la boca.

—¿Es grave?

—La mujer ha muerto —dijo Kim. Tuvo que apartar de su mente la imagen de Joanna tendida en el suelo.

Rupert se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro.

—No, no, no —repetía, meneando la cabeza—. No es posible. Siempre conduce con mucho cuidado. No puede ser cierto. Ni siquiera ha tenido un accidente leve, nunca.

Kim cruzó miradas con su compañero y asintió.

Bryant tosió.

—Señor Downing, creemos que no ha sido un accidente.

—¿Qué me dice? —preguntó. Horrorizado, se llevó la mano a la garganta.

—Creemos que Monty atropelló a la víctima deliberadamente.

—Están locos, agentes —dijo él, mirando de uno a otro—. Monty es incapaz de hacerle daño a nadie.

—¿El nombre de Joanna Wade significa algo para usted?

Negó con la cabeza, aún aturdido por lo que estaba escuchando.

—No conozco a nadie con ese nombre. ¿Es la señora que…, que…?

—Sí —confirmó Kim—. Es la mujer a quien Monty atropelló. Murió ahí mismo.

—Le digo, con toda franqueza, que ese nombre no me dice nada.

—Es… Era profesora de inglés en un lugar que se llama Heathcrest. Se trata de…

—Sé lo que es, exactamente —susurró, y fue al sofá en busca de apoyo. Había perdido todo el color.

—Señor Downing, ¿qué pasa? —preguntó Kim.

—Dios mío —se dijo a sí mismo—. ¿Ese lugar infernal nunca va a dejarnos en paz?

Capítulo 76

Kim y Bryant esperaron pacientemente a que Rupert se sirviera una abundante cantidad de whiskey. El hombre tomó un sorbo, gesticuló por el ardor en la garganta y volvió a beber.

—Monty y yo nos conocimos en Heathcrest cuando teníamos catorce años. Yo era el chico nuevo que acababa de mudarse a la zona.

Kim recordó a aquella pareja, la de la mujer embarazada, a la que mostraban el lugar con muchos años de anticipación.

—¿Había sitio para usted? —preguntó.

—Mi padre es lord Rumsey. Cuando los padres son ricos y suficientemente poderosos, les hacen un hueco —dijo, y tomó otro sorbo.

Kim no sabía quién era lord Rumsey, pero, evidentemente, era conocido para la gente de Heathcrest.

—Al segundo día, me pusieron en la cama el as de picas —Kim frunció el ceño—, el billete de invitación para unirse a uno de los clubes más influyentes del lugar —dijo—. Era algo completamente esperado, por supuesto. Yo había sido miembro de un club parecido en mi colegio anterior. Acepté, claro, creyendo que este sería similar al anterior.

—¿Y no lo era? —preguntó Kim.

—No, por Dios, no —dijo—. Había muchas más reglas y códigos, aunque disfrazados de directrices. Pero, muy pronto, Monty y yo descubrimos que no eran simples directrices.

—Continúe —dijo Kim, y se sentó en el borde de la silla. Recordó cuánto los había divertido ver a Dawson prestar tanta atención a estas sociedades secretas. Habían dejado de hacerle gracia.

—Una regla muy importante era no confraternizar con los miembros del otro club de varones. Verá, en ese momento, Monty

era un trébol. El cuatro de tréboles.

—Ambos pensamos que la regla era una tontería y no le hicimos caso. Nos descubrieron y recibimos amonestaciones verbales de nuestros reyes. Nos desentendimos de las advertencias y seguimos viéndonos en secreto. Por supuesto, volvieron a descubrirnos, y, entonces, las advertencias fueron un poco más rudas.

—¿Los lastimaron?

Él asintió.

—A los dos. Mi castigo fue un tobillo roto en el campo de *hockey*. Monty se dislocó el hombro en una caída por las escaleras.

Kim se preguntaba cuán lejos serían capaces de llegar estos grupos a la hora de hacer cumplir las normas.

—¿Surtieron efecto las exhortaciones? —dijo.

Él suspiró hondo.

—No para mí, pero sí para Monty. Lo amenazaron con expulsarlo del grupo y dejarlo incomunicado. No soportaba la idea. Para él, ser parte de la élite era más importante que para mí.

—Pero están juntos ahora, así que…

—Las cosas se ponen peor, inspectora —dijo, y encendió un cigarrillo—. Nos separamos. Yo hice mi propio negocio de comercio textil, que fue exitoso por más de veinte años.

A Kim, con un solo vistazo a la residencia de Hollytree, eso le parecía difícil de creer.

Rupert captó su mirada.

—Yo tenía una casa muy bonita en Romsley —continuó él—. En esos tiempos, Monty ya era un exitoso profesional como contable colegiado.

> »*Volvimos a encontrarnos cinco años después, casi por accidente, y entonces nos dimos cuenta de que nuestros sentimientos no habían cambiado. Ambos habíamos dejado atrás relaciones fallidas y desastrosas y, de repente, supimos por qué: nunca habíamos estado con la persona adecuada. Éramos el uno para el otro. No había otra explicación*.

En este punto, él tendría que haberle contado lo de «felices para

siempre», y, en parte, Kim deseaba que así hubiera sido. Era como estar viendo una película por segunda vez a la espera de un final diferente.

—Así que nos juntamos y, durante un par de años, nuestra vida fue idílica, perfecta. Nos instalamos juntos en una antigua capilla de Shipley, maravillosa, y finalmente empezamos a disfrutar de la vida.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Kim.

—Hasta hace tres años, después de que apareciéramos juntos en un periódico. El artículo hablaba de nuestros trabajos benéficos a favor de una institución contra el sida. A partir de ese momento, todo ha cambiado. De repente, empezaron a reclamarme el pago de todos los préstamos comerciales. Perdí tres clientes importantes que, en conjunto, representaban el setenta por ciento de mi negocio. Pocos meses después, Monty fue objeto de una auditoría. La agencia tributaria de la corona le encontró irregularidades en unas declaraciones del impuesto al valor agregado que había hecho a nombre de clientes globales e influyentes. De la noche a la mañana, su reputación quedó destruida junto con su carrera.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Bryant.

—Fuimos dando tumbos durante algunos meses, vendiendo nuestras pertenencias para pagar las deudas. Nos deshicimos de nuestra hermosa casa, con pérdidas, porque no podíamos pagar la hipoteca. De cualquier modo, a los dieciocho meses nos obligaron a declararnos en bancarrota. Nadie nos otorga una hipoteca, una tarjeta de crédito, nada.

—¿Y usted cree que hay alguien detrás de todo esto? —preguntó Kim.

—No, agente, creo que hay alguien detrás de todo esto. —Negó con la cabeza—. No tiene ni idea de cuán profundas son estas alianzas y esta rivalidad. Las reglas no dejan de aplicarse cuando uno sale del colegio. Estos lazos son para toda la vida.

—Ustedes eran niños, nada más —dijo Bryant.

—Pero hicimos un juramento, sargento, para toda la vida.

—¿Y cómo ha reaccionado Monty a todo este trato? —preguntó Kim.

—Lo ha destruido —dijo el hombre con tristeza, y apagó su cigarrillo—. El club siempre significó para él mucho más de lo que

significó para mí. Él todavía quiso ponerse en contacto con ellos, suplicarles su perdón para que lo dejaran volver, pero ni siquiera le cogieron las llamadas.

—¿Y quiénes son estas personas, exactamente, Rupert? —preguntó Kim.

—Gente muy importante y poderosa, inspectora —contestó. Se puso de pie—. Y creo que ya he hablado demasiado, así que, si no tienen inconveniente, trataré de encontrar a Monty antes de que…

—Señor Downing, ¿todavía le tiene tanto miedo a esta gente como para ni siquiera revelar sus nombres?

—Agente, me aterroriza mucho más el poder de esas personas que el que usted pueda tener. Por un juramento que hice hace veinticinco años, he perdido mi negocio, mi carrera, mi casa y, posiblemente, al hombre que amo. Ahora, por favor, me gustaría que se marcharan.

Kim se puso de pie y lo siguió por el pasillo.

—Pero hay crímenes que están ocurriendo ahora, señor Downing. En ese maldito colegio están matando niños —dijo Kim con toda su frustración.

Este hombre sabía quiénes eran y no estaba dispuesto a delatarlos.

—Si se decidiera a dejar atrás el pasado, podría ayudarnos.

Él sonrió cansado mientras abría la puerta principal.

—Tiene que recordar algo, inspectora: el pasado nunca se queda en el pasado.

Capítulo 77

—¿No crees, entonces, que ha estado un poco sobreactuado? ¿O qué? —preguntó Bryant cuando llegaron al coche.

Kim lo pensó un poco.

—No estoy segura. Que todo saliera mal al mismo tiempo pudo haber sido una coincidencia, pero, una vez más…

—No te valen mucho las coincidencias, ¿verdad? —preguntó él ya dentro del coche.

Ella sacó el móvil y estiró la mano para observar la fotografía que le habían pedido a Rupert poco antes de que, prácticamente, los echara de la casa.

La estudió.

—¿No te parece que hay tristeza en este hombre? —preguntó.

Bryant le echó un vistazo antes de meter la llave en el contacto.

—Creo que estás proyectando —dijo— a partir de lo que Rupert nos contó acerca de él.

—Puede ser —dijo ella. Aun así, detectaba cierto aire de desesperanza alrededor de esos ojos. En los labios había una sonrisa que no tocaba ninguna otra parte de la cara.

—¿Qué necesidad hay de pertenecer a cierto grupo? —preguntó Bryant.

Ella se encogió de hombros.

—Es la naturaleza humana. La necesidad de pertenencia es uno de los procesos primordiales de la personalidad. Abarca todas las culturas. Hay muchas teorías psicológicas e, incluso, una opinión evolucionista.

—¿Nuestros antepasados? —preguntó Bryant.

—En la Antigüedad, pertenecer a un grupo era algo esencial para la supervivencia. La gente cazaba y cocinaba en grupo, así que eso está arraigado en nuestro ADN o algo así —explicó—. Toma en cuenta que todos pertenecemos a un grupo de algún tipo: familia,

amigos, compañeros de trabajo, religión. Tenemos la necesidad de ser parte de algo más grande que nosotros mismos.

Hizo una pausa momentánea antes de continuar.

—Es posible que, para los niños de Heathcrest, sea más importante aún. Están lejos de sus amigos, de la familia o de cualquier otro colectivo que hubieran conocido. En ellos, el instinto de reagruparse debe ser un tanto abrumador.

—Demasiado profundo para mí —dijo Bryant—. Solo que no estoy seguro de que a nuestro amigo le afectara tan intensamente la expulsión como su pareja nos ha hecho creer.

Kim miró la foto y discrepó en silencio. Si la necesidad de pertenencia no fuera tan fundamental para el bienestar psicológico, la gente no sufriría consecuencias graves por no pertenecer.

Con su móvil, tomó una fotografía de la foto y se la envió a Stacey. La llamó por teléfono enseguida.

—¿La tienes, Stace? —preguntó en cuanto la asistente de detective le cogió la llamada.

Stacey vaciló un poco. Kim la oyó pulsar algunas teclas.

—Sí, la tengo. ¿Es nuestro conductor?, ¿Monty Johnson?

—Eso parece. Y a que no adivinas en qué colegio estuvo.

—No me digas —respondió Stacey.

—Busca en los registros, a ver qué consigues indagar de él, pero antes distribuye la fotografía tan ampliamente como puedas. Necesitamos hablar con este tío y averiguar cuál es su relación con Joanna Wade.

La respuesta fue el silencio.

—Stace, ¿no me oyes?

—Lo siento, jefa. No. Estaba escuchando la radio. Acababa de haber una transmisión. Una patrulla ha encontrado a Monty Johnson…

—Estupendo. Dime dónde está para ir de inmediato.

—… y Keats ya está de camino.

—Mierda —dijo Kim, y cerró los ojos.

Si Keats estaba de camino, eso solo podía significar una cosa:

Monty Johnson ya estaba muerto.

Capítulo 78

Dawson descubrió a Geoffrey sentado en un duro banco de la recepción principal, bajo un tapiz de la Última Cena.

Tenía la mochila entre los pies, un cuaderno de ejercicios sobre las rodillas y un libro de texto a un lado, en el asiento.

—Oye, ¿no estarías más cómodo en tu habitación? —le preguntó Dawson, y se sentó.

Geoffrey sonrió y negó con la cabeza.

—No paso mucho tiempo ahí —dijo—, a menos que sea necesario.

—¿Y la biblioteca? —preguntó el sargento.

Geoffrey atrapó apenas el cuaderno que se le resbalaba de las rodillas. Negó con la cabeza.

—Me gusta estar aquí —dijo.

Dawson creyó entender por qué. Los alumnos y los profesores iban y venían por este espacio, todos con un rumbo fijo y pensando en el lugar hacia donde se dirigían.

Nadie miraba hacia donde estaba Geoffrey.

El sargento sonrió.

—Madre santa, cómo me recuerdas a mí —dijo.

El niño lo miró incrédulo.

—No, no creo que…

—Cuando estaba en cuarto de bachillerato, a los quince años, pesaba ciento dos kilos —dijo. Se acordaba, particularmente, del día en que la báscula había alcanzado esa marca.

Geoffrey soltó una carcajada y, por primera vez, pareció el niño de doce años que era.

—Qué me estás contando.

—De verdad —admitió Dawson—. Me gustaba mi comida. Un montón. Mi madre no se inclinaba por la cocina saludable y yo no hacía mucho ejercicio.

—¿Qué hiciste para ponerte así? —preguntó Geoffrey.

—Me di cuenta de que no estaba contento conmigo mismo. Algunos niños muy gamberros se hacían mis amigos, y yo se lo agradecía, pero ellos lo hacían solo porque estaban planeando algo malo y sabían que a quien cogerían sería a mí. Yo no podía correr tan rápido como ellos.

—¿Y alguna vez te pillaron?

—Vaya que sí —dijo Dawson, pero sus recuerdos no estaban en la policía ni en sus padres. Sus recuerdos estaban en la pobre anciana que había caído en plena calle mientras el resto del grupo salía corriendo con el bolso.

—¿Qué hiciste, entonces? ¿Dejaste de comer? —preguntó Geoffrey, desanimado.

Dawson sonrió. La comida también había sido su mejor amiga.

—No. Empecé a ir al gimnasio. Decidí que quería cambiar de cuerpo por mí mismo; no por las otras personas, sino porque quería estar más en forma. Quería poder hacer más antes de perder el aliento y empezar a sudar. Pero lo hice por mí, Geoffrey, no por unos cuantos idiotas que querían divertirse insultándome.

—¿Cómo eran los profesores en tu cole? —preguntó el niño.

El detective estuvo a punto de decir que no eran como Havers.

—Algunos estaban bien, otros eran una mierda.

—¿También ellos se mofaban de ti?

La pregunta lo pinchó en algún lugar de las entrañas.

—No intencionadamente —dijo con franqueza—, pero a veces me dejaban al margen de las cosas. Asumían que, por mi tamaño, yo no podría hacerlas. Era doloroso.

—Me gustaría que Havers me dejara en paz —dijo Geoffrey.

A Dawson, Havers no le gustaba nada, pero el tipo tenía un trabajo que hacer.

—Tiene que comprometerte en las clases, amigo mío —dijo Dawson, sorprendido de estar defendiendo a ese hombre.

Geoffrey negó con la cabeza.

—No en las clases. Eso lo entiendo. Me ha escogido para tocar la campana el sábado por la noche.

—¿Tocar la campana? —preguntó Dawson.

—En la gala, que ahora será un funeral. La campana suena tres veces para señalar la apertura del espectáculo.

—¿Y Havers te ha pedido que lo hagas? —preguntó el sargento. Eso tenía visos de ser un honor, aunque, al parecer, el profesor no quería mucho a Geoffrey.

—Sí, ha dicho que una subida de ciento cincuenta escalones me hará perder algunos gramos.

Dawson tuvo que apretar el puño. Tenía que haberlo adivinado.

Quería decirle muchas cosas a este niño. Quería decirle que ese profesor era un absoluto gilipollas y que ni siquiera merecía el tiempo, pero, una vez terminada esta investigación, él se marcharía y no volvería a ver a Havers. Geoffrey sí.

—Ya no lloro, ¿sabe? —dijo en voz baja—. Ya no.

Dawson sintió que algo se agrietaba en su interior. No dijo nada.

—Antes lloraba, pero ya tengo doce años. Soy casi mayor.

—Oye —dijo Dawson—, no hay necesidad de que pases esta época a toda leche; además, llorar no es pecado —lo aconsejó.

El niño se lo quedó mirando.

—¿Pararán, entonces? —preguntó—. ¿Esos chicos dejaron de molestarlo cuando adelgazó?

Dawson se encogió de hombros.

—Tal vez sí, aunque quizás solo dejé de ponerles atención. Ya no tenía ninguna importancia, porque yo estaba contento conmigo mismo. Sentía que estaba logrando algo, así que aquello dejó de importarme. —Se dio cuenta de que el niño estaba muy interesado —. Mira, yo voy al Pump Gym de Brierley Hill. Tienen una piscina que es la leche. Siempre estoy ahí los domingos por la mañana, a eso de las diez. El lugar está abierto para miembros nuevos. Ven a echar un vistazo, a ver si te gusta.

—Me dieron un naipe —dijo Geoffrey en voz baja, mirando su cuaderno.

—¿Un naipe? —preguntó el sargento, desorientado.

—El as de picas —aclaró el niño—. Con la muerte de Shaun, se abrió un espacio. Quieren que me una —continuó.

—¿Y tú quieres? —preguntó Dawson.

Formar parte del grupo de élite de los niños más poderosos tendría que ser seductor para este chico, quien parecía recibir mierda de la mayoría de los alumnos e, incluso, de algunos profesores.

Ser una pica ofrecería a Geoffrey protección ante los acosos y las

burlas. Sin duda, haría más fácil su vida en Heathcrest. Esta no era una situación muy distinta a la de Dawson. Él se había unido a aquel grupo pensando que mejoraría su vida.

—¿Por qué, entonces?

—Es por mi madre —dijo rotundamente—. Esta semana ha ganado un caso muy importante. Ha estado en las noticias. —Dawson podía percibir el orgullo en la voz del niño—. Pero esa es la razón por la que me quieren ahí —dijo—. No tiene nada que ver conmigo; es por mi madre.

El detective quiso ponerse en el lugar de Geoffrey: lejos de casa, solo, acosado, objeto de burlas.

—Quizás no sea tan mala…

—Les dije que no —expuso en el momento en que sonaba un timbre por todo el pasillo.

Dawson sentía crecer la admiración por este niño.

—¿Por qué? —le preguntó.

—No es el tipo de club al que me gustaría pertenecer —dijo, y cogió sus libros—. En todo caso, tengo que ir a…

—No hay problema —dijo el sargento, y lo vio alejarse. Aplaudió en silencio la fuerza de carácter del chico. Esa decisión de no coger la salida más fácil había sido una hombrada.

Solo esperaba que, en el futuro, no tuviera que lamentarlo.

Capítulo 79

En la carretera a la estación del ferrocarril de Lye, Bryant activó el intermitente ante el primer cordón.

El tráfico de la tarde comenzaba a acumularse detrás de ellos mientras los dos policías los miraban y movían la cabeza de un lado al otro, en señal de que no había paso. Kim aplastó su placa contra el cristal y ambos agentes se pusieron a apartar del camino los conos anaranjados. Mientras pasaban, sin hacer caso a los cláxones de los viajeros descontentos que venían detrás, la mujer policía se disculpó levantando la mano.

Bryant se detuvo en el segundo cordón, a la entrada del viejo edificio.

Había tres policías interrogando a testigos de rostro pálido que estaban apoyados en la pared o sentados a un lado. Mientras pasaban por ahí, Kim oyó a un joven de casi veinte años mencionar la palabra teléfono.

Descubrió al maquinista. En la sala de espera, el hombre tomaba agua de una botella. Al lado, un funcionario ferroviario estaba agachado sobre él, con una mano en su hombro. El maquinista hacía como que escuchaba, asintiendo de tanto en tanto, mientras miraba con fijeza la pared de enfrente. Por su cabeza no podía pasar otra película que la que lo acompañaría por el resto de su vida.

Kim siguió caminando. No tenía palabras para hacerlo sentir mejor.

El tren estaba perfectamente aparcado en el andén. Kim se percató de que el maquinista debía haber reducido la velocidad mientras entraba en la estación. Monty Johnson se había colocado en el punto más alejado del edificio para que el tren lo golpeara justo al entrar.

Desde entonces, el convoy no se había movido. No lo haría hasta que el forense lo permitiera.

La detective se dirigió al extremo del andén.

—¿Qué tenemos aquí, Keats?

En las vías, con él, había dos técnicos en criminalística. Kim se sintió aliviada de no alcanzar a ver el estado del cadáver.

Keats trepó al andén y se quitó los guantes de látex.

—¿Qué significa este tipo para ti? —preguntó—. Ha sido un suicidio, definitivamente, según once testigos y, supongo, esa cámara de ahí. ¿Por qué te interesa?

—Es el conductor del coche que atropelló a Joanna Wade.

—Ya veo. Bien, no lleva billetera ni móvil —dijo Keats—; solo un carné de conducir en el bolsillo delantero. Con eso lo identificamos.

—¿Y las heridas? —preguntó Kim.

—Demasiadas como para ya haberlas contado —contestó él con un suspiro.

—Vale, Keats —dijo ella, y giró para volver a la estación.

—¿Así de rápido? —preguntó Bryant.

—Aquí ya no tenemos nada que ganar —contestó ella—. Sabemos que mató a Joanna, sabemos que se suicidó. Trazar un mapa de sus heridas no nos va a revelar por qué hizo ninguna de las dos cosas.

Cuando Bryant iba a empezar a hablar, Kim ya había cambiado de dirección. Se detuvo enfrente del maquinista. Después de todo, quizás sí tenía algo que decirle para ayudarlo.

—Mire, nunca se va a sacar esta imagen de la cabeza —le dijo con sinceridad—. Y no ha sido su culpa. No había nada que hacer, aunque eso, en este momento, no signifique nada. Pero debería saber que el tipo que ha quedado bajo las ruedas de su tren no era ningún santo. Anoche atropelló y mató deliberadamente a una joven, y esa es otra cosa que usted debería recordar —le dijo.

El hombre levantó la cara y la miró. En este momento, ninguna cosa significaba nada para él; ninguna verdad podría penetrar el escudo de desasosiego que lo rodeaba. En este mismo instante, no buscaba disculparse, porque estaba satisfecho de absorber toda la culpa; sin embargo, en cuanto la conmoción quedara atrás y él estuviera dispuesto a sacudirse la responsabilidad mal adjudicada, recordaría las palabras de la detective.

—Cuando lo vi, el tipo estaba manipulando su teléfono, y al

siguiente instante… —Meneó la cabeza—. Fue el sonido de su cuerpo al golpear…

—¿Su teléfono? —interrumpió Kim.

El hombre asintió y bajó la cabeza.

Al entrar en la estación, ella había oído a un testigo mencionar un móvil.

—Podría haber estado mirando hacia abajo, jefa —dijo Bryant —. En estos tiempos, asumimos que…

Kim se apartó del maquinista.

—Pero es la segunda persona que menciona haber visto a Monty Johnson poniendo atención al teléfono. ¿Por qué justo en ese instante, Bryant? —preguntó Kim, y cruzó la sala de espera en dirección al andén—. Está a punto de suicidarse, y, sin embargo, tontea con el móvil. ¿A quién coño le importa que no hayas respondido su mensaje? En un minuto estarás muerto.

—Pero Keats ha dicho que no había móvil.

—Y yo digo que sí lo hay —porfió ella.

Recorrió el andén hasta situarse más o menos donde Monty Johnson tenía que haber estado.

El hombre estaba trasteando con el móvil en sus minutos finales, así que quería comunicarle algo a alguien.

Ellos habían estado en el salón de este hombre, en el momento de su muerte, y su pareja no había recibido ningún mensaje. De haber querido comunicar algo a alguien, no habría saltado con el móvil; lo habría dejado detrás.

—En el suelo, Bryant —dijo ella, y se puso de rodillas.

Él gruñó, pero hizo lo mismo que su jefa.

—Está aquí, en algún lugar —dijo Kim. Ambos estaban tumbados boca abajo, con la cabeza a ras de suelo.

Él señaló hacia la derecha con la barbilla.

—Iré a los bancos de allá —dijo.

—Gracias por nada, amiguito —dijo ella al darse cuenta de que le tocaban las dos máquinas expendedoras. Tenía que meter la mano por debajo, entre Dios sabe qué cosas. Pero estaba segura de que el móvil tendría que haber quedado por ahí. Ya fuera que él lo hubiera arrojado al caer a las vías o que alguien lo hubiera pateado fuera de la vista durante el caos inicial.

A rastras, se acercó a la máquina de las bebidas, a la izquierda.

El faldón de plástico que rodeaba esta máquina era un poco más alto, por lo que ofrecía más espacio para su mano.

Cerró los ojos y deslizó la mano por debajo del faldón. De inmediato, sus dedos se encontraron con alguna clase de envoltura. La apartó de un manotazo. Puso la mano con la palma hacia abajo y empezó a palpar el suelo metódicamente, en forma de cuadrícula, con todo cuidado, con tal de no perderse ningún espacio. Su pulgar aterrizó en un charco de líquido pegajoso que ella ni siquiera se molestó en identificar.

Reacomodó el brazo y giró la cabeza. Bryant hacía lo posible por ocultar una mueca de satisfacción.

Ella frunció el ceño.

—Lo tienes, ¿verdad? —le preguntó.

Él asintió.

—Me has dicho que de vez en cuando te deje ensuciarte las manos.

Ella le gruñó y se puso de pie.

—Toma esto, está limpio —dijo Bryant, y le tendió el pañuelo.

Kim se limpió bien las manos antes de devolvérselo. Cogió el *smartphone* que su compañero tenía en la mano y tocó el botón de inicio. Para su sorpresa, el aparato cobró vida y todos los iconos de Monty aparecieron en la pantalla.

—¿No tiene contraseña? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza y se sentó en el banco.

—Quería que lo encontráramos —dijo ella. Empezó consultando el registro de llamadas.

—¿Crees que se suicidó porque se sentía culpable? —preguntó Bryant.

Sí, eso era, exactamente, lo que ella creía.

—Pero ¿por qué no venir directamente con nosotros a decirnos la verdad? —preguntó.

—Por ese maldito juramento que hizo años atrás —dijo enfadada.

Después de haber ido atrás hasta la víspera de la muerte de Sadie, Kim no pudo encontrar ninguna llamada hecha o recibida de ningún nombre que reconociera.

Presionó el icono de los mensajes de texto y sus ojos se abrieron de par en par en cuanto vio el encabezamiento en el mensaje

superior.

La cadena de diecisiete intercambios llevaba el título: Bienvenido de vuelta.

Capítulo 80

Stacey colgó el auricular, se reclinó y estiró el cuello.

La jefa se había mosqueado de que le costara tanto trabajo identificar a la persona que había enviado mensajes a Monty Johnson desde una línea de prepago. Frustrada, le había explicado que todo estaba ahí: un hilo de mensajes con instrucciones detalladas para matar a Joanna Wade, junto con la promesa de que el club volvería a darle la bienvenida con los brazos abiertos. El remitente incluso le había dicho a Monty dónde estaría Joanna y a qué hora.

Stacey lo había entendido, pero el remitente podría haber confesado el secuestro del bebé de los Lindbergh mientras montaba en Shergar y, aun así, ella no habría podido descubrir quién había mandado los mensajes. La frase final de su jefa, cuando le dijo que se fuera a casa, había sonado más a orden que a sugerencia.

Stacey consultó su reloj. Sí, llevaba trece horas en el escritorio, sí, también tenía presentes las frases de su jefa durante la evaluación, y sí, tenía que pensar en marcharse a casa. Y lo habría hecho si no hubiera dado con el registro de una antigua estudiante, cierta cédula escondida en los archivos de Heathcrest.

Cogió el bolso y sacó el móvil. Le cogieron la llamada al segundo timbrazo.

—Hola, nena, acabo de ordenar comida china y estoy llenando dos copas de vino con…

—Llegaré tarde, De —dijo, echando mano del cariñoso apodo que usaba para referirse a Devon.

Stacey aún no podía creer cuán fácil había sido entablar una relación una vez que se atrevió a confiar en esa mujer, cuya piel oscura y rizos rubios atraía las miradas adonde quiera que fueran. Devon era en quien primero pensaba cada mañana, en quien pensaba un montón de veces a lo largo del día y a quien, cada

noche, dedicaba el último de sus pensamientos.

—¿Estamos hablando de un «mantenme la cena caliente» o de un «cómete todo más tarde»? —preguntó Devon con una sonrisa en la voz.

Los labios de Stacey reflejaron esa sonrisa. Como agente de inmigración, Devon entendía las presiones del trabajo. La semana pasada, sin ir más lejos, a ella la habían llamado en día libre mientras las dos paseaban cogidas de la mano por el zoológico de Dudley.

—Lo segundo, probablemente —admitió Stacey, que miraba la pantalla de su ordenador.

—¿Mañana por la noche? —preguntó Devon.

—Claro, De. Y lo siento, ¿vale?

—De acuerdo. Te quiero, nena —dijo Devon, y colgó.

Stacey se quedó con el teléfono en la mano, atónita. Devon había dicho esa palabra que empieza con cu. Era la primera vez que surgía en su incipiente romance. Automáticamente, Stacey aplacó la calidez que iba recorriendo todo su cuerpo y se dijo a sí misma que había sido algo casual, algo que uno le diría a un buen amigo o a un miembro de la familia.

«Pero es que nunca la había dicho», le apuntaba una vocecita interior.

Tenía ganas de volver al apartamento de Devon para preguntarle qué había querido decir con ese comentario, exactamente; si había sido justo lo que ella esperaba que fuera, porque estaba bastante segura de que también se estaba enamorando.

Tenía ganas, pero no podía.

Porque la carpeta que acababa de encontrar estaba cifrada con un sistema anticuado. La había violado a la primera para descubrir que era el expediente de una chica de quince años llamada Lorraine Peters.

Capítulo 81

En silencio, las picas fueron llenando la sala de los candelabros. Las flamas danzantes distorsionaban sus figuras hasta convertirlas en siluetas grotescas que reptaban por las paredes.

Cuando estuvieron sentados, Comodín miró directamente la silla vacía.

—Se dejó un naipe en la cama de Piggott —dijo.

Por toda la habitación corrieron aires de expectativa. Una nueva carta insuflaba vida fresca al grupo. En sus cabezas, los naipes ya preparaban ideas para la iniciación.

—Y ha sido rechazado —añadió Comodín.

Un silencio de asombro llenó la habitación mientras los naipes, confundidos, se miraban entre sí.

—¿Señor? —habló Rey, rompiendo el protocolo.

Comodín lo dejó pasar. En esta ocasión, era comprensible.

Que él supiera, esto solo había ocurrido dos veces.

Todos los naipes se preguntaban exactamente lo mismo.

¿Por qué alguien iba a rechazar la oportunidad de convertirse en parte de la élite, en miembro de un club exclusivo que le daría cobijo de por vida? Una invitación al club de las picas era un pasaporte a cualquier miembro del club, pasado, presente o futuro; a cientos de hombres influyentes y poderosos ubicados en todos los sectores: medicina, educación, deportes, negocios, política y derecho.

Comodín dejó que la información calara hondo.

La negativa a unirse era una afrenta a todo en lo que ellos creían, a los valores que honrarían el resto de sus vidas, a guardar lealtad a una hermandad que estaba por encima de todo.

—¿Entendéis cuál debe ser el castigo? —Un murmullo recorrió la mesa—. Tomad vuestros alfileres. Es hora de votar.

Con la barbilla, Comodín hizo una seña a Rey para pedirle que

fuera el primero en votar. Este empujó su alfiler al centro de la mesa.

Uno a uno, todos los alfileres fueron empujados al centro.

Los naipes habían votado.

Geoffrey Piggott había rechazado el as y solo había una consecuencia posible.

Comodín sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 82

Kim consultó su reloj cuando Stacey entró a toda velocidad en la sala, quitándose la mochila incluso antes de detenerse.

—Siento llegar tarde, jefa —dijo—. Perdí el autobús.

Kim se cruzó de brazos.

—¿A qué hora saliste anoche, Stace? —le preguntó.

—No sé, por ahí de las n… ocho —respondió vagamente.

—Las cámaras de vigilancia dicen que a las nueve y media —la corrigió Kim, mirándola con dureza—. Una hora y media, completitas, después de que te dije que te marcharas.

—Lo sé, jefa, es solo que…

—Ya lo sabéis, chicos —dijo Kim a todos—. Esta semana he hecho vuestras evaluaciones y ahora podría ponerme a hablaros de mi deber de cuidar vuestra salud física y mental. Podría hablaros del ritmo al que decae vuestra efectividad conforme avanza el día. Incluso, si quisiera, podría aburriros hasta la muerte con cifras sobre el agotamiento de los policías y sus derrumbamientos, pero ¿qué tal que os fuerais a casa cuando os digo que os vayáis y punto?

Oyó tres respuestas afirmativas entre murmullos.

Era la primera en admitir que el bienestar de su equipo no era una de sus fortalezas. Sí, meterse en un edificio en llamas a rescatar a cualquiera de ellos era una obviedad, pero asegurarse de que tuvieran suficiente descanso y recuperación era una historia completamente distinta.

—Vale, sabemos que los padres le estaban dando antidepresivos a Sadie Winters. No sabemos en qué dosis, con exactitud, pero, definitivamente, estaban en el organismo de la niña. Hemos averiguado que en Heathcrest pudo haber habido una niña que abortó ilegalmente y que, quizás, la intervención quirúrgica corrió a cargo del doctor Cordell. Sabemos que el nombre de Lorraine Peters significa algo para…

—Oye, jefa, hablando de Lorraine…

—Aguarda, Stacey —dijo Kim.

Dawson se puso de pie y empezó a escribir apuntes en la pizarra.

—También sabemos que Monty Johnson, a cambio de reincorporarse a su antiguo club, había recibido órdenes de matar a Joanna Wade. Tenemos el hilo completo de mensajes, solo que no hemos podido identificar al remitente. —Hizo una pausa para demostrar lo mucho que eso la frustraba. Tener la conversación, pero no los nombres, la estaba volviendo loca.

»Ahora, Monty Johnson está muerto, así que no podremos sacar más información de él. Rupert no sabe nada. Él creía que los mensajes de Monty estaban relacionados con alguna aventura. Así que aún tenemos un montón de nombres, un montón de secretos, clubes privados de élite, privilegios, fortunas, abortos ilegales… Sin embargo, hay una pregunta que hoy tiene la misma importancia que la que tenía el lunes».

—¿Por qué está muerta Sadie Winters? —dijo Dawson.

—Exactamente —confirmó Kim, y miró el tablero.

A Shaun Coffee-Todd lo habían matado obligándolo a comer cacahuetes. Joanna Wade había sido asesinada por alguien que cumplía órdenes, en tanto que Christian Fellows había estado a punto de unírseles. Pero todo había empezado con Sadie Winters. Su muerte era la clave de todo.

—No hay nada con lo que podamos vincularla —dijo Kim—. No estaba en los grupos, no estaba embarazada y parecía no tener enemigos.

—Shaun estaba en el grupo de las picas, pero Christian Fellows no. No tiene sentido —dijo Bryant.

Dawson se volvió.

—Todo tiene que estar relacionado con este aborto ilegal —dijo —. Es lo único que tiene sentido. Tal vez todo lo demás es puro humo —dijo, y señaló las pizarras—. Es posible que estos chicos hubieran escuchado lo que no debían en el momento menos oportuno.

Kim negó con la cabeza.

—En lo que tiene que ver con Joanna, lo entiendo. Definitivamente, alguien quiso callarla; pero no a los demás. Es desproporcionado —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Bryant.

—El homicidio engendra homicidio —explicó Kim—. Si alguien te roba la bicicleta, no vas a darle de puñaladas. Es demasiado —continuó—. La muerte de dos niños y un tercer intento, así como la muerte de Joanna con el propósito de tapar un sórdido secreto, están fuera de proporción. Se pierde mucho más con los actos posteriores que con el crimen original.

—Pero estamos lidiando con gente que valora su imagen por encima de cualquier otra cosa —argumentó Dawson—. Estos tipos harían cualquier cosa con tal de proteger sus valiosas reputaciones.

—Estoy de acuerdo, Kev, pero no partes un huevo con un martillo. No me malinterpretes. También creo que nuestro buen doctor Cordell está involucrado en esto de alguna manera. No sé por qué, pero ese aborto es primordial en este caso. Si fue alguien llamada Lorraine…

—No lo fue —dijo Stacey, en voz baja pero rotunda.

—¿No fue qué? —preguntó Kim. Todas las miradas estaban en Stacey—. Continúa —ordenó la jefa.

—Lorraine Peters se matriculó en Heathcrest en 1990, cuando tenía doce años. Recibió una de las dos becas anuales debido a sus habilidades como nadadora. Era material de nivel olímpico, al parecer.

Kim se sentó a escuchar. Quizás tenía que haber dejado que Stacey hablara antes.

—Durante tres años, todo marchó bien. Estudiaba con ahínco y empezó a superar sus marcas. Habría entrado en los campeonatos mundiales juveniles de no haber empezado a llegar tarde a los entrenamientos. Empezó a tener discusiones con el entrenador. Era una chica muy talentosa, en todos los sentidos, pero el entrenamiento era brutal: seis mañanas y cinco tardes por semana.

»Dos días antes de cumplir quince años, se lanzó a la piscina del trampolín de tres metros».

—¿Y? —preguntó Kim, confundida. Probablemente había hecho eso un millón de veces.

—La piscina estaba vacía.

—Madre santa —dijo Bryant. Dawson hizo una visible mueca de dolor y se frotó el cuello.

—La habían vaciado ese mismo día, horas antes, debido a una

importante infección de legionela. Lorraine no lo sabía, puesto que había entrenado esa misma mañana.

—¿Estaba en la piscina a oscuras? —preguntó Kim.

Stacey asintió.

—Su muerte fue registrada como accidental.

Hubo un momento de silencio antes de que Kim se volviera a la asistente.

—¿Y esto es lo que has estado haciendo anoche?

Stacey asintió. Kim repasó lo que acababa de decir.

—Stace, ¿recuerdas lo que he dicho hace un momento con respecto a la pérdida de eficiencia a medida que pasan las horas?

—Sí, jefa.

—Esto no se aplica a ti —dijo Kim—. A estos dos, quizás, pero, a ti, definitivamente no.

—Gracias, jefa, pero hay algo más que deberías saber.

—Dímelo.

—Lorraine Peters estaba embarazada.

Capítulo 83

—¿Qué te hace pensar que estará aquí? —preguntó Bryant mientras aparcaba en el hospital Russells Hall. Aún no eran las ocho.

—¿No viste las noticias anoche? —preguntó ella.

—Anoche no —dijo él.

—Ah, noche de baile —advirtió ella—. ¿Tú y la buena de tu señora dándole al Strictly Come Dancing una oportunidad?

—Jefa, de verdad, ojalá que no te lo hubiera contado.

Sí, sin duda.

—Cadáver de anciano encontrado a la orilla del canal. Desaparecido por dos semanas. Keats estará en eso —dijo ella de manera categórica mientras recorrían el pasillo.

Aunque no había quien atendiera la recepción, el hospital cobraba vida un día más. Los pacientes y los visitantes se arremolinaban en la cafetería y los mozos empujaban a los enfermos para llevarlos a sus citas, en tanto que unos voluntarios de camisetas rojas se acercaban para ofrecer orientación. Ninguna de las personas con quienes se cruzaban habría querido ir a donde ellos se dirigían.

Cuando entraron, como era de esperar, Keats ya estaba preparándose para su primera tarea del día.

—¿Ya lo tienes? —preguntó ella.

Keats frunció el ceño.

—¿Sabes, inspectora? Mis clientes son más corteses que tú —dijo, y bajó la mirada a la sábana que cubría el cadáver.

A ella no le cabía la menor duda.

—¿Sí, entonces? —insistió.

—Es posible que me haya llegado un correo electrónico de tu asistente de detective —dijo, y cogió el dictáfono—. Le echaré un vistazo en cuanto haya terminado…

—No hay problema, puedo esperar —dijo ella, y, de un salto, se

sentó en la superficie de trabajo. Quedó con las piernas colgando—. Soy una persona paciente.

Él entrecerró los ojos cuando ella retiró la sábana y puso en marcha la grabadora.

—Vaya, está muy deteriorado, ¿o no? —preguntó en voz alta.

Él apagó el dictáfono. La piel de un blanco fantasmal mostraba las cicatrices de los insectos que se habían dado un festín con el cadáver. Keats encendió la máquina y abrió la boca para volver a empezar.

—Madre mía, este tío ha alimentado a unas cuantas comunidades, ¿verdad? —volvió a preguntar ella en voz alta.

Él la fulminó con una mirada de advertencia y volvió a intentarlo.

—Desaparecido dos semanas, ¿eh? —preguntó Kim.

—Stone, cállate —le espetó él tras presionar el botón de pausa.

Ella asintió y Keats volvió a empezar.

—Estoy llevando a cabo la autopsia de…

—Solo fíjate en la lividez de este lado, Bryant —gritó ella.

Keats apagó el dictáfono. Reconocía su derrota.

—¿Un correo electrónico, has dicho? —preguntó.

—Será mejor ir al ordenador —dijo ella. Dio un salto y cubrió de nuevo al cliente de Keats.

—¿Y qué debo buscar, exactamente? —preguntó él después de sentarse al escritorio del rincón.

Kim se situó detrás de él.

—El informe de la autopsia de una niña de quince años —contestó Kim.

Él entornó los ojos ante la fecha.

—¿De mediados de los noventa? —preguntó el forense.

—Oye, Keats, no ha pasado tanto tiempo —dijo Bryant.

—¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa —contestó Kim.

Él recorrió el documento escaneado que ya había desplegado en el ordenador.

—Estaba embarazada —dijo para sí mismo—. Nueve semanas, más o menos, lo cual ya sabíais, claramente.

Al llegar al final, se encogió de hombros.

—En una primera inspección, todo parece estar bien. ¿Qué

creíais que iba a encontrar?

—No estoy segura —dijo desanimada la detective.

—Está claro que ha sido un trágico accidente —dijo él mientras volvía al principio del documento—. Múltiples lesiones internas a raíz del impacto, aunque sorprendentemente pocas en la cabeza.

—¿Habría encajado la cabeza en el pecho? —preguntó Bryant.

Kim se imaginaba que una clavadista experimentada lo habría hecho.

—Es difícil decirlo —dijo Keats, que fruncía el ceño y volvía a leer.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No es la pistola humeante, pero hay un par de pruebas que tienden a cancelarse entre sí.

—Continúa —lo instó ella.

—Bien. La teoría de la cabeza encajada en el pecho en el momento del golpe explica la falta de un trauma craneal, pero en el cuello hay marcas cutáneas que no son congruentes con esa idea. Habrá sido una u otra cosa, pero no ambas —añadió.

—Entonces, ¿por qué nunca lo investigaron? —preguntó ella indignada.

—Sí lo investigaron —dijo Keats. Señaló el fondo de la pantalla, donde había algunas iniciales garabateadas—. Esta es la firma de Burrows. El inspector jefe de detectives Burrows, quien estuvo a cargo del caso.

Capítulo 84

Bastaron unas cuantas llamadas para localizar al inspector jefe de detectives Burrows.

—Nunca he entendido el golf —dijo Bryant mientras recorrían el fairway hacia el hoyo nueve del campo de Staffordshire, cerca de Wombourne.

Recientemente rebautizado, el club afirmaba tener el campo de golf más pintoresco de las Tierras Medias. Pero ni las sucesiones de pinos, rododendros y abetos de treinta metros de altura habrían convencido a Kim de desembolsar más de ochocientas libras de inscripción, a pesar de que el sitio era popular entre, al menos, tres corporaciones policíacas.

—Golpea una pelota. Síguela. Golpea una pelota. Síguela —dijo él, meneando la cabeza.

Kim consideraba que la mayoría de los deportes podían resumirse bajo una descripción básica, pero, con respecto al golf, coincidía con su compañero, definitivamente.

—Ahí está —dijo ella cuando descubrió al hombre excepcionalmente alto entre un grupo de mediana estatura. Recordaba que se lo habían presentado, brevemente, cuando ella acababa de incorporarse a la policía. Él la había mirado de arriba abajo y había dejado atrás el asunto para seguir hablando con un compañero.

Ese simple acto le había dicho a Kim todo lo que necesitaba saber.

—Inspector jefe de detectives Burrows —dijo mientras se abría paso entre el grupo—. Somos la inspectora detective Stone y el sargento detective Bryant. ¿Podemos hablar?

Él miró a uno y a otro y frunció el ceño. Aunque ya estaba jubilado, era evidente que no le gustaba que interrumpieran su juego de golf.

—Se trata de uno de sus antiguos casos, señor —dijo ella, mostrándole el respeto debido a su rango.

—¿No puede esperar?

—La verdad es que no —contestó en pocas palabras.

Él miró a sus amigos, suspiró hondo y se apartó.

—De verdad, querida, pudo haber llamado y arreglado…

—Jefe inspector de detectives Burrows, se trata de una niña de quince años llamada Lorraine Peters —lo interrumpió. Por una vez, pasaría por alto esa palabra cariñosa.

La cara bronceada del hombre permaneció impasible.

—La niña se zambulló en una piscina vacía en la academia Heathcrest. El caso estuvo a su cargo, en los noventa.

—Sí, sé a cuál se refiere. Tendrá que disculpar la memoria de un viejo, cariño.

—Inspectora —dijo ella.

—¿Cómo? —preguntó él.

—No «cariño» —lo corrigió—: inspectora o Stone. Cualquiera está bien.

El rostro del hombre cogió un poco de color ante el reproche, pero a ella no le importó. Seguiría siendo respetuosa, solo que no estaba dispuesta a tolerar ese sexismo descarado. En la corporación, los prejuicios no eran cosa completamente olvidada, pero la era del silencio y la aceptación resignados, sí.

—Mientras hablamos, uno de mis agentes está solicitando los archivos del caso; sin embargo, nos gustaría conocer su punto de vista —dijo ella.

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Aún puedo verla —dijo, y puso el palo de golf en la bolsa—. Una cosa tan pequeña tumbada en el fondo de esa maldita piscina.

—La muerte fue declarada accidental —dijo Kim. Igualó el paso del hombre después de que este se pusiera en marcha detrás de los otros—. ¿Usted estuvo de acuerdo?

—Al principio, no —dijo.

—¿Por qué no?

—Lo verá en mis informes —se erizó.

—¿Puede decírnoslo ahora mismo? —lo presionó Kim.

—No hay nada que decir —dijo él.

Kim dejó de caminar.

—Señor, es obvio que, en este caso, hay algo que lo sigue molestando —observó ella.

—Es mi Expreso de medianoche, inspectora —dijo él.

—¿Perdone? —preguntó. No era un término que ella hubiera escuchado nunca.

—¿No ha visto la peli?

Kim negó con la cabeza.

—Se trata de un tipo a quien encarcelan en Turquía por contrabando de drogas. Para no hacer el cuento largo, lo ponen, en un momento dado, con locos que caminan sin parar alrededor de un poste en medio de una habitación. Nuestro personaje se une a ellos, pero se pone a caminar en sentido contrario.

Kim entendió la analogía.

—¿Usted pensaba que el asunto daba para más, pero otras personas no fueron de la misma opinión?

—Así fue, y, al principio, mi jefe estaba de acuerdo conmigo. Me permitió llevar a cabo una investigación, pero, en un momento dado, me cerró el caso. Estaba costando mucho dinero y no había un móvil claro, ya no digamos un sospechoso.

—¿El bebé? —preguntó Kim.

Él sonrió con pesar. Se daba cuenta de que él y ella no era tan diferentes como había pensado.

—Sí, esa era mi lógica, también. Yo quería localizar al padre, pero los fondos… —Se encogió de hombros mientras las palabras se perdían.

—¿Cuán lejos pudo llegar?

—Pruebas de ADN de los niños. Bueno, de los que tenían edad suficiente.

—¿Profesores? —preguntó la detective.

Él negó con la cabeza.

—No antes de que se agotara el dinero.

—Entonces, ¿qué? —preguntó ella.

—Eso fue todo. No pude ir más lejos. Me asignaron nuevos casos y, cuando se cerró la investigación, casi estuve de acuerdo en que me había equivocado desde el principio.

—¿En qué? —dijo Kim. Se preguntaba qué podría haber provocado las dudas.

—La posición del cuerpo —admitió mientras cogía otro palo.

Kim recordó sus propias sensaciones al ver el cuerpo de Sadie. Se daba cuenta de que este hombre estaría mucho más consternado si entendiera cuán parecidos eran los dos casos.

Burrows poseía un instinto semejante al de ella; era algo que no podía aprenderse por adiestramiento. Solo que había una pequeña diferencia: ella creía en sus instintos y había aprendido a defenderlos. Él no.

—¿Qué puede decirme de la posición del cuerpo? —insistió.

—No parecía correcta; demasiado lejos del trampolín.

—¿Me está diciendo que la niña no saltó del trampolín como dictaminó la investigación? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—Ni de cerca. Eso no tuvo nada de accidental.

Capítulo 85

—¿Es coña? —preguntó Stacey al ver que Dawson entraba a la sala con una caja—. ¿Ahí está toda la investigación de la muerte de Lorraine Peters?

Dawson asintió mientras dejaba la caja en el escritorio de reserva.

—Al parecer, el inspector jefe de detectives Burrows no era muy afecto al papeleo —dijo él.

Quitó la tapa. Sacó tres carpetas de papel marrón y un juego de impresiones de ordenador de tres centímetros de grosor.

Stacey se puso a su lado.

—Esta es, difícilmente, una investigación importante —observó ella, y abrió una de las carpetas.

—La jefa dijo que la recortaron, pero yo he tenido casos de robos en tiendas que han generado más papeleo que este.

—¿Crees que todo está aquí? —preguntó Stacey.

Dawson se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos. Antes, dejar rastros de papel y cubrirse el culo no eran lo mismo que ahora.

Stacey cerró la carpeta y tocó las impresiones de ordenador.

—¿Qué es eso? —preguntó Dawson.

—Supongo que son los resultados del ADN —contestó ella.

—No veo más que montones de números. No nos servirán. —Él abrió otra carpeta y la deslizó hacia ella.

Stacey advirtió que los primeros documentos, unos cuantos, eran declaraciones de testigos. Abrió la última carpeta, donde estaban las fotografías. Espació las imágenes y ambos se quedaron estudiándolas en silencio por un minuto: el cuerpo de Lorraine Peters capturado desde todos los ángulos. Sus extremidades largas y atléticas, extendidas a los lados, otrora del todo eficaces y poderosas para desplazarse a través del agua, yacían inmóviles y sin

vida, aplastadas contra el suelo de baldosas.

Ella volvió su atención a las declaraciones de los testigos. No le servirían. No había dicho la verdad ninguno de los testigos que fueron conducidos al cuerpo en la piscina.

—Así que ¿qué carpeta quieres…?

—Ninguna —dijo Stacey, y cogió las impresiones—. Me quedo con esto.

Dawson le hizo una mueca.

—Pero eso no es más que un montón de números. No vas a sacar nada de ahí.

Stacey se encogió de hombros.

—Tal vez, Kev. Son solo números, sí; pero, a diferencia de los testigos, estos no mienten.

Capítulo 86

—Ese es —dijo Kim.

Señalaba el pequeño búngalo, al final de una hilera de casas idénticas, donde vivía la madre de Lorraine Peters desde hacía seis años. Al frente, el pequeño jardín tenía la hierba tan crecida que le llegaba a la rodilla. Kim vio bolsas de reciclaje metidas en un rincón, junto a una puerta principal que se abrió cuando ya estaban cerca.

A la mujer que acababa de aparecer, la detective le calculó entre cincuenta y cincuenta y cinco años. Era delgada como un carrizo y tenía el cabello crespo y morado. Llevaba un mono y azul y las llaves de la casa en la mano.

—¿Usted es Maggie Peters? —le preguntó Bryant.

—Dentro —dijo la mujer, y bloqueó la puerta—. No necesita ventanas, discos nuevos ni calentadores. Y ya tiene biblia.

—Es bueno saberlo —dijo Kim—, pero no hemos venido a venderle nada. Somos policías.

—Ah, vale —dijo ella, pero siguió en su sitio.

—¿La señora Peters está en casa? —preguntó Bryant.

—Sus identificaciones —exigió la mujer.

Ambos las mostraron. Entretanto, Kim se fijó en las pegatinas de la ventana que ponían bajo advertencia a los visitantes no esperados.

—Nunca se es demasiado cauteloso —dijo la mujer—. Apenas la semana pasada, dos amables señoras vinieron a decirle que tenía que ir al banco a transferir el dinero, porque el personal se lo estaba robando.

Kim rechinó los dientes. Otra de esas estafas en que se abusaba del miedo de las personas mayores.

—Por suerte, me llamó antes de aceptar nada —dijo—. Cuando llegué aquí, ya se habían ido.

—¿Y quién es usted?

—Soy quien ayuda a Maggie en la casa, su cuidadora o como quiera que nos llamen en estos días. Y vivo al otro lado del campo.

Kim la siguió a través de un pequeño pasillo hasta un salón que daba a la carretera.

Les sonrió una mujer menuda y frágil. Estaba en una esquina, sentada en un sillón que daba a la ventana y a un pequeño televisor. Alineado con la pared opuesta había un sofá de dos plazas. Una parte del asiento estaba ocupada por unos cuantos libros y una bolsa de punto.

—¿Señora Peters? —preguntó Kim, y le tendió la mano.

La mujer se la estrechó y movió la cabeza de arriba abajo mientras miraba alrededor.

—¿Shelly?

—Todo está bien, Mags, son policías.

Maggie no parecía tan convencida de que todo estuviera en orden.

Kim se sentó en el lugar desocupado y Bryant empezó a poner a un lado las pertenencias de la mujer.

Shelly se quedó de pie en la entrada.

—Ya estamos bien, gracias —le dijo Kim, consciente de que la mujer iba de salida.

—Yo también estoy bien —dijo Shelly, y cruzó los brazos. No pensaba ir a ningún lado.

Maggie sonrió con cariño.

—Es una bendición. Me cuida todos los días. Ya no puedo moverme bien —dijo.

Kim le calculó unos setenta y cinco, pero parecía diez años más vieja.

—Artritis —dijo—. Artritis reumatoide en las articulaciones. Por la natación, probablemente.

—¿Usted también era nadadora? —preguntó Bryant.

—Vaya que lo era —dijo Shelly, y cogió una fotografía que estaba en el alféizar—. Compitió en los Juegos de la Commonwealth, ¿saben? Quedó cuarta —dijo orgullosa.

Pero Maggie Peters no la estaba escuchando. Tenía los ojos fijos en Bryant.

Si bien el cuerpo de la mujer empezaba a fallar, su mente estaba

bien despierta.

—Dijo «también», agente —exhaló—. ¿Están aquí por Lorraine?

Kim pudo oír tanto miedo como esperanza en esa voz. Tal vez era miedo a tener esperanzas. Asintió hacia Bryant para estimularlo a continuar.

—Señora Peters, hemos…

—Maggie, por favor —dijo en voz baja.

Bryant asintió.

—Hemos venido a raíz de ciertos incidentes en Heathcrest. Ha surgido el nombre de su hija —explicó—. Tenemos entendido que estaba en el colegio con beca completa —añadió con el fin de guiarla hacia el pasado.

Shelly se sentó en el apoyabrazos del sillón de Maggie y le cogió la mano.

—Sí, se la ofrecieron en una competencia regional. Ella estaba muy emocionada, al igual que yo. Su padre, que en paz descanse, no estaba tan entusiasmado. Tampoco lo estaba Lorraine después de que visitamos el lugar.

»Nos enseñaron Heathcrest, y, cuanto más emocionada estaba yo, más callaba ella. Para mí, la visita al lugar resaltaba las posibilidades, aunque nos hizo ver la realidad: quedarían atrás todos sus amigos y todo lo que era familiar para Lorraine.

»Su padre le dijo que, cualquiera que fuera su decisión, nosotros estaríamos contentos».

—¿Y usted? —sondeó Bryant en busca de la opinión de la mujer.

Maggie negó con la cabeza.

—Eso era lo que yo quería decir. Era lo que debí haber dicho, pero, con toda sinceridad, creí que, para ella, Heathcrest sería una oportunidad fantástica. Tendría acceso a las mejores instalaciones, entrenamiento individual, formación específica y una educación de primera categoría. Yo sabía que, con su talento y su experiencia, mi niña llegaría a los Juegos Olímpicos. Y así habría sido…

—¿Era feliz ahí? —preguntó Bryant.

Maggie sonrió.

—Yo quería convencerme de que sí. Lorraine había perdido algo de su chispa, pero yo me decía a mí misma que la recuperaría en cuanto hiciera nuevos amigos. Su preparación física iba bien. Había rebajado en casi tres segundos su marca personal. Su entrenador la

estaba inscribiendo en competencias más difíciles para aclimatarla al mundo del nado de competición.

—¿Qué ocurrió, entonces? —preguntó Bryant.

—Conoció a un chico —dijo Maggie con toda simpleza—. Su atención se desvió de los entrenamientos, así como de los estudios. Empezó a faltar a clases y a cuestionar a su entrenador.

»Me llamaron para pedirme que hablara con ella, para que tratara de hacerla volver a concentrar su atención. Y lo hice. Ese mismo día, más temprano».

—¿El día en que murió?

Maggie asintió.

—Fue entonces cuando me dijo que estaba embarazada.

—¿Y ella le dijo quién era el padre? —preguntó Bryant.

Kim contuvo la respiración. Un nombre. Lo único que necesitaban era un nombre.

Maggie negó con la cabeza.

—Me dijo que era un secreto, que él estaba tan contento como ella por el bebé y que esa noche se reunirían para hablar del futuro.

—¿Nos está diciendo, entonces, que, sin lugar a duda, el padre del niño sabía lo del embarazo? —preguntó Kim.

—Sí, sí, inspectora. Definitivamente.

Capítulo 87

—¿Sabes que estás perdiendo el tiempo? —preguntó Dawson a través del escritorio—. Esos números no van a revelarte nada.

—¿Ya encontraste el arma homicida en las declaraciones de los testigos? —replicó Stacey.

Él balbuceó algo incomprensible mientras cogía la siguiente.

Stacey estaba trabajando con las impresiones a la antigua usanza, como la habían enseñado a hacerlo en el cole. Colocaba una regla sobre los números y recorría la página de arriba abajo, renglón por renglón. Las cifras empezaban a mezclarse unas con otras y a bailar por toda la hoja.

Se reclinó y se frotó los ojos por un momento.

—¿Sabes, Stace? A veces tienes que poner oídos a la experiencia…

—Sí, Kev, vale, dijo, y volvió a mirar la regla que yacía ociosa sobre la hoja.

—Quizás te sorprendas, pero, de vez en cuando, sé de lo que estoy hablando.

—Mmm —dijo ella. Se quedó mirando los últimos dos registros que había revisado.

Frunció el ceño.

—Aprovecharías mejor tu tiempo si dejaras eso y me ayudaras a leer estas…

—Calla, Kev —dijo ella, y se sentó en el borde de la silla.

—Te juro, Stace, que eres tan testaruda como…

La asistente volvió a poner la regla en el registro anterior y verificó todos los números individuales.

—Kev, escribe esto —dijo. Había dejado de confiar en sus ojos cansados de ver cifras.

Él rezongó, pero cogió un bolígrafo.

—… siete, uno, tres, tres, seis, dos, nueve, dos, seis, nueve, uno.

—Sí —dijo él.

Stacey desplazó la regla y volvió a hacer lo mismo.

—Ahora escribe estos debajo de los otros: siete, uno, tres, tres, seis, dos, nueve, dos, seis, nueve, uno.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué me has vuelto a dar los mismos números?

—Kev, deja de hacer lo que estés haciendo y entra en las páginas de Heathcrest. Creo que, por fin, tengo algo.

Capítulo 88

—No estoy seguro de que esto signifique todo lo que quieres que signifique —dijo Bryant cuando estuvieron en el coche.

—Bryant, si el padre del niño sabía lo del bebé y estaba contento, ¿por qué diablos, cuando murieron su novia y su hijo, no salió a decir algo?

—Estaría aterrado, me imagino —dijo Bryant—. Estamos hablando de chicos. Lorraine tenía apenas quince…

—¿Y el hecho de que tuvieran planes para encontrarse esa noche no te hace pensar que el padre del niño podría estar involucrado en ese inoportuno accidente? Y, si vuelves a decir, «eran unos críos», te daré un puñetazo donde no se noten los cardenales.

Él se quedó mirando por la ventanilla, en silencio.

—Mira, Bryant, he querido protegerte de este hecho, pero los niños también hacen cosas malas. No tanto como los adultos, lo admito, pero deberíamos considerar la posibilidad de que…

—Es solo que no lo siento, jefa —dijo, tenso.

—Bryant, ¿te has marchado sin molestarte en decírmelo? Porque, en este momento, tus instintos se han ido de compras con tu señora.

—Existe la posibilidad de que el padre del bebé no fuera un niño. Qué extraño que los fondos para los estudios de ADN se hubieran agotado justo cuando tocaba tomar muestras a los adultos. Lorraine pasaba mucho tiempo con su entrenador. Había otros profesores que se pudieron haber aprovechado de una chica joven, una niña desconcertada que solo intentaba encontrar su sitio. Es repugnante, jefa, pero ocurre.

Kim abrió la boca para admitir que quizás tenía razón, pero el timbre del teléfono hizo que volviera a cerrarla.

Bryant volvió a mirar por la ventana mientras Kim ponía el teléfono en altavoz.

—Adelante, Stace —dijo ella.

—Jefa, creo que hemos encontrado algo interesante en esta lista de ADN. O sea, podría no ser nada, pero…

—Continúa, Stace —dijo Kim. Ya había aprendido a poner atención a las nadas de la asistente.

—Estaba verificando los perfiles de ADN de todos los niños, comparándolos con los del hijo no nacido de Lorraine, y uno de los registros está duplicado. Ahora bien, si hay que dar crédito a lo que dijo tu inspector jefe de detectives acerca de qué muestras se tomaron, debería de haber setenta y siete.

—¿Y cuántas hay? —preguntó Kim frunciendo el ceño.

—Setenta y siete, tal como él dijo —contestó Stacey—, solo que, si tomamos en cuenta el duplicado, parece que a uno de los niños le tomaron dos muestras.

Kim lo entendió.

—Y eso significa que a uno de los niños no le hicieron ninguna prueba.

Capítulo 89

Kim miró otro costoso coche pasar por delante, detenerse frente al edificio y dejar ahí a una nueva y engalanada pareja: vestidos de noche, esmóquines, pieles y joyas.

Se preguntaba, sin poder evitarlo, si el cambio de concierto a ceremonia conmemorativa habría modificado el vestuario previamente elegido por algunos de ellos. También suponía que, en la entrada, el grupo de prensa se lo estaba pasando en grande tomando fotografías de la élite local. Con precisión militar, cada coche se arrastraba hasta la entrada principal, donde unos chicos elegantes, formados en hileras, aguardaban para dar un paso al frente y abrir la puerta. Uno más aparecía junto a la ventanilla del conductor para darle a este indicaciones de dónde aparcar. A continuación, los invitados recorrían la alfombra roja entre luces decorativas que iluminaban el camino de entrada al colegio.

¿Qué parte de los actos de esta noche se dedicarían a la muerte de dos niños y una adulta? ¿Hasta qué punto el programa se había adaptado para dar cabida a los contratiempos? No dejaba de preguntárselo.

—Mira, Tom Cruise —dijo Bryant, que señalaba el siguiente coche de la cola, uno de longitud imposible.

Ella podía entenderlo. Había visto estrenos de Hollywood con menos pompa. Las luces exteriores, situadas alrededor del edificio, exhibían dibujos y un romántico resplandor amarillento en los muros de ladrillos. Cuatro reflectores iluminaban el campanario, a la derecha del edificio principal, y destacaban su gran altura.

—Creo que es él —dijo Bryant, con la mirada fija en el retrovisor. A Kim, el espejo lateral le mostró el pequeño Renault de Dawson encajado entre dos limusinas, como si estas lo estuvieran escoltando.

Dawson salió de la fila de coches y aparcó detrás de Bryant y

Kim.

—¿Qué es esto?, ¿los malditos óscar? —preguntó en cuanto se sentó en el asiento trasero. Kim y Bryant giraron en sus lugares mientras los coches seguían pasando a su lado—. Jefa, estos tíos saben que dos estudiantes y una profesora han muerto esta semana, ¿o no? —preguntó.

—Sí, pero ¿por qué perder la oportunidad de disfrazarse, eh? —dijo ella con ironía.

Dawson le ofreció las impresiones, pero Kim negó con la cabeza. No podría distinguir nada en la luz tenue del coche, además de que confiaba por completo en el juicio de Stacey.

—Desde luego, no podemos decir quién es quién, dado que aquí solo hay números, no nombres —explicó Dawson.

—Pero, con toda seguridad, alguien tendrá la lista de los nombres correspondientes, ¿no es así? —preguntó Kim.

Bryant estiró el cuello hacia el edificio.

—Podría apostar a que está por ahí, en alguna parte.

—De acuerdo —dijo Kim.

Pensó por un momento.

—Vale. Bryant y yo no podemos ocuparnos del pasado y el presente al mismo tiempo. Iremos a hablar con Thorpe mientras tú vuelves a intentar algo con los amigos de Sadie. Necesitamos saber si ha habido rumores acerca de que alguien abortó ilegalmente. El poema de Sadie confirma que ella sabía algo. Tenemos que resolverlo.

Se bajaron del coche y las tres puertas se cerraron de golpe al unísono. Dawson se dirigió a toda velocidad al edificio mientras ella se detenía para alzar la mirada y contemplar la imponente altura del campanario.

Capítulo 90

Stacey hacía lo posible por disimular que no estaba cabreada.

No era de las que se enfadaban, pero, que la mantuvieran lejos de los interrogatorios en esta etapa, cuando ella misma había descubierto el duplicado en los registros de ADN, le dejaban un amargo sabor en la boca.

—Maldito Dawson —dijo, y dio un puntapié a una de las patas del escritorio.

Su compañero se había llevado consigo tanto las impresiones como la gloria. En el fondo, ella era consciente de que su jefa siempre sabría quién había hecho el trabajo, pero esa noción no encajaba bien con su estado de ánimo.

Había pasado media hora analizando los archivos de Heathcrest en busca de una lista de estudiantes y tratando de empatar los números de matrícula con las impresiones de ADN. Había probado toda clase de palabras clave y criterios de búsqueda, pero, con más de trescientos mil documentos en el ordenador central, ni siquiera había podido extraer una lista de menos de cinco cifras.

La jefa le había pedido que empezara buscando cualquier escándalo en torno a alguno de los profesores hombres durante los tiempos en que Lorraine había estudiado ahí. Stacey podía entender por qué se lo estaba pidiendo. Era razonable pensar que, si una persona con autoridad había tenido una relación con Lorraine, las posibilidades de que lo volviera a hacer eran muy buenas.

Y esa era la explicación de lo fatal que lo hacía cada vez que ponía una mala cara. Su cerebro siempre estaba listo para ofrecer una equilibrada visión alternativa.

Se reclinó en la silla y se imaginó a Devon llegando del trabajo, quitándose los zapatos y poniendo la tetera. Solo ella podía haberse encontrado una novia adicta al té.

Cogió el teléfono para hacerle una llamada rápida. Seguro que

eso le levantaría el ánimo; pero el aparato empezó a sonar antes de que pudiera ponerle una mano encima.

—Wood —contestó.

—Agente, tengo una señora aquí abajo. Está buscando a Dawson —dijo Jack.

—Bien por ti —le dijo al sargento recepcionista.

—Dice que de verdad necesita hablar con él —insistió Jack.

—No está aquí, Jack —le explicó—. Estoy segura de que lo viste salir hace como media hora.

—No podría decirlo, pero esta mujer parece muy ansiosa y no está dispuesta a hablar con nadie más. Dice que Dawson la ha estado buscando, que se trata de Heathcrest, pero no está dispuesta a decir nada más.

Stacey frunció el ceño.

—¿Cómo se llama?

—Es la señora Forbes. No he podido sacarle nada más.

Stacey tenía ese nombre registrado en algún lugar del cerebro.

—Vale, voy para allá —le dijo, y colgó. La llamada a Devon tendría que esperar.

Stacey bajó las escaleras y apareció en la recepción.

Jack asintió en dirección de la única persona que esperaba ahí.

La señora Forbes estaba de pie cerca de las puertas automáticas. Tan cerca de ellas que el sensor, según pudo notar Stacey, no dejaba de intentar abrirlas. Un largo abrigo color camello descendía de sus hombros hasta sus tobillos. La mujer llevaba la cabeza cubierta con un gorro de lana gris, bajo el cual asomaba un par de centímetros de cabello rojo. O bien se arrepentía de haber entrado o estaba ansiosa por marcharse, y eso que aún no habían hablado.

—Señora Forbes —dijo Stacey con la mano tendida. Aún no estaba segura de quién era, pero el nombre le sonaba familiar, y Dawson, obviamente, había intentado hablar con ella—. Me temo que el sargento Dawson no está aquí en este momento. Soy su compañera de trabajo, la asistente de detective Wood. ¿Quiere venir conmigo?

La mujer dudó y echó un vistazo fuera antes de asentir.

—Un minuto, solamente. Mi esposo me espera.

—Por aquí —dijo Stacey, y guio a la mujer a lo largo del pasillo hasta la sala de interrogatorios número uno—. Aquí podemos

hablar. ¿Quiere un café, té, una bebida fría…?

—Nada, gracias, estoy bien.

Parecía cualquier cosa menos bien, pensó Stacey, que veía sus manos moverse y apretar y aflojar dentro de los bolsillos de la chaqueta.

La agente se sentó e invitó a la mujer a hacer lo mismo. Ella negó con la cabeza.

—Su compañero… fue a mi antigua casa. Fue a buscarme. Bueno, a Harrison, en realidad.

Por supuesto. Stacey lo recordaba ahora. Dawson la había llamado para pedirle que buscara otra dirección de la familia Forbes, pero ella estaba demasiado ocupada con los deberes que le había puesto la jefa como para poder ayudarlo. Harrison era el tercer niño que había salido de Heathcrest a mediados de año.

—Me llamo Katherine Forbes y soy la madre de Harrison.

—Gracias por haber venido, señora Forbes. No sé si sabe que estamos investigando…

—Estoy enterada —dijo, pero no añadió nada más.

—Mi colega ha estado muy interesado en los clubes secretos de Heathcrest y, en particular, en las razones que han llevado a algunos estudiantes a, aparentemente, desaparecer a la mitad del curso. Harrison es uno de ellos, señora Forbes. ¿Hubo algún tipo de incidente?

—Incidente —espetó al mismo tiempo en que su rostro parecía cobrar vida—. ¿Así es como lo llaman? ¿La vida arruinada de mi hijo es un incidente?

De inmediato, Stacey se sintió avergonzada de haberle causado tal molestia, pero, como no sabía exactamente qué había ocurrido, no tenía ni idea de lo que la mujer estaba diciéndole.

—Señora Forbes, no tengo ningún detalle de su…

—¿Su colega no fue a buscarnos por esa razón?

—Lo único que sé es que Harrison estaba en Heathcrest en un curso, pero no en el siguiente, y que mi compañero quería saber más al respecto. ¿Me puede decir por qué, señora Forbes?

—Porque lo placaron, agente, en el campo de *hockey*. Dos de sus compañeros le destruyeron las rodillas mientras practicaban un deporte.

Stacey bajó la guardia.

—Siento mucho oír…

—Dijeron que había sido un accidente —explicó la mujer, y se acercó un poco más. Al ver la rabia en sus ojos, Stacey volvió a acomodarse en su silla—. Los profesores y los niños. Un trágico accidente por jugar con demasiado entusiasmo. Mi hijo tiene dieciséis años y nunca más volverá a caminar sin ayuda.

—Pero, aún así, tiene…

—Sin las carreras de fondo, no tiene nada. Eran su pasión, eran su vida. Las lesiones fueron intencionadas, agente —dijo ella.

—¿Celos? —preguntó Stacey. Tal vez, uno de ellos quería sacarlo del equipo. La mujer negó con la cabeza—. ¿Y ustedes se mudaron de casa debido a…?

—Por supuesto que no. Nos mudamos por lo que aconteció después.

Stacey se enderezó. El chico había quedado discapacitado de por vida, y ¿había algo más?

—El día que recogimos a Harrison del hospital, tuvimos un accidente de coche. Estábamos a unos cuantos kilómetros de casa cuando una furgoneta blanca nos adelantó a toda velocidad y frenó en seco justo delante de nosotros. Nos empotramos contra su parte trasera. Si mi marido no hubiera disminuido la velocidad automáticamente, todos estaríamos muertos. Y esa era la intención. Nunca encontraron la furgoneta ni al conductor.

Stacey trataba de procesar lo que estaba escuchando.

La mujer se estremeció.

—Toda mi familia iba en ese coche.

—¿Me está diciendo, entonces, que todo esto ocurrió porque alguien estaba celoso de sus habilidades atléticas?

—Por supuesto que no. Fue un castigo.

—¿Por qué?

—Por haber rechazado el naipe.

—¿Rechazado el naipe? —preguntó Stacey. Ahora sí se sentía perdida.

—Por haber rechazado los grupos —explicó—. Le dejaron un as de picas en la cama. Él lo devolvió y dijo que no.

—¿Y? —preguntó Stacey, que ya sentía el pavor apoderarse de su estómago.

—Si usted estuviera enterada de lo que ocurre en ese maldito

lugar, sabría que nadie rechaza un naipe.

Capítulo 91

Kim llamó a la puerta y entró en el despacho del director Thorpe.

Fue recompensada con la molestia que marcó la cara del hombre antes de que una sonrisa comercial, labrada en la tolerancia, tomara su lugar.

—¿Están aquí por las honras fúnebres? —preguntó. Alisó con las manos la pechera del esmoquin, como queriendo dirigir la atención a su atuendo.

—No exactamente, señor Thorpe —contestó Kim, y se sentó.

Él vaciló antes de sentarse, pero el vistazo al reloj iba dirigido a ella.

—Desafortunadamente, en su escuela aún hay tres muertes no explicadas y un niño traumatizado en el hospital. —La franqueza de la detective iba dirigida a él—. Así que ¿qué puede decirnos de una joven llamada Lorraine Peters? —preguntó, y colocó las impresiones de ordenador sobre el escritorio.

La cara del director perdió algunos de sus colores, en tanto que sus cejas se fruncieron.

—Yo no… O sea… ¿Qué…?

Definitivamente, esa no era la pregunta que él había estado esperando.

—¿La recuerda? —preguntó ella. Él asintió, pero no tartamudeó más respuestas—. ¿Y sabe cómo murió esta chica?

Él asintió.

—Perdone, pero quiero que me diga cómo murió —aclaró Kim.

—Cayó en la piscina, si no recuerdo…

—No estoy segura de que caer sea el término correcto, pero sí, definitivamente terminó en la piscina, donde murió. De eso estamos seguros. ¿Sabía que estaba embarazada?

Él asintió, negó con la cabeza y volvió a asentir.

—Perdone otra vez, señor Thorpe, pero ¿qué respuesta es esa?

—preguntó Kim confundida.

—Lo siento. No lo sabía en ese instante. Lo descubrí después.

—Señor Thorpe, ¿sabe de alguna de sus alumnas que hubiera abortado ilegalmente? —preguntó.

El hombre parecía tan horrorizado como confundido mientras su cerebro intentaba seguir los cambios de dirección de las preguntas.

—Vale, más tarde volveremos con esto.

El cambio de tema había sido deliberado. El director estaba esforzándose mucho en tratar de adelantarse a lo que Kim diría a continuación acerca de Lorraine Peters, pero ella no lo quería tan prevenido. La actitud cautelosa le decía que Thorpe estaba ocultando algo.

—Señor, usted estuvo aquí al mismo tiempo en que murieron Lorraine Peters y su bebé. Y lo mismo podemos decir de Laurence Winters, Anthony Coffee-Todd, Graham Steele y el doctor Cordell. Todos eran picas al momento exacto…

—Yo no era pica —escupió con la cara henchida de amargura—. Detesto esos grupos.

—¿Pero sabe lo que ocurrió, o no? —presionó ella.

—No sé qué…

—Algo le sucedió a esa chica; algo que, de alguna manera, está vinculado con los sucesos de esta semana, y usted está protegiendo a alguien —lo acusó.

—No, lo juro —protestó—. Yo no haría eso. No sé lo que en realidad le ocurrió a Lorraine.

—Así que ¿le hicieron pruebas a usted o a algunos de los chicos —preguntó, y daba golpecitos a las impresiones— para ver quién era el padre del hijo no nacido?

—Por supuesto —dijo—. A todos.

El color que había abandonado su rostro ante la palabra «abortado» estaba de vuelta en sus mejillas como un maremoto.

—Señor Thorpe, ¿cómo de bien conocía a Lorraine Peters?

Él vaciló antes de contestar, y todo el fingimiento se borró de su cara.

—Inspectora, yo la conocía muy bien.

Capítulo 92

Dawson hizo un alto antes de llamar a la puerta cerrada.

Pasaron unos segundos hasta que abrió una niña a quien no conocía. Ella lo miró primero con desprecio, pero después inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Está Tilly por aquí? —preguntó él.

La niña le dijo que no con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo en que él oía la voz conocida.

—Madre santa, ¿otra vez usted?

Cuando Dawson se volvió para ver, se encontró a Tilly vestida de albornoz. La chica llevaba en las manos un neceser y su ropa.

—Ya se lo dije: soy demasiado joven para usted, así que…

—Maldita sea, Tilly —dijo él, y miró alrededor, a ver si alguien los estaba escuchando. Aunque fuera en broma, un comentario así podía arruinar su carrera.

Ella soltó una carcajada.

—Créame, en este lugar todos están tan ensimismados que, si uno no dice el nombre unido a la frase, ni siquiera la registran.

Reparando en su atuendo, él levantó la mano.

—Está bien, puedo venir más tarde.

Aun con otra chica en la habitación, Dawson, de ningún modo, se metería a hablar con una adolescente que no estuviera vestida como es debido.

—No hay problema —dijo ella, y se desató el albornoz.

Él protestó, pero entonces se dio cuenta de que Tilly estaba completamente vestida, con una falda corta negra, medias también negras y blusa de flores.

—Es solo que no quería que se me manchara la ropa mientras me maquillaba —explicó.

Por supuesto. Las niñas se estaban preparando para ir al homenaje.

—¿Podemos charlar? —preguntó él—. No te voy a entretener mucho.

—Por supuesto —dijo ella, y entró en el dormitorio.

—En privado —dijo él, y señaló con los ojos a las dos niñas sentadas en la cama.

Tilly les dirigió una mirada de disculpa. Ellas refunfuñaron y salieron de la habitación.

—¿Podéis dejar la puerta abierta, por favor? —les pidió Dawson —. ¿No piensan ir al homenaje? —preguntó tras haber notado que vestían vaqueros rasgados y camisetas.

Tilly negó con la cabeza.

—Ya era bastante deprimente como concierto, pero ahora es un homenaje fúnebre. —Frunció el ceño—. Mierda, he sido poco delicada, ¿verdad?

—Un poquillo —reconoció él, y se sentó en el borde de la cama de Sadie. Tilly, mientras tanto, se sentó al escritorio y ajustó el espejito hasta dejarlo en la posición correcta—. Y tú ¿por qué vas, entonces? —le preguntó. Incluso ella había admitido que no eran particularmente cercanas.

—Thorpe me lo ha pedido. Quería que una de las amigas de Sadie dijera algo. Soy lo más cercano que él pudo encontrar.

Por algún motivo, la conmiseración ensombreció a Dawson. Una niña de trece años había vivido tan desapegada de sus compañeros que había sido difícil encontrar a quien lamentara su muerte.

—Tilly, tengo que preguntarte algo —dijo él con seriedad—. Es confidencial y delicado, ¿vale?

Ella asintió con semblante pensativo.

—He oído rumores de que algunas niñas de este colegio han abortado ilegalmente. ¿Sabes algo al respecto?

El movimiento negativo de la cabeza fue tan inmediato como terminante, pero él no estaba atento a eso, puesto que buscaba el engaño en los ojos. Y captó que la niña, sin darse cuenta, miraba la cama de Sadie.

—No me estarás diciendo que Sadie…

—No —dijo enfática.

—Pero sabes algo, Tilly. Sé que lo sabes.

Otra vez, la niña negó con la cabeza.

—No lo sé, de veras, no lo sé. Es solo que estoy consternada. O

sea, ¿de dónde ha salido eso? ¿Qué lo hace creer que alguien ha abortado?

—Estas preguntas llegan unos segundos demasiado tarde, Tilly —dijo él con toda intención.

Ella negó con la cabeza y se lamió el labio inferior. Trataba de sostenerle la mirada para reafirmar su punto de vista.

Dawson se quedó pensando por un momento. Esta no era la chica confiada y segura con quien había hablado a principios de la semana. Esta niña parecía tener trece años. Y daba la impresión de estar asustada.

—Tilly, sé que te da miedo hablar de lo que no debes, pero necesito tu sinceridad. Alguien podría correr peligro, así que, si sabes algo…

—Cordell —dijo la niña en voz baja, sin despegar la mirada de la puerta—. Es una pica de hace mucho. Todas las niñas saben que es a quien tienes que acudir cuando estás en problemas. Sin importar cuán atrasada estés, él te libra del problema.

—Continúa —la instó con suavidad.

—Un día, la señorita Wade me llevó aparte para hablarme de un poema que había escrito Sadie. Me preguntó si se habría metido en algún lío que yo supiera.

—¿Lo leíste? —preguntó Dawson.

Ella negó con la cabeza.

—La señorita Wade le había dado el poema a alguien más para que lo analizara, pero me dijo que trataba sobre el aborto.

Tilly empezó a ruborizarse mientras se mordía el labio inferior.

—Cuéntamelo todo, Tilly —la exhortó gentilmente.

—Leí el diario de Sadie. Solo estaba tratando de ayudar —dijo como en culpable confesión—. Mi intención era decirle a la señorita Wade cualquier cosa que encontrara, lo juro. Solo quería asegurarme de que Sadie estuviera bien.

—¿Aún tienes su diario? —preguntó Dawson. Recordaba que seguía desaparecido.

—No, se lo prometo. Volví a ponerlo directamente en la mochila. Solo lo miré una vez, y casi con un ataque de pánico de solo pensar que podía entrar y pillarme.

—¿Y qué leíste, Tilly? —le preguntó.

—Lo suficiente para sumar dos más dos.

—¿Quién abortó ilegalmente?
—Creo que usted ya lo sabe.

Capítulo 93

—Teníamos la misma edad y yo era su compañero de estudios —dijo Thorpe. Se puso de pie y fue a la ventana—. Al principio, nos reuníamos en la biblioteca tres veces por semana.

Kim sintió un retumbo en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre.

—Sentí pena por ella la primera vez que llegó a Heathcrest. Una persona empujada a este ambiente, entre compañeros cuyo futuro en este colegio está señalado desde su nacimiento. Heathcrest no se tomaba bien las novedades. Las trataba como rarezas, y una chica traída de la escuela pública local era una verdadera rareza. —Respiró hondo.

»Estábamos en el mismo grupo de mate, una asignatura que a ella se le dificultaba, pero no a mí. Le ofrecí ayuda, así que nos reuníamos en la biblioteca para…».

—¿Cómo era? —preguntó Kim.

Él sonrió, pero estaba dispuesto a contestar.

—Triste, solitaria y ansiosa por encajar. Siempre pensé que el sueño de competir en la natación al más alto nivel era, más que suyo, un sueño de su madre. Pero no quiero que esto se malentienda; le encantaba el deporte. Solo alguien a quien de verdad le encanta lo que hace entrena al nivel de los competidores de campeonato, pero yo sentía que algo estaba absorbiendo su alegría.

»En su antiguo cole, la natación era parte de su ser. Tenía amigos, intereses, familiaridad, normalidad. Creo que todo eso cambió cuando vino aquí. Su vida entera empezó a girar en torno a la natación; era la única razón por la que estaba aquí».

—¿Las otras niñas no la querían? —preguntó Bryant.

Thorpe se volvió y se sentó.

—Entonces me di cuenta, y lo veo con más claridad ahora, cada

vez que empieza un curso nuevo. Se forman camarillas, las niñas se juzgan unas a otras, se constituyen grupos con líderes y seguidores, se evalúa la competencia. Lorraine comenzó a la mitad del curso. Los grupos ya estaban formados y no había lugar para nadie nuevo. Esa es una de las razones que me han llevado a afanarme tanto por erradicar de aquí, de Heathcrest, esos miserables clubes y sociedades de élite. Benefician a unos cuantos y degradan a la mayoría. Los chicos no elegidos ya se sienten inferiores, y eso se queda con ellos de por vida.

—¿Usted formó parte de esas sociedades? —preguntó la detective.

Él negó con la cabeza.

«Pero le habría gustado», pensó Kim.

—¿Molestaban a Lorraine? —preguntó Bryant.

—La ninguneaban, la aislaban. Creo que esa sería una valoración más justa —dijo con tristeza.

«No todo el mundo», pensó Kim. La niña estaba embarazada, así que alguien sí que le prestaba atención.

—¿Empezó a faltar a las reuniones de estudio igual que a los entrenamientos de natación? —preguntó ella.

—De vez en cuando, pero yo también. A veces me quedaba claro que, aunque ella estuviera ahí, estaba ausente. Cuando yo levantaba la vista de los libros, ella tenía la mirada perdida.

—¿Le preguntó qué le pasaba?

—Unas cuantas veces, pero no me decía nada.

Kim soltó un largo suspiro. Lorraine Peters había sido arrojada a un mundo que le era completamente ajeno. Sus viejas reglas habían dejado de servir. Aquí, en Heathcrest, no importaba cuánto empeño pusiera en el trabajo o cuán prometedora fuera como atleta; no encajaría nunca. Se había sentido miserable, sola y asustada, y alguien, aquí, se había aprovechado de todo eso; la había cortejado y, posiblemente, manipulado. Había arruinado su futuro. Y solo por follar con ella.

Kim no podía sustraerse a la idea de que, en cuanto encontraran al padre, encontrarían también al asesino.

Entornó la mirada.

—Director Thorpe, ¿fue usted el padre del bebé de Lorraine?

Sin dudarlo, él negó moviendo la cabeza.

—No, inspectora. No.
—Pero ¿estaba enamorado de ella? —lo presionó.
—Sí, sí, y probablemente todavía lo estoy.

Capítulo 94

Dawson se abrió paso entre los bastidores y el caos del homenaje fúnebre. Un coro de niños vestidos de negro parloteaba ruidosamente mientras dos niñas trataban de practicar con el violín.

De improviso, un chico elegantemente vestido pasó a grandes zancadas llevando un trombón. El sargento se detuvo en seco cuando vio que venía hacia él un personaje familiar con mochila en bandolera.

—Stace, qué demonios haces…

—Necesito hablar contigo —dijo ella, y se lo llevó consigo al borde de la habitación.

Él sacó el móvil.

—Para eso sirven estas cosas, Stacey —dijo mordaz.

—Sí, cuando están encendidas, animal —respondió ella.

Él revisó su teléfono. Maldita sea, otra vez se le había acabado la batería.

—¿Estás seguro de que este es un homenaje fúnebre? —preguntó Stacey.

Dawson la entendía bien. El nivel de emoción era palpable. Los niños corrían de un lado al otro, ansiosos por actuar, por ser el centro de atención y por impresionar a los profesores, a sus compañeros y a los padres.

Él negó con la cabeza. Aún no había oído una sola mención de los nombres de las víctimas.

—La señora Forbes ha ido a verte a la comisaría —dijo Stacey.

A Dawson, el nombre le sonó conocido.

—Harrison Forbes, el tercero de los niños que dejó el colegio a la mitad del curso.

—Ya —dijo él, y entonces abrió los ojos de par en par—. ¿Ha ido a la comisaría?

—Vaya que sí, y ella no ha firmado ningún acuerdo de

confidencialidad. Simplemente está aterrada de que alguien quiera dañar a su hijo otra vez —dijo Stacey—. Aparentemente, las cosas no terminan nunca cuando un niño rechaza…

—Epa, para ahí, Stace. ¿A qué te refieres con dañar otra vez? —preguntó Dawson.

Hasta el momento, había descubierto a una niña que había estado a punto de morir de un grave ataque de asma; a un adolescente a quien, después de que hubiera bebido agua casi hasta morir, lo mantenían vivo con respiración asistida, y ahora parecían confirmarse sus instintos con respecto a Harrison Forbes. Para ser un conjunto de clubes que, supuestamente, habían dejado de existir, iban dejando un montón de víctimas por el camino.

—Un accidente de *hockey* ha acabado con su carrera de corredor de fondo. Estará en una silla de ruedas de por vida. Justo el día en que la familia volvía de recoger a Harrison del hospital, una furgoneta blanca trató de sacarlos de la carretera. La mujer está aterrada de que las picas descubran dónde vive el chico. Se trata de ese maldito código de honor. Si te niegas a unirte, una mancha imperecedera…

—Mierda —dijo Dawson cuando los sucesos de la semana se alinearon con lo que salía de la boca de su compañera.

—¿Qué? —preguntó Stacey.

—Geoffrey —dijo él, y miró alrededor con apremio— Geoffrey Piggott rechazó el naipe.

Capítulo 95

—¿Crees, entonces, que Thorpe pudo haber asesinado a Lorraine en un arranque de celos? —Kim aclaró con Bryant mientras se dirigían a la sala de conciertos.

—¿Y tú no?

Kim negó con la cabeza.

—¿Detectaste algo de rabia mientras hablaba?

—Seamos justos: ha tenido unos cuantos años para calmarse.

Kim negó con la cabeza.

—Entiendo tu punto de vista, pero hablaba de sus sentimientos muy abiertamente —dijo.

Entraron al área de bastidores.

—¿Psicología inversa? —sugirió Bryant.

Kim se encogió de hombros. Era posible, pero ya no estaba escuchándolo.

—¿Has oído eso? —preguntó a su compañero después de hacer un alto.

—Eeee…, no, porque estaba hablando con… —Se calló en cuanto la llamada se oyó otra vez—. Pero ahora sí.

Justo a las puertas del área donde se estaba preparando el concierto, oyeron que alguien llamaba dos veces a Saffie Winters.

Kim irrumpió en la habitación y se dirigió al adulto que tenía más cerca, la asistente de Thorpe. Nancy llevaba consigo un portapapeles y tenía puestos unos cascos.

—Disculpe, ¿acaba de llamar a Saffie Winters?

—Sí. ¿La han visto?

La detective negó con la cabeza. Al instante, su estómago se hizo un nudo. Saffie era la estrella del espectáculo, el acto principal. Tendría que estar preparándose para su actuación.

Cogió a Nancy por el brazo.

—¿Ha estado aquí en algún momento?

Al sentir la mano de Kim, la mujer frunció el ceño.

—Quizás hace un rato. Me ha parecido verla.

—Bueno, ¿la ha visto o…?

Sus palabras se fueron perdiendo cuando miró inquisitivamente a Dawson y Stacey, que se dirigían hacia ellos. Nancy aprovechó la oportunidad para soltarse y, mientras se alejaba, iba murmurando algo inaudible. Kim pudo ver la ansiedad en los rostros de sus compañeros.

—¿Qué haces aquí, Stace? —preguntó Kim. Al recordar las palabras de Alex, había ordenado a la asistente que se ocupara de cualquier acto de violencia cometido por los chicos mayores de Heathcrest.

—Tenía algo que decirle a Kev sobre la familia Forbes.

Kim no tenía ni idea de a quién se refería ni de cómo eso podía relacionarse con la investigación, pero su prioridad, en ese momento, era una niña de dieciséis años que había desaparecido.

—¿Habéis visto a Saffie? —preguntó. Un muro de inquietudes seguía formándose en su vientre.

Dawson negó con la cabeza.

—No, jefa, pero creo que tenemos que encontrarla. Estoy casi seguro de que ella es la del aborto. Tengo la impresión de que Sadie lo sabía, que estaba furiosa con ella y que por eso escribió el poema.

Kim asintió. Eso era lo que todos habían empezado a sospechar. De algún modo, Kim siempre había sabido que esa niña era el centro de toda esta investigación, y ahora no la encontraban por ninguna parte.

—Vale, necesitamos…

—Jefa, y hay algo más: me parece que tenemos un niño en peligro.

—¿Otro?

Kim escuchó la explicación, lo que Stacey le había contado a Dawson.

—¿Y crees que este niño, Geoffrey, corre peligro por haberse negado unirse a las picas?

Él no lo dudó ni un instante.

—Después de lo que he averiguado esta semana, estoy absolutamente seguro.

A veces, Kim confiaba en los instintos de Dawson más que en los

suyos propios.

—Vale, Dawson, ve a buscar a este chico. Bryant, mira si Saffie está con alguno de sus amigos. Y tú, Stacey, quédate aquí, por si volviera a aparecer. Iré a preguntarles a sus padres si la han visto.

Giró para ver cómo su equipo se movía lentamente en diferentes direcciones.

—Ea, chicos —gritó—, manteneos a salvo.

Pero ninguno pareció haberla oído.

Capítulo 96

Kim entró en el salón de baile y recorrió con los ojos toda la habitación, entre esmóquines y vestidos de gala.

Junto a ella pasó una pareja. Se sentaron y empezaron a examinar el programa que les habían entregado en la entrada. Las sillas estaban dispuestas en dos cuadrados, a uno y otro lado del pasillo enmoquetado donde se hundían las botas de Kim. La detective calculó que el lugar estaría lleno a la mitad de observadores espléndidamente atendidos, ansiosos por que comenzara el espectáculo. Y eso estaba a punto de ocurrir en media hora.

En su recorrido por el pasillo, Kim miró primero a la izquierda, y después, a la derecha.

Los Winters estaban en la primera fila, del lado izquierdo, a un lado de la familia Coffee-Todd. Por supuesto, a estos padres se les había concedido el lugar de honor. El homenaje fúnebre estaba dedicado a sus hijos. Kim miró a su alrededor, preguntándose quién estaría ahí por Joanna.

Antes de hablar, hizo una señal de asentimiento a ambas familias.

—Señor Winters, ¿ha visto a Saffron? —preguntó.

Él sonrió tolerante.

—Se está preparando para actuar, agente. Tiene un solo.

—Eso entiendo —dijo Kim respetuosamente—, pero ¿usted la ha visto allí atrás?

Él negó con la cabeza.

—No la molestaríamos antes de una actuación tan importante. Necesita tiempo para recogerse y…

—¿Ni siquiera para desearle buena suerte? —preguntó Kim. Trataba de aquietar el pánico que la asaltaba.

Él frunció el ceño.

—Le he enviado un mensaje de texto para desearle mucha mierda.

—¿Y ella le ha contestado? —preguntó Kim impaciente.

Winters se echó la mano al bolsillo y, en todos los rostros, empezaron a registrarse alarmas. Las manos del hombre temblaban ligeramente mientras su dedo recorría la pantalla. Negó con la cabeza y sostuvo el móvil para que Kim pudiera verlo.

—De hecho, creo que ni siquiera lo ha leído.

Ella examinó la pantalla. Solo estaba la marca que decía que el mensaje había sido entregado, pero no el acuse de lectura.

El señor Winters guardó el móvil y su esposa se le aferró al brazo.

—¿Qué está ocurriendo, inspectora? —preguntó él.

¿Cómo diablos iba a hacerle esto a una pareja que ya había sufrido la pérdida de una hija?

—Señor, parece que su hija Saffron ha desaparecido. Nadie la ha visto por horas.

Capítulo 97

Dawson llamó una vez y entró.

—Epa, ¿qué…?

—¿Dónde está Geoffrey? —preguntó sin preámbulos y mirando la bien ordenada cama del rincón.

—¿Qué Geoffrey? —dijo un niño desde su cama, sin levantar la vista de su iPad.

Los otros dos chicos, que estaban en la cama cercana a la puerta, soltaron una carcajada y se dieron codazos entre sí.

—Geoffrey Piggott, vuestro compañero de habitación —rugió Dawson.

El niño del iPad se encogió de hombros.

—¿Y a quién le importa?

Dawson sintió todo el cuerpo encendido de rabia ante el tono de soberbia superioridad.

—A mí, joder —dijo, y avanzó hacia él.

Por fin, el niño apartó la mirada del juego. Su rostro juvenil se torció en una mueca.

—Qué bien, porque usted es el único.

Dawson se preguntó en qué etapa del programa escolar entraba la decencia; sin embargo, hasta él sabía que la crueldad de los niños no se limitaba a los privilegiados.

—Oiga, señor —dijo uno de los niños desde atrás—, si se preocupa tanto por él, cómprele unas pastillas para adelgazar.

Los otros rieron. El sargento tuvo una visión repentina de Geoffrey en este dormitorio. No era extraño que estudiara en un banco del gran vestíbulo. Cuando él estaba en el cole, tenía, al menos, la oportunidad de evadirse todos los días a las tres. Este niño no tenía escape.

Lo torturaban durante las clases; a veces, los propios profesores. También a la hora del recreo, si no encontraba dónde esconderse, y,

finalmente, cuando estaba de vuelta en su habitación.

—¿Os parece divertido hacerle la vida imposible?

—Sí —dijeron al unísono.

Dawson no detectó en estos chicos ni una pizca de arrepentimiento. Para ellos, era un elemento básico de la vida en el cole: ir a clases, ir a comer, molestar al gordito.

—Escuchad, panda de mierdecillas —dijo Dawson, volviéndose hacia los tres—. Rechazadlo todo lo que queráis, ahora que es el niño gordo y el blanco de vuestras bromas, pero, algún día, este niño hará con su vida algo extraordinario y, vaya, estaréis deseando haberle dado una oportunidad. Os reís de él para apartar la atención de vosotros mismos y vuestro lastimoso clan. Ah, y, para que lo sepáis, esta semana le han dado el as de picas, así que alguien más lo considera bastante especial.

Después de haber hablado en un lenguaje que los chicos podían entender, tenía, ahora sí, toda su atención. Por lo menos, sabían cuán influyente podía ser un miembro de esos clubes. Prefirió no añadir que el niño se había negado. Mientras los tres se preguntaban qué significaba para ellos este recién descubierto poder, la conmoción en sus caras era suficiente recompensa.

—Así que ¿dónde está?

—En el polideportivo —balbuceó el niño del iPad—. Dijo algo acerca de ir al polideportivo.

Dawson giró y salió del dormitorio. Daba cada paso con una sensación de urgencia.

Capítulo 98

—¿También yo debo ir? —preguntó el señor Coffee-Todd mientras los señores Winters se ponían de pie.

Kim abrió la boca para responder algo, pero el movimiento de cabeza y la mirada de advertencia de Winters le dijeron a Coffee-Todd que no.

Los tres salieron juntos al pasillo. Kim aminoró la marcha en consideración a la señora Winters y sus tacones de diez centímetros.

Thorpe y su esmoquin resplandeciente aparecieron en la puerta.

Al percibir la mirada de Kim, el director frunció el ceño.

—¿Inspectora, qué…?

—Saffron Winters ha desaparecido —dijo ella—. Nadie la ha visto por horas.

El rostro del hombre se relajó.

—Inspectora, en medio del caos de una gran producción, se entiende que la gente se extravíe por momentos. Estará concentrándose en algún lugar, probablemente.

—Gracias —dijo Kim, y lo rodeó. El tipo no tenía nada útil que ofrecer.

—¿Buscamos primero en su habitación? —preguntó la señora Winters. Llevaba el vestido levantado a unos centímetros del suelo para mantener el ritmo.

Kim dejó de caminar y negó con la cabeza. Era el primer lugar a donde Bryant habría ido. No tenía ningún sentido que todos buscaran en el mismo sitio. Se hizo a un lado para dejar que más parejas entraran en el salón.

—Pruebe a llamarla por teléfono otra vez —dijo.

La señora Winters marcó el número y se llevó el móvil a la oreja.

—Llama sin parar —dijo después de unos quince segundos.

—Maldita sea —dijo Kim, que trataba de pensar por encima del ruido.

Aunque la muerte de Lorraine Peters había ocurrido incluso antes de que Saffron naciera, Kim sabía que algo de la niña estaba conectado con las muertes de Sadie, Shaun y, probablemente, Joanna Wade.

Jugueteó por un momento con los problemas éticos de compartir lo que sabía, pero la situación lo justificaba. Se volvió a los padres de la chica desaparecida.

—Lo siento mucho, pero tengo que preguntarles esto: ¿Sabían ustedes que Saffron ha tenido un aborto recientemente? ¿Un aborto ilegal, por cierto?

La conmoción en los rostros de los padres no fue por la información en sí, sino porque Kim la tuviera.

—Sí, lo supimos, inspectora. Ella nos pidió que hiciéramos los arreglos, pero ¿cómo podría estar esto conectado…?

—Sadie lo sabía —dijo Kim—. Estaba enfadada. Escribió poemas relacionados con ello e intentó confrontar a su hermana.

Hannah se llevó la mano a la boca.

—Pero se lo ocultamos —dijo.

—Me temo que no —dijo Kim.

Por el momento, no tenía ni la menor pista de cómo se relacionaba todo esto con la muerte de una chica embarazada hacía veinticinco años, pero, de algún modo, sabía que existía esa relación.

Tuvo una idea repentina mientras miraba de un padre consternado al otro.

—Sé a dónde debemos ir —dijo de repente.

Mientras giraba y echaba a correr, pidió a Dios, por una vez, estar equivocada.

Capítulo 99

El gimnasio estaba justo debajo de los dormitorios de los chicos. A Dawson le llevó menos de cinco minutos llegar. Dio gracias a Dios por las horas que había pasado navegando por todo el extenso edificio.

Llegó justo cuando Philip Havers estaba cerrando las puertas.

—¿Dónde está Geoffrey? —le preguntó. Havers lo miró confundido—. Piggott —aclaró—, el chico gordo al que usted fastidia. —No hizo ningún esfuerzo por ocultar la antipatía que sentía por el profesor. No tenía tiempo para eso.

—¿Por qué habría de saber dónde está? —preguntó, haciendo caso omiso al comentario de Dawson.

—Porque venía hacia este lugar a buscar una llave o algo así.

Havers movió la cabeza de un lado al otro.

—No tengo ni idea de qué me habla. Ahora, si me lo permite, tengo que…

—No, no se lo permito —dijo Dawson, bloqueándole el camino —. No, hasta que me diga dónde está Geoffrey.

A Havers no le gustó mucho esa barrera física. En respuesta, sus fosas nasales se encendieron.

—¿Por qué le interesa tanto este niño en particular? ¿Le gustan los jóvenes…?

Dawson lo empujó contra la pared y lo retuvo ahí.

—Lo reto a que termine esa puta frase, Havers —le escupió—. Porque, a diferencia de usted, yo no soy de los que disfrutan intimidando a niños que no pueden defenderse, simplemente porque no son como a usted le gustaría que fueran; pero, hacer que se vuelvan unos contra otros… —Sus palabras se fueron perdiendo mientras, súbitamente, se percataba de algo—. Usted es quien mantiene funcionando a las malditas picas, ¿verdad? ¿Usted es el jodido Comodín? Su discurso sobre la pertenencia, las conexiones y

los vínculos de por vida. De verdad, Thorpe ha intentado acabar con esto y…

—No hay nada de malo en la sana competencia —soltó Havers—. Thorpe detesta los grupos solo porque nunca lo han invitado. Maldito cobarde. Es la supervivencia del más apto. Yo era el nueve de picas y eso nunca me hizo daño.

Dawson lo presionó con más fuerza.

—Usted pone a estos niños unos contra otros, los anima a odiar y a acosar en pro de su asqueroso proceso de selección. —Todo lo que había averiguado esa semana pasó volando por su mente—. El puto daño que ha provocado a estos chicos inocentes en nombre de la sana competencia —gritó—. Ahora, dígame dónde está —le dijo, sacudiéndolo.

Havers se mantuvo firme y negó con la cabeza.

Dawson se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Podría ocuparse de Havers más tarde.

—Volveré, maldito hijo de puta, pero le juro que, si algo le ha ocurrido a ese niño, haré de su vida un infierno.

Abrió el puño con que sujetaba la camisa del hombre y lo dejó ir.

Havers se alisó la camisa y sonrió.

—Podrá intentarlo, pero tengo amigos muy poderosos a un telefonazo de distancia.

—No lo librarán de esta, enfermo de mierda —le dijo. Cuando llegó a la puerta, se volvió—. Si haber sido el nueve de picas lo ha convertido en el hombre que es ahora, le aseguro que no le han hecho ningún favor.

Giró y echó a correr con la nítida sensación de que se le agotaba el tiempo.

Capítulo 100

—Pero ¿por… por qué habría de estar aquí? —preguntó temerosa la señora Winters cuando llegaron a la piscina.

A casi medio kilómetro del lugar que acaparaba toda la atención de esa noche, Kim ya no tenía ninguna necesidad de hablar a gritos.

—Usted ya la ha llamado por teléfono una docena de veces y no ha recibido respuesta. Y si los de mi equipo la hubieran localizado, ya me lo habrían dicho.

—Pero ¿por qué aquí? —insistió la señora Winters.

—Porque todo lo que ha estado ocurriendo esta semana está relacionado con algo que sucedió hace más de veinte años, cuando una niña llamada Lorraine Peters fue asesinada justo en este lugar.

La señora Winters se llevó la mano a la boca.

—La recuerdo —susurró el señor Winters—, pero ¿no fue un accidente de algún tipo?

La esposa los miraba sin saber de lo que estaban hablando, sin recordar nada.

Kim negó con la cabeza.

—No lo creo. Ahora, permanezcan detrás de mí —les advirtió mientras ponía la mano en el picaporte.

El señor Winters trató de adelantarse.

—No, inspectora, si mi hija está ahí, quiero…

Kim le dio un fuerte empujón y lo apartó del camino.

A eso se refería, exactamente. No tenía ni idea de lo que se encontrarían detrás de esa puerta, y no quería que ninguno de los padres se le adelantara. Había preferido no compartir con ellos sus temores por la seguridad de Saffie, cada vez más profundos mientras transcurría el tiempo y no recibía ninguna llamada de sus compañeros. La chica aún no había aparecido.

—Señor Winters, tiene que hacer lo que le he dicho —siseó.

Giró el picaporte. Se quedó quieta mientras la escena que tenía

delante se iluminaba.

Saffron Winters estaba atada y amordazada en el otro extremo de la sala de natación.

Un hombre apareció por las duchas.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —preguntó.

De inmediato, Kim se dio cuenta de que el hombre no se dirigía a ella.

Capítulo 101

—¿Has tenido suerte con Geoffrey? —preguntó Bryant después de encontrarse con Dawson en el pasillo, entre los bastidores del espectáculo. Tenía la esperanza de haber conseguido, al menos, un cincuenta por ciento de éxito.

Dawson negó con la cabeza.

—¿Y tú has encontrado a Saffron?

—No.

—Y no han venido por aquí —dijo Stacey cuando se reunió con sus dos compañeros en la entrada.

El director Thorpe llegó hasta ellos como un trueno.

—Agentes, ¿dónde está? —gritó.

—Señor, estamos haciendo todo lo posible para encontrarla —contestó Bryant.

—Vaya, espero que sea pronto —interrumpió—. Se supone que debe abrir el espectáculo dentro de diez minutos.

—Esa no es nuestra prioridad —lo cortó Bryant—. Eso no puede compararse con su seguridad física.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Thorpe, controlándose—. Pero solo creo que ha estado por ahí, tomándose un momento, y que no se ha dado cuenta de la hora que es.

—La jefa también la está buscando —explicó Bryant.

Él asintió.

—Sí, y, ahora mismo, los señores Winters están con ella. Han salido de aquí a toda velocidad —dijo antes de alejarse.

—Bien, he ahí la respuesta —dijo Bryant.

—¿Qué respuesta? —preguntó Stacey.

—No estaba seguro de ir a buscar a la jefa, pero, si se ha llevado a los Winters con ella…

—Ay, mierda —dijo Dawson, y consultó de repente su reloj.

—¿Qué? —preguntó Stacey.

—El campanario…

—Está justo en el otro extremo del edificio —dijo ella.

—Y ahí es donde se supone que Geoffrey Piggott debe estar, a las ocho en punto, para tocar la campana que da comienzo al concierto.

Los tres intercambiaron miradas mientras evaluaban las consecuencias en caso de que los instintos de Dawson estuvieran en lo cierto.

—Mierda —dijeron al unísono, y echaron a correr.

Capítulo 102

Laurence Winters cerró la puerta y se situó enfrente.

—Graham, ¿qué diablos estás haciendo? —preguntó.

Kim se encontró inmersa en el odio puro que iba de un lado al otro de la piscina, entre el padre y el psicólogo del colegio. Al mirar a todos, se dio cuenta de que ella era la única que parecía consternada.

—Estoy terminándolo, Laurence —dijo Graham, y tiró de Saffie hasta ponerla de pie. La niña gritó, pero la mayor parte del sonido fue absorbida por el material que tenía en la boca. En sus ojos brillaba el terror.

«¿Qué demonios estaba terminando?»

Frenéticamente, Kim trataba de poner todo en su lugar. Graham y Laurence habían sido picas al mismo tiempo, hacía veinticinco años, pero ¿qué tenía esto que ver con Lorraine Peters y los homicidios de Sadie y Shaun? ¿Era Graham el padre del hijo de Lorraine? ¿Quizás Laurence la había asesinado y Graham tenía intenciones de usar a su hija para vengar esa muerte?

Pero, ¿por qué veinticinco años después? No tenía sentido.

Joanna le había dado a Graham el poema del aborto para que lo descifrara y lo explorara con Sadie. El psicólogo había fingido que no lo había entendido, y Joanna, entonces, se lo había pedido de vuelta para mostrárselo a Kim la noche de su muerte.

Súbitamente, la detective se dio cuenta de que Graham había sido capaz de decirles muchas cosas acerca de la intimidad de Sadie, a pesar de que la niña nunca se abría en las sesiones.

Graham Steele tenía el diario de la niña.

Por la propia Joanna, Graham Steele y Thorpe sabían que ella había enviado a Christian Fellows a buscar a Shaun Coffee-Todd.

De repente, el psicólogo sacó del bolsillo una navaja automática y la abrió.

La puso en la garganta de Saffie. La niña soltó un grito.

Hannah jadeó y fue hacia ella.

—No te acerques o la degüello, lo juro.

—Graham, estoy segura de que podremos resolver todo esto si deja ir a Saffie —dijo Kim.

Él la miró como si apenas se hubiera dado cuenta de que estaba en el mismo espacio que ellos. La desdeñó con la mirada y se volvió hacia Laurence Winters.

—No mereces ningún hijo, cabrón, después de lo que has hecho.

Una vez más, Kim se dio cuenta de que era la única persona en esa habitación que no tenía ni idea de lo que estaba aconteciendo. Sabía que todo lo que había ocurrido tenía que ver con la muerte de Lorraine Peters aquí, en esta misma piscina, hacía veinticinco años.

—Mírate nada más, hijo de puta. Miraos —dijo, incluyendo a Hannah en su rictus de desprecio—. Mirad la vida que habéis llevado. Tan encantadora y tan perfecta vida, tan llena de prerrogativas con vuestra pequeña y feliz familia. La pareja de oro de los cojones. Ahora ya no eres tan jodidamente feliz, ¿verdad Laurence?

—¿Usted mató a Sadie? —preguntó Kim, y avanzó un paso a lo largo de la piscina. Se daba cuenta de que él solo tenía ojos para Winters.

—Claro que yo la maté —clamó sobre la cabeza de Saffie—. Y ahora voy a matar a esta, y entonces podremos hablar de un triplete.

Las piezas empezaban a encajar en la cabeza de Kim como una explosión reproducida en reversa. Lorraine no se había acostado con Graham, como había creído al principio.

Se volvió hacia Laurence Winters.

—¿Usted era el padre del bebé de Lorraine? —dijo.

Antes de que llegara la respuesta, Kim notó la mueca de disgusto en la cara de la esposa. Kim tenía razón: Hannah lo había sabido. Todo el tiempo había sabido lo de estos dos.

Ahora, los cuatro estaban alrededor de la piscina donde Lorraine había encontrado la muerte.

Kim habló a Graham.

—Pero ¿usted la empujó? —dijo—, ¿la empujó a una piscina vacía?

Él no dijo nada. Seguía mirando a Laurence. Y ella también.

—Laurence, usted sabía que ella estaba embarazada de usted y convenció a Graham de empujarla. Sabemos que ella, esa noche, iba a reunirse con el padre de su bebé. Empezaría a decirle a la gente que el hijo era de usted.

Laurence siguió tozudamente callado. Pero no Graham.

De todos modos, él no la miró mientras hablaba; solo a Laurence Winters.

—Era mi novatada en las picas, ¿no es así, hijo de la gran puta? Querías gastarme una broma. Eso dijiste. Dijiste que una niña te estaba poniendo nervioso, que te acosaba, que te molestaba. Era darle una lección, era hacerla sentir estúpida para que te dejara en paz.

Kim podía percibir la emoción en el rostro del psicólogo, su angustia.

A pesar de lo que había hecho, había algo que él no sabía. Algo que Keats había detectado mientras revisaba las notas de la autopsia de Lorraine y que ahora brillaba en su mente, con toda claridad, al recordar la conversación que había tenido con el exnovio de Saffie.

Kim sabía que no podía abalanzarse de repente para salvar a la niña. Estaba demasiado lejos. Para cuando llegara, la navaja ya habría cortado la garganta de Saffie. En su mente empezó a tomar forma un plan. Les tenía una sorpresa. Si tan solo pudiera acercarse lo suficiente para entregarla…

—Me dijiste que me escondiera detrás del trampolín —continuó—. Dijiste que era ahí donde os veíais siempre. Me dijiste que dejara las luces apagadas y que simplemente la empujara al agua. Y yo había bebido una copa; estaba nervioso, quería hacerlo bien. Era el nuevo y quería ser una pica. Tenía que haberme dado cuenta de que no había agua en la piscina. Tenía que haberlo notado —dijo con rabia.

Avanzó un paso.

—¿Y usted lo hizo? —preguntó Kim.

—No sabía que la piscina estaba vacía, no sabía que ella estaba embarazada.

Kim avanzó otro paso y la navaja se movió más cerca de la garganta de Saffie.

—He soñado cada noche con ese bebé, con esa criatura inocente

a quien maté por tu culpa. La imagen de esa vida que destruí ha convertido mis sueños en una tortura.

»Pero tú has tenido una vida feliz. Ni una vez has pensado en Lorraine ni en tu hijo. Estás encantado de haberte deshecho de ellos. Has vivido libre de culpas mientras que yo he cargado con todas. Mi vida se arruinó porque tú querías joder al nuevo…

—Graham —gritó Hannah.

Kim dio otro paso.

—Ay, Hannah, vete a la mierda. Tú lo sabías todo. Erais la pareja dorada. El rey de picas y la reina de corazones. Erais el uno para el otro. Ambos inteligentes, guapos, bendecidos, ricos. Una pareja verdaderamente llena de poder y con un futuro brillante y color de rosa. Solo que a Laurence le apetecía una pareja de clase baja, ¿o no?

—Pero ¿por qué a Shaun? —preguntó Kim mientras avanzaba otro paso hacia su objetivo. Pero ya sabía la respuesta: El niño que había aportado la muestra doble de ADN era ahora el padre de Shaun.

—Porque ese cabronazo lo encubrió. Se las arreglaron para intercambiar muestras y que a Laurence nunca lo descubrieran. Eso es lo que hacen las picas.

Kim dio otro paso.

—¿Y por qué no se entregó, Graham? —preguntó.

—Me amenazó. Dijo que iba a jurar que yo me había puesto celoso y había matado a Lorraine en un arrebato. Cordell y los demás lo iban a respaldar. Dijo que yo era una pica y que mi vida y la de mi familia serían un infierno si decía la verdad. Dijo que podía hacer lo necesario para que mi padre perdiera el trabajo o algo peor; y mi padre era obrero en la línea de montaje de Rover. Yo estaba aquí con una beca. Me dijo que había picas en todos lados.

Kim se quedó mirando la cara de Saffie. Los ojos de las dos se encontraron. La detective hizo un leve gesto con la cabeza.

Saffie parecía confundida.

—¿Así que mató también a su hija? —preguntó Kim.

—Esta gente no merece hijos. Y estos dos, ciertamente, no merecían a la pobre de Sadie —dijo enfurecido.

La punta del cuchillo se encontró con el cuello de Saffie. Apareció una gota de sangre.

La niña hizo un gesto de dolor, pero no gritó; había que reconocérselo. Con el contacto visual sostenido, Kim trataba de tranquilizarla mientras daba otro paso más hacia su lado.

—¿Sabe lo que han hecho, o no? —dijo Graham, dirigiéndose a ella por primera vez.

—Sí, sé que Saffie ha tenido un aborto recientemente —dijo Kim.

—Un aborto ilegal —dijo él—. Otro bebé muerto a manos de estas personas. Y no se equivoque: era un niño. No pueden seguir decidiendo qué niños deben vivir y cuáles deben morir mientras los suyos permanecen intactos.

Kim vio que las lágrimas empezaban a rodar por las mejillas de Saffie. Lo que originalmente había malinterpretado como desapego, falta de interés y frialdad, era, en realidad, dolor y luto por el hijo muerto. Eric, el novio, seguramente había terminado la relación después de descubrir lo que ella había hecho.

Eso explicaba el dolor y la repugnancia que había observado en los ojos del chico.

—Es demasiado joven para ser madre —gritó Hannah.

—Tuvo que haberlo pensado antes de abrirse de piernas. Pero no la culpo. Os culpo a vosotros. Vosotros hicisteis los arreglos para que fuera a abortar con Cordell. Pensasteis que la ley no podía tocaros. Las picas os protegen. La justicia jamás caerá sobre vosotros, pero yo sí puedo.

Las lágrimas, que corrían abiertamente por las mejillas de Saffie, caían en cascada desde su barbilla. A Kim no le quedó la menor duda de que el aborto no había sido elección de la chica. Ahora entendía por qué se había negado a ir a casa tras la muerte de Sadie. En este momento, no podía soportar verse rodeada de la gente que la había obligado a deshacerse de su bebé.

Pero Kim necesitaba que Graham siguiera hablando para continuar su viaje alrededor de la piscina. Tenía una sola pieza en su arsenal y debía usarla en el momento perfecto.

—Fue usted quien le envió los mensajes a Monty Johnson. Fue usted quien le dio la bienvenida de vuelta al grupo a cambio de que asesinara a Joanna Wade —dijo Kim—. Cuando ella le pidió el poema, usted sabía que era para dármelo a mí y que, con eso, yo reconocería lo que había puesto en marcha todos estos sucesos.

—Ustedes dos parecían muy unidas —dijo, mirando hacia la detective.

—Christian lo vio, ¿no fue así? —preguntó Kim—. Él vio algo cuando usted estaba asesinando a Shaun en los vestuarios. Usted lo metió en la conserjería y lo colgó, y lo dio por muerto. Qué cabrón. Él no había hecho nada malo —gruñó.

—El cabrón no soy yo —dijo, y miró a Laurence Winters, cuyos ojos estaban fijos en su hija—. Él es la causa de todo esto. Todo ha comenzado con él.

Kim sabía que debía recuperar la atención de Saffie. La niña debía estar lista para reaccionar en cuanto se diera la oportunidad, y Kim era consciente de que habría solo una.

Dio otro paso hacia un lado.

—¿Y la culpa por haber matado a ese bebé, hace todos estos años, ha sido el catalizador de los homicidios? —preguntó Kim.

Él asintió.

—Ese suceso ha marcado toda mi vida, mientras estos han seguido alegremente con la suya, ajenos a mi tortura, a la culpa con la que he vivido durante veinticinco años. Que yo haya acabado con una vida, con dos vidas y…

—Solo que no ha sido usted —dijo Kim. Finalmente, había llegado a su objetivo—. ¿O sí, señora Winters?

Capítulo 103

Hannah miró a Kim directamente a los ojos.

—¿De qué habla? —preguntó.

La detective recordaba todo lo que había asimilado de Keats acerca de la muerte ocurrida veinticinco años atrás: las marcas alrededor del cuello que no encajaban con el hecho de que Lorraine había sido empujada a la piscina.

Por primera vez, notó aturdimiento en el rostro de Laurence Winters, y supo que tenía razón.

Se daba cuenta de que Laurence no habría sido capaz de bajar al fondo de la piscina para acabar con Lorraine. No había tenido la osadía de hacerlo desde el principio, y por eso había engañado a Graham. Por lo tanto, cuando el plan fracasó, no tuvo el temperamento que hacía falta para terminar los deberes.

Y Fue Hannah quien advirtió a Alistair Minton de que se alejara de Saffie. El chico le había dicho a Kim que la despiadada era la madre.

—Graham no mató a Lorraine. Fue usted.

Kim miró hacia Saffie, quien se había alejado del psicólogo en los primeros segundos de confusión. La chica tropezó y cayó, pero Graham ya no la estaba vigilando. Saffie se arrastró por el suelo embaldosado hacia Kim.

—Usted la empujó a la piscina vacía, Graham, pero Lorraine no murió. No hasta que Hannah Winters bajó para terminar el trabajo, solo para asegurarse. Nada acabaría con la pareja poderosa.

Graham se tambaleó hacia delante.

—No, no, no…

—Sí, Graham. Ella, a sabiendas de que usted no la había matado, lo ha dejado sufrir durante estos veinticinco años. Hannah la asesinó estrangulándola con sus propias manos.

Laurence tenía la mirada fija en su zaherida esposa, entumecido

por la conmoción.

—¿Hannah? —preguntó lleno de dudas.

Ella, aguijoneada por el horror en la cara de su esposo, endureció la mirada.

—Uno de los dos tenía que asegurarse de que estuviera muerta —soltó—. Nunca nos habría dejado en paz. Habría tenido a ese niño y estaría atada a nosotros por el resto de nuestras…

Sus palabras se perdieron cuando Graham empezó a correr hacia la pareja que había arruinado su vida.

Laurence Winters se interpuso en el camino del toro furioso, un Graham que no veía más que a la mujer que lo había dejado pudrirse en su propia culpa. Con la mirada fija en ella, los ojos del psicólogo irradiaban rencor.

Kim se lanzó hacia ellos, aunque sabía que no tenía tiempo.

—Noooo… —gritó Hannah cuando la navaja se clavó en el tronco de Laurence y se deslizó sin esfuerzo alguno.

De inmediato, la sangre empezó a manchar el esmoquin blanco.

Inmóvil, Hannah miraba a su esposo doblarse hasta el suelo.

Graham se quedó clavado en su sitio, con la navaja chorreante en la mano.

Ya con Laurence en el suelo, el camino hacia el verdadero objeto de sus rencores había quedado despejado. Dio un paso adelante.

Cuando giraba la navaja para apuntar hacia Hannah, Kim pudo cogerlo de la muñeca. Él se revolvió, entonces, lanzando cuchilladas alrededor, pero ella alcanzó a esquivarlo.

—Démela, Graham —lo instó.

En un intento por aflojar el agarre de la navaja, Kim apretó la empuñadura con los dedos de la mano que le quedaba libre.

Hannah se acercó a su marido, que se retorcía en el suelo, mientras Graham la miraba con ojos asesinos.

—Graham, deme la navaja —volvió a decir Kim.

Él se libró de ella con facilidad. No estaba escuchando ni mirando nada, excepto a la mujer que se inclinaba hacia el suelo.

Kim sabía que el hombre estaba lejos de cualquier idea lógica. Todo el que se interpusiera entre él y su objetivo terminaría lastimado.

Tres pasos más y estaría encima de Hannah.

La detective pensó rápidamente en dos lugares donde los

varones son igual de vulnerables, independientemente de su tamaño. El primero no le servía para nada, puesto que el frente de este hombre quedaba del otro lado.

Levantó la pierna derecha y le propinó una fuerte patada en las corvas.

Él tropezó y cayó hacia delante. La navaja repiqueteó en las baldosas.

Kim se abalanzó sobre su espalda y se montó en él como en un caballo. Tenía que evitar que siguiera haciendo daño. Se sintió impulsada hacia arriba cuando Graham trató de quitársela de encima. Ella lo agarró con fuerza por la chaqueta. Tenía que apoderarse de la navaja y, si iba a tener alguna oportunidad, sería mientras él estuviera en el suelo.

Se lanzó hacia delante y le cayó a media espalda. El psicólogo había vuelto a poner la mano en el cuchillo. Kim se inclinó hacia delante hasta cubrirlo y le hundió los pechos en la nuca.

Apretó el puño de Graham y lo usó para golpear el suelo.

El psicólogo pegó un grito y extendió los dedos.

Kim pudo, entonces, darle un empujón al cuchillo hasta dejarlo fuera de su alcance. Él se puso de rodillas y consiguió que la detective cayera de espaldas sobre las baldosas. Graham levantó la mano lastimada y se irguió sobre ella, a la altura de sus rodillas, a horcajadas. Pero Kim subió una pierna y le dio una fuerte patada en los genitales.

El hombre se derrumbó y le cayó encima.

Aunque la carga la había dejado sin aliento, la detective aprovechó la oportunidad para zafarse de él. Cerró la mano y, con todas sus fuerzas, le dio un puñetazo en el rostro. El dolor se disparó en sus nudillos y le llegó hasta la muñeca.

De la nariz de Graham brotó un chorro de sangre. Los ojos del hombre se pusieron en blanco en un viaje hacia la inconsciencia.

Kim se volvió y vio que Saffie señalaba con el rostro la mano del hombre.

Tardó tres segundos en entenderla.

Hannah Winters había desaparecido y, con ella, la navaja.

Capítulo 104

Kim se inclinó sobre Laurence Winters, quien se apretaba el vientre con las manos. El gran torrente de sangre había disminuido, y, por los sonidos del hombre, la detective sabía que su vida no corría peligro. Sobreviviría, y también Hannah Winters, siempre y cuando ella pudiera hacer algo.

Le quitó la mordaza a Saffie.

—Saffie, ¿estás bien? —preguntó.

—S… sí, pero mi padre… —dijo mientras iba hacia él.

—Estará bien —dijo Kim.

Cogió a Saffie por las muñecas y le soltó las vendas con que la habían atado.

La chica se dejó caer al suelo junto a su padre.

—Papá. Papá, soy yo —dijo con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Coge su teléfono y llama una ambulancia —le gritó Kim. Ya estaba ligando los pies de Graham. Enseguida, amarró las muñecas del hombre a la barandilla metálica de la piscina.

»Está bien atado», dijo, y sacó su móvil. Le vendría bien una mano ahora mismo.

Gruñó al ver que la pantalla estaba rota. No respondía a sus dedos. Debió de haberse roto cuando Graham le cayó encima.

Maldita sea, no podía perder más tiempo.

Kim miró a la angustiada niña, que acunaba la cabeza de su gimiente padre, pero tenía que ir tras la madre.

Activó la alarma de incendios y salió corriendo por la puerta. De inmediato, como una explosión en los oídos, empezó a sonar la sirena; pero era la manera más rápida de conseguir ayuda para Saffron y su padre. Sí, la chica podía esperar el auxilio de quienquiera que respondiera a la alarma de incendios, pero cada segundo ponía espacio entre Kim y una mujer emocionalmente

perturbada que blandía una navaja de diez centímetros.

Miró hacia el pasillo y vio el destello del vestido plateado desaparecer tras una esquina.

Y, aunque iba por su propia cuenta, entendía hacia dónde se dirigía Hannah Winters.

Capítulo 105

Kim oyó los sollozos en cuanto abrió la puerta que daba al tejado. Encontró a la mujer a la izquierda de una claraboya. La navaja estaba en la repisa, junto a su mano.

—No hay a dónde ir, Hannah —le dijo.

—No se me acerque —dijo la mujer, sin volverse.

Kim no le hizo caso y dio un paso tan silenciosamente como pudo. En la mente retorcida de Hannah, el tejado era un vínculo con Sadie.

—Todo se ha acabado —dijo en voz baja—. Sadie está muerta, Laurence está muerto, Saffie me aborrece.

Kim tenía que haber adivinado que sus únicos lamentos serían por sí misma.

—Laurence no está muerto —dijo Kim que, con la voz, pudo encubrir el sonido de un paso más.

Kim la vio afirmar con la cabeza.

—Bien, pero no es que importe. Usted vio su mirada. No importa que haya sido él quien lo planeó, que haya sido yo quien se asegurara de que sucediera. El problema es que nunca se lo dije. Lo dejé sufrir la culpa por esa muerte.

—¿Ese fue su castigo por acostarse con ella? —preguntó Kim mientras se acercaba un poco más.

Ella negó con la cabeza.

—No, ese fue su castigo por amarla.

Se volvió y Kim pudo ver la emoción en sus ojos.

—¿Usted cree que, de haber sido un polvo insignificante, yo habría hecho lo que hice?

Hannah se volvió al cielo estrellado, con los dedos dando golpecitos en la navaja.

—¿Y valió la pena? —preguntó Kim—. Todos los secretos, las mentiras… ¿Valió la pena el asesinato de una joven y su hijo

nonato?

—Como lo que usted piensa me importa un comino, diré que sí. Laurence y yo pasamos juntos veinticinco fabulosos años.

—Pero su hija está muerta por lo que hicieron.

—Mi hija está muerta por lo que hizo mi esposo. Graham ni siquiera sabía de mí hasta que usted se lo dijo.

—¿Y qué me dice de Saffie? ¿No vale la pena vivir por ella? —preguntó Kim, dando otro paso. Ya estaba cerca.

—Nunca más volveremos a ser cercanas. No después de que ella se haya enterado de lo que hice; sobre todo, tras el aborto. Ella quería conservar al bebé y yo la obligué. Eso es suficiente para que nunca me perdone.

—¿Por qué la obligó? —preguntó Kim.

—Por su carrera. Una famosa concertista de piano no viaja por el mundo con un bebé a cuestas.

—¿Y por qué darle tanta importancia a su brillante carrera? ¿Por qué no buscar solo su felicidad? ¿No era suficiente?

—Porque yo tenía que demostrarle a él que había valido la pena —dijo simplemente.

Kim lo entendió de pronto. Hannah sabía que, en aquel tiempo, Laurence había amado en secreto a Lorraine, así que ella siempre había tratado de competir contra una muerta. Y eso incluía darle a su esposo hijos que lo hicieran sentir orgulloso.

—Habría sido más fácil competir con ella si todavía estuviera viva —observó Kim.

Los muertos no meten la pata.

—Quizás usted tenga razón, pero nunca lo sabré.

Se volvió hacia Kim, que ahora estaba a su lado. Sus miradas se encontraron.

—Le dije que se mantuviera alejada —dijo secamente. A esta mujer le habían exprimido todas las emociones.

Lo que quedaba era algo plano, vacío, carente de cualquier sentimiento.

—Ya no me queda nada —dijo, y agarró a Kim por los hombros —. Y todo es culpa suya.

Kim no tuvo tiempo de reaccionar cuando Hannah ya se había lanzado por un lado del edificio, llevándosela consigo.

Trataba de soltarse mientras atravesaban el aire trabadas en un

abrazo enfermizo.

El vestido plateado de Hannah resplandecía en el viaje hacia el suelo.

Capítulo 106

El suelo las golpeó como un tren a toda velocidad, pero algo en el pecho de Kim amortiguó el impacto. Estaba sin aliento; no obstante, viva.

Debajo yacía el cuerpo de Hannah Winters.

De pronto, recuperó el sentido. Por completo.

Gritó cuando un dolor agónico recorrió todo su cuerpo. Sentía cada hueso y cada músculo protestar dando alaridos. Trató de apartarse de Hannah, de quitarle a la mujer el peso que aprisionaba su pecho. Tenía que hacer el intento de ayudarla, aunque sabía que era demasiado tarde.

Al tratar de mover la pierna izquierda, un dolor cegador la invadió entera y sus ojos se llenaron de estrellas.

Pero tenía que hacer el intento por moverse. Apoyó los antebrazos en el suelo y trató de usarlos para desplazarse.

Cada palmo le provocaba destellos agónicos y oleadas de náuseas.

Levantó la mirada para pedir ayuda a gritos. Fue en ese momento cuando los vio.

Sus tres compañeros iban entrando al campanario.

Capítulo 107

—Por Dios, Dawson, más despacio —dijo Bryant, por delante de Stacey, al sargento que dirigía la carga en fila india por la estrecha y sinuosa escalera de piedra.

Bryant estaba convencido de que llevaban horas ascendiendo. Cuando miró hacia arriba, pudo ver que estaban a punto de llegar.

—Geoffrey —volvió a gritar Dawson, ahora que estaban más cerca.

A Bryant le pareció oír alguna clase de gemido como respuesta.

—Aquí está —gritó Dawson.

Bryant notó el alivio en la voz de su compañero. Gracias a Dios, el niño estaba probablemente aterrado por la oscuridad y simplemente trataba de orientarse para bajar las escaleras. En secreto, pensó que Dawson había reaccionado en exceso ante los riesgos que amenazaban al chico. Le parecía un despropósito que Geoffrey corriera peligro de muerte por haber rechazado cierto club escolar. Ansiaba por estar nuevamente abajo y bautizar a Dawson con un nuevo apodo: reina del drama. Ya verían cuando su jefa supiera que habían subido un millón de escalones para salvar a un niño de tocar la campana.

Vaya, cómo le gustaba decirle a este chico que estaba equivocado.

Dio los últimos pasos con una sonrisa, algo de buen humor para aliviar el ácido láctico que le quemaba los muslos.

—Oye, reina del…

—Joder —dijo Dawson cuando encendió la linterna en medio del espacio.

«Mierda», pensó Bryant, y tragó saliva. Después de todo, su compañero no se había equivocado.

Capítulo 108

Satecy se reunió con sus compañeros y también iluminó la habitación con su linterna.

Tres haces de luz convergieron en la figura de un niño arraigado en el lugar.

Dawson iluminó el suelo.

—No deis un paso más —les advirtió.

Las duelas habían cedido. El niño estaba de pie encima de una delgada viga de madera en el centro mismo del espacio. Los detectives habían hecho el ascenso en unos cuatro minutos y nadie había pasado junto a ellos. Stacey no podía saber cuánto tiempo llevaba el niño guardando un precario equilibrio en ese único tablón, pero adivinaba que la pieza no resistiría mucho más.

—No te muevas, Geoffrey —dijo Dawson.

—Va… vale —tartamudeó el niño, que se agarraba del borde de la campana.

Stacey sabía que, en cuanto la viga se rompiera, el chico no podría quedar colgado de ese borde. Bajo los pies de la propia asistente, lejos del centro, las duelas daban la impresión de ser sólidas y estables, pero ella estaba a metro y medio del profundo hueco que había bajo los pies de Geoffrey. Y ese hueco era una caída hasta el fondo de la torre.

—Ayú… deme —susurró el niño.

El miedo en esa voz fue como una patada en el vientre de Stacey.

—Quédate quieto, nada más —lo aconsejó Dawson con calma—. Te prometo que te vamos a bajar de ahí.

Stacey se maravilló de la voz firme de su compañero. Hasta ella podía ver que no había forma de alcanzar al chico. Cada paso al frente significaba arriesgar la vida de Geoffrey, además de las suyas.

Bryant ya estaba al teléfono con los bomberos. A menos de que

estuvieran esperando a la vuelta de la esquina, no había mucho que pudieran hacer para llegar a tiempo, sospechaba Stacey.

—Mirad alrededor —dijo Dawson, y dirigió la linterna hacia las paredes—. Buscad algo que pueda ayudarnos.

Las tres linternas se apartaron del tembloroso chico, pero el joven sargento seguía hablando para tranquilizarlo.

—Todo va a salir bien, Geoffrey. Te bajaremos de ahí en un minuto. Solo quédate quieto.

Bryant terminó la llamada al servicio de bomberos.

—Llamaré al colegio y…

—No —dijo Dawson enérgicamente—. Lo último que necesitamos es más gente subiendo las escaleras en estampida, y estoy seguro de que no necesitamos público.

Bryant asintió y empezó a buscar algo que pudiera ayudarlos.

Sin desplazar los pies, Stacey apuntó su linterna a todas las paredes. En cada lado del edificio, había dos arcos por los que se colaba la brisa nocturna. Su haz se encontró con iniciales labradas en algunas de las piedras, pero nada lo suficientemente largo para alcanzar al chico. Incluso si tuvieran algo así, no podían arriesgarse a tratar de moverlo de la viga.

—La cuerda —dijo Dawson, de repente—. Geoffrey, yo puedo balancearla hacia ti. ¿Crees que podrías agarrarla?

—Puedo int… intentarlo —balbució el niño.

Dawson desató la gruesa cuerda, tiró de ella y la empujó. El impulso no alcanzó a hacerla llegar hasta el centro; falló por más de medio metro. El sargento volvió a agarrarla e hizo un nuevo intento. Pero, por más fuerza que ponía al lanzarla, la cuerda era demasiado ligera para moverse lo suficiente. Se quedaba corta por medio metro antes de regresar.

—Mierda —dijo Dawson.

Stacey podía ver el miedo creciente en los ojos del chico.

—Todo está bien, Geoffrey —lo tranquilizó Dawson. Miró a su alrededor antes de volver a hablar—. Tengo otra idea. Iré a por ti.

—Kev, no —gritó Stacey.

—Dawson, no seas estúpido —dijo Bryant.

El sargento levantó una mano para hacerlos callar.

—Si avanzo lentamente, cogiendo la cuerda, podré sentir las duelas debajo de mí. Y si alguna llegara a crujir, daré un salto.

—Kev, no —volvió a protestar Stacey. Dawson añadiría peso a las partes fracturadas del suelo. No había modo de que él supiera qué vigas se habían debilitado ni cuánto peso podrían soportar.

Él la miró a los ojos.

—Tengo que intentarlo, Stace —dijo.

Ella negó con la cabeza, a pesar de que se daba cuenta de que el niño forzaba la viga con cada segundo que pasaba sobre ella. Se rompería en cualquier momento.

—No seas estúpido —dijo Bryant.

Dawson se quitó la chaqueta y los zapatos.

—Si tuvierais otra idea, la probaría —dijo.

Bryant no dijo nada. Solo movió la cabeza de lado a lado.

El joven sargento respiró hondo y se agarró de la cuerda. Dio un tímido paso adelante.

Nada.

Otro.

Nada.

Con el tercero, Stacey se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Dawson dio el cuarto paso como quien se dirige a un agujero en medio del hielo.

Otro más.

Un crujido.

Estaba a solo un metro de distancia. Dos pasos más.

—Kev… —susurró ella.

Él levantó la mano para hacerla callar y siguió concentrado. Era como caminar por la cuerda floja.

Un paso más. Un fuerte crujido.

Otro.

La madera se desintegró bajo sus pies.

Geoffrey se agarró de la cuerda mientras las duelas se desbarataban.

Stacey y Bryant saltaron hacia delante.

—Stacey, atrás —la advirtió Bryant.

Los movimientos de Dawson habían debilitado aún más las duelas restantes. Bryant y Stacey solo estarían a salvo mientras permanecieran en la periferia.

—Sujétate, Geoffrey —dijo Dawson desde arriba. Ambos

colgaban de la cuerda de la campana.

—S… Sí —tartamudeó el niño.

—Vale. Quiero que empieces a balancear la cuerda, ¿de acuerdo, chico? Entre los dos podremos lograr que la cuerda oscile.

—Vale —dijo Geoffrey con valentía, aunque Stacey podía sentir su terror.

—Muy bien. Vamos a apuntar hacia allá, hacia mi compañero. Cuando estemos lo bastante cerca, él te va a sujetar, ¿entendido? —Geoffrey asintió—. Entonces, a la siguiente, me sujetará a mí, ¿de acuerdo?

Dawson echó una mirada a Bryant para asegurarse de que había entendido plan.

Bryant cruzó miradas con él y asintió.

—Muy bien, Geoffrey, muévete —dijo Dawson.

Ambos empezaron a columpiar la cuerda al mismo tiempo, lo que originó un leve movimiento de vaivén.

—Más fuerte, ¿vale? —dijo Dawson.

Con la linterna, Stacey siguió la línea de la cuerda hasta el techo. Donde esta pasaba por la armella, las fibras estaban desgastadas y deshilachadas.

El corazón le dio un vuelco.

—Kev, para —siseó mirando hacia arriba.

Él no siguió su mirada, porque ya lo sabía; ya se había dado cuenta.

—Colúmpiate, Geoffrey —repitió.

—Kev, no.

Stacey podía ver cómo las fibras se deshilachaban.

—Para —volvió a decir.

Bryant siguió la mirada de su compañera. Al ver la cuerda destejida, su rostro perdió hasta el último rastro de color.

—Dawson, detente —gritó.

—Colúmpiate, Geoffrey —gritó el joven sargento. Estaban ganando impulso. Levantó la mirada y se encontró con la cara aterrada de Bryant.

—Prepárate para agarrarlo.

—Dawson, tienes que detenerte —dijo Bryant, incapaz de disimular la voz temblorosa.

—Listo —repitió.

La siguiente oscilación estuvo a punto de alcanzar a Bryant, que estaba estirando los brazos tanto como podía.

La mirada de Stacey volvió a la cuerda. Colgaba de unos pocos hilos. El peso de dos cuerpos la debilitaba segundo a segundo.

—Ahora —dijo Dawson, y puso todas sus fuerzas en la siguiente oscilación.

La cuerda avanzó más y Bryant pudo coger al niño de la chaqueta y ponerlo a salvo.

La cuerda se balanceó hacia el lado contrario.

«Uno más, solo uno», rezó Stacey mientras Dawson se alejaba de ellos. Si la cuerda resistía un ciclo más, podrían sujetarlo. La asistente dejó de mirar arriba y se concentró en su compañero y amigo.

La cuerda iba cada vez más lenta mientras se aproximaba al otro extremo.

Los ojos de Stacey estaban clavados en Dawson.

Él le dedicó una de sus lentas y altaneras sonrisas mientras empezaba a moverse hacia ellos.

—Kev —dijo ella, pero el grito quedó ahogado entre el chasquido de la cuerda que, finalmente, cedió. Su compañero se perdió de vista.

Capítulo 109

Kim estaba sentada en su despacho, contemplando la vacía sala de la brigada.

En una hora comenzaría el homenaje fúnebre, pero ella quiso pasar antes por la comisaría. Quería asegurarse de que todo lo que tuviera que ver con el caso estuviera en orden.

Se lo merecía.

Hannah Winters había sido declarada muerta en el lugar de su caída, tal como Kim había supuesto. Muchas vidas habían terminado o habían quedado fracturadas hoy por un acto nacido de los celos hacía veinticinco años.

Graham Steele había sido acusado del asesinato de Sadie Winters, Shaun Coffee-Todd y Joanna Wade, así como del intento de homicidio de Christian Fellows. Aún se estaban estudiando las acusaciones por la muerte de Lorraine, pero se añadirían crímenes a su lista. El psicólogo pasaría el resto de su vida tras las rejas.

Contra toda lógica, Graham había sentido cierto alivio al saber que no había matado a Lorraine Peters y a su hijo. Por ahora, parecía no sentirse conectado con los homicidios actuales, como si estos no fueran importantes para él. Su necesidad de venganza había eclipsado la paradoja de que estaba matando niños adrede por haber matado a uno accidentalmente, a raíz de un engaño. El odio hacia Laurence lo había roído durante años hasta ulcerarse. Con cada pesadilla, con cada recuerdo de lo que había hecho, ese odio se diseminaba por su cuerpo como un virus. El poema de Sadie había sido el gran catalizador. La mochila perdida de la niña había aparecido en el maletero del coche del psicólogo, y el diario, en su mesilla de noche. A Kim le costaba imaginarse al hombre tumbado en la cama por las noches leyendo los pensamientos más íntimos y personales de una niña de trece años.

Laurence Winters, tras salir del hospital, había sido rápidamente

acusado del intento de homicidio de Lorraine Peters. Había preferido guardar silencio y negarse a contestar cualquier pregunta relacionada con el crimen histórico, a pesar de que Graham estaba contándolo todo. Las pruebas de ADN confirmarían o negarían tanto el relato de Graham como el involucramiento de Laurence, pero Kim creía la versión del psicólogo.

Havers había sido acusado del intento de homicidio de Geoffrey Piggott. Tres estudiantes confirmaron haberlo visto salir del campanario una hora antes de que despachara a Geoffrey con la llave. Por lo visto, la red de las picas operaba bajo un esquema de riesgos y recompensas. Contra las suposiciones de Kim, las picas no habían salido corriendo a defender a Comodín, ya fuera por marcar su raya ante un intento de asesinato o por no querer arriesgar sus reputaciones por un profesor de deportes. Eran como las muñecas rusas. Había una élite dentro de la élite dentro de la élite, y Havers no estaba ni cerca del centro de la muñeca.

El desconocimiento de Thorpe con respecto a que Havers mantenía vivas a las picas era genuino. El director había jurado examinar todos los accidentes sospechosos para asegurarse de que cualquier participante fuera llevado a juicio. Un hombre más pequeño habría huido del lugar tan pronto como le fuera posible, pero Thorpe estaba determinado a mantenerse firme y reconstruir la maltrecha reputación de Heathcrest.

En cuanto los acontecimientos fueron calando en Saffie, la chica empezó a negarse a visitar a su padre o a hablar con él. A su propia rabia tenía que añadir los actos del pasado y la muerte de su madre. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que la vida de Saffie volviera a tener visos de ser algo normal. Hasta entonces, ella había decidido permanecer en Heathcrest. El director Thorpe le había asegurado que cuidarían bien de ella, y Saffie le creía.

El funeral de Joanna Wade no había sido el suceso sombrío que Kim había esperado. Los pintorescos amigos, así como el hermano menor, se habían asegurado de que el homenaje fuera una celebración de su vida, no de su muerte. Especialmente conmovedoras habían sido las lecturas de alumnos, tanto de la antigua escuela como de Heathcrest, acerca de lo que Joanna había significado para ellos. Después de la ceremonia, Thorpe había revelado a Kim las razones por las que Joanna había aceptado

trabajar en Heathcrest: un sustancial aumento de ingresos y beneficios, que le venía bien después de que la madre de la profesora hubiera sido ingresada en una residencia. La pensión de Joanna y las prestaciones por haber muerto en actos de servicio cubrirían las cuentas por bastantes años.

Y así, Kim había leído todas las declaraciones, cumplimentado los formularios y respondido los correos electrónicos.

Se sentó entonces a hablar con un escritorio vacío. Un escritorio que todavía contenía pertenencias personales, porque nadie había tenido el denuedo de quitarlas de ahí.

Podía verlo sentado en su silla, con la corbata floja, el botón de la camisa abierto y una sonrisa perezosa. Lo imaginó poniendo los ojos en blanco ante Bryant cada vez que el mayor de sus compañeros trataba de darle un buen consejo.

Podía verlo guiñando un ojo a Stacey cuando la molestaba por su adicción a Warcraft, el juego de ordenador. Y la sonrisa secreta que revelaba a Kim lo que la asistente disfrutaba con eso.

Se lo imaginó apartado, tecleando al ordenador, con hambre fiera y propósito firme, cada vez que se daba cuenta de que tenía una pista.

Lo recordaba caminando en tacones altos, de punta a punta de la sala, como parte de una apuesta con Bryant. Y había ganado.

Cientos de recuerdos se reproducían en su mente mientras contemplaba ese espacio que había sido de Dawson.

Pero uno se quedaría con ella para no soltarla nunca. Se habían encontrado en el aparcamiento, fuera de la comisaría. Ella acababa de reñirlo verbalmente por desobedecer la orden directa de no usar la prensa para un llamamiento público.

Kim no había hecho el menor esfuerzo por ocultar lo decepcionada que estaba y él no había intentado disimular su arrepentimiento y dolor ante la desilusión de su jefa. Kim sabía lo importante que su aprobación era para él. Lo sabía entonces. Lo sabía en la reciente valoración.

El teléfono sonó. A pesar de que esperaba esa llamada, le causó un sobresalto.

—El coche está listo, señor —sonó, sombría, la voz de Jack en su oído.

El recepcionista no pudo ver a Kim asentir mientras colgaba el

teléfono.

Ella se puso de pie y cogió las muletas que le habían dado en el hospital.

Avanzó a saltitos a través de la sala y se detuvo en el escritorio más cercano a la puerta.

Dejó una solitaria hoja de papel en el centro de la mesa: una recomendación de ascenso completa, con la firma de Kim al pie.

—Sí, Kev —susurró—. Estabas listo.

Capítulo 110

Kim arrojó las muletas fuera del coche, aunque el policía ya se había bajado de un salto para ayudarla.

Ella le hizo un ademán para alejarlo.

Bryant se había ofrecido a recogerla en la comisaría, pero Kim no había querido. No tenía ganas de estar con él dentro de un coche, los dos solos. Él querría hablar; ella, no.

Empezó a marchar por ese sendero que conocía tan bien. Todas las personas que había amado estaban por ahí, en algún lugar.

Entró en la capilla y se quedó cerca de la puerta. Apenas quedaba sitio para estar de pie. El espacio estaba atiborrado de familiares, amigos y compañeros de trabajo.

Un agente conocido se levantó para ofrecerle su asiento. Ella negó con la cabeza y miró alrededor.

El pastor hablaba de Dawson como si hubieran sido viejos amigos. Revivía anécdotas de segunda mano que le habían contado los familiares. Ella dejó de escucharlo. El hombre no había conocido a Dawson en nada.

No sabía cuán increíblemente contradictorio había sido su compañero. Cuán egoísta era en un instante y cuán desinteresado al siguiente. No había conocido la aguda inteligencia que, para ella, era tan evidente. Tampoco su instinto ni su pasión por distinguir el bien del mal.

No había conocido la simpatía de Dawson por los desfavorecidos ni la pasión con la que encaraba su trabajo. No sabía nada de su sentido protector cuando alguien importante para él estaba en peligro.

El pastor no sabía nada del hombre a quien ella sí había conocido.

Los asistentes se pusieron de pie para cantar un himno y el ataúd quedó fuera de su vista. No quería imaginarse a Dawson

quieto y frío dentro de esa caja. Ya era bastante malo que la última imagen que había tenido de él era su cuerpo roto y ensangrentado, aplastado contra el suelo, con los ojos mirando lo alto del campanario. Esa imagen se quedaría con ella para siempre.

Miró alrededor de la capilla mientras los dolientes cantaban. Cada uno llevaba en su corazón una parte del hombre y todos llevaban diferentes recuerdos de cada etapa de su vida: sus padres, amigos del colegio, compañeros de trabajo.

La novia de Dawson estaba al frente, acompañada de sus padres. Su hija, Charlotte, ahora crecería sin él. Vaya, cómo le habría gustado a Kim reunir todos los recuerdos y dárselos a la niña, para que algún día supiera quién había sido su padre; para que supiera cómo había madurado de ser el tipo egoísta y testarudo que la detective había conocido al hombre que buscaba la promoción para dar una mejor vida a su familia.

Vio a Woody sentado junto a Bryant y Stacey.

Vio a Stacey estremecerse de vez en cuando entre sollozos incontrolables.

Vio cómo el brazo de Bryant rodeaba a su compañera por los hombros.

Sabía que su equipo la necesitaba ahí, junto a ellos, para compartir, para condolerse. Pero todo esto le era familiar y la hacía sentir una bienvenida afinidad con la crudeza de su interior. La sentía. Lo sabía, y eso la confortaba.

Desde que tenía memoria, su mente estaba compartimentada en cajas. Cada caja contenía algo potencialmente dañino, algo que podría llegar al fondo de su alma y destrozarla.

Se estaba integrando una en su cabeza y en su corazón. Podría sentir cómo tomaba forma. Debía decidirse.

Ir delante para reunirse con el equipo y compartir su pena, ayudarlos a entender la pérdida de su amigo, sentir su tristeza y compartir con ellos la suya propia. Eso era lo que ellos necesitaban.

Echó un último vistazo al ataúd y a la fotografía del sargento detective Kevin Dawson, dio la vuelta y se marchó.

Epílogo

Geoffrey Piggott se limpió la frente con un pañuelo, el pañuelo del hombre que le había salvado la vida.

Todavía no podía pensar en esa noche sin sentir un nudo en la garganta. Al principio, cuando el policía lo encontró en lo alto de la torre, no podía creer en sus ojos. Ya se había convencido de que moriría. Había imaginado su cuerpo cayendo y sus huesos estrellándose contra el suelo.

Pero el sargento detective Dawson le había hecho una promesa y la había cumplido.

Geoffrey había pasado dos días llorando sin parar, deseando volver atrás para suplicarle a este hombre, que había sido tan bueno con él, que no muriera. Y entonces había empezado a concentrarse en la valentía del sargento, en su determinación para conseguir lo que quería.

El recuerdo lo había llevado hasta sus padres. Geoffrey les había dicho que no era un superdotado académico, creyeran lo que ellos creyeran. Les había pedido que lo dejaran empezar de cero en el colegio de su barrio.

Y ellos habían accedido.

El chico sabía que los agravios no serían diferentes. Los nuevos niños también lo insultarían; pero ahora sabía que era lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Si el sargento detective Kevin Dawson había encontrado el arrojo suficiente para cambiar su vida y convertirse en el hombre que era, entonces Geoffrey tenía una deuda con él. Debía hacer exactamente lo mismo.

Ya no le quedaban héroes deportivos ni dioses atléticos a los que admirar. Había dejado de adular a las figuras de la telerrealidad, con sus riquezas y desvaríos, así como a las estrellas populares de corta duración. Era lo suficientemente afortunado de tener un héroe

de carne y hueso.

Y por eso estaba aquí. Había venido a hacer los primeros de muchos cambios que lo ayudarían a convertirse en el hombre que quería ser.

—¿Vas a entrar? —dijo la empleada mientras señalaba con la cabeza las puertas del gimnasio.

Él inhaló hondo, cogió su bolsa y la siguió.

Carta de Angela

Ante todo, quiero darte las gracias encarecidamente por haber elegido *Una verdad mortal*, la octava entrega de la serie de Kim Stone.

Durante años me ha intrigado la idea de los ambientes conventuales de los colegios privados y, junto con ellos, el aspecto elitista de los clubes y sociedades secretas de los ricos y privilegiados. Me intriga de qué manera afectan a los estudiantes que han sido elegidos para unirse, así como a los no elegidos, y cómo estos vínculos afectan, más adelante, las vidas de los miembros.

Mientras investigaba los colegios privados, más aprendía acerca de las novatadas (los ritos de iniciación), las travesuras y el siniestro giro que pueden tomar. Leí extensamente acerca de muertes documentadas que se han derivado de tradiciones como esas. Cuanto más leía, más convencida estaba de que esto debía formar parte de la historia que intentaba escribir.

También quería tener la oportunidad de traer de vuelta a Alexandra Thorne para que explorara el complicado tema de la sociopatía infantil. Y qué mejor que una historia construida en torno a un colegio.

Espero que te haya gustado.

Y, si te gustó, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendarlos a tus amigos y familiares…

Para estar al tanto de las novedades sobre mis últimos libros, solo visita la página web que te digo a continuación y suscríbete a mi boletín. Te prometo que solo me pondré en contacto contigo cuando tenga una obra nueva y que jamás compartiré tu correo

electrónico con nadie.

www.bookouture.com/angela-marsons

Gracias por haberme acompañado en este emocionante viaje.

Me encantaría saber de ti, así que, por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, por Twitter o en mi sitio web.

Gracias por tu apoyo, el cual valoro enormemente.

Angela Marsons

www.angelamarsons-books.com

angelamarsonsauthor@WriteAngie

Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para mi pareja, Julie, quien pasa la mayor parte de su vida con unos cascos en la cabeza. Sí, podría pedirme que me marchara a otra habitación y la dejara en paz, pero nunca lo hace. Está lista para dejar cualquier cosa que esté haciendo en el momento mismo en que exclamo «Jules, necesito una reunión». Entiende mis miedos, mis inseguridades y mis dudas y lo vive todo conmigo. Le estoy agradecida día tras día.

Gracias a mamá y papá, quienes, con orgullo, siguen haciendo correr la voz ante cualquiera que esté dispuesto a escucharlos. Gracias también a mi hermana, Lyn; a su esposo, Clive, y a mis sobrinos Matthew y Christopher por todo su apoyo.

Gracias, Amanda y Steve Nicol, quienes nos apoyan de tantas maneras, y a Kyle Nicol, por localizar mis libros donde quiera que va.

También quisiera expresar mi agradecimiento al equipo de Bookouture por el entusiasmo ininterrumpido por Kim Stone y sus historias. En particular, a la increíble Keshini Naidoo, quien nunca se cansa de animarnos ni de mostrar su pasión por lo que hacemos. A Oliver Rhodes, quien dio a Kim Stone la oportunidad de existir. A Kim Nash (Mamá Osa), quien trabaja incansablemente en promover nuestros libros y protegernos del mundo. A Noel Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tiene límites.

Gracias enormes al señor Shaun Coffee-Todd, quien ganó la puja para que en este libro apareciera su nombre. Shaun, sus generosos aportes al Fondo de Víctimas Grenfell son muy apreciados.

Gracias a la fantástica Kim Slater, quien ha sido un increíble apoyo y una amiga por muchos años ya, y a las fabulosas Caroline Mitchell, Renita D’Silva, Sue Watson y Mel Sherrat, sin quienes este viaje sería imposible. Y muchas gracias a la creciente familia de autores de Bookouture, quienes continúan entreteniéndome,

animándome e inspirándome todos los días.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por su apoyo, tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, especialmente a quienes han hurtado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a Twitter.



ANGELA MARSONS (Brierley Hill, West Midlands, Reino Unido - 1968), es una autora británica de ficción criminal.

Trabajó como guardia de seguridad en el centro comercial Merry Hill en Brierley Hill en West Midlands.

Proviene del Black Country, donde establece sus historias.

Es autora de una serie de novelas policíacas cuyo personaje principal es la detective Kim Stone.

El internado de los inocentes (2015) fue su primera novela.

El éxito de los libros de Kim Stone, publicados digitalmente, dio como resultado un acuerdo de impresión. Marsons ha firmado un contrato con Bookouture por un total de 16 libros de la serie Kim Stone.